

STAR WARS™

— (LAS GUERRAS CLÓN) —

LA PRUEBA DEL JEDI



DAVID SHERMAN y DAN CRAIG

CLONE WARS

LA PRUEBA DEL JEDI

Prólogo

— ¡Obi-Wan!—exclamó Anakin Skywalker cuando apareció ante él la imagen holográfica del Caballero Jedi Obi-Wan Kenobi.

Anakin había estado paseando por sus habitaciones, pensando en sus pruebas Jedi, la oportunidad de probar que era un verdadero Caballero Jedi. La visión de su Maestro levantó el ánimo de Anakin.

—Anakin —saludó Obi-Wan a su padawan, con una sonrisa— ¿Cómo va todo?

—Bien, supongo —respondió Anakin, encogiéndose de hombros.

La sonrisa de Obi-Wan se desvaneció. Sólo hacía dos días que estaban en Coruscant, pero era muy consciente de lo que podían suponer para Anakin dos largos días sin nada que hacer. Sabía que a su padawan no le gustarían las noticias que le iba a dar.

—Acabo de volver a mis habitaciones de una entrevista con el Consejo Jedi —aclaró.

Los ojos de Anakin se iluminaron. Una entrevista con el Consejo Jedi sólo podía significar una nueva misión.

—Tengo un encargo...

— ¿Ya? —interrumpió Anakin, excitado—. ¡Ni siquiera hemos podido presentar el informe oficial del último! Debe de ser importante —dio media vuelta para empezar a preparar su equipo y su equipaje.

—Anakin...

—Ni siquiera he empezado a deshacer el equipaje. Puedo reunirme contigo en el espaciopuerto en una hora.

— ¡Anakin! —exclamó de nuevo Obi-Wan—. ¡Anakin!

—¿Dónde nos reuniremos? —preguntó Anakin sin mirarlo siquiera.

—¡ANAKIN!

El grito de Obi-Wan captó por fin la atención de Anakin e hizo que mirase la pantalla, desconcertado por el tono extrañamente agresivo.

—¿Maestro?

—Perdona por haberte gritado, pero no me escuchabas.

—Te escucho, Maestro —replicó Anakin, empleando todo su autocontrol para permanecer quieto y atento.

—Yo tengo una misión, Anakin, no nosotros. El Consejo Jedi me envía a mí solo. Es una misión personal, muy corta, ir y volver.

—¿Y qué se supone que haré yo mientras tanto? —no pudo evitar preguntar, intentando con esfuerzo no fruncir el ceño.

—Tú te quedarás para presentar el informe oficial de nuestra última misión. Te confío esa tarea —suspiró Obi-Wan—. Cuando vuelva sugeriré al Consejo que ya estás preparado para afrontar tus pruebas.

—¿Quieres decir que volverás a sugerirlo?

—Cuando volvimos no era el momento adecuado, y después no tuve tiempo — aclaró Obi-Wan, negando con la cabeza—. En cuanto vuelva buscaré ese tiempo... y el Consejo me escuchará.

—¿Por qué van a hacerlo, cuando hasta ahora ni siquiera han querido escucharte?

—Porque mientras yo esté fuera, tú serás un Caballero Jedi modelo—dijo Obi-Wan con confianza—. Presentarás ese informe y permitirás que te hagan todas las preguntas que quieran, y después, si aún no he regresado, repasarás los archivos estudiando las estrategias más adecuadas para planear nuestras próximas batallas. Les demostrarás que estás preparado para cumplir con los deberes básicos de un Caballero Jedi.

—Estudiar—la voz de Anakin mostró su fastidio—. Está bien, estudiaré.

—Confío en ti, Anakin... Lo sabes.

—Si— la expresión de Anakin se ablandó—. Sé que confías en mí, Obi-Wan. Que la Fuerza te acompañe.

≈

Tres días después, Anakin Skywalker abrió su datapad. Desde la marcha de Obi-Wan, pasaba el tiempo en la biblioteca, estudiando las campañas y batallas de las Guerras Clon y descubriendo unas cuantas variantes. Inquieto, se dirigió a la zona de entrenamiento. Quizás encontrara a alguien con el que medirse y compensar así su inactividad.

≈

La guerra había mermado los recursos de los Jedi, y casi todos los que se encontraban en buenas condiciones físicas se hallaban lejos de Coruscant, ocupados en distintas campañas o misiones. Anakin sólo encontró un Jedi en la zona de entrenamiento, ejercitándose con el sable láser, Nejaa Alción.

≈

Anakin se había encontrado con Alción una vez antes, y no sólo le había parecido inteligente y decidido, sino también un buen táctico.

Obi-Wan le confirmó que era una impresión acertada. Pese a sus méritos, el Maestro Alción se sentía un poco desgraciado porque había perdido su nave, la Plooriod Bodkin, a manos de un capitán rebelde que el Jedi debía capturar. Anakin se preguntaba qué error podía haber cometido Alción para que el rebelde que se suponía debía arrestar acabase robándole la nave; pero no le parecía correcto preguntárselo.

Contemplar a Alción, verlo moverse completamente concentrado en sus ejercicios, era un placer. Anakin se quedó a un lado. No quería interrumpirlo. Esperaría a que hiciera una pausa.

Por fin, Alción desconectó el sable láser y permaneció erguido.

Desvió la mirada hacia Anakin, frunciendo el ceño:

—¡Anakin Skywalker! ¿Buscas un compañero de entrenamiento?

—Sería un honor —respondió Anakin, haciendo una ligera reverencia.

—¿Un honor? —rió Alción—. ¿Eso qué significa? ¿Que estás sorprendido de que recuerde tu nombre o de que un Maestro Jedi acepte entrenarse con un padawan que apenas conoce?

—¿Quizás ambas cosas? —replicó Anakin, sonriendo al anciano.—Claro que recuerdo tu nombre. Estos días hay tan pocos Jedi por aquí que es fácil recordar el nombre de cada uno. Y, por supuesto, me encantará entrenarme contigo. Acabas de volver del combate, tienes los reflejos aguzados. Yo llevo un tiempo ocioso; necesito ponerme a prueba.

Hizo un gesto de invitación, y Anakin entró en el círculo de entrenamiento.

Se situaron el uno frente al otro y se saludaron. Después tomaron posiciones y encendieron los sables láser.

Anakin hizo el primer movimiento, una estocada elevada que inmediatamente bajó para saltarse la parada que sabía le haría su contrincante a su primer ataque. Las hojas de los sables láser crepitaron, y Alción desvió fácilmente la acometida, riéndose mientras daba un paso lateral.

—Me sorprendes. Es un ataque demasiado básico —dijo Alción en tono semiburlón—. Pensaba que habrías aprendido algunos movimientos nuevos en combate.

Y se lanzó hacia delante con una combinación de golpes de creación propia. Anakin los paró o los desvió todos fácilmente.

—Maestro Alción, en una pelea, pocas veces se tiene tiempo de inventar nuevas maniobras. Normalmente, los movimientos más ensayados son los más efectivos —explicó Anakin cuando se separaron.

Alargó el brazo que empuñaba su sable láser para tocar el de Alción, e hizo girar la punta de su hoja en un revés poco ortodoxo que habría cortado el hombro izquierdo de Alción de no haberlo detenido..., y de no haber retrocedido éste un paso a tiempo.

—Muy bien, padawan —asintió Alción con aprobación—. Estuvo tan cerca que no sé si cuenta como un tocado.

—En medio de una pelea no hay tiempo para inventar... —dijo Anakin, frunciendo el ceño—, pero a veces se puede improvisar sobre la marcha.

Entonces se prepararon para un combate serio.

Los dos sables láser relampaguearon y chisporrotearon cuando las hojas se movieron y chocaron. Cuando uno u otro encontraba la forma de atravesar las defensas del contrincante y estaba a punto de alcanzar su objetivo, la brillante luz se detenía a pocos milímetros de sus cuerpos.

Las voces de los dos Jedi vibraban de placer ante cada movimiento habilidoso.

Tras una hora de combate, se detuvieron de mutuo acuerdo. La piel de ambos brillaba de sudor. Los dos sonreían.

—Ah, sí —exclamó Alción, feliz—. Un buen compañero hace que el entrenamiento sea mejor, mucho mejor. Eres muy hábil para ser tan joven.

Los ojos de Anakin brillaron.

—Maestro Alción, debo felicitarlo por su habilidad, la cual es notable para ser tan anciano y llevar tanto tiempo ocioso.

—¡Cachorro desagradecido! —gruñó Alción. Luego estalló en carcajadas—. ¿Repetimos mañana?

—Me parecerá estupendo.

—Mismo lugar y misma hora.

—Será un placer.

El Maestro Jedi y el padawan se saludaron antes de tomar direcciones distintas para lavarse el sudor y la sal de sus cansados cuerpos.

Capítulo 1

No tenían noticias del general Khamar.

Un escalofrío de miedo recorrió los brazos de Reija Momen, alcanzó su cuero cabelludo y luego bajó por su columna vertebral. Se estremeció y cambió de posición, incómoda. No es momento para ceder al pánico, pensó.

Todos los demás contemplaban cómo se mantenía tranquila en apariencia. Había salido al jardín para relajarse, ordenar sus pensamientos y serenarse antes de enfrentarse a sus hombres, pero era inútil. El pequeño jardín, atendido con cuidado y devoción, se hallaba en un patio resguardado de los elementos por los edificios que lo rodeaban y por una cúpula solar que se abría con el buen tiempo. Hoy estaba abierta y dejaba entrar un aire fresco que debía estimularla, pero tenía los nervios demasiado tensos. Sus hombres tenían miedo, seguros de que la falta de noticias procedentes del Sur no presagiaba nada bueno.

Reija cerró los ojos e intentó pensar en su hogar. Su contrato terminaría dentro de cinco años y podría volver a Alderaan. Quizás. Una brisa penetró a través de la cúpula, llevándole el aroma de las plantas nativas que crecían abundantes en la pequeña colina donde habían instalado el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Los primeros meses de su contrato había creído ser alérgica a su polen. Cuando salía del complejo de control para inspeccionar las instalaciones exteriores no paraba de toser y estornudar; pero poco a poco se fue acostumbrando a su penetrante aroma. Ahora, hasta lo encontraba agradable. Nunca se había sentido mejor, al menos físicamente. Tenía una teoría, aún no verificada científicamente, según la cual la exposición prolongada a la flora de Praesitiyn era buena para la fisiología humana.

Reija Momen había aceptado el puesto de administradora jefe del centro de comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn porque le gustaba el trabajo. El atractivo salario sólo era un plus agradable. Cualquier otro en su posición ya estaría pensando en la finalización de su contrato y en un cómodo retiro en Alderaan, quizás hasta en formar una familia.

Pese a ser de mediana edad, aún era lo bastante joven como para echar raíces algún día, y lo bastante atractiva de una forma madura y particular. Pero estaba contenta con su trabajo. Gracias a su buen corazón su sentido común y su habilidad administrativa, había establecido rápidamente una buena relación con su equipo mixto de técnicos humanos y sluissis. Era de esa clase de administradores, rara en cualquier especie que ejercía su autoridad por responsabilidad, no por placer.

Trabajaba mucho y bien porque disfrutaba del trabajo como un fin en sí mismo, y trataba al personal bajo su mando más como si fueran compañeros en una empresa conjunta que como subordinados. Y, a diferencia de tantos burócratas, dominados por la visión que tenían de su propia importancia, sabía cuándo y cómo relajarse.

¿Fundar una familia? Bueno, a todos los efectos prácticos, su equipo de Praesitiyn había sido su familia durante los últimos siete años. La querían y la llamaban: "mamá Momen".

¿Volver a casa? ¡Ya estaba en casa! Renovaré mi contrato, pensó, sí vivo lo suficiente.

Un androide de trabajo, modificado para atender los árboles y la vegetación del jardín, circulaba por entre los extraños matorrales que crecían bajo los imponentes árboles kaha, importados de Talasea años antes por algún administrador jefe anterior. Normalmente, el susurrante sonido de los androides entre el follaje le resultaba reconfortante, pero no ese día. Reija volvió a cambiar de posición, abrió los ojos y suspiró. La relajación era imposible. Algunos miembros de su equipo habían salido al jardín y ya buscaban un lugar donde sentarse. No para disfrutar de la informal comida del mediodía, que se había convertido en tradición durante los años en que ella era administradora jefe, sino para conocer las últimas noticias y recibir las últimas órdenes. Reija sintió un breve fogonazo de rabia al ver interrumpida su rutina. No es que aquellas comidas fueran algo especial, sólo era una reunión de amigos y colegas disfrutando de la compañía de los demás y charlando animadamente mientras comían, pero su equipo las disfrutaba tanto como los habituales viajes de permiso a Sluis Van.

Hoy todos hablaban en susurros de preocupación, todos ansiaban recibir noticias del Sur. ¿Qué podía decirles? No saber qué pasaba realmente era peor que recibir malas noticias. Hacía varias horas estándar que una flota invasora había aterrizado a unos 150 kilómetros al suroeste del centro. —Señora —dijo el general Khamar en su último informe—, dos de nuestros cazas espaciales han descubierto un gran número de naves hostiles cuando realizaban una patrulla de rutina sobre el océano. El control aéreo que monitorizaba la patrulla ha sido silenciado; pero, antes de perder el contacto, informó del desembarco de todo un ejército de androides. Sea como fuere, tenemos que destruirlos sin más demora. Estoy enviando a tierra todas mis tropas de asalto para atacarlos. —

—¿Cómo es de numerosa la flota? —preguntó.

—Varios transportes y acorazados, nada que no podamos manejar.

De necesitar refuerzos, cosa que dudo, Sluis Van nos los proporcionará.

—¿No sería prudente llamar ya a la flota de Sluis Van, por si acaso?

—Lo sería si los necesitáramos —gruñó Khamar—, pero no es buena táctica pedir refuerzos sin conocer todo el potencial de la amenaza enemiga. Dejaré un destacamento aquí, a las órdenes del comandante Llanmore, para mantener la seguridad del Centro.

Brusco y directo, Khamar era un corelliano, un soldado profesional, y Reija confiaba en su buen juicio. El joven comandante Llanmore le gustaba de forma especial. No podía evitar la sonrisa ante las formas puntillosamente militares que adoptaba en su presencia; aunque, por supuesto, le pareciera transparente. Para ella era uno de los muchos hijos que nunca había tenido.

Pero ya hacía una hora que no tenía noticias del general Khamar. Si resultaba ser un intento separatista de apoderarse del Centro de Comunicaciones, su tranquila estancia en Praesitiyn estaba a punto de terminar.

La cúpula solar que protegía el jardín se activó sin previo aviso. Se produjo un brillante fogonazo y un rugido ensordecedor. Con el corazón en la garganta, Reija se puso de pie y volvió corriendo a la sala principal de control.

Slith Skael, el jefe sluissi del equipo de comunicaciones, se situó a su lado. Nunca había visto a la metódica criatura moverse tan rápidamente, o parecer tan preocupado.

—¿Vuelve Khamar? —preguntó Reija, dubitativa. Echó un vistazo general a la sala de control. Normalmente era un lugar de tranquila confianza, con técnicos

afanándose en sus puestos de trabajo mientras los androides se dedicaban tranquilamente a sus tareas. Ahora, no.

—No, señora, son extranjeros —respondió Slith, oscilando nerviosamente—. Creo que es otra fuerza de invasión. En cuanto aterrizó la primera nave, ordené que cerrasen la cúpula. Le ruego me perdone si la he sobresaltado. ¿Cuáles son sus órdenes? —

Reija había llegado a apreciar a Slith en los años que llevaban trabajando juntos en Praesitiyn. Bajo su impasible y calmado aspecto exterior se escondía un ser devoto y apasionado. Y sabía que podía contar con él. La sala de control era un caos. Los técnicos discutían entre ellos, manipulando frenéticamente los instrumentos. Un rugido profundo, gutural, recorría toda la instalación. Podía sentir su vibración en los paneles del suelo.

—Un gran número de naves ha aterrizado en la parte inferior de la colina —dijo un técnico con un tono de histerismo en la voz que indicaba a Reija que estaba al borde del pánico.

—¡Calma todo el mundo! ¡Escuchadme! —gritó con voz potente y firme. Era el momento de poner orden en aquella confusión.

—Que todo el mundo vuelva a su puesto y me escuche. —Su tono, ahora tranquilo y controlado, provocó el efecto deseado. La gente dejó de discutir y volvió a sus asientos—Bien, envíe un mensaje de alerta a Coruscant y...

—Ya lo he hecho —respondió el sluissi—. La transmisión ha sido bloqueada.

— ¡No es posible! —exclamó, sorprendida.

—Evidentemente, lo es —rectificó Slith. Sólo informaba de un hecho, no lo discutía—, ¿Cuáles son sus órdenes?

Reija permaneció silenciosa unos segundos.

—¿Comandante Llanmore?

—Aquí estoy, señora —Llanmore, con su armadura y completamente armado, dio un paso adelante hasta colocarse frente a ella.

—¿Qué pasa ahí fuera?

La sala de control había quedado completamente silenciosa. Todos los ojos estaban fijos en la pareja.

—Un ejército androide ha aterrizado al pie de la colina —respondió Llanmore, buscando palabras concretas, precisas.

—No podremos resistir si no recibimos refuerzos inmediatos y... —dudó—, y no los recibiremos.

—¿Sabemos algo del general Khamar?

—No, señora —la voz de Llanmore bajó un tono—. Debemos suponer que está..., que ha sido derrotado.

Reija pensó un segundo.

—Muy bien. No sabemos cómo, pero los invasores están bloqueando nuestras transmisiones y el general Khamar no puede ayudarnos, así que no podremos resistir. ¡Escuchadme todos! No podemos permitir que este complejo caiga en manos invasoras. —Hizo una pausa para recomponerse, antes de seguir dando unas órdenes que nunca creyó que tendría que dar—. Destruid todo el equipo.

Empezó a dar rápidas órdenes individuales a los técnicos, incitándolos a desarmar piezas concretas del equipo. Pero aquello llevaría tiempo; nunca se habían preparado para una emergencia semejante, ni tenían medios para garantizar la destrucción rápida y total que imponía la situación.

—Comandante...

—¿Sí, señora?

La única señal del nerviosismo de Reija era una pequeña gota de sudor que se deslizaba lentamente desde el pelo, junto a la ceja derecha.

—¿Puede retrasar a los invasores? Sólo necesitamos unos minutos.

—Puedo intentarlo. —

Llanmore también sudaba ligeramente, pero giró sobre sus talones y salió de la sala de control. Lo último que Reija vio de él fue su espalda, mientras se dirigía presuroso a cumplir la orden. Tuvo miedo de estar enviando al joven a su muerte.

-¡Moveos! -ordenó a los técnicos, muchos de los cuales se habían detenido para escuchar su conversación con Llanmore. ¿Por qué nadie había previsto un plan de destrucción de emergencia para una contingencia como aquélla? El Centro de Comunicaciones Intergalácticas era vital para la República, y no podían permitir que sus instalaciones cayeran en manos enemigas.

Desde el exterior de la colina llegó el aplastante rugido de las armas.

Llanmore se enfrentaba a los invasores. Reija sintió una desesperación creciente. Su tranquilo mundo había llegado a su fin.

Capítulo 2

El Conde Dooku desea un informe de situación, Tonith.

El comandante muun de la fuerza invasora, el almirante Pors Tonith, sorbió tranquilamente su té dianogano y sonrió, ignorando ostensiblemente la clara falta de respeto con que se había dirigido a él la comandante Asajj Ventress.

-El Conde ya tiene un completo plan de batalla, Ventress -replicó con suavidad, mostrando el mismo nivel de ofensa. Dejó la taza en un plato cercano-. Se lo di antes de partir. Sabe que, cuando planeo algo, lo llevo a cabo. Por eso me eligió a mí para dirigir esta campaña.

Sonrió amistosamente, separando los labios teñidos de púrpura para revelar sus dientes también púrpuras y sus encías negras efecto del té. Esa mancha temporal era una indignidad que Tonith estaba dispuesto a soportar a cambio de disfrutar del exquisito aroma, del sabor y del efecto medianamente narcótico del té, obtenido a partir de una sustancia química del bazo de la dianoga. Además, era comandante de una vasta flota invasora; ningún ser inteligente bajo su mando se atrevería a reírse de él y los androides no tenían sentido del ridículo.

La expresión de Ventress no cambió, pero sus ojos oscuros brillaron como dos ascuas incandescentes en el transmisor de la HoloRed.

-Un plan no es un informe de situación -replicó con voz neutra.

No estaba acostumbrada a que nadie le replicara, y menos ese anodino financiero sin sangre en las venas, convertido de pronto en comandante Tonith suspiró teatralmente. Consideraba a la asesina como una intrusa en cuestiones estratégicas que estaban más allá de su primitivo conocimiento del verdadero arte de la

planificación y el mando militares Pero era la protegida de Dooku y debía ir con cuidado.

—No puedo dirigir con eficiencia esta expedición si se me interrumpe constantemente con..., con... —se encogió de hombros y buscó su taza de té.

—El informe —insistió la mujer.

—En estos momentos estoy extremadamente ocupado.

—Infórmame. A mí. Ahora.

Su voz pareció tan cortante a través de la larga distancia como el sable láser por cuyo experto manejo era famosa.

Tonith se irguió en el asiento y dejó caer las manos sobre el regazo. En realidad, encontraba a Ventress bastante atractiva. Creía que ambos tenían algo en común: ella era una guerrera despiadada; él un estratega intrigante y despiadado. Cuando Tonith pensaba en mujeres, lo cual no era muy a menudo, las prefería con pelo en la cabeza, pero la calvicie de Ventress no carecía de atractivo. Irradiaba poder y confianza, incluso a través del transmisor, y eso era algo que él respetaba.

—Haríamos un buen equipo —dijo—. Podría necesitar su ayuda.

—Hombrecito, si yo fuera hasta Praesitiyn no sería para ayudarte, sino para reemplazarte como comandante en jefe —escupió ella—. Pero el Conde me reserva para asuntos más importantes. Deja de hacerme perder el tiempo y haz el informe.

Tonith volvió a encogerse de hombros, lánguidamente, y se rindió ante lo inevitable.

—Mientras hablamos, una flota de ciento veintiséis naves, setenta y cinco de ellas acorazados, rodea Sluis Van para impedir que puedan enviar cualquier refuerzo. En este mismo instante estoy haciendo aterrizar una fuerza de cincuenta mil androides de combate en Praesitiyn para crear una diversión que distraiga a la guarnición del Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Cuando la operación esté completamente en marcha, haré desembarcar la fuerza principal, compuesta por un millón de androides de combate más o menos, aplastaré a los defensores con una maniobra de contención y capturaré intacto el Centro. Mi flota invasora consta de doscientas naves. Esta operación no puede fallar. Le garantizo que Praesitiyn será nuestro en las primeras veinticuatro horas estándar desde el comienzo de la Operación Caja Blanca. Tendremos el control total de las comunicaciones que unen los distintos mundos de la República. Y nuestras fuerzas podrán situarse en este punto estratégico de la galaxia para atacar a cualquiera de los aliados de la República sin que nada ni nadie pueda avisarlos. Y lo más importante, nuestro control de Praesitiyn será como una vibrocuchilla dirigida contra el propio Coruscant! —Mientras hablaba, movió el brazo hacia delante de improviso, como si su mano empuñase aquella arma—. Esta campaña nos hará ganar la guerra —concluyó, con una sonrisa de satisfacción en sus labios teñidos de púrpura—. Esos técnicos de ahí abajo y sus fuerzas de seguridad ni se enterarán de lo que les pasa. Pronto habrán muerto todos, o estarán en nuestro poder.

Se recostó y volvió a beber de su té.

—¿Y la plataforma de contramedidas electrónicas? —pregunto Ventress sin parecer muy impresionada.

—Completamente operativa. El Centro intentó enviar una señal de alarma pangaláctica hace un rato, pero la bloqueamos con éxito —sonrió mostrando los dientes púrpura y las encías ennegrecidas.

-¿Y el equipo de camuflaje? ¿Detectaron tu nota? ¿Conseguiste una sorpresa táctica?

-Sí. Y no sólo una sorpresa táctica, sino una sorpresa estratégica. No lo olvide.

-Muy bien. El Conde Dooku querrá informes regulares a medida que progrese la campaña. Envíemelos a mí, así te verá acostumbrándote a hacerlos.

-Sí -respondió Tonith con la voz teñida de falsa resignación, dejando claro que pensaba que aceptaba una molestia de la que podía prescindir.

Nunca se había encontrado con Ventress en persona, pero le habían dicho que era una oponente letal en combate cuerpo a cuerpo. No le preocupaba en lo más mínimo. Sólo los estúpidos perdían las batallas, y el no era estúpido. Si una guerrera como Ventress podía partir por la mitad a su oponente con una velocidad cegadora, Tonith destrozaba a sus enemigos siendo más inteligente que ellos. Por eso el Conde Dooku le había dado el mando. No malgastaría su tiempo en combates personales ni se exponería a sufrir daños físicos, para eso estaban los androides. El se limitaría a dar órdenes... y vencería.

-A propósito -añadió Ventress-, estoy muy impresionada por su interesante trabajo dental.

Tonith, completamente desprevenido, no supo que contestar, ¿se burlaba de él o hablaba en serio? Quizá tuviera que volver a evaluar su nivel de inteligencia.

—Gracias —balbuceó por fin, haciendo una reverencia en dirección al holograma- Y yo le felicito por la elección poco usual de su peinado.

Ventress asintió, y su imagen se desvaneció.

Pors Tonith era uno de los miembros de más éxito de una de las familias más despiadadas del Clan Bancario Intergaláctico. Para él, la vida era lucha y competitividad constantes. Enfocaba los negocios como si fueran una guerra. Durante generaciones, había sido práctica familiar realizar OPAS hostiles a compañías, a mundos enteros si era necesario, mediante el uso de la fuerza. Tonith había convertido sus desagradables maniobras en un arte. Un arte militar.

Pero Tonith no tenía un aspecto muy bélico. Su altura por encima de los dos metros, su físico patéticamente delgado y su piel amarillenta le daban el aspecto de un cadáver. Su rostro alargado, equino, y sus ojos negros, hundidos en una cabeza semejante a un cráneo, reforzaban ese aspecto cadavérico que producía sobresaltos a cualquier tripulante que se topara con él de repente en cualquier pasillo oscuro de la *Corpulentus*, su nave insignia.

El Conde Dooku había reclutado a Tonith para liderar la fuerza enviada contra Praesitiyn debido a su demostrada habilidad de estratega. Dirigir un ejército de androides era considerado más como un juego que como un combate real. Los soldados vivos sangraban y morían, debían ser alimentados, sufrían dilemas morales, conocían el miedo y todas las demás emociones comunes a los seres pensantes. Y aunque algunos podían creer que no era muy distinto utilizar un ejército de androides para infligir dolor y muerte en vez de tropas compuestas por seres inteligentes, Tonith no sólo contemplaba un campo de batalla sin derramar una sola lágrima, sino que encontraba sentido, significado y un sublime propósito en la destrucción de sus enemigos. Pors Tonith no sólo tenía el aspecto de un cadáver, sino que en su interior, allí donde otros seres tenían conciencia, estaba muerto.

Capítulo 3

Nejaa Alción estaba realizando ejercicios de estiramiento cuando Anakin Skywalker entró en la zona de entrenamiento.

—Espero que estés preparado para un buen ejercicio —dijo Alción a modo de saludo.

—Tras todo el ejercicio que le he obligado a hacer a mi cerebro, estoy más que preparado para un poco de entrenamiento físico, Maestro Alción -replicó Anakin-. Siento la necesidad de desahogarme con quien sea-.

Alción rió y realizó un último estiramiento, antes de extraer el sable láser de su cinturón.

—Antes de que intentes dar una paliza a alguien, será mejor que relajes los músculos o acabarás demasiado dolorido como para defenderte siquiera. -Sonrió-. O quizá sea, eso lo que quieres, estar demasiado dolorido como para ir mañana a la biblioteca.

—Hice los ejercicios de estiramiento mientras venía —replicó Anakin, quitándose la capa y empuñando el sable láser.

Alción luchó mucho mejor que el primer día, pero también Anakin.

Al final, el Maestro Jedi le dedicó una reverencia al padawan.

—Lo has hecho muy bien. Necesitaba un compañero de entrenamiento más de lo que suponía -sacudió la cabeza con tristeza-.

¿Quién habría supuesto que un simple padawan podría vencerme con el sable láser? ¿Repetimos mañana?

—Lo ansío más de lo que lo ansiaba hoy —respondió Anakin con una amplia sonrisa.

Al día siguiente volvieron a enfrentarse, y al otro, y al otro. Cada día ambos mejoraban, y cada día se sorprendían mutuamente con nuevas fintas y nuevos trucos.

Tras los primeros días, no se despedían al terminar el combate sino que se sentaban y hablaban. Al siguiente día hablaban algo más. Y dos días después cenaron juntos.

-Obi-Wan habla muy bien de ti, ¿sabes? -comentó Alción mientras se relajaban a los postres.

-¿Conoces a Obi-Wan? —preguntó Anakin, sorprendido.

-Somos viejos amigos -reconoció Alción-. Obi-Wan es un genio y muy poderoso en la Fuerza. Creo que algún día se convertirá en miembro del Consejo Jedi. Eres afortunado por tenerlo de Maestro.-

El pecho de Anakin se hinchó de orgullo, pero se desinfló rápidamente:

-Quizá sea demasiado importante.

-¿Qué quieres decir? —preguntó Alción, extrañado.

-A veces cree que mi progreso es demasiado lento. Quizá sea demasiado importante y, por tanto, está demasiado ocupado para entrenarme apropiadamente.

Alción lanzó una risotada que hizo que los comensales cercanos girasen sus cabezas para mirarlo. Pero al ver que era un Jedi, sus expresiones de desaprobación desaparecieron y volvieron a concentrarse en sus propias comidas y conversaciones.

-Quizá tú seas demasiado impaciente. Pero creo que tu progreso no es todo lo rápido que podría ser porque estás demasiado ocupado librando una guerra. Lo que necesitas es que esta guerra acabe. Entonces te sorprenderás de lo rápidamente que se reconocen tus progresos.

-¿De verdad lo crees?

-Estoy tan seguro como lo estoy de que nadie ha impresionado tanto a Obi-Wan con su potencial como tú.

-Entonces, ¿por qué sigo siendo un padawan? —preguntó Anakin meneando la cabeza-. ¡Estamos en medio de una guerra y podría hacer mucho más para ayudar a ganarla! ¡Soy lo bastante bueno para realizar misiones pequeñas, o para combatir a las órdenes de alguien, pero no lo bastante bueno para llevar yo la misión!

-¡Oh, eres lo bastante bueno! —admitió Alción—. Te he visto en acción estos últimos días y te he escuchado, y creo que, desde luego, eres lo bastante bueno.

Anakin alargó su mano artificial y la cerró en el brazo de Alción.

-¿Hablarás al Consejo por mí, Maestro Alción? —preguntó.

-Anakin, ahora mismo el Consejo sólo me escucharía para votar contra cualquier propuesta que yo hiciera -Alción se encogió de hombros-. No, hablar en tu favor sería contraproducente. Estoy seguro que el Consejo es consciente de tus habilidades. Empezarás tus pruebas cuando estés preparado, Anakin.

-Ya lo veremos —replicó Anakin Skywalker, poco convencido.

Capítulo 4

La suerte, sea buena o mala, es el gran factor desconocido en toda guerra. A menudo el resultado de las batallas, el destino de mundos enteros, acaba decidiéndolo la suerte.

Y, de una forma u otra, fue la suerte la que hizo que el teniente Erk H'Arman, de las fuerzas de defensa de Praesitiyn, estuviera de patrulla en su caza estelar Torpil T-19 a lo largo de la costa sur del continente donde estaba situado el Centro de Comunicaciones Intergalácticas.

Cuando comenzó la invasión, él se hallaba, concretamente, a unos 150 kilómetros del Centro. Volaba con su compañero de escuadrilla a 650 kilómetros por hora, a una altura de veinte mil metros. Para el Torpil T-19, esa velocidad era casi como estar inmóvil.

—Parece que abajo tenemos una tormenta de arena —comentó el alférez Pret Strom, el compañero de Erk. Ningún piloto se molestó en escanear con los instrumentos de vigilancia el terreno bajo la rugiente tormenta. Una tormenta era una tormenta, algo que ya habían visto muchas veces—. No me gustaría tener que realizar un aterrizaje forzoso en esa cosa.

Los pilotos de caza estelar consideraban que volar dentro de los límites de la atmósfera era la peor forma posible de desperdiciar sus habilidades, y los dos estaban convencidos de que haber sido destinados a las fuerzas de defensa de Praesitiyn era un castigo por alguna infracción sin especificar. No era el caso, por supuesto, sino la suerte dictada por el sistema de asignaciones de destino: habían salido sus números, eso era todo. Y, en el fondo, lo sabían perfectamente. Pero si unos pilotos temperamentales como Erk y Pret no podían mostrar de lo que eran capaces y

derrotar a toda la flota separatista, siempre podían quejarse de estar siendo infrutilizados por sus comandantes.

Volar en un caza de combate de alto rendimiento en un medio ambiente atmosférico es muy distinto a pilotar la misma máquina en el vacío del espacio, pero la verdad es que requiere una habilidad igualmente impresionante. En la atmósfera, un piloto se ve sujeto a fuerzas g, a la fricción del aire —tanto su máquina como él mismo— y a averías provocadas por criaturas capaces de volar a gran altitud y que pueden ser succionadas por los motores del caza..., por no mencionar lo que podría pasar si una bandada de esas cosas penetrase en la cabina mientras la nave se desplaza a mil kilómetros por hora.

Lo peor de combatir dentro de la atmósfera de un planeta es que, muy a menudo, no pueden utilizar la gran velocidad y maniobrabilidad de sus naves porque la mayoría de sus misiones son para ofrecer apoyo logístico a las fuerzas terrestres. Y en esas misiones debían prescindir hasta de las insignias y dibujos coloristas con que solían decorar sus naves, ya que si en el espacio tenían a su disposición todo tipo de medidas, electrónicas o de otro tipo, para camuflar sus aparatos, en la atmósfera debían ser invisibles a ojos de posibles vigilantes; así que iban pintados con una sustancia de autocamuflaje que los ocultaba a los observadores terrestres y a las naves que volasen a mayor altitud, camuflándose contra el cielo de arriba o la tierra de abajo.

Erk y Pret eran algo más que buenos pilotos capaces de volar en cualquier condición. Otros podían ser igual de buenos que ellos y tan capaces de dominar la "ciencia" del vuelo, de hacer el mismo número de aterrizajes y despegues, de demostrar sus excelentes reflejos o de mantener el contacto con sus naves mientras volaban, atentos a cualquier anomalía en sus sistemas de a bordo. Pero los pilotos como Erk y Pret eran grandes pilotos que "se vestían" con sus cazas como si éstos fueran unas botas viejas y cómodas, como si fueran una segunda piel; para ellos, sus máquinas eran una extensión de sus propios cuerpos y voluntades. En resumen, dominaban el "arte" del vuelo.

-Aborrezco aterrizar en cualquier parte de esa maldita roca —dijo Eric soltando una carcajada. Consultó la carta de navegación—. ¡Aquí nada tiene siquiera nombre! Ésta es la "Zona Sesenta y Dos, Continente Sur" Uno diría que podían haberse tomado la molestia de poner nombre a los lugares. Eso de abajo podría ser el "Desierto Delicias", y la base podría ser...

-Aquí JG51, cortad el rollo. Estáis de patrulla. ¡Y, por favor, liberad el canal de guardia! Cambiad a ocho-punto-seis-cuatro.

A mil kilómetros de distancia, muy por encima del océano, otro accidente geográfico sin nombre, la pequeña alférez a bordo de la nave de control JG51, nombre clave "Aguador", sonrió. Conocía muy bien a Erk y a Pret, y sabía que hablaban por el canal abierto para que ella pudiera escucharlos. El canal 8.64 era una frecuencia codificada, una frecuencia que ningún enemigo potencial podía interceptar. Las reglas prohibían estrictamente que los pilotos hablasen por un canal abierto mientras se encontraban de misión, salvo en caso de emergencia; pero nunca había una emergencia porque en Praesitiyn nunca pasaba nada. Y como los turnos de patrulla eran tan aburridos, los jefes de escuadrón solían hacer oídos sordos a las charlas intrascendentes de pilotos tan temperamentales como Erk y su compañero, por mucho que violasen el protocolo militar.

—Recibido. Cambiando a ocho-punto-seis-cuatro —recitó Erk lacónicamente—. Espero que esta noche compartas una cerveza con nosotros, Aguador.

—JG51 ha dicho que cortaras el rollo —interrumpió una potente voz masculina.

—Recibido, señor —replicó Erk, intentando, y fallando, dar a su voz el apropiado tono de contrición.

—¡...acercándose! —gritó la voz femenina un instante después.

—Aguador, repita la transmisión —pidió Erk, frunciendo el ceño. Al cambiar de canales se había perdido la primera parte del mensaje, pero le había parecido oír una nota de pánico en la voz de la controladora.

—¡Blancos! ¡A montones! —gritó Pleth en el mismo instante en que el sistema de alerta de Erk empezaba a zumbear como un loco. Erk los vio. Un enjambre de tridroides surgía a gran velocidad de la nube de "polvo" que cubría la superficie. Erk se convirtió al instante en una parte más de su caza.

—Preparando armas —informó despreocupadamente. Hizo que su máquina describiera un semi-giro y se lanzó en picado. El T-19 podía llegar a una velocidad de veinte mil kilómetros por hora, pero sabía que no necesitaba tanta velocidad para realizar la maniobra que le había venido instantáneamente a la cabeza.

El caza de Erk se cruzó con la formación de naves enemigas. Varias le dispararon mientras se zambullía hacia la superficie del planeta.

Niveló la nave al llegar a los dos mil metros, con el enemigo ahora muy por encima de él y sin blancos a la vista. Su asiento antigravedad impidió con éxito que perdiera el conocimiento. En cuanto los sistemas de armamento se centraron en los cazas enemigos, los cañones láser empezaron a escupir rayos letales desde sus bajos vientres, mientras se aproximaba a ellos desde abajo. Tenía menos de un segundo para apuntar a un blanco y disparar, y las naves enemigas explotaron a su alrededor mientras volvía a atravesar su formación y se elevaba por encima de ellas. Giró de nuevo y volvió a sumergirse entre los cazas, convirtiendo a varios en brillantes bolas de fuego. Había perdido de vista a Pleth.

Desconcertados ante el relampagueante ataque de Erk, los tridroides formaron rápidamente un círculo defensivo a quince mil metros de altura. Erk soltó una carcajada. Ya estaba otra vez bajo ellos, disparando desde muy cerca, haciendo que el primer objetivo estallase y desapareciera bajo el morro de su caza. Continuó ascendiendo, giró y se dejó caer tras otro blanco, que también desapareció, envuelto en llamas.

—¡A tus seis! —le avisó Pleth repentinamente. Descargas de alta energía descendieron desde lo alto, pasando junto a la cabina de Erk. O bien algún caza se había separado del círculo defensivo u otro aparato se había unido a la batalla. Erk realizó inmediatamente un giro inverso, dio plena potencia al motor cuando se encontraba vertical y se alejó en dirección opuesta a la de sus atacantes. Cortó el gas, se dejó caer y les disparó de arriba. Ambos explotaron.

—¡Son demasiados! —gritó Pleth.

—Recibido —contestó Erk tranquilamente.

—...na brecha... Aquí Aguador...

—Repita, Aguador —exigió Erk en respuesta a la confusa llamada del controlador aéreo. Cambio al canal de guardia—. Aguador, repita su última transmisión. —Sabía que en la nave tenía que haber alguien conectado al canal de guardia.

—...penetrando... —replicó una voz femenina, antes de desaparecer en medio de la estática.

Erk volvió a cambiar a la frecuencia normal.

—Volvamos a casa, Pleth. Aguador ha caído. Repito, Aguador ha caído. Cuando se encontraban a tan sólo 150 kilómetros de la base, Erk descendió hasta volar a pocos metros de la superficie del planeta, donde los cazas enemigos tendrían dificultades para localizarlo entre el accidentado terreno, y aumentó la potencia de sus motores. Llegarían a la base en menos de sesenta segundos, se reunirían con el resto del escuadrón y volverían para acabar con los cazas invasores y las naves de desembarco. ¡Al menos, por fin pasaba algo en Praesitiyn!

Según las cuentas de Erk, había derribado diez cazas enemigos en una refriega que apenas había durado un minuto de principio a fin, un número de bajas impresionante para cualquier piloto. Pero el teniente H'Arman era atrevido cuando tenía que serlo, y precavido cuando la precaución era necesaria, y ahora ésta se imponía. Era hora de volver a la base, rearmarse y regresar a la batalla. No obstante, había estado tan concentrado en aquella pelea que no había tenido tiempo de reunir la suficiente información sobre la fuerza enemiga o sobre sus intenciones.

—Mala suerte para Aguador —dijo Pleth. Ambos estaban pensando en la joven alférez.

Sí, pensó Erk, muy mala suerte.

Fue la habilidad, no la suerte, la que hizo que Odie Subu y su motojet no fueran detectadas mientras llegaban a la cresta de un risco, desde donde pudo observar el aterrizaje de la fuerza enemiga y su despliegue por la llanura que tenía ante ella. La chica formaba parte del pelotón de reconocimiento que el general Khamar había desplegado antes de que su ejército consiguiera reunir información sobre el desembarco enemigo.

El sistema orbital de vigilancia había sido destruido o estaba bloqueado electrónicamente, y los androides de reconocimiento de las fuerzas de defensa enviados no habían podido transmitir ninguna información. Incluso las comunicaciones con el grueso del ejército habían sido interceptadas con éxito; sólo las transmisiones de corto alcance eran posibles, aquellas que tenían una línea de visión directa, vía red de comunicaciones tácticas. Por lo que el general Khamar estaba obligado a fiarse exclusivamente de sus fuerzas de reconocimiento.

Odie estaba tumbada boca abajo junto a su motojet, bajo la cresta del risco. Levantó la placa facial del casco para secarse el sudor de la frente. Su rostro era de un rojo oscuro, a causa de la constante exposición al viento, al sol y a la arena; pero la zona que rodeaba sus ojos seguía perfectamente blanca, protegida de los elementos por su placa facial. Se pasó la punta de la lengua por los cuarteados labios. ¿Agua? No, no era momento para eso.

—Androides —susurró una voz dentro de su casco.

Era otro soldado de su pelotón, situado más abajo, en otra parte del risco. Parecía demasiado excitado por lo que veía para utilizar el procedimiento de comunicaciones adecuado, y ni siquiera reconoció su voz a causa de la distorsión causada por el equipo que creaba las interferencias.

Probablemente es Tami, pensó. Pero la verdad era que todos se sentían excitados. Exceptuando al sargento Makx Maganinny, jefe del pelotón de reconocimiento, era la primera situación de combate real para todos.

Evidentemente, Tami ya había sido capaz de utilizar sus electrobinoculares y estaba contemplando el ejército congregado bajo el risco. Desde su posición, Odie podía oír con claridad el rugido de los transportes de desembarco y el rumor del equipo pesado colocándose en posición.

Reptó con cautela por la cima del risco, sacó sus propios electrobinoculares y ajustó los delicados controles. De repente, ante sus ojos apareció una imagen nítida de miles y miles de androides de combate. Las lecturas de la pantalla indicaban que se encontraban a una distancia de 1.250 metros. Los gemelos TT-4 de Odie, los únicos del pelotón, empezaron a grabar imágenes que serían de un valor incalculable para el general Khamar cuando volviera —si es que volvía— y se reuniera con su equipo. Dado el coste de las tarjetas de datos que grababan las imágenes holográficas, sólo se había entregado una unidad TT-4 a cada pelotón. El sargento Maganinny se los había dado a ella por ser la mejor manejando la motojet.

—Probablemente no sucederá nunca —le había dicho—, pero si las comunicaciones se interrumpen en una situación de combate, o son interferidas por el enemigo, necesitaremos a alguien que pueda volar como el viento para que regrese al batallón con la información. Y ésa eres tú, jovencita. —El anciano combatiente había sonreído y posado la mano en su hombro—. Recuérdalo. En una guerra real, el mejor plan no tarda en evaporarse en cuanto se dispara el primer tiro. Puede que, algún día, esa motojet tuya y tú salvéis a todo el ejército.

—Son miles —susurró Tami.

El corazón de Odie se aceleró. Nunca había visto tan de cerca máquinas de combate reales como aquéllas. Ríos de sudor nervioso le surcaron la frente y gotearon de la punta de su nariz. Sintió náuseas, pero mantuvo los binoculares firmemente enfocados en la escena de abajo, de izquierda a derecha y al revés, lentamente, una y otra vez, tal como le habían enseñado.

—Utiliza el procedimiento adecuado y mantén las comunicaciones abiertas —había gruñido el sargento Maganinny.

Cada segundo que cualquier parte de la cabeza de Odie quedase expuesta por encima de la cresta aumentaban las posibilidades de que un aparato de detección enemigo pudiera localizarla y le disparase. Su corazón batía como un tambor. Otra nave aterrizó entre una vasta pluma de fuego y humo. Enormes nubarrones de polvo se alzaron en el aire hasta oscurecer la nave. Odie incrementó el aumento de sus gemelos, intentando descubrir alguna marca en la nave que aterrizaba.

Una onda conmocionadora tan fuerte como la bofetada de un wookiee impactó contra el lado izquierdo del casco de Odie, resultado de un disparo efectuado a unos cien metros de su posición, más abajo del risco.

La imagen de sus electrobinoculares se tornó borrosa durante un segundo. Una enorme nube de polvo se alzó de la zona de impacto, y Odie se vio bombardeada por piedras y esquirlas de roca. Otros disparos empezaron a impactar a su alrededor, y se sintió zarandeada a derecha e izquierda. El canal táctico de su casco explotó en gritos y alaridos.

Alguien empezó a aullar descontroladamente y, de repente, Odie comprendió que era a ella. Pero en ningún momento apartó los binoculares de sus ojos. Aunque ella no pudiera ver nada, seguro que el aparato seguiría grabando datos valiosos. Sintió que algo húmedo se deslizaba por el interior de su traje. ¿Era sangre o...?

— Alguien maldijo furiosamente a través del comunicador. Sólo el sargento Maganinny hablaba así.

—¡Salid de ahí! —aulló.

La transmisión terminó con un gruñido de dolor. Era cuanto Odie necesitaba para marcharse. Se arrastró hacia atrás por el risco, devolviendo cuidadosamente a su caja los preciosos electrobinoculares con sus valiosísimas grabaciones, y se dirigió a su motojet. Estaba aturdida por las explosiones, pero no gravemente herida.

Las motos utilizadas por el pelotón de reconocimiento no estaban construidas para fines militares, sino que eran un vehículo civil modificado por los técnicos militares de las fuerzas de defensa de Praesitiyn.

Una de las muchas medidas económicas que las fuerzas de defensa habían tenido que adoptar para poder disponer de un equipo en condiciones mínimas. Si el enemigo tenía sus propias tropas de reconocimiento, y éstas pilotaban modelos 74-Z, tendría problemas graves. Su motojet no era rival para las 74-Z, superiores en maniobrabilidad, blindaje y armamento. Y todo lo que ella tenía para defenderse era una simple pistola láser. No obstante, Odie conocía como la palma de la mano el terreno que la separaba del ejército del general Khamar, y, si era perseguida por tropas terrestres, incluso por fuerzas aéreas, podría utilizar esa ventaja en su favor.

También contaba con otra ventaja: podía conducir más deprisa que casi cualquier otro ser de la galaxia. Cuando Odie montaba en una moto se convertía en otra persona. A menudo, mientras viajaba a toda velocidad durante los ejercicios de entrenamiento, ni siquiera era consciente de hacer correcciones de rumbo. Era algo innato en ella. Sus compañeros se maravillaban de su habilidad como motorista. En los muchos meses que hacía que la habían asignado a las fuerzas de defensa de Praesitiyn, había perfeccionado sus habilidades naturales hasta un punto óptimo. No sólo cumplía escrupulosamente con los entrenamientos, sino que añadía unas cuantas maniobras más por su cuenta para mantenerse en forma. Los soldados se quejaban amargamente de los entrenamientos, incluso cuando se trataba de practicar maniobras que sabían que podían salvarles la vida en combate, pero Odie disfrutaba cada segundo de ellos.

Vivía por poder realizar carreras como la que ahora tenía que emprender. Utilizando el risco como cobertura, se lanzó a toda velocidad, a unos 250 Km./h., pegándose al contorno del terreno y a menos de un metro de altura. A esa velocidad, y yendo tan cerca del suelo, el menor error podía convertirse en un desastre. Cuando ya se encontraba a un kilómetro de la cresta, se zambulló hacia un profundo arroyo y redujo la velocidad. De repente, su corazón se detuvo. Justo por encima de ella y fuera de su línea de visión, sobre el borde del cañón, oyó el rugido de otra motojet. Malas noticias: el motor no era de los suyos.

Se detuvo en las profundas sombras, junto a la pared del cañón, y se quitó el casco para oír mejor. El único sonido que percibía era la pulsación de la sangre en sus propias venas. La otra motojet también se había detenido.

Sacó con cuidado la pistola láser de la funda. Como tenía las manos muy pequeñas, Odie había pedido a los técnicos de mantenimiento que le modificaran el arma para poder sujetarla bien. Le habían quitado la mira telescópica y el inyector para que pudiera sacarla de la funda con más rapidez, y habían reducido la longitud del cañón, lo que aligeraba considerablemente el arma. También habían reducido la culata e instalado una célula de energía más pequeña para que sus dedos pudieran sujetar mejor el arma. Un punto de mira de hierro sobre la boca del cañón reemplazaba la voluminosa mira telescópica.

Todo aquello hacía que la pistola láser fuera mucho más ligera y más fácil de desenfundar, aunque su alcance, en manos de un tirador normal, se había reducido de veinticinco metros a sólo diez. Pero Odie no era una tiradora normal. Los otros miembros de su pelotón se habían burlado de Odie por su "pistolita de juguete", ya que, al ser la célula de energía más pequeña, el número de disparos que podía realizar se había reducido y ellos insistían en ese hecho con machacona insistencia. Pero un viejo sargento de artillería le había dicho: "Si el primer tiro es bueno, ¿para qué necesitas toda la potencia de fuego que tienen los modelos más grandes? Deja que esos tipos jueguen con sus cañones manuales".

Los técnicos habían descrito orgullosamente su remodelaje de la pistola definiéndola como un "arma de cintura", sólo para ser utilizada desde muy cerca. No obstante, incluso disparando con una sola mano, Odie acertaba blancos situados a sesenta metros con una precisión impresionante; tras esa demostración, las burlas de sus compañeros se habían convertido en respeto. Disparar bien con un arma manual requiere una buena coordinación ojo-mano, y eso era algo que a Odie le sobraba. De todas formas, se suponía que las tropas de reconocimiento nunca tenían que entrar en combate con el enemigo, y aquella pistola modificada era justo lo que Odie necesitaba para viajar ligera y veloz.

Odie se echó hacia atrás el casco y agitó su corto pelo trigueño. Lo tenía empapado de sudor y sucio por la arena. A partir de ese momento necesitaba 360 grados de visibilidad y, dado que probablemente no podía contar con ayuda, las comunicaciones ya no importaban. Con el seguro de la pistola quitado y el dedo fuera del gatillo, manejó la motojet con una mano, haciéndola avanzar poco a poco. Delante de ella, el terreno se elevaba abruptamente. Hizo una pausa sobre una roca caída, contemplando la pendiente por la que el cañón ascendía hasta la superficie.

Surgió del cañón a doscientos kilómetros por hora. Frente a ella había un soldado enemigo sentado en una motojet. Disparó contra él, pero no esperó a ver si el láser le acertaba y lo derribaba de su montura. Por un segundo se preguntó si debía volver y apoderarse de su vehículo, pero los reflejos adquiridos durante su entrenamiento actuaron por ella, y eso le salvó la vida. Zigzagueaba en amplios giros a izquierda y derecha, cuando un rayo de alta energía disparado por un segundo soldado que no había visto le pasó por encima del hombro. Se lanzó tras Odie, pasó a su lado como un borrón de velocidad gracias a la mayor velocidad de su máquina dio una curva cerrada y cargó directo contra ella. Odie frenó de golpe y disparó, pero falló. El disparo del soldado también falló, por mucho.

Podría haber jurado que sonreía ferozmente mientras pasaba a su lado.

Cien metros por delante de Odie se alzaba una dentada formación de rocas que el tiempo y la erosión habían convertido en una serie de peñascos del tamaño de un bantha, y que se extendía a lo largo de varios kilómetros en la dirección en la que Odie quería viajaba.

Había visto aquella formación mientras se alejaba del grueso del ejército. Condujo su motojet hacia ella y se ocultó tras uno de los enormes peñascos. Si el soldado resultaba ser lo bastante estúpido como para ir en su busca, podría tenderle una emboscada. No lo fue. Captó un fogonazo sobre su cabeza. Era la motojet militar, que avanzaba a toda velocidad, unos veinticinco metros por encima de las piedras. Demasiado lejos para intentar siquiera dispararle.

Las sombras empezaban a alargarse y Odie miró su crono de muñeca. No faltaba mucho para el anochecer. Si conseguía ocultarse entre las rocas hasta que se hiciera de noche, sus oportunidades de salir viva de allí aumentarían considerablemente. Pero eso no era una opción. Los datos que había grabado debían llegar rápidamente al cuartel general. Tenía que actuar con el supuesto de que era la única exploradora que había logrado sobrevivir al ataque. Tendría que arriesgarse. Cuando llegase al cuartel general, ya sería de noche.

Penetró todavía más en la formación rocosa, con la precaución de mantener la motojet a poca velocidad. Una serie de enormes peñascos, le bloquearon el camino. No veía forma de rodearlos y no se atrevía a sobrevolarlos, aunque su motojet podía alcanzar la altura necesaria. La única salida era un estrecho paso de unos quince metros de anchura. El paso estaba muy oscuro y dudó. Es ideal para una emboscada, pensó. El vello de su antebrazo se erizó, y un frío escalofrío recorrió su columna vertebral. Tomó aliento profundamente y entró en el angosto declive.

Las sombras crecieron entre las rocas, dejando algunas zonas en una oscuridad casi total. Odie pensó en volver a colocarse el casco para poder aprovechar su función de visión nocturna, pero rechazó la idea. Se sentía aprisionada llevándolo. Avanzó lentamente en la oscuridad, sorteando cuidadosamente las obstrucciones o pasando por encima de ellas.

Su corazón se saltó de repente un latido. ¿Qué era ese ruido que surgía de aquella mancha de oscuridad? Se quedó inmóvil y buscó la pistola láser.

¡Quieto! —restalló una voz. Su dueño salió de las sombras empuñando una pistola láser que apuntaba directamente a su pecho—. No te muevas —ordenó.

Odie se inclinó hacia delante, preparándose para lanzarse contra él, pero el soldado disparó un tiro de aviso. En el breve resplandor de luz, Odie se sorprendió al ver otra figura acechando en las sombras, un poco detrás del soldado y dirigiéndose hacia él. ¿Eran dos? La cabeza del soldado se volvió ligeramente en dirección a la figura que se le acercaba. En el mismo instante en que la figura disparaba con su pistola, Odie impulsó su motojet hacia delante. Sorprendentemente, el rayo no iba dirigido contra ella sino contra el otro soldado, que trastabilló hacia las sombras con un humeante agujero en su pecho.

—¡Odie! —exclamó una voz áspera. Ella frenó al instante.

¡Reconocería aquella voz en cualquier parte, era la del sargento Maganinny! Se tambaleó hacia ella, sujetando flojamente la pistola en la mano. Incluso en la escasa luz pudo ver que estaba herido. La carne de su mejilla izquierda colgaba en jirones, y su oreja izquierda, junto al pelo de ese lado de la cabeza, había desaparecido. Había ardido. Y por la forma en que cojeaba, Odie estaba segura de que tenía otras heridas.

El sargento se tambaleó frente a ella, con una retorcida sonrisa en su rostro:

—Me alegra volver a verte, pequeña.

—¡Sargento Maganinny!

Odie desmontó de la motojet y lo ayudó a sentarse en el suelo.

—Creí..., creí que los habían matado a todos. Mi motojet... —hizo una pausa para recuperar el aliento y señaló algún punto tras él—. Creí que habían acabado con todos nosotros, chica.

—Sargento...

Él agitó su cabeza.

—Mi cara no está tan mal como parece, casi todo es superficial.

Déjame aquí y vete. Envía ayuda luego, pero antes tienes que volver al cuartel general.

—No —negó Odie con firmeza—. Iremos los dos en mi motojet. No pienso abandonarlo aquí.

—Escucha, soldado —cortó el sargento con un tono de voz que hacía recordar que era un viejo combatiente—. Harás lo que...

—No —repitió ella, pasándole una mano por debajo del brazo y ayudándolo a ponerse en pie—. Podemos ir en tándem. Pronto habrá anochecido y usaremos los accidentes del terreno para cubrirnos.

Maganinny gruñó, en parte por el dolor de sus heridas y en parte porque estaba demasiado débil para discutir.

—Una cosa, soldado... —dijo—, no pienso ir en esa moto con un soldado que no sabe llevar correctamente su uniforme.

— ¿Qué?

—Ponte el casco.

Odie lo contempló fijamente por un instante, escéptica. Ambos estallaron en una carcajada histérica.

El general Khamar se encaró con su jefe de Estado Mayor.

—Movámonos. Podemos encargarnos de esos androides. Lleve nuestra infantería blindada y nuestra artillería hasta esa loma de ahí —movió su dedo por encima del mapa tridimensional para señalarla—. Excave trincheras y espere a que carguen contra nosotros. Entonces los atacaremos con todos los cazas disponibles para cubrir nuestro propio avance —se volvió hacia sus oficiales—. Podremos detener sus avances si conseguimos llegar los primeros a ese terreno elevado.

Los oficiales se dirigieron a sus regimientos para impartir las órdenes y poner al ejército en movimiento.

Odie, inmóvil, había prestado atención mientras el general y su personal organizaban el ataque con la información conseguida por ella. Se preguntó por el destino de sus camaradas, ya que no había visto a ninguno. Luchaba por controlar el nudo que se formaba en su garganta cuando comprendió que probablemente estaban muertos. De vez en cuando alguien la saludaba con un gesto de cabeza o levantaba un pulgar, y aquellos silenciosos reconocimientos a su labor hacían que su pecho se hinchara de orgullo y la ayudaban a sobreponerse al dolor que sentía y al agotamiento físico que la abrumaba.

Por fin, Khamar se volvió hacia ella.

—Descanse, soldado. No sólo es valiente..., sino bastante afortunada.

Nunca había estado tan cerca de los oficiales de alto rango y se sentía impresionada ante la tranquila eficacia con la que trazaban sus planes. ¡Y ahora, el propio general se dirigía directamente a ella! No había tenido tiempo de lavarse; tenía la cara manchada de suciedad y sudor, y el pelo le colgaba sobre la cara en sucias mechas. Su voz sonó demasiado aguda cuando respondió, pero no dudó al contestar.

—Estuve asustada todo el tiempo, señor, y no necesité suerte; tenía al sargento Maganinny respaldándome.

El general la contempló un momento, y asintió con la cabeza. —Bien, ahora ya sabe lo que hace que un ejército funcione de verdad.

Capítulo 5

El general Khamar y varios de sus oficiales de Estado Mayor observaban a los invasores desde el mismo risco en que horas antes había estado Odie. Khamar había conseguido llegar al risco antes de que el enemigo pudiera desplegar sus fuerzas y establecer una posición defensiva fuerte. De momento, los invasores se habían contentado únicamente con hostigar a las fuerzas de Khamar mediante fuego de artillería, pero sin intentar atacarlas.

—Estamos demasiado bien atrincherados —señaló uno de los oficiales.

—De todas formas, casi todos son androides. No son rivales para nuestras tropas —observó otro.

El general Khamar lo contempló unos instantes. ¿No son rivales para nuestras tropas? Obviamente, el oficial no tenía ni idea de lo letales que podían ser los androides. Pensó en sustituirlo por alguien que estuviera más en contacto con la realidad de la situación, pero comprendió que no tenía tiempo de que llegase un sustituto. Volvió a meditar sobre la situación que se le planteaba. En todo aquello había algo extraño. El ejército de cincuenta mil androides estaba allí abajo, tranquilamente, sin realizar un solo movimiento contra él. ¿Qué podían estar esperando?

—No pueden flanquearnos, señor... Tenemos fuertes defensas en ambos lados —observó otro oficial—. Si piensan atacar, tendrán que hacerlo cargando directamente por la ladera; y si hacen eso, los haremos pedazos. Deben de estar esperando refuerzos.

El general Khamar frunció el ceño, pensativo, mientras se acariciaba la corta barba. No había dormido en cuarenta y ocho horas. Era uno de los grandes problemas de la guerra: nunca se podía dormir lo suficiente.

Khamar había solicitado refuerzos de Coruscant muchas veces, así como acorazados para proteger el planeta desde la órbita, pero siempre le rechazaban las solicitudes. La República, y él lo sabía bien, estaba metida en una guerra a gran escala. Y las fuerzas que necesitaba para defender Praesitiyn le habían sido negadas porque eran necesarias en otros frentes.

Cuando señaló la importancia estratégica del Centro de Comunicaciones Intergalácticas le respondieron que tenía que defenderse con las fuerzas a su disposición. Ni siquiera los sluissi podían ayudarlo; aunque tenían naves espaciales, las necesitaban para proteger sus astilleros.

Era casi como si la República hubiera querido que los separatistas atacaran Praesitiyn. El general se había guardado ese pensamiento, por supuesto. De todas formas, era ridículo. Todo el mundo sabía lo importante que era Praesitiyn. Todo el mundo sabía lo peligrosamente dispersas que estaban las fuerzas de la República.

Pero...

De repente, el general supo con absoluta claridad lo que iba a pasar.

Se giró hacia el mapa holográfico que mostraba sus posiciones y el terreno circundante, y puso su dedo sobre una vasta y confusa formación rocosa, a unos diez kilómetros tras su línea defensiva.

—Quiero que establezcamos ahí una posición —ordenó con rapidez—. Empezad a trasladar nuestras tropas. Movedlas rápidamente, pero en pequeños grupos, empezando por la infantería y las tropas de apoyo. Si el enemigo descubre nuestro movimiento y nos ataca, no quiero que cojan al descubierto al grueso de nuestras tropas. Que los ingenieros de combate acompañen al primer grupo y fortifiquen la zona. La artillería móvil se encargará de lanzar una cortina de fuego contra el enemigo para que tengan que mantener la cabeza agachada. Acabarán atacándonos, así que resistiremos en este risco hasta el último momento posible, mientras asegurárnosla nueva zona defensiva. Entonces, nos retiraremos. ¿De cuántos cazas disponemos?

—Tenemos toda una escuadrilla operativa, señor, pero...

—¡Bien! Podemos utilizar nuestra superioridad aérea para cubrir nuestra retirada.

—Pero, señor —protestó otro oficial—, aquí tenemos una posición defensiva clásica. No pueden romper nuestras líneas.

Otros miembros del equipo murmuraron un asentimiento a esa observación, mirándose nerviosamente los unos a los otros y de forma interrogadora a su comandante.

—Ni quieren romper nuestras filas, ni ésta es su fuerza principal—anunció el general con tranquilidad—. Nos han engañado. La fuerza principal todavía no ha desembarcado. Y cuando lo haga, lo hará detrás de nosotros, entre esta posición y el Centro de Comunicaciones.

Esas tropas —señaló más allá del risco— son el yunque. El martillo nos golpeará... por la espalda.

Un silencio absoluto siguió a las palabras del general Khamar durante cinco segundos, mientras su significado penetraba profundamente en los soldados.

—Oh, no —susurró alguien.

—Escuchadme con atención -suspiró el general Kahmar- No hay una forma suave de decirlo, pero nos estamos retirando. Llamadlo como queráis, pero es vital que la moral no se vea afectada.

—Entonces, general, no diremos que nos retiramos -interrumpió un oficial- Sólo diremos que estamos moviendo nuestras posiciones ofensivas en una dirección distinta.

El general Khamar sonrió y palmeó a su oficial en el hombro.

—¡Genial! Muy bien, adelante. Intentaré salvar lo que pueda de este ejército, y si los separatistas logran capturar el planeta, lo cual terminaran haciendo si tengo razón, al menos se lo haremos pagar caro. Espero que no sea demasiado tarde para fortificar aquellas rocas.

Pors Tonith ni siquiera se molestó en mirar a Karaksk Vet'lya, su jefe de Estado Mayor, cuando el bothano le llevó las noticias:

—Vaya, no es tan estúpido cómo pensábamos —comentó Tonith con una tensa sonrisa en sus labios teñidos de púrpura-. ¿Cuánto hace que están realizando ese movimiento?

Su tono era engañosamente controlado. La piel de Karaksk se onduló suavemente mientras buscaba las palabras apropiadas para que lo que tenía que decir apareciera con la mejor luz posible.

-Más o menos una hora, señor, pero nosotros...

-¡Ah! -Tonith terminó mirando a Karaksk y levantando su índice para pedir silencio-. ¿"Nosotros", dices? ¿"Nosotros"? ¿Tienes por casualidad un dianoga de peluche en tu bolsillo? ¿Quiénes son esos "nosotros" que han tomado decisiones que afectan a mi ejército?

Karaksk tragó saliva nerviosamente.

-Quiero decir, señor, que nuestro Estado Mayor observó ese movimiento de retirada por parte de los defensores, y nosotros, el Estado Mayor y yo, decidimos observarlo durante un cierto tiempo para esto..., para intentar deducir el plan del enemigo. -Su pelaje onduló con más violencia, mientras el miedo afloraba a la superficie.

-¿Vosotros decidisteis eso? -Tonith dejó delicadamente su taza de te sobre el plato y se puso en pie-. Y según vosotros resulta que se están retirando, ¿verdad? -Sonrió antes de gritar-. ¡Idiota! -La saliva voló de sus labios y una mancha húmeda apareció en el pelaje de Karaksk- Han descubierto nuestro plan y no se retiran, sino

que se trasladan a posiciones mas defensivas... ¡Hasta un androide lo habría deducido! —Tonith intento calmarse—. ¿Qué fuerza mantienen en su posición original"? ¿A que distancia se encuentra el grueso de sus fuerzas del Centro de Comunicaciones?.

—Su artillería móvil sigue en su puesto original, señor —replicó Karaksk, sintiendo más confianza—. Parte de su infantería y de sus tropas de apoyo han llegado hasta una barrera natural de rocas situada a unos diez kilómetros de distancia del frente original. El resto parece estar en ruta. Se encuentran a unos ciento cincuenta kilómetros del Centro.

—Interesante —Tonith empezaba a creer que aquello iba a resultar todo un reto para él—. Que el grueso de nuestras tropas aterrice de inmediato. Tengo dos elecciones: puedo dejar que fortifiquen una guarnición, y aislarla mientras avanzo para que el resto de mi ejército tome el Centro..., o puedo destruir primero la guarnición y después tomar el Centro. ¿Qué curso de acción seguirías tú, querido compañero?

—Bueno, señor, yo aislaría la guarnición y seguiría avanzando hacia el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. ¡Su plan está funcionando perfectamente, señor!

—¿Y dejar un contingente enemigo a mis espaldas? ¿Lo dices en serio?

—Bueno...

—Los enemigos muertos no vuelven a combatir. Primero destruiremos su ejército y después tomaremos el Centro de Comunicaciones. Tenemos la fuerza y el tiempo. Ahora, vete —concluyó, dirigiéndole una mirada feroz.

Tonith sonrió ante la rápida retirada de Karaksk. Los bothanos eran traicioneros, oportunistas y avariciosos, características que comprendía perfectamente y que le servían para manipularlos. Y las ondulaciones de su pelaje permitían que alguien con un mínimo de astucia pudiese leer fácilmente sus intenciones.

—Tengo una misión para usted.

Odie se cuadró ante el comandante del pelotón de reconocimiento, y ante otro oficial al que, por las insignias de su uniforme, identificó como un ingeniero.

—Éste es el teniente coronel Kreen, comandante de nuestro batallón de ingenieros. Quiero que lleve al coronel Kreen hasta esa formación rocosa donde encontró al sargento Maganinny. Ahora mismo.

—Sí, señor —respondió Odie.

—Cuando quiera, soldado —añadió Kreen.

Salió tras dirigir al teniente un breve asentimiento de cabeza. Mientras se dirigían al batallón de ingenieros, le explicó el motivo de la misión.

—Tengo una caravana de esquifes de carga llenos hasta los topes y dispuestos a moverse. Quiero que lo guíe hasta esa formación rocosa. Allí descargarán y prepararán otra posición defensiva —sonrió a la chica pero su corazón dio un vuelco cuando vio que ella interpretaba instantáneamente aquel movimiento de repliegue como lo que realmente era—No es una retirada —le advirtió—. Sólo intentamos establecer una base trasera de aprovisionamiento. ¿Está dispuesta para partir? —preguntó, frunciendo el ceño. Había conseguido recuperar su confianza, pero aquella mínima pausa casi lo traiciona.

—¡Sí, señor! —replicó Odie, entusiasmada.

Dado que por el momento no necesitaban realizar misiones de reconocimiento, la habían trasladado a Comunicaciones para trabajar en su segunda especialidad..., y allí se aburría mortalmente.

La soldado de reconocimiento Odie Subu montó en su motojet mientras contemplaba de cerca los trescientos vehículos que el batallón de ingenieros había conseguido reunir para dirigirse hacia la retaguardia.

Había excavadoras, removedoras de tierra, constructoras de puentes, transportes de material y más máquinas exóticas cuyos usos ni siquiera se atrevía a imaginar. No obstante, los más numerosos eran los transportes de carga, muchos de los cuales estaban marcados con símbolos que indicaban que su cargamento eran explosivos militares.

La chica estimó que había suficientes explosivos en la caravana como para volar todas las posiciones actuales del enemigo, y por un instante se preguntó por qué el general Khamar no ordenaba a los ingenieros que los utilizaran para arrasar todo el ejército androide. Después comprendió que el ejército no tenía manera de situar aquellos explosivos en medio del ejército androide sin que el encargado de esa misión muriera antes de poder realizarla. Aun así, pensó, le parecía una lástima no dejar algunos allí y hacerlos explotar al paso de los androides para destruir todos los posibles mientras seguían al ejército en retirada.

Bueno, decidió, el general Khamar sabrá lo que hace. Además, ¿cómo sabía ella que los ingenieros no habían colocado ya explosivos para acabar con los androides cuando llegaran a su actual posición?

—Soldado de reconocimiento Odie Subu —la voz del coronel Kreen le llegó a través de su casco.

—Aquí la soldado Subu, señor —dijo al micro.

—Estamos listos. Adelante.

Odie echó un último vistazo a la caravana. Cualquier ruta que ella eligiera tendría que acomodarse al vehículo de ingenieros más grande.

Sacudió la cabeza con fastidio, pero el movimiento quedó oculto por el casco. La mayor de aquellas máquinas era tan grande que tendría que guiarlos a su destino dando un rodeo.

—En marcha, señor —dijo, y arrancó su motojet.

No podía conducir a la caravana a mucha velocidad, ni siquiera a los patéticos 250 kilómetros por hora, que era la velocidad máxima que alcanzaba su moto. En aquel terreno rocoso tenía que mantenerse por debajo de los cincuenta, que era la velocidad máxima del vehículo más lento de la caravana. A veces hasta tenía que frenar más aún para mantener la marcha, cuando no frenaba porque el coronel Kreen opinaba que levantaban demasiado polvo. A vista de pájaro, la distancia que tenían que cubrir era de apenas diez kilómetros, pero la ruta que siguieron, esquivando los peñascos y a veces dando marcha atrás cuando un obstáculo parecía insalvable, hizo que la distancia real fuera cuatro veces mayor..., y que tardaran en cubrirla más del cuádruple del tiempo necesario.

Al menos lo estaban consiguiendo. Odie hizo una pausa y se echó a un lado, mientras los vehículos de los ingenieros pasaban ante ella.

El coronel Kreen sacó su vehículo de la columna para acercarse.

—Buen trabajo, soldado —dijo—. Me encargaré de que el general Khamar y su jefe de pelotón reciban un informe de lo bien que lo ha hecho. Ahora será mejor que regrese.

—Gracias, señor.

Odie saludó y esperó a que el comandante de ingenieros regresara a su vehículo, antes de volver a montar en su motojet. Regresó al cuartel general a toda velocidad.

El teniente Erk H'Arman sabía que estaba cayendo en picado, pero mantuvo la cabeza fría mientras se acercaba a la superficie del planeta a una velocidad escalofriante, haciendo acopio de toda la habilidad de que era capaz para intentar salvar su caza estelar. El disparo del caza enemigo le había golpeado como un martillo y lo habían arrojado al suelo en un tirabuzón incontrolable. Apenas fue capaz de dominar su aparato y estabilizarlo a unos mil metros del suelo. El sistema hidráulico fallaba, y sabía que sólo podía elegir entre eyectarse o intentar aterrizar. Por el momento no había fuego dentro de la cabina. El mayor temor de un piloto era achicharrarse vivo dentro de su carlinga; estrellarse no era problema..., morías rápido.

Había sido el escenario más rico en objetivos que Erk y sus compañeros pilotos habían encontrado nunca. Ni siquiera en las muchas simulaciones de las sesiones de prácticas se habían encontrado con una situación como aquella. Tres pilotos de la misma escuadrilla de Erk murieron, estrellándose contra cazas enemigos, y no porque lo hicieran a propósito. Simplemente porque eran demasiados para pasar a través de ellos sin chocar con alguno. La batalla seguía lejos, muy arriba, muy por encima de él. El enemigo estaba venciendo, pero, ahora, Erk H'Arman intentaba salvar la vida y, si era posible, su nave.

Una tormenta de arena oscurecía el terreno bajo él. El traje de Erk estaba empapado de sudor, y sabía que debía de haber perdido unos buenos dos litros de agua durante el combate. Esa pérdida de fluidos hacía que se sintiera sediento, pero no tenía elección, tendría que adentrarse en la tormenta. Tomó su decisión.

—Bueno, pequeño, no pienso abandonarte —susurró, luchando por mantener su caza estelar nivelado. Estaba dispuesto a correr la misma suerte que él.

Odie estaba a medio camino de regreso hacia el grueso del ejército, tras guiar a los ingenieros hasta la formación rocosa donde tenían que excavar y preparar las nuevas posiciones defensivas, cuando la tormenta la golpeó con la rapidez y ferocidad típicas de tales eventos en Praesitiyn. El viento se elevó a cincuenta o sesenta kilómetros por hora en un abrir y cerrar de ojos, azotándola desde todos lados y dificultándole el control de la motojet. Se detuvo y paró el motor. Millones de granos de arena la golpearon. Cuando la tormenta amainase, diez minutos o diez días después, sabía que su casco estaría erosionado por la arena.

Ahora, no obstante, no podía ver más allá de dos metros. Desmontó y, tras desconectar los repulsores, tumbó suavemente su vehículo, enroscándose junto a él para esperar a que pasara la tormenta.

Un rugido que hizo temblar la tierra, más fragoroso incluso que el rugido del viento, la sacudió, al tiempo que un enorme objeto pasaba a menos de diez metros de ella, arrastrando tras de sí una enorme cola de llamas tan caliente que pudo sentirla incluso a pesar de su traje protector. Oyó un ruido chirriante, como el frotar de un objeto metálico contra el suelo. A cierta distancia, a su derecha, vislumbró un breve resplandor rojizo inmediatamente oscurecido por las nubes de arena. Un caza se había estrellado a poca distancia de donde ella se había tumbado. No oyó ninguna explosión, así que supuso que el caza podía estar más o menos intacto. Se preguntó si el piloto habría sobrevivido. Y después siguió preguntándose qué nave sería. Siguió recostada contra su motojet, indecisa sobre si debía investigar lo ocurrido.

De repente, el viento dejó de soplar. Odie levantó la cabeza por encima de la carcasa de su motojet y vio un débil resplandor procedente de los motores de la nave abatida. Estaba familiarizada con todos los diseños de la flota separatista —era parte de sus tareas como soldado de reconocimiento—, pero a esa distancia y con tan mala visibilidad no podía asegurar a qué bando pertenecía la máquina. Lo único que podía ver era que no se había destrozado con el impacto.

Enderezó la motojet, montó en ella y se acercó lentamente a la máquina caída, pero desenfundó la pistola láser mientras avanzaba.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para poder ver las marcas del caza, lo identificó como perteneciente a las fuerza de la defensa aérea de Praesitiyn. La carlinga estaba cerrada y no podía distinguir al piloto. El caza crujía y gruñía como un ser vivo quejándose por el dolor, pero sabía que era debido a que los sobrecalentados componentes empezaban a enfriarse. Se preguntó si podría explotar. No lo sabía, pero no había tiempo que perder. Saltó de la motojet y trepó por el costado del caza.

Seguía sin poder ver el interior de la carlinga. La golpeó con el puño, y de repente se abrió. El piloto estaba sentado, todavía con el arnés puesto, y apuntándole directamente a la cara con una pistola láser.

—¡No dispaes! —gritó, apuntando instintivamente al hombre con su propia pistola.

Ambos se quedaron inmóviles un instante muy largo, apuntándose con las armas.

—Bueno, me alegro de verte —dijo al fin el piloto, bajando el láser.

Odie le ayudó a quitarse el arnés y saltaron a tierra, sentándose en el suelo al abrigo del caza.

—¿Tienes agua? —preguntó él—. Tuve que despegar tan deprisa que no me dio tiempo a recargar mis sistemas de hidratación.

La chica sacó la cantimplora de dos litros que llevaba en la motojet y se la pasó. Él bebió unos sorbos con precaución y se la devolvió, dándole las gracias. Mientras lo hacía, estudió a su nueva compañera. Era pequeña y, por lo que podía ver de la barbilla y los labios que asomaban bajo el casco, hasta bonita. Por su parte, Odie hizo lo mismo. ¡Era un piloto de caza! Los pilotos eran los únicos de todo el ejército por los que los soldados de reconocimiento sentían algún lazo. Como ellos, los pilotos actuaban solos, por su cuenta, sin relación con los demás, sobreviviendo gracias a su habilidad y a sus agallas.

Ambos comprendieron a la vez lo que pensaba el otro y estallaron en carcajadas al unísono.

—Bueno, creo que hagamos lo que hagamos tendremos que hacerlo juntos —dijo el piloto—. Me llamo Erk H'Arman, ¿y tú? —y alargó la mano.

Odie se sorprendió de que un oficial le hablase de una manera tan franca y abierta —ni siquiera se había identificado como oficial—, pero se recuperó rápidamente.

—Soldado Odie Subu, pelotón de reconocimiento, señor —y le estrechó la mano.

—¿Reconocimiento? Eso es bueno, muy bueno. Si puedes llevarme hasta la base podré volver a la batalla.

A Odie le gustó el sonido de su voz. Tenía un corte en la frente debido al aterrizaje forzoso, pero la sangre que había manado y manchado un lado del rostro ya

estaba seca. El corto pelo negro y los profundos ojos azules parecían compensaban una fuerte complexión que le hacía parecer un atleta recién salido de una dura prueba.

El viento había amainado mucho. Odie se puso en pie.

—Sígueme, señor —dijo, extendiendo la mano para ayudarlo a levantarse.

En ese instante, el mundo explotó a su alrededor.

Capítulo 6

La batalla por el Centro de Comunicaciones Intergalácticas fue corta, pero feroz, y el resultado nunca se puso en duda. El valiente comandante Llanmore y la mezcla de soldados humanos y sluissis de su batallón sabían que el resto del ejército destinado en Praesitiyn no podría acudir en su ayuda aunque no hubiera sido derrotado y todavía estuviera combatiendo. Eran plenamente conscientes de que su misión era retrasar todo lo posible la captura del Centro para que Reija Momen y sus técnicos destruyeran el equipo de comunicaciones. Sólo lo lograron parcialmente.

—¡Alto! —ordenó Reija a los técnicos mientras los primeros androides de combate entraban en la sala de control—. No ofrezcáis resistencia. No quiero que muera ninguno de vosotros.

Pero no pudo salvarlos a todos. Tres técnicos no escucharon su orden y siguieron destruyendo equipo. Murieron cuando los androides dispararon contra ellos.

—Señora, creo que acabamos de convertirnos en prisioneros —murmuró Slith Skael, situándose frente a Reija para protegerla de los androides. Todos los demás alzaron las manos en signo de rendición. Los androides obligaron con golpes y empujones a los técnicos a que se apiñasen en el centro de la sala de control, y los rodearon con las armas preparadas.

Los androides de limpieza esquivaron los cuerpos de los tres técnicos, mientras intentaban eliminar los destrozos y las manchas del suelo.

Uno de ellos, programado para cargar con pequeñas cantidades de basura, intentó en vano mover uno de los cadáveres. Frustrado, emitió un zumbido sin dejar de intentar cumplir con su deber. De no ser la situación tan desesperada, Reija hubiera encontrado muy divertidos los esfuerzos del pequeño androide.

—¿Y ahora qué? —preguntó alguien.

—Si, len, cíol! —ordenó uno de los androides.

—¡Exijo hablar con vuestro comandante! —dijo Reija con voz autoritaria.

Un androide se movió rápidamente en torno a Slith y clavó la culata de su rifle láser en el estómago de Reija, dejándola sin aire. Slith dio media vuelta y la sujetó, impidiendo que cayera al suelo. Interpuso su apéndice caudal de forma protectora entre la mujer y el androide, mientras ella se desplomaba en sus brazos.

—¡Si, len, cíol! —repitió el androide.

—¡Ah, qué conmovedor!

Una figura alta, cadavérica, entró en la sala de control. Hizo una ligera reverencia a Reija, que aún buscaba aire en los brazos de Slith.

—¿Puedo presentarme? —preguntó amablemente—. Soy el almirante Pors Tonith, del Clan Bancario Intergaláctico, y ahora estoy a cargo de este miserable pedazo de roca —repitió la reverencia y, fingiendo indiferencia, limpió un poco de

suciedad de su capa. Sonrió, mirando a Reija y revelando sus dientes horriblemente teñidos—. Supongo, madame, que usted es la administradora jefe de esta instalación.

No esperó respuesta, sino que indicó a los androides que se retirasen unos pasos. El silencio de la sala fue roto por varios zumbidos.

—¿Qué es ese ruido infernal? —Tonith rebuscó con la mirada a su alrededor, hasta que vio el pequeño androide de limpieza que producía el ruido—. Esas malditas cosas siempre andan molestando. Destruídla—chasqueó los dedos en dirección a uno de sus androides de combate.

Un segundo después, el pequeño androide de limpieza era aplastado. Sus componentes se desparramaron por el suelo, y otros androides corrieron para recogerlos.

Tonith sonrió, movió los hombros como si se colocase más confortablemente su capa y se acercó a Reija. Pero Slith siseó y alzó su apéndice defensivo.

—Qué galante —sonrió Tonith, satisfecho, pero retrocedió rápidamente—. Vuelve a enfrentarte conmigo, basura sluissi, y te mataré. ¡Ven aquí, mujer! —y señaló el suelo justo delante de él.

—El ge..., general Khamar... —Reija luchó por recuperar el aliento—. El general Khamar y sus tropas no se encuentran lejos de aquí y acudirá a...

Tonith sacudió su cabeza, fingiendo sentir tristeza:

—No, lo siento. Tu minúsculo y poco efectivo ejército ha sido destruido. Ahora, ven aquí.

—¿Señora? —preguntó Slith, reluctantante a dejarla ir,

—Estoy bien, amigo mío —boqueó Reija.

Slith la soltó y ella caminó vacilante hasta situarse frente a Tonith.

El sonrió ampliamente, satisfecho. Reija estaba lo bastante cerca como para percibir su aliento, increíblemente fétido. Sonriendo más ampliamente todavía, Tonith se lo echó deliberadamente a la cara.

—Siempre he odiado a los de tu especie —masculló Reija.

Años antes, uno de los clanes bancarios familiares había ayudado a su padre con la hipoteca de su granja durante un periodo de malas cosechas, pero le quitaron la propiedad cuando no pudo pagar los plazos de devolución de la hipoteca. Todo de forma muy legal y con muchas disculpas. Pero el anciano perdió la granja. Los Momen tuvieron que trasladarse a la ciudad, y la pérdida de su amada granja provocó que el padre de Reija cayera en una profunda depresión que, con el tiempo, lo llevó a la muerte.

—¡Oh! —Tonith se inclinó hacia Reija—. ¿Amor? ¿Odio? Esas emociones no significan nada para mí. Tu vida tampoco, mujer. He venido a realizar un trabajo y para mí sólo sois activos, meros activos en una cuenta de resultados.

Reija ya estaba harta. Su mano se disparó para golpear el rostro de aquella criatura que había llegado para destrozar su vida y matar a su gente. El restallido de la bofetada sorprendió a todo el mundo, pero especialmente a Pors Tonith, que retrocedió tambaleándose hasta chocar contra uno de sus androides, la mano en la mejilla y una expresión de absoluta incredulidad en el rostro, tan ridícula que Reija, sabiendo que no tenía nada que perder, soltó una carcajada.

Tonith se abalanzó hacia delante con agilidad y fuerza inesperadas, cogió a Reija por el pelo y la arrojó al suelo. Slith saltó para proteger a su jefa y Tonith se giró hacia él.

—¡Matad a ese reptil! —gritó.

El androide más cercano alzó su rifle láser en dirección a Slith mientras los técnicos se apartaban de la línea de fuego, algunos gritando de terror.

—¡No ¡No! —aulló Reija desde el suelo—. ¡Basta! ¡Basta, por favor!

Tonith hizo un gesto para que el androide bajara el arma.

—Escuchadme todos —dijo, dirigiéndose al pequeño grupo en general—. Habéis sido completamente abandonados por la República. Ahora, Praesitiyn es mío. Sois mis prisioneros y seréis bien tratados si obedecéis mis órdenes.

—He enviado un mensaje de aviso a Coruscant —interrumpió Reija, mientras se ponía nuevamente en pie. Era un farol, pero estaba dispuesta a seguir mostrándose desafiante.

—Querrás decir que intentaste enviar un mensaje, pero sabes que nunca lo recibieron —replicó Tonith, haciéndola callar—. Bloqueamos todas las transmisiones a y desde Praesitiyn. Ningún mensaje llegará a Coruscant... a menos que lo envíe yo —volvió a sonreír—. Nadie sabe lo que está pasando aquí, y cuando lo descubran será demasiado tarde. Bien... —saludó con la cabeza a los aterrorizados técnicos e hizo una nueva reverencia a Reija—. Esta breve entrevista ha sido una experiencia muy satisfactoria, pero ahora debo volver con mi ejército.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir de la sala de control, como si acabara de recordar algo, y se dirigió a Reija.

—Una cosa más, señora. Mantenga su boca cerrada a partir de ahora o la entregaré a los androides. —Hizo girar su capa y cruzó el umbral de la puerta.

La tormenta de arena volvía a soplar, pero con mucha más fuerza, y la temperatura había descendido vertiginosamente. Odie Subu y el teniente Erk H'Arman encontraron refugio en un grupo de rocas y se acurrucaron tiritando bajo la escasa protección que les ofrecía el terreno y la manta de campaña que ella extrajo de su equipo.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Oye, dejemos una cosa clara: nada de protocolo militar, ¿de acuerdo? Yo soy Erk y tú eres Odie. Soy un simple piloto de caza, ¿recuerdas?, no un oficial de Estado Mayor. Y si queremos salir de aquí, creo que tú deberías llevar la voz cantante. Si estuviéramos en un caza espacial... —rió y dio un suave y amistoso puñetazo a Odie en el hombro.

Una fuerte ráfaga de viento amenazó con hacer volar la manta, pero sujetaron el ligero tejido con todas sus fuerzas y lograron retenerlo.

El ataque masivo de las naves orbitales de Tonith contra el ejército del general Khamar había sorprendido a la pareja en terreno abierto, entre el grueso de las fuerzas y la posición fortificada. Ambas líneas del frente fueron primero bombardeadas y luego atacadas por tropas terrestres. Incapaces de ayudarlos, decidieron refugiarse y esperar el final de la batalla, que no tardó mucho en llegar. Una vez cesó el fragor del combate, Odie utilizó los electrobinoculares para escrutar el campo de batalla, pero no descubrió señales de resistencia en ninguno de los dos puestos avanzados.

—Androides de combate —había dicho ella con voz temblorosa—. Miles de ellos.

Los androides de combate se hallaban ahora en el mismo risco en el que había acampado el general Khamar. Entonces, la tormenta de arena volvió a arreciar como si el clima se hubiera aliado con los invasores.

Odie y Erk se vieron obligados a buscar nuevamente un precario refugio. —¿Cuánta agua tenemos? —preguntó Erk.

—Menos de un litro —respondió Odie tras revisar su cantimplora.

—Bien, rendirse no es opción.

—No.

—¿Conoces algún lugar donde podamos ocultarnos un tiempo?

—Sí, pero, ¿no tendríamos que volver al Centro? Puede que aún resista.

—Puede. Pero el Centro es un objetivo separatista, seguro, y creo que deberíamos quedarnos aquí fuera hasta estar seguros de quién lo tiene en su poder. Además, tú misma has visto lo poderosas que son las fuerzas de desembarco. —Negó con la cabeza—. No, no creo que nadie haya podido hacerles frente.

—¡Oh, no! —los hombros de Odie empezaron a sacudirse, a medida que asimilaba el impacto de lo que había ocurrido—. ¡Todos mis amigos, todos los...!

—Y los míos también, Odie, los míos también —dijo Erk, colocándole una mano en el hombro—. Es lo que sucede en una guerra. ¡Ah, éramos una escuadrilla magnífica! —susurró antes de tomar aliento—. Mira, estamos vivos y seguiremos así. ¡Ey, no soy un superhombre! Si tú te rindes, no duraré mucho aquí fuera.

—S..., sí, sí. Quiero decir, no, no te abandonaré. Déjame pensar. Hay unas cuevas a unos setenta y cinco kilómetros de aquí, en dirección Sureste. Las he visto varias veces mientras patrullaba. Podemos ocultarnos allí. No sé qué hay en ellas, quizás encontremos agua. Tengo unas cuantas raciones de comida en la motojet. Si las racionamos, nos mantendrán un tiempo.

—¿Puedes guiarnos hasta allí a pesar de... eso? —Erk hizo una señal con la cabeza a la tormenta que los rodeaba.

—Oye, ¿puedes tú manejar un caza? ¡Claro que puedo guiarnos hasta allí! —rió ella sin rastro de humor.

—¿Sabes? Una vez salgamos de ésta, ¿por qué no te presentas a los entrenamientos para cazas de combate?

—¿Hablas en serio? —se sorprendió Odie.

—Claro que sí. Tienes la actitud adecuada. Vamos, puede que estemos solos, pero dos valientes como nosotros, con tu habilidad y mi cerebro...

—Con mi cerebro y tu habilidad...

—¡Así habla un piloto de combate!

Tardaron dos agónicos días en encontrar las cuevas. Cuando llegaron al refugio habían consumido la poca agua que tenían y estaban al borde de la deshidratación. Pero al menos consiguieron reptar hasta la fresca sombra de las cavernas, evitando el efecto devastador del ardiente sol.

—Tenemos que buscar agua —susurró Odie.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —graznó Erk—. Descansemos un rato aquí, a la sombra, ya exploraremos luego las cuevas. En alguna parte tiene que haber agua. ¿Sabes si estas cuevas son muy extensas?

—No —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. Nos detuvimos aquí una vez, en una misión de rutina, pero nadie estaba interesado en explorarlas.

Descansaron unas horas antes de poder reunir energías suficientes para empezar la búsqueda. Odie sacó una bengala de uno de los bolsillos de su cinturón y utilizó su brillante luz blanca para iluminar el camino.

—Durará unos veinte minutos —informó a Erk por encima del hombro, mientras caminaban con precaución por el suelo cubierto de piedras—. Después tendremos que cambiar a otro color distinto.

—Asegúrate de reservar una para que no tengamos que volver a oscuras.

La penetrante luz proyectó sus enormes sombras sobre las paredes que los rodeaban, como si fueran grotescas criaturas cavernosas.

—¡Espera! —gritó Erk de repente—. Alumbra esa parte de ahí— Indicaba un conjunto de piedras que parecían más oscuras que las demás.

—¡Humedad! El agua se filtra a través de esa roca. Estamos salvados. Un poco más allá, el estrecho pasaje se abrió abruptamente para dejar paso a una enorme caverna.

—¡Ey! —gritó Odie. Su voz levantó ecos en las paredes de la cámara. Alzó la bengala por encima de su cabeza—. Este lugar es enorme, ni siquiera puedo ver el techo.

—¡Escucha! —Erk levantó una mano para pedir silencio— ¡Escucha, se oye el rumor del agua! ¿No lo oyes, Odie? Por aquí hay una corriente subterránea.

El suelo de la caverna se inclinaba de forma gradual y, mientras descendían por él, les llegó claramente el maravilloso sonido del agua corriente desde algún punto situado frente a ellos, allí donde un curso de agua fresca formaba una charca profunda antes de desaparecer en las profundidades de la caverna. Odie colocó la bengala entre dos piedras y se lanzó atrevidamente a la piscina. Erk no tardó en seguirla. Bebieron hasta saciarse de aquel glorioso líquido que daba la vida.

Pasaron dos días en las cuevas, recuperándose.

—Tenemos que movernos —dijo Odie al atardecer del segundo día— Aunque sólo sea porque nos estamos quedando sin comida.

—¿Qué te parece si partimos mañana al amanecer? —sugirió Erk— Viajaremos hasta que haga demasiado calor, y después descansaremos hasta que anochezca. Y si tenemos suficiente luz para poder ver el terreno, podemos seguir viajando toda la noche. ¿Cuánto crees que tardaremos en llegar al Centro de Comunicaciones?

—Dos días, quizá tres. El terreno es bastante abrupto y habrá que dar unos cuantos rodeos para llegar hasta allí. No tenemos ningún recipiente útil excepto la cantimplora, ¿podremos sobrevivir tres días con sólo dos litros de agua?

—Tendrán que bastar. Tenemos tu motojet, así que al menos no malgastaremos toda nuestra energía caminando. Nos lo tomaremos con calma, procurando conservar tanto líquido en nuestros cuerpos como sea posible. ¡No hay nada que no podamos conseguir tú y yo juntos, Odie!

Erk le pasó el brazo alrededor de sus hombros y la besó suavemente en la mejilla. El rostro de la chica se volvió más rojo de lo habitual.

Después alzó la cara y lo besó en los labios. Permanecieron abrazados un largo momento.

—Ah... —dijo Erk por fin—, ¿qué te decía? ¡Eres la mejor compañera de escuadrilla que pueda tener un piloto de caza!

Tras pensárselo un instante, Odie respondió:

—Me pregunto si habrá sobrevivido alguien de los nuestros...

—Seguro que sí. Vamos, durmamos un poco.

Permanecieron muy juntos un buen rato, sin hablar, pensando en lo que les esperaba. Antes de caer dormido, Erk se giró hacia Odie.

—Quizá sólo quedemos nosotros dos con vida en esta maldita roca, pero seguiremos así, ¿de acuerdo?

—Completamente —respondió Odie.

Y se arrebujó más cerca del calor de Erk.

Capítulo 7

Pero no estaban solos... No del todo.

—¡Menudos idiotas! —remarcó Zozridor Slayke a uno de sus oficiales—. El Senado de la República siempre se ha mostrado muy tacaño respecto a los gastos de defensa. ¿Qué esperan que hagan los separatistas si dejan un enclave estratégico como ése defendido únicamente por una pequeña guarnición? ¿Cruzarse de brazos?

—Las fuerzas de la República están muy diseminadas por toda la galaxia, señor —apuntó el oficial, encogiéndose de hombros—. ¿Debemos ir en su ayuda?

Sonrió a su comandante y se inclinó hacia delante, expectante. Aquél era el momento que estaba esperando.

—¿Y darles la sorpresa de sus cortas vidas? —preguntó Zozridor Slayke, devolviéndole la sonrisa—. Puedes apostar a que sí. Reúne a mis comandantes.

La atmósfera en la sala de guerra de la Plooriod Bodkin era tensa, como siempre antes de entrar en combate, pero nadie estaba nervioso.

Los oficiales reunidos alrededor de los mapas estelares sentían la cercanía de la batalla, como una manada de perros de combate cyborreanos ansiosos de que sus entrenadores les soltaran las correas.

No obstante, el propio Zozridor Slayke estaba relajado, como siempre. Aventajaba por toda una cabeza la estatura de todos sus oficiales, un grupo mixto de humanos y no humanos, y sólo podía ser tomado por su líder. No sólo por su túnica sin adornos, de mangas largas y cuello alto, al estilo militar, uniforme estándar de los oficiales de su ejército, sino también por el lenguaje corporal de sus propios oficiales, inclinados hacia él, expectantes, ansiosos por escuchar sus palabras. Slayke proyectaba la confianza de un hombre que sabía que tenía el mando y que sabía lo que estaba haciendo, y sus hombres —hasta el último soldado del escalafón de su flota— también lo sabían.

—El espacio ahí fuera está jodidamente atestado... —Slayke hizo un gesto, señalando el mapa holográfico de las rutas espaciales alrededor de Praesitiyn y Sluis Van. El comentario provocó algunas risas entre sus oficiales—. Nos superan en una proporción de al menos cuatro a uno —hizo el comentario como si se limitara a comentar la brillantez de las estrellas que parpadeaban en el mapa—. Bien, ahora que estamos aquí, ¿alguien tiene un plan? —y miró a su alrededor, expectante.

—Pe..., pero, señor..., ¡creíamos que usted lo tenía! —balbuceó un hombre situado a su lado, pálido de horror.

Todos los demás estallaron en carcajadas. Sabían que Zozridor Slayke tenía un plan. Y le conocían lo bastante bien como para que no tuviera que explicarles la esencia de ese plan: atacar, atacar y atacar.

Slayke dejó que disfrutasen del momento, y después alzó una mano, pidiendo calma:

—Veamos: según el último informe, hay ciento veintiséis naves formando un cordón alrededor de Sluis Van, ¿no es así? —hizo un gesto de cabeza hacia su jefe de Inteligencia, que le confirmó los datos—. Eso es malo porque los sluissis estarán muy ocupados defendiendo su propio mundo. Pero la flota separatista también estará ocupada manteniendo su cerco. Eso es bueno porque esas naves no podrán atacarnos a nosotros. El comandante enemigo ha dividido sus fuerzas, eso también es bueno. Y los separatistas todavía no saben que estamos aquí... Eso es incluso mejor.

La forma en que Slayke enfatizó la palabra "todavía" provocó una carcajada general entre sus oficiales. Señaló con un dedo el mapa del sector Sluis.

—Tienen unas doscientas naves orbitando Praesitiyn, algunas de ellas acorazados. Eso es malo. —Acarició pensativo su corta barba negra, se frotó bajo la nariz con el dedo índice y terminó estirándose del lóbulo de una oreja, como si no estuviera seguro de lo que debía decir a continuación. Miró nuevamente a su jefe de Inteligencia—. Sus sondas indican que ahí abajo tienen un fuerte ejército androide.

—Sí, señor. Parece ser que han derrotado a las fuerzas de defensa y han tomado el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Por el número de transportes terrestres y la cantidad de equipo desplegado, estimo que su ejército supera el millón de androides de combate. Están decididos a quedarse una buena temporada, señor.

—Bien. Entonces nos superan en número. Eso es malo —dijo Slayke—. ¡Pero sólo son androides! Y eso es muy bueno.

Más risas.

—Señor, han conseguido bloquear todas las comunicaciones a y desde Praesitiyn —apuntó el jefe de comunicaciones de Slayke. Éste sólo asintió con la cabeza—. Tenemos que suponer que la República no sabe lo ocurrido aquí. No sé cómo lo han conseguido... Debe de ser una tecnología nueva. La maldita Confederación de Comercio tiene miles de millones de créditos invertidos en Investigación y Desarrollo, así que no me extrañaría. Por lo pronto, nuestras comunicaciones no se han visto afectadas. Y esperamos que sigan así, al menos hasta que descendamos a Praesitiyn.

—Esos idiotas del Senado nos harán perder la guerra —susurró Slayke para sí mismo. Se aferró con ambas manos al borde del mapa para poder inclinarse hacia delante y contemplar de cerca los brillantes puntitos blancos que representaban las naves enemigas que rodeaban Praesitiyn. Eran tan numerosos que parecían un cinturón de asteroides que circundase el planeta—. Somos la única fuerza de combate lo bastante cercana como para intervenir de inmediato. Todos sabéis la importancia que tiene Praesitiyn para la República, para nuestros mundos natales, para nuestros amigos y nuestras familias —hizo una pausa y añadió con tranquilidad—: Así es cómo actuaremos...

La flota de Slayke era pequeña en comparación con la que se disponían a atacar, y consistía en cazas estelares CloakShape, remolcadores armados de cañones y fragatas ligeras de la clase Halcón Fénix. Sus naves principales consistían en varios cruceros ligeros de clase Carrack, unas cuantas corbetas corellianas, helicópteros de combate y algunos acorazados. Aunque sus fuerzas terrestres constaban únicamente de cincuenta mil hombres, estaban muy bien entrenadas, altamente motivadas y equipadas con vehículos blindados, carros militares de cañón doble con motores

Bespin Tormenta IV y toda una batería de armas de apoyo. La gran ventaja de esa pequeña fuerza de asalto es que era una fuerza combinada de infantería, aire y artillería que actuaba siguiendo un plan de batalla elaborado pero flexible. Es más, Slayke confiaba plenamente en que sus comandantes tomaran las iniciativas tácticas más adecuadas ante las fluidas condiciones del campo de batalla.

Una persona razonable podría pensar que era una completa locura utilizar un ejército tan minúsculo como el de Slayke para atacar las fuerzas de Tonith. Pero Zozridor Slayke no era siempre un hombre razonable.

Se volvió hacia sus oficiales y levantó el puño.

—Así es cómo actuaremos, golpeando como un enorme puño, concentrando todas nuestras fuerzas en un solo sector de su cordón alrededor de Praesitiyn. Los atacaremos con todo lo que tengamos y abriremos un agujero para entrar por él y así desembarcar nuestro ejército. La situación será especialmente difícil para las naves que queden en órbita —añadió, dirigiéndose a sus capitanes—, pero contamos con que puedan mantener su flota en jaque. Una vez aterricemos en el planeta, rodearemos al enemigo y nos pegaremos a él todo lo que nos sea posible.

Así, su flota no podrá atacarnos sin riesgo de bombardear sus propias fuerzas. No nos esperan, así que nuestro ataque inicial los pillarán por sorpresa y tardarán tiempo en recuperarse. Aprovecharemos ese elemento sorpresa para dirigirnos directos hacia nuestro objetivo —hizo una pausa—. Vamos a cruzar un puente y, una vez lo hayamos hecho, lo quemaremos detrás de nosotros. Venceremos o moriremos.

Todos lo sabían. Una vez en el planeta, si las cosas iban mal, el ejército de Slayke no podría recibir refuerzos. El fracaso no era una opción.

Pero Slayke no era un estúpido con exceso de confianza.

—He enviado un mensaje a Coruscant solicitando refuerzos —prosiguió—. Quizá puedan prescindir de un Jedi o dos.

El comentario también provocó carcajadas: todos sabían lo mucho que Slayke despreciaba a los Jedi.

—Bueno, señor, mirémoslo de esa forma —dijo un oficial desde el fondo de la sala—. ¡Así no tendremos que compartir la gloria con ellos!

—¡Bien dicho! Antes de que puedan llegar para estropearlo todo, podremos divertirnos con los soldaditos de metal de ahí abajo. Bien, ¿qué pensáis?

—¡Hurraaaaaa! —gritaron los oficiales, golpeando al unísono las placas del suelo con sus botas.

—Recibirán órdenes concretas antes de que cada uno regrese a su nave —anunció Slayke. Pero no los despidió.

Era el gran momento de Zozridor Slayke. Lo había arriesgado todo, llegando hasta a convertirse en un proscrito y ver cómo ponían precio a su cabeza, para conseguir su puesto actual y llegar a este instante crucial. Se veía a sí mismo como una piedra angular de la historia.

Slayke se irguió todo lo que le permitía su estatura, que era mucho. Se dirigió a sus oficiales... Sabía que, a muchos de ellos, por última vez. Aquellos soldados habían sido reclutados por toda la galaxia y llegado a posiciones de confianza y autoridad en aquel pequeño ejército gracias a su valor, su devoción y su demostrada habilidad.

—¡Recordad quiénes sois! —gritó. Sus últimas palabras levantaron ecos en toda la sala—. Lo que vamos a hacer no lo hacemos por la fama, la recompensa o la ambición. ¡La motivación para esta pelea no la basamos en la necesidad, como si

fuéramos esclavos! ¡Entraremos en combate sólo porque es nuestro deber hacia nuestro pueblo!

La sala de guerra estaba en completo silencio. Todos los ojos estaban enfocados en su comandante y en muchos de ellos podían verse lágrimas. Slayke aspiró profundamente. Cuando volvió a hablar, alzó la voz hasta que resonó en las paredes de metal.

— ¡Los Hijos e Hijas de la Libertad esperan que todos cumpláis con vuestro deber!

Odie y Erk no se habían alejado mucho de las cavernas cuando el terreno sobre el que se movían y el aire que los rodeaba palpitó y reverberó ante los sonidos de la batalla, esta vez muy alejada de ellos.

—El general Khamar debe de estar contraatacando —dijo Odie, quitándose el casco.

Erk apartó la tela que utilizaba para protegerse el rostro del viento y de las partículas de arena, y miró al cielo.

—No creo. ¡Mira! —señaló hacia el Norte. Por encima del horizonte, brillantes dedos de llamas caían del firmamento.

El cielo estalló de repente en cegadores fogonazos de luz, seguidos, segundos después, por un profundo rumor; uno de los dedos llameantes descendió hasta el suelo, floreciendo en un brillante crisantemo de fuego.

—Son naves intentando aterrizar —gritó Erk—. Han derribado a una. Vienen en nuestra ayuda... ¡Coruscant! ha enviado refuerzos!

Abrazó a Odie impulsivamente y la besó en la mejilla. Odie estaba tan sorprendida, y encantada, que no supo cómo reaccionar, así que respondió rápidamente.

—El sargento Maganniny suele decirnos que las tropas de reconocimiento siempre siguen el sonido de las armas. ¿Qué te parece?

—¡Que des media vuelta a este trasto y vayamos hacia allí!

Pero cuando Odie pisó el pedal del acelerador, el motor de la motojet se limitó a toser débilmente.

—¿Se ha quedado sin energía? —Erk esperó que su voz no pareciera tan alarmada como realmente se sentía. Desmontó para que Odie pudiera acceder al compartimiento de la célula energética, que se encontraba en la parte trasera del vehículo.

—No —respondió ella con una expresión de preocupación en su rostro—. Y estas cosas no suelen necesitar mucho mantenimiento.

—Aquí, mira esto —Erk señaló un pequeño agujero en la cubierta de la carcasa. Exploró el agujero con un dedo—. Te han disparado. Mira los bordes del agujero, parecen fundidos por un intenso calor.

—M..., me topé con algunos soldados enemigos —dijo ella, quitando la cubierta. Parpadeó desconcertada antes de apartar la mirada. La arena llenaba el compartimiento, y la célula de energía estaba cubierta de más arena que el calor había convertido en cristal. Mientras la contemplaban, la célula soltó un pequeño chasquido y dejó escapar un delgado tentáculo de humo rosa.

—Se acabó —confirmó Odie—. Ahora somos soldados de infantería. Dio un paso atrás y contempló un instante su motojet, antes de echarse a llorar.

—Oye, no importa —dijo Erk poniéndole una mano en el hombro—. Lo conseguiremos.

—No es eso —Odie sacudió la cabeza—. Es... es por mi motojet...

—Oh —exclamó Erk, riñéndose mentalmente—. Debí suponerlo. Un soldado de reconocimiento y su motojet son equivalentes a un piloto y su caza. Vamos, soldado, ahora los dos somos viudos.

Odie sonrió a través de sus lágrimas.

—Es una estupidez, pero..., bueno, ya sabes, esta motojet y yo...

—¿A qué distancia crees que nos encontramos del Centro?

—A unos setenta y cinco kilómetros, quizá cien.

—¿Podemos llegar a pie?

—Si podemos conservar el agua... —respondió Odie, agitando su cantimplora.

Antes de abandonar las cuevas habían bebido toda el agua de que eran capaces, en un intento de hidratarse al máximo para el largo viaje que les esperaba. Pero en aquel momento contaban con viajar en la motojet de Odie, no con caminar.

—¿Sabes si podremos encontrar agua por el camino?

—La buscaremos a medida que avancemos —aseguró Odie. Abrió la tapa del compartimiento que se encontraba bajo el sillín y empezó a sacar todo lo que creyó que podían necesitar en el viaje.

—Vamos bien pertrechados, ¿eh? —dijo Erk irónicamente.

—Bueno, espero que esos zapatitos que llevas puedan aguantar.

Odie señaló sus propias botas pesadas, del tipo estándar para las tropas de reconocimiento, ya que necesitaban aquel tipo de calzado para proteger sus pies y sus piernas de la maleza, las piedras y cualquier clase de escombros. Las botas de Erk eran mucho más ligeras y no parecían muy resistentes.

—Conmigo como copiloto, lo conseguiremos —replicó Erk, empezando a caminar.

—¿Qué estamos qué? —aulló Tonith, poniéndose en pie y derramando el té sobre su ropa blanca cuando su jefe de Estado Mayor le informó de que estaban siendo atacados—. ¿Por quién? Dame los detalles —exigió, recuperando parte de su compostura.

—Aparentemente, señor, una flota ha entablado combate con nuestras naves. No puede provenir de Coruscant o de Sluis Van, y no puede ser muy numerosa, ya que ha evitado la detección, y...

—Continúa —cortó Tonith, impaciente, haciendo un gesto con la mano.

Su mente ya funcionaba a pleno rendimiento. No le gustaban las sorpresas, pero tenía que enfrentarse a ellas. Cuando el bothano terminó el informe, su pelaje ondulaba sin cesar; pero cuanto más graves eran las noticias, mayor era la calma de Tonith.

—Señor —aventuró Karaksk—, creo que debería haberse quedado con la flota. En nuestras naves reina la confusión.

Lamentó aquellas palabras en cuanto surgieron de su boca y casi se encogió esperando el estallido de rabia que, estaba seguro, vendría a continuación. Tonith levantó una mano.

-No Todo se decidirá aquí, no en la órbita -hizo una pausa y Karaksk suspiró de alivio al ver que el almirante apenas había hecho caso de su comentario- Bien, sus fuerzas son muy menores que las nuestras, pero nos atacan por sorpresa. ¿Sabes lo que harán? Intentaran acercarse a nosotros todo lo rápido que puedan hasta estar tan cerca que nuestras naves orbitales no les dispararán por miedo a darnos a nosotros. Debemos esperar un plan de batalla flexible y lleno de iniciativas individuales... Tienen que actuar así para atreverse a atacarnos con tanto atrevimiento. -Alzó un dedo huesudo y señaló con el al bothano-. Una fina línea separa el atrevimiento de la estupidez. Veamos cómo podemos hacer que su plan se vuelva contra ellos. Empezad a fortificar nuestras posiciones inmediatamente. Dejaremos que nos ataquen cuanto quieran. Cuando estén agotados, contraatacaremos.

Tonith recuperó su taza con cuidado. Removió las pocas gotas que quedaban en ella y, metódicamente, con un gesto nacido de la práctica vertió más líquido humeante. Hasta él llegó un rumor de batalla muy próximo. Sonrió, descubriendo sus dientes teñidos de púrpura.

-¡Ah, un reto! -exclamó, sorbiendo té— Muy interesante... Si, mucho.

El único factor que Zozridor Slayke no había tenido en cuenta era Pors Tonith.

Capítulo 8

El Canciller Supremo Palpatine hizo una serie de llamadas, una de ellas a la senadora Paige-Tarkin.

La senadora Tarkin nunca había visto tan preocupado al Canciller, ni por el transmisor de la HoloRed ni en persona. Su pelo parecía más gris de lo que era realmente, y su rostro estaba más surcado de preocupación. Ella sentía un genuino sentimiento de lástima por aquel gran hombre. Lo había estudiado cuidadosamente desde que asumió los poderes del estado de emergencia para poder encargarse de la amenaza separatista, y creía que las tensiones del servicio público en esta crisis estaban consumiendo al pobre hombre.

—Es un asunto de la máxima urgencia —dijo—. Necesito verla inmediatamente.

—¿No podemos discutirlo ahora? —preguntó ella—. Espero invitados para cenar.

—No, me temo que esta línea no es segura para lo que tenemos que hablar —la imagen del Canciller sonrió tristemente—. Me disculpo por interferir de esta manera en sus planes para la velada, senadora.

—No, no, señor, no importa. Estoy a su disposición. ¿Cuánto cree que tardaremos?

—Puede que tardemos un poco, senadora. Vuelvo a disculparme.

Ella dudó. Como miembro de la poderosa familia Tarkin, Paige-Tarkin era una rendida admiradora del Canciller Supremo y, tanto en su vida pública como en la privada, lo describía como la única persona capaz de superar la actual crisis y liderar a

la República hacia la victoria. Ahora, él, que había dedicado toda su vida al servicio público, se disculpaba por pedirle que interrumpiera una simple velada casera con sus amigos para tratar de un importante acontecimiento galáctico.

—No importa —respondió al hombre con la voz sobrecogida por la emoción—, pero ¿puede darme una idea de qué se trata?

—Todo lo que puedo decirle es que se ha presentado una situación que puede tener las más graves consecuencias para los habitantes del sector Seswenna, senadora.

A Paige-Tarkin se le encogió el corazón. Seswenna era el sector que ella representaba ante el Senado.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En mi apartamento. Tan pronto como pueda venir. Debo...

—¿En su apartamento, Canciller Supremo? —se le escapó—. ¿No en su despacho?

—Este asunto es especialmente delicado... Será mejor que por ahora nadie se entere de nuestra reunión —respondió Palpatine, moviendo la cabeza—. Mientras hablamos, mis propios androides de seguridad están registrando el apartamento; tardaríamos algo más en revisar la seguridad de mi despacho. Si me disculpa, ahora tengo que hacer otras invitaciones.

La imagen se desvaneció antes de que pudiera preguntar quiénes eran los otros invitados. Rápidamente, Paige-Tarkin canceló sus compromisos, los cambió y pidió un medio de transporte.

La siguiente llamada fue para Mas Amedda. Como portavoz del Senado y leal seguidor del Canciller Supremo, Amedda era conocido por mantener la boca cerrada y el orden durante los debates del Senado.

También había apoyado la asunción por parte de Palpatine de los poderes extraordinarios que consideraba necesarios para que el Canciller Supremo pudiera enfrentarse a la amenaza separatista. Palpatine sabía que podía contar con Amedda en esta crisis, y su ayuda sería incalculable cuando el inevitable debate llegase al Senado.

Después, Palpatine convocó a Jannie Ha'Nook, de Glithnos, miembro del Consejo de Seguridad e Inteligencia. Ha'Nook era una mujer que lo veía todo en términos de beneficios y pérdidas personales. Aunque desde una posición independiente, también había votado para que el Canciller Supremo obtuviera todos los poderes contemplados en el estado de emergencia.

El siguiente fue Armand Isard, director del Servicio de Inteligencia de la República, un hombre que sabía mucho, pero que decía poco.

Por fin, Palpatine llamó a Sate Pestage, organizador de la agenda del ejecutivo del Senado. Pestage era un maestro de la persuasión. Desde la asunción por parte de Palpatine de sus poderes extraordinarios, Pestage había tenido que convencer muchas veces a ciertos senadores recalcitrantes para que se pusiesen del lado del Canciller Supremo.

Con él, el Canciller Supremo Palpatine terminó de reunir a sus leales aliados para enfrentarse a sus enemigos.

El apartamento de Palpatine era cómodo, pero nada ostentoso, como correspondía a un frugal servidor público. Dado que los invitados no llegaron al mismo tiempo, entretuvo a los primeros con charlas intrascendentes hasta que todos estuvieron presentes. Una vez se saludaron y se sentaron, hizo una señal con la

cabeza a Sly Moore, su ayudante administrativa. La mujer conectó el sistema de seguridad que proveía las medidas adicionales necesarias para que nadie más escuchara sus deliberaciones.

—Podemos empezar, señor —anunció.

—Me disculpo de nuevo por convocarles con tanta premura de tiempo —comenzó Palpatine mientras sus invitados terminaban de acomodarse—, Iré directo al grano. Una poderosa fuerza separatista ha capturado Praesitiyn. Una fuerza mucho menor, no perteneciente a nuestros ejércitos, de hecho, se ha opuesto a la invasión, pero el resultado final de esta intervención todavía es dudoso. Armand, infórmenos de los hechos que conocemos.

—Una fuerza invasora de la Federación de Comercio ha tomado Praesitiyn. No sabemos ni su tamaño ni su composición, pero debemos asumir que es muy grande y muy poderosa. Como han cesado todos los contactos con el planeta, podemos suponer que a estas alturas ya habrán tomado el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. También debemos suponer que se preparan para utilizar el planeta como una plataforma de lanzamiento para nuevas incursiones en los Mundos Centrales.

Recibimos esta información en un mensaje enviado por el comandante del ejército que ha mencionado el Canciller Supremo, el cual seguía a la flota invasora desde hace algún tiempo.

—¡Así que se trataba de esto! —gimió Paige-Tarkin, mirando al Canciller—. ¿Han hecho algún movimiento contra el sector Seswenna?

—No, que sepamos —respondió Palpatine—, pero tienen algún sistema para bloquear las transmisiones, así que todo es posible. Sabemos que han cercado Sluis Van con otra flota de unas ciento veinticinco naves de distintos tipos, en una evidente operación de contención, no de invasión inmediata. Debemos suponer que han consolidado su dominio sobre Praesitiyn, así que sí, senadora, luego irán a por Seswenna, mediante conversaciones o por la fuerza.

—Estamos haciendo demasiadas suposiciones. ¿Cómo sabemos todo eso? —preguntó Ha'Nook, mirando primero a Palpatine y después a Isard.

El Canciller hizo una señal con la cabeza a Isard para que continuase. —Hemos recibido informes de este acontecimiento a través del capitán Zozridor Slayke.

—¿El pirata? —interrumpió Ha'Nook. Enroscó un mechón de pelo alrededor de uno de sus dedos y se mordió los labios mientras pensaba.

—Ya no —sonrió Palpatine—. Lo perdoné.

—E hizo bien —añadió Isard—. Porque ahora, su ejército y él, los Hijos e Hijas de la Libertad, como se llaman a sí mismos, son lo único que se opone a la fuerza separatista en Praesitiyn.

—¿Quién dirige a los invasores? —preguntó Ha'Nook.

—A través de otras fuentes, creemos que podría ser Pors Tonith, del Clan Bancario Intergaláctico —replicó Isard, sonriendo crípticamente.

Miró a Palpatine, que le hizo una señal para que prosiguiera—. No sabemos mucho sobre Tonith, pero no es un cualquiera. Es conocido por su crueldad como financiero; suele derrotar a sus rivales aplicando una precisión y una determinación casi militares. Aparentemente, también ha tenido cierto éxito llevando a cabo operaciones militares. De todas formas, el último mensaje recibido de Slayke indicaba que iban a atacar.

—¿De qué fuerzas dispone? —preguntó Mas Amedda.

—No estoy segura de cuántos acorazados pesados tiene, pero estimamos que posee un ejército de unas cincuenta mil unidades.

—¡Grandes bolas de fuego! —exclamó Paige-Tarkin—. ¿Y piensa enfrentarse contra todo un ejército separatista con algo tan escaso como eso? ¡Increíble!

Los invitados se miraron unos a otros, incrédulos. Palpatine juntó los dos dedos índices, apoyando cuidadosamente la nariz en las puntas.

—La situación es desesperada —empezó—. Como ya saben, nuestras fuerzas operativas están desplegadas por toda la galaxia. No creo que el capitán Slayke sea capaz de repeler a los invasores, pese a sus obvias cualidades, su valentía y sus recursos. Sólo puede incomodarlos y retrasarlos. Y aunque tuviera éxito, no hay duda de que la Federación de Comercio planea enviar un ejército de refuerzo que asegure Praesitiyn.

—¿Por qué iban a tomar una medida tan desesperada ese Slayke y su ejército? —preguntó Ha'Nook.

Palpatine se encogió de hombros y sonrió antes de responder.

—Slayke es un idealista, un raro ejemplar en estos tiempos —volvió a sonreír e hizo un gesto vago, como dando a entender que gente como aquella era incomprensible para él. Aclaró su garganta y cambió de postura—. Ya ven por qué he convocado esta reunión. No quiero dar a nuestros ciudadanos la impresión de que se toman decisiones precipitadas, pero esta tarde debemos actuar con rapidez. También es muy importante que nuestra gente comprenda la gravedad de lo sucedido y respalde completamente nuestro esfuerzo para recuperar el planeta y apoyar al capitán Slayke... o rescatarlo, de ser necesario. Necesito su ayuda porque todos ustedes son miembros influyentes y respetados de la República, y pueden convencer a los demás para que apoyen las medidas que tendré que tomar. Lo sé, lo sé, puedo enviar tropas a mi propia discreción, tengo poder para hacerlo, pero seguimos siendo una democracia y no quiero que se me acuse de utilizar métodos dictatoriales o de tomar decisiones influido por los críticos de salón. Dependo de ustedes para que convenzan a sus seguidores y representados de que actué en el mejor interés de la República, y de que no nos rendiremos ni dejaremos de luchar por la libertad a causa de un revés temporal.

—Yo añadiría que el ejército de Slayke no está compuesto por androides o clones —puntualizó Isard—. Todos sus soldados son voluntarios y, por tanto, muy motivados. Se lo harán pagar caro a Tonith, y con intereses..., y no pretendía ser textual.

—¿Con qué fuerzas podemos contar? —preguntó Ha'Nook.

—Apenas la guarnición de Centax Uno, unos veinte mil clones —dijo Palpatine, removiéndose en su silla y estirando las piernas—. Habrá que recurrir a ellos, son todo lo que tenemos a mano en estos momentos.

Centax Uno, la segunda luna de Coruscant, había sido transformada durante las primeras fases de la actual crisis en una base para operaciones militares.

—Canciller, ¿significa eso que nos quedaremos sin reservas para enfrentarnos a cualquier otra contingencia? —preguntó Ha'Nook—. ¿Y si necesitamos tropas aquí, en Coruscant? Creo que es un grave error estratégico.

Palpatine volvió a juntar los índices y no replicó durante lo que pareció una eternidad. Las demás permanecieron en silencio. Por fin, Isard se adelantó para hablar, pero el Canciller lo silenció con una simple mirada.

—Piense, senadora. Cuando los separatistas hayan consolidado su dominio sobre Praesitiyn y reforzado su guarnición allí, nunca seremos capaces de recuperar el

planeta. En vez de tener ojos en ese sector tan vital, tendremos una daga apuntada directamente al corazón de la República. No hay elección. Debemos actuar y debemos hacerlo ahora.

—Canciller... —Ha'Nook se inclinó hacia delante con un dedo alzado para pedir la palabra—. Si ése es el caso, ¿por qué no se reforzó Praesitiyn en su debido momento?

—Un error mío —Palpatine se estremeció—. Acepto toda la responsabilidad por no prever ese acontecimiento.

—Tipoca City nos prometió una buena cantidad de refuerzos —señaló Isard.

—¿Cuándo estarán preparados? —cortó Ha'Nook.

—Dentro de dos o tres meses.

Ha'Nook resopló con fuerza y se dejó caer hacia atrás en su silla.

—Tendré que pensármelo, Canciller. Puede que se necesite una votación en el Senado. Al fin y al cabo, no podemos poner en peligro la seguridad de...

—Esperaba poder evitar todo eso, senadora —le interrumpió Palpatine—. Comprendo lo que quiere decir, pero en tiempos de crisis se tienen que tomar decisiones. Los líderes tienen que aceptar la responsabilidad de sus cargos y actuar con atrevimiento...

—¿Y sufrir las consecuencias del fracaso? —contraatacó Ha'Nook.

—Y aceptar las consecuencias, sí, senadora —replicó Palpatine.

Había esperado una reacción así de Ha'Nook. Hizo una señal casi imperceptible con la cabeza a Sly Moore, que había permanecido silencioso durante la conversación. Sólo el Canciller Supremo percibió su sonrisa.

—¿Y si lo consultamos con la almohada? Volveremos a hablar por la mañana.

—¿Y quién comandaría la expedición? —preguntó Paige-Tarkin. Palpatine se irguió, alisó sus ropas y le sonrió:

—Un Maestro Jedi.

Jannie Ha'Nook casi esperaba la llamada que recibió menos de una hora después de su reunión en la residencia de Palpatine. El hecho de que su comunicante utilizase una holomáscara para disfrazar su imagen tampoco la sorprendió. Era una táctica que se utilizaba con frecuencia en Coruscant, cuando los políticos, los representantes de los grupos de presión o los informadores deseaban mantener en secreto sus verdaderas identidades.

—¿Eres tú, Isard? —preguntó Ha'Nook, riendo.

—No soy Isard, senadora —contestó el comunicante con una voz grave, profunda, tan irreconocible como la imagen que bailaba ante los ojos de Ha'Nook.

—Bien, vaya directo al grano. Hace horas que no he comido nada.

—Soy su aliado, senadora —dijo la imagen—. Y deseo ayudarla.

—¿Cómo? —aquello podía ser interesante.

—Todo el mundo reconoce que usted es una persona llamada a mayores empresas que simples intrigas políticas. Puedo utilizar mi considerable influencia para

acelerar su carrera en formas que no puede ni imaginar —su voz tenía una cualidad convincente, casi hipnótica.

Jannie enroscó un mechón del pelo alrededor del dedo índice y se mordió los labios en actitud pensativa. Cuanto más hablaba el misterioso comunicante, más mechones se enroscaban en su dedo.

—Van a producirse grandes acontecimientos en la galaxia. Acaba de volver de una reunión en la que se han discutido algunos de ellos.

—¿Cómo lo...? —pero Ha'Nook calló de inmediato.

Alguien los había estado espiando, por supuesto, pese a todas las medidas tomadas por el Canciller Supremo Palpatine para impedirlo.

Aquello era moneda corriente en Coruscant y nadie podía evitarlo completamente. La seguridad absoluta nunca era posible del todo.

—La invasión de Praesitiyn sólo es una ola aislada en la vasta marea de la historia, senadora, y yo le ofrezco cabalgar sobre esa ola.

—Continúe, por favor —Ha'Nook empezaba a disfrutar de la conversación.

—Los acontecimientos que están teniendo lugar en el Sector Sluiss terminarán resolviéndose. Cuando lo hagan, la República necesitará que alguien vele allí por sus intereses. Permita que le sea franco: un nombramiento como embajadora plenipotenciaria resultaría muy provechoso para usted.

—Ah —jadeó Ha'Nook.

—Sí.

—¿Y puede conseguirme ese nombramiento?

—Sí.

—¿Cómo?

—Puedo. Pero, antes, necesito algo de usted.

—Sabía que llegaríamos a este punto.

Ha'Nook sonrió, pero en ese momento estaba más que intrigada por la conversación. Su mente no dejaba de dar vueltas. ¿Embajadora plenipotenciaria? Le parecía un buen cargo. Trabajar como simple senadora, por muy influyente que pudiera llegar a ser, acabaría siendo inmensamente aburrido si debía tratar diariamente con tonterías como las facturas por la mejora del sistema de cloacas de Coruscant o mantener infinitas discusiones sobre alguna estúpida resolución que garantizase la libertad religiosa de alguna especie primitiva en alguna remota bola de barro. Tras tanta dedicación a los asuntos de rutina de las sesiones senatoriales, hasta los temas importantes dejaban de emocionarla o excitarla. ¡Esta era su oportunidad para hacerse cargo de algo importante!

—El Canciller Supremo Palpatine le ha pedido apoyo para enviar tropas de refuerzo a Praesitiyn. ¿Puedo contar con usted, senadora?

—Sí —respondió ella sin dudarlo.

¿Qué diferencia puede suponer para mí?, pensó, ¿y si la expedición de apoyo falla? ¿Y si los separatistas derrotan a la República? Si no puedo ser embajadora, de la República, podría ser una aliada de los separatistas, Jannie Ha'Nook pensaba estar en el bando vencedor, fuera cual fuese el resultado de la guerra.

—¡Excelente! Si usted mantiene su apoyo al Canciller, yo mantendré mi promesa de recompensarla.

El transmisor se apagó.

Y en el otro extremo de la línea, Sly Moore sonrió. Había llegado el momento de enviar un mensaje al Consejo Jedi.

Capítulo 9

El Jedi Nejaa Alción no tenía ni la menor idea de por qué le convocaba el Consejo Jedi de forma tan imprevista. Ya lo habían reprendido por su fracaso. ¿Y si el Consejo estaba dispuesto a reintegrarlo en su cargo, tras el largo período de ostracismo impuesto por el asunto Thranta Escarlata? Deseaba desesperadamente una oportunidad de redimirse y puede que esta convocatoria lo fuera.

Se plantó nervioso ante la entrada de la Sala del Consejo, atusándose pelo y barba y recomponiendo su aspecto. Le sudaban las palmas de las manos. Estoy reaccionando como un padawan. La idea le hizo sonreír. Se colocó adecuadamente la capa y entró en la sala.

Tal como recordaba de la última vez que se había presentado ante el Consejo Jedi, había once de sus doce miembros sentados formando un semicírculo. A través de los enormes ventanales podía ver un vasto panorama que mostraba toda la ciudad, con su perfil reducido a un tamaño minúsculo a causa de la distancia y de la increíble altura a la que se elevaba la Torre del Consejo. Por todo el horizonte revoloteaban una miríada de manchitas negras, aeronaves de todas clases y tamaños, ocupadas en los asuntos del vasto complejo metropolitano que era Coruscant. Era un día claro y el sol brillaba por encima de toda la escena. Para Alción, aquella visión por sí sola merecía la visita a la Sala del Consejo, fuera cual fuese el mensaje a recibir. Se relajó.

—Bienvenido, Nejaa —saludó Mace Windu.

Alción le dedicó una reverencia.

—Desde que por última vez nos vimos —sonrió Yoda—, mucho tiempo ha pasado.

—Sí, Maestro. Demasiado.

—¿Estás bien, Nejaa? ¿Has descansado? —preguntó Ali Gallia.

—Estoy bien —y Alción repitió la reverencia.

—Tenemos una misión para ti —dijo Mace Windu, clavando una mirada escrutadora en Alción—. El Canciller Supremo Palpatine en persona te ha recomendado para esta tarea.

Alción intentó no mostrar sorpresa.

—N..., no conozco al Canciller en persona, pero me siento honrado de que deposite su confianza en mí, Maestro. ¿Po..., por qué me ha recomendado? —tartamudeó.

—¿No sabes por qué te ha recomendado el Canciller Supremo? —preguntó Mace Windu.

—No, lo desconozco.

Windu asintió, como si creyera que la respuesta negativa de Alción lo explicaba todo.

—¿Estás familiarizado con Praesitiyn, en el sector Sluiss? —preguntó abruptamente.

—Sólo sé que allí tenemos un importante centro de comunicaciones, pero nunca he estado.

Windu explicó con brevedad lo ocurrido. Alción escuchó con creciente entusiasmo; era una misión importante, y todo un honor que se la encomendasen.

—Estarás interesado en saber quién está al mando del ejército que se opone a los separatistas —dijo Windu cuando terminó de describir la situación y la misión.

—Sí, por supuesto. Sólo un Maestro Jedi se atrevería a intentar un contraataque como ése... A menos que tenga muchos deseos de morir.

—Jedi no es —apuntó Yoda, sonriendo ligeramente.

—¿No es un Jedi? —preguntó Alción, extrañado.

Los miembros del Consejo intercambiaron rápidas miradas.

—El hombre es Zozridor Slayke —dijo Mace Windu.

El silencio se apoderó de la Sala del Consejo Jedi. Después, Alción aclaró su garganta y asintió con la cabeza.

—El capitán Slayke es un buen soldado —dijo secamente.

Yoda sonrió, y los demás miembros del Consejo se relajaron.

—Bueno oírte decir eso es —apuntó Yoda.

Mace Windu habló rápidamente en tono seco, cortante, como si leyera un conjunto de órdenes.

—Nejaa Alción, recogerás unas tropas de refuerzo integradas por veinte mil clones y las trasladarás a Praesitiyn. Una vez allí, desembarcarás tu ejército, asumirás el mando de la fuerza combinada y destruirás el ejército de la Tecno-unión. Estás autorizado a disponer las fuerzas navales y terrestres según el plan de batalla que decidáis tu Estado Mayor y tú, y a cumplir con la misión de la forma más expeditiva y efectiva posible —hizo una pausa—. Puedes seleccionar tu propio Estado Mayor y designar a quien quieras para que sea tu segundo al mando. Tenemos poco tiempo. Desde aquí irás a Centax Uno, donde la flota se prepara para partir. Y efectuarás esa partida con la mayor celeridad posible.

—Me honráis encomendándome esta misión —aceptó Alción.

—¿Con ese tal Slayke colaborar podrás? Pese a que tu propia nave te robó, ¿ninguna animosidad hacia él sientes? —preguntó Yoda.

—No, Maestro Yoda —respondió Alción, haciendo otra profunda reverencia—. Slayke es un soldado inteligente y lleno de recursos. Yo fui excesivamente confiado y estúpido, y él explotó mi debilidad —terminó con una sonrisa—. Me alegra tenerlo como aliado y sé que, juntos, podremos aplastar a las fuerzas de la Tecno-unión.

—De nuestra Orden, Nejaa Alción, verdadero Maestro eres —admitió Yoda.

—¿Tienes a alguien en mente para que sea tu mano derecha en esta expedición? —preguntó Windu.

—Sí, Maestro. Anakin Skywalker.

¿Vio una sombra de sorpresa en los ojos de Windu? El formidable Maestro Jedi era, como siempre, difícil de escrutar. Todo lo que dijo fue: —¿Por qué?

—Es valiente, tiene recursos y está preparado para un verdadero reto. Y está aquí, ahora, en la Estancia de las Mil Fuentes.

—Pero esta misión requiere comandantes Jedi, y Anakin tiene una experiencia muy limitada dirigiendo tropas —dijo Adi Gallia.

—Lo he observado —replicó Alción—. Y he hablado mucho con él.

Ha estado estudiando tácticas de combate y antiguas batallas. Creo que está preparado.

—¿De Obi-Wan Kenobi su opinión has recabado? —intervino Yoda.

—Conozco a Obi-Wan..., y hemos hablado sobre Anakin. Me dijo que aún no había obtenido ningún mando simplemente porque no se había presentado la oportunidad, no porque no estuviera preparado.

—¿No hay nadie más disponible? —preguntó Adi Gallia.

—Estoy seguro de que hay más candidatos —respondió Alción.

Tomó aliento antes de proseguir—. Quizás uno o dos de vosotros. Pero ¿y si se presenta otra emergencia, una que requiera la experiencia diplomática de un Jedi experto o alguna otra misión en solitario? ¿A quién enviarías entonces, si me llevo a alguien más experimentado y Anakin Skywalker es el único Jedi que queda disponible?

Windu estudió a Alción por un instante, y después asintió.

—Dejamos la elección de tus subordinados en tus capaces manos. Pero recuerda esto, Nejaa Alción: esta misión es tanto una prueba para ti como para el joven Anakin. Y, más importante todavía, es una prueba para la República. De su resultado puede depender el destino de toda la galaxia. Que la Fuerza te acompañe.

Anakin cerró los dedos de su mano protética y contempló el puño que formaban. La prótesis que había reemplazado su brazo y su mano derecha era incluso mejor que su miembro original. Los dedos eran electrostáticamente sensibles al tacto. La interfaz que unía la prótesis a su sistema nervioso permitía que la máquina operase como una mano humana normal, y la unidad estaba activada por una célula de energía que no necesitaba recarga. Si supiera que iba a funcionar igual de bien, también reemplazaría mi otro brazo, pensó, haciendo una mueca. Si tan sólo estuviera recubierta de sintocarne....

A veces le molestaba el dolor fantasma de los inexistentes nervios de su mano perdida, pero ése sólo era otro más de los fantasmas que actualmente preocupaban a Anakin.

Se puso en pie. La gruta artificial donde le había citado Nejaa Alción era una de las muchas que albergaba en varios niveles todo el Templo Jedi. El banco en el que se había sentado estaba sombreado por las frondosas ramas de los árboles que crecían alrededor de la piscina formada por el agua de una cascada. Una luz neblinosa pendía sobre el estanque, condensándose sobre el camino donde se encontraba. En conjunto resultaba un lugar encantador, pero Anakin Skywalker no estaba de humor para lugares encantadores.

Caminó unos pasos por el sendero, frenó de improviso y volvió al banco. Se golpeó la palma de la mano izquierda con su puño derecho.

Anakin sacudió la humedad que se había condensado en su capa.

¿Voces? Dio media vuelta. Dos padawan, un chico y una chica, se aproximaban por el sendero, ajenos a su presencia. Su conversación parecía muy animada, y de repente estallaron en carcajadas. Entonces se dieron cuenta de la presencia del Jedi ante al banco que era obviamente su destino, y se detuvieron.

—Oh. Lo siento, señor —se disculpó el chico—. No sabíamos que hubiera alguien —la chica sonrió, nerviosa. Ambos sabían quién era Anakin.

Viendo a la chica de cerca, a Anakin le recordó dolorosamente a Padmé.

—Estoy aquí por asuntos del Consejo Jedi; espero que me perdonéis.

No era exactamente una mentira: Alción estaba reunido con el Consejo, así que cualquier noticia que tuviera para Anakin estaría relacionada con ello... más o menos. Pero su frustración ante el inesperado recordatorio de su esposa debió de ser demasiado evidente en su tono de voz, porque la cara del joven enrojeció.

—Lo siento, señor, lo siento mucho —repitió el muchacho. La pareja dio media vuelta rápidamente y se alejó.

Anakin se sorprendió ante el fogonazo de culpabilidad que sintió por hablar al joven de una forma tan cortante, pero sacudió la cabeza. No. Tenían que aprender cuál era su lugar, como lo había aprendido él. Pero ¿cuál era realmente su lugar? Pese a todos sus estudios teóricos y su experiencia en combate, y al sacrificio de su brazo en un combate cuerpo a cuerpo, él seguía siendo un padawan, y todavía no sabía una palabra sobre su ascenso a Caballero Jedi. Hacía semanas que estaba en Coruscant, estudiando y practicando sus habilidades. Dadas las circunstancias, hubiera preferido pasar su tiempo con Padmé. No, no pienses eso, se dijo a sí mismo, piensa en el futuro. El Maestro Alción tenía algo que ofrecerle, por eso había organizado ese encuentro. Coruscant hervía de rumores aquellos días, todo el mundo especulaba sobre las nuevas amenazas de los separatistas. Se avecinaban grandes acontecimientos, y Anakin quería ser parte de ellos.

El Jedi Nejaa Alción. Anakin había llegado a conocerlo bastante bien durante su tiempo de ocio forzoso. Anakin respetaba al Maestro Alción y no entendía qué pudo ir mal en su misión a Bpfassh para que concluyera de forma tan embarazosa para él y para toda la Orden Jedi. Los detalles concretos de la misión se mantenían en secreto, pero eso no impedía los rumores. Anakin suponía que Alción había sido llamado a Coruscant porque el Consejo Jedi intentaba decidir su futuro, pero era demasiado cortés para preguntarlo. Lo realmente importante para Anakin era que él parecía gustarle a Alción, y que tenía la confianza del Maestro Jedi. Algo que ahora podía beneficiarlo.

Sintió que Alción se acercaba y dio media vuelta para saludarlo en el mismo instante en que el otro empezó a hablar:

—Un crédito por tus pensamientos.

Ambos sonrieron.

Alción pasó un brazo por encima de los hombros de Anakin.

—Mi joven amigo —anunció—, traigo buenas noticias.

—¿Sí? —Anakin mantuvo su actitud fría, pero por dentro su corazón latía desbocado.

No obstante, Alción podía sentir la oleada de anticipación en el joven Jedi y sonrió más ampliamente:

—El Consejo Jedi nos envía a una misión. Me han dado la oportunidad de redimirme... No, no lo niegues, Anakin, eso es lo que significa este encargo. Es una prueba... Y he pedido que tú seas mi segundo al mando. El Consejo está de acuerdo.

Anakin sintió una ligera punzada de desilusión. Había sido Alción, y no el Consejo Jedi, quien había solicitado sus servicios. Pero el Consejo se había mostrado de acuerdo, así que...

—¿Cuál es la misión, Maestro?

—¿Estás familiarizado con el Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn, en el sector Sluiss?

—No mucho. Sé que es un eje vital para todas nuestras comunicaciones, pero no mucho más.

—Ha sido tomado por las fuerzas separatistas. Hemos de suponer que la guarnición fue derrotada, pero el enemigo se enfrenta a una armada aliada que rastrea la flota invasora y que consiguió romper el bloqueo de Praesitiyn. Ahora combate contra las fuerzas terrestres separatistas. Vamos a reforzar ese ejército, si es posible —hizo una pausa—. No estamos seguros del número de tropas separatistas que hay implicadas, pero sí de que es un ejército muy poderoso. No será una tarea fácil.

—¿Quién está al mando de la fuerza intervencionista en Praesitiyn?

—Zozridor Slayke —respondió Alción, sonriendo ligeramente.

—¿Te refieres a...?

—Al mismo... A mi Némesis —los labios de Alción se retorcieron formando una mueca—. Pero nos envían allí para recuperar Praesitiyn, Anakin. Si Slayke sigue vivo cuando lleguemos, y sigue teniendo capacidad de combate..., bueno, estará encantado de vernos. No creo que yo tenga problemas para trabajar a su lado.

Permanecieron callados un largo momento. El agua seguía cayendo en el estanque, salpicando alegremente. Anakin no notó las ocasionales gotas de humedad que una rama dejaba caer sobre su nuca.

—Maestro, ¿cuál será exactamente mi papel como segundo al mando?

—Dispondremos de un ejército de veinte mil clones. Los dividiremos en dos divisiones, yo supervisaré las dos, pero sólo comandaré una, y tú la otra. Si algo me sucediera, toda la flota quedaría bajo tu mando.

Puedes hacerlo, Anakin, por eso te he elegido —hizo una pausa y removió un montoncito de barro con la punta de la bota—. Nuestras fuerzas cuentan también con armas y unidades de apoyo, así que además de la infantería clónica, contaremos con pequeños contingentes de toda la República como parte integral del ejército. Tendremos que organizarlo todo durante el viaje.

—¿Cuándo partimos?

—Muy pronto.

—Entonces, ¿cuál será nuestro primer paso? —preguntó Anakin.

—¿Nuestro primer paso? Pues, tú y yo iremos a ver a alguien muy especial.

Toda sociedad tiene sus bajos fondos.

Coruscant, la gema de la galaxia, el eje central de la República, contaba con más de un trillón de habitantes e insondables oscuridades bajo sus brillantes espirales. Coruscant era como un vasto océano; las olas de la superficie eran surcadas por lujosos transportes llenos de felices participantes en toda clase de fiestas, mientras seres repugnantes, ajenos a la luz, anidaban mucho más abajo, en sus oscuras profundidades. Hasta allí llevó el Maestro Jedi Nejaa Alción a Anakin.

La Babosa Dorada, un tugurio infecto con una sucia barra en el vestíbulo, era el único punto de actividad de un callejón lateral sin salida, cerca de una arteria principal subterránea. Montones de basura sembraban las cunetas y, al no haber cerca otras luces que funcionasen, un rótulo parpadeante suministraba una iluminación escasa e intermitente. El extremo más alejado del callejón, más allá de La Babosa Dorada, estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró Anakin, abriéndose paso cuidadosamente a través de la basura. Una repentina cacofonía de gritos guturales y ruido de algo al ser aplastado le llegó del interior de La Babosa Dorada, y una criatura alta, reptilésca, surgió del interior del hotel y se alejó corriendo. Preguntándose qué podía asustar a un barabel, Anakin buscó el sable láser.

—Calma, Anakin —susurró Alción, colocando una mano sobre el brazo del padawan.

El letrero sobre La Babosa Dorada chisporroteó, anunciando: "LA BA OSA DO ADA". Dos de las letras estaban rotas a raíz de una pelea de borrachos.

—No creo que tengamos ningún problema —aseguró Alción—, no necesitamos empuñar un arma. Pero mantente alerta..., por si acaso.

Anakin miró hacia el final de la calle, donde algo parecía acecharlos. Entonces llamó a la Fuerza para rastrear el vestíbulo del hotel.

—Bueno, dentro no hay seres sensibles a la Fuerza —susurró—, así que adelante.

El vestíbulo era una ruina. La mayoría del mobiliario seguía intacto, aunque sin ocupantes, exceptuando algo que roncaba pesadamente en uno de los sofás. Un ventilador en el techo removía perezosamente el aire estancado. Un encargado aburrido, con un enorme conjunto de orejas y una larga probóscide, se quedó contemplando a los dos Jedi, soltó una exclamación asustada y desapareció bajo el mostrador. Había varios clientes sentados ante la barra, a un lado del vestíbulo. El suelo estaba sembrado de escombros, restos de una mesa destrozada, de varias sillas... y de algo que se parecía sospechosamente a un brazo o una pierna recientemente amputada del tronco de su propietario.

Una figura poco atractiva se acomodaba en un extremo de la barra. En el lado opuesto se hallaban tres clientes más, tan lejos de la figura como podían estarlo, ignorando deliberadamente su presencia.

—¡Grudo! —gritó Alción.

El vestíbulo quedó sumido en un silencio total. Hasta el ventilador del techo pareció detener sus perezosos giros. El camarero soltó el vaso que pretendía limpiar y se escondió tras la barra.

La encorvada figura se giró lentamente, bajó del taburete y avanzó hacia ellos. Anakin parpadeó. Su piel era verde y rugosa, sus ojos multifacéticos y de su cabeza surgían un par de antenas. Llevaba numerosos cuchillos en dos bandoleras que le cruzaban el pecho, y varios más en el cinturón, todos guardados en sus fundas. Un par de pistolas láser asomaban de sus cartucheras. Anakin estaba seguro que llevaba otros instrumentos típicos de cazarrecompensas aquí y allí, ocultos en diversas partes de su cuerpo. La escasa luz levantó un reflejo húmedo en los cuchillos, allí donde el metal era visible, como si hubieran sido usados recientemente. Aquel ser era el rodiano de aspecto más pendenciero que Anakin hubiera visto nunca... e iba directo hacia ellos. Anakin buscó de nuevo el sable láser, pero Alción volvió a detenerlo. Las manos del rodiano estaban vacías.

Tan pronto como llegó a su altura, el cazarrecompensas se abalanzó hacia delante, apresó a Alción por la cintura y se puso a bailar con él, trazando un macabro círculo.

—¡Alción! —ululó—. ¡Me alegra volver a verte, viejo amigo!

Dejó de bailotear y los dos se abrazaron amistosamente..

—Te presento a Grudo —dijo Alción a Anakin en cuanto fue capaz, de hablar—. Grudo, este joven Jedi es Anakin. Saluda-, Anakin.

—Hola —obedeció Anakin con una sonrisa forzada.

El rodiano soltó a Alción y se cuadró ante él.

—Jedi Anakin Skywalker, el sargento Grudo a sus órdenes —exclamó en un impecable Básico que contrastaba mucho con su apariencia—. Encantado de conocerlo, señor.

—¿Sargento? —repitió Anakin, divertido por el tono militar del rodiano—. No sabía que los cazadores de recompensas tuvieran rango.

Los clientes, que habían estado ignorando calculadamente al trío, giraron sus cabezas para echar un rápido vistazo, y después volvieron a dedicar toda su atención a las bebidas. Incluso el camarero asomó un poco de su escondite cuando Grudo estalló en una estruendosa carcajada.

—Venid —ordenó Grudo, conduciéndoles hasta la barra. Los clientes metieron sus narices en las bebidas—. ¡Camarero! Sal de donde estés escondido... ¡Quiero invitar a mis amigos a una copa!

El camarero, un humano nervioso de rostro cetrino, surgió frente a ellos. Pareciendo a punto de volver a esconderse a la menor oportunidad, vertió en vasos no demasiado limpios un fluido amarillento de una botella que contenía alguna especie de raíz. Grudo alzó su vaso para brindar. Alción y Anakin lo imitaron.

—¡Aaarrgghh! ¡Uauh! —resolló Alción tras beber. Grudo lo palmeó con fuerza entre los hombros—. ¡Es fuerte! —reconoció el Maestro Jedi, golpeándose el pecho con el puño.

Anakin dio un cauto sorbo a su bebida. El líquido le quemó los labios, la lengua, la garganta y el estómago, donde explotó en una bola de fuego abrasador. Boqueó buscando aire.

—¡Bueno! ¡Muy bueno! —mintió descaradamente—. Gracias, Grudo.

Grudo rió ante el débil intento de Anakin por ocultar su incomodidad.

—No hay nada bueno en el sabor de esta bebida —dijo—. Se supone que incapacita a gamorreanos, trandoshanos, wookiees y otras especies para que los cazarrecompensas rodianos podamos detenerlos sin resultar malheridos.

El rodiano era más pequeño que un ser humano normal, pero Anakin recordó al barabel que habían visto salir huyendo y miro sospechosamente los muebles destrozados del vestíbulo.

-No me siento incapacitado en absoluto, Grudo. ¿Seguro que necesitas tranquilizar a una persona más grande que tú antes de capturarlo?

Grudo rió y le palmeó la espalda.

-Es posible..., si fuera un cazarrecompensas.

-Sí no lo eres, ¿qué haces en Coruscant? Creía que los únicos de tu especie a los que se les permitía abandonar tu mundo era a los cazarrecompensas.

Grudo alzó un dedo rematado en una ventosa frente a su hocico peduncular, tal como un humano alzaría un dedo frente a sus labios. Anakin no pudo evitar la sonrisa.

-Si yo no te lo digo, tú no podrás decirlo -susurro el rodiano en tono conspirador. Después se giró hacia Alción- Me alegra volver a verte Alción. Y también estoy encantado de conocer al Jedi Skywalker.

-Y yo me alegré mucho al enterarme de que seguías aquí, Grudo. Aunque me sorprende que no hayas encontrado otro trabajo.

-Eso es desafortunadamente cierto -admitió Grado-. Cuesta imaginarlo en tiempos de guerra, pero... ya conoces la reputación de los cazarrecompensas. A un rodiano honrado le resulta difícil encontrar trabajo como soldado. ¿Tienes trabajo para mí? Nejaa?

—Posiblemente.

—Dicen que hay problemas en Praesitiyn.

Los dos Jedi se miraron con sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Anakin.

—Circulan rumores —gruñó Grado sin querer comprometerse.

—Bueno, si aquí saben el motivo de nuestra misión, los separatistas también lo sabrán... o no tardarán en saberlo -dijo Alción suspirando.

Dirigió una mirada sospechosa a su bebida y dejó a un lado el vaso. Grudo no es un cazarrecompensas, es un viejo soldado. Ha estado en más batallas y en más campañas que la mayoría de los soldados regulares y se ha pasado la vida guiando a los soldados al combate. Quiero que venga con nosotros. Será un buen elemento para nuestro equipo, sobre todo a la hora de dirigir operaciones con unidades pequeñas -se giro hacia Grudo-. ¿Quieres venir con nosotros?

—Así que vosotros dos sois los generales de la misión... -aventuro Grudo.

-Se supone que nadie debería saber eso -susurro Alción.

-Vais a necesitar un buen sargento mayor -sonrió Grudo- Especialmente el cachorro.

Paso un brazo sorprendentemente fuerte por encima de los hombros de Anakin, casi obligando al joven Jedi a meter la nariz dentro del vaso.

-Tomemos una ultima copa... ¡por los viejos tiempos y por el futuro.-se inclino sobre la barra para hablar con el cobarde camarero-- ¡Y esta vez ponnos una ronda de buen licor!.

Capitulo 10

El teniente Erk H'Arman y la soldado de reconocimiento Odie Subu habían recibido entrenamiento de supervivencia y eran muy conscientes del peligro que representaba la deshidratación. Pero ninguno estaba preparado para hacer una larga caminata por una región desértica, y les resultaba mucho más ardua de lo que jamás hubieran supuesto. Una cosa era sobrevolar el desierto a diez mil metros de altura, o patrullarlo en motojet, contando con un buen sistema de comunicaciones y camaradas a derecha e izquierda, y otra muy distinta cruzarlo a pie sin ninguna clase de preparación previa. Aunque intentaron conservar su pequeña provisión de agua, el calor, la falta de humedad y el agotamiento físico al que se enfrentaban a cada paso, les provocaban más pérdida de fluidos de los que podían reemplazar bebiendo.

Además, el calcinante sol era tan intenso que casi deseaban que les cayera encima otra tormenta de arena que amortiguara sus rayos. Empezaban a llenarse de ampollas, incluso bajo la ropa. Y la primera noche, cuando el calor del día era irradiado al espacio, casi murieron congelados.

A mediodía del segundo día estaban metidos en un buen lío. Encontraron un afloramiento de rocas y se refugiaron en su sombra.

—Descansemos un rato —gruñó Erk.

Odie no se molestó en contestar. Sólo se dejó caer, levantando una nube de polvo. Descansaron del intenso calor, jadeando. La cantimplora de Odie hacía mucho que se había vaciado, pero ninguno de los dos podía recordar cuándo había sucedido o quién había lamido las últimas gotas. Les costaba concentrarse en algo.

Débilmente, Erk fue consciente de que Odie le estaba hablando.

—¿Qué? —croó. Pero ella no respondió de inmediato. Dijo algo más, varias palabras que él no pudo entender. Rodó con esfuerzo por el suelo y quedó de cara a ella—. ¿Qué decías?

—Volvamos a casa, Tami —respondió la chica—. Es hora de comer.

¿Tami? Oh, sí, ¿no era uno de los compañeros de Odie? Erk tenía dificultades para recordarlo con exactitud... De todas formas, creyó que ella lo había mencionado en algún momento.

—Odie... —jadeó, pero también estaba demasiado exhausto como para preocuparse de si ella sufría alucinaciones o no. Se dejó caer de espaldas. Odie siguió hablando con su camarada imaginario.

Pese a la sombra que les proporcionaba la roca que tenían sobre ellos, el calor los rodeaba como una manta abrasadora. Y, a medida que pasaban los minutos y el sol avanzaba lentamente, hasta esa mínima protección empezó a desaparecer. Cuando desapareciera del todo, se asarían, pero no podían hacer nada para evitarlo. Pronto, el sol caería sobre ellos como un horno furioso. El aire era tan caliente que hasta dolía respirar.

De forma gradual, todo parecía estar sucediendo a cámara lenta. Erk fue consciente de que algo bloqueaba la luz del sol. Bizqueó, intentando ver de qué se trataba. Era enorme y desplegaba sus grandes alas, emitiendo unos terribles graznidos. Un pico gigante, lleno de dientes afilados como navajas, se clavó en una de las piernas de Erk y la mordió. Erk era consciente de que en Praesitiyn no existía una criatura como la que estaba creyendo ver, pero ya no le importaba. Mientras aquello echaba hacia atrás la cabeza para tragarse la pierna, Erk extendió su brazo con el último resto de sus fuerzas y disparó.

Ver cómo un ejército prepara su embarque para una campaña es una de las experiencias más excitantes que hay en la vida, sólo superada por el hecho de que te disparen y fallen. A Grudo, el rodiano, le habían disparado muchas veces, pero era capaz de captar la emoción del momento mientras contemplaba la flota de Centax aprestarse para la guerra.

Las tropas de que disponía la República se cifraban en sólo veinte mil clones, que ahora embarcaban en las naves; por fortuna, las fuerzas navales eran una potencia considerable y consistían en muchos acorazados... Los suficientes, pensó Alción, para romper el cerco de la flota separatista que bloqueaba Praesitiyn. La

situación en la superficie del planeta era algo muy diferente, pero llegar hasta ella debería ser relativamente fácil, o eso esperaba.

Alción había elegido como nave insignia a la Ranger, una fragata pesada de clase Centax. Construida en los astilleros especializados de Sluiss Van y equipada en los muelles de Centax 1, la Ranger era una nave rápida y poderosa, equipada con lo último en armamento y sistemas auxiliares. Alción celebró su primer consejo de guerra en aquella nave, mientras la flota se preparaba para la partida.

—Las tropas de infantería que desplegaremos consisten en veinte mil clones. Formaremos dos divisiones. Yo mandaré una, y Anakin la otra. Tal como lo veo, cada división debería estar compuesta de cuatro brigadas de cuatro batallones, cada uno formado por cuatro compañías de infantería. Eso nos dará mayor maniobrabilidad en el ataque y...

—Creo que sabes más de lo que estás demostrando, Alción —interrumpió Grudo—. No me extraña que te derrotasen tan fácilmente...—notó que Anakin lo miraba con una intensidad feroz y cambió su enfoque—. Divide siempre tus fuerzas por tres: tres brigadas de tres batallones, con tres compañías cada uno.

—¿Qué? —preguntó Alción.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —apuntó Anakin—. Dos terceras partes delante y una atrás. No sólo es la formación militar estándar, sino también una estructura potente. Cuantos más hombres compongan tus formaciones, de más fuerza de combate dispondrás.

Atacas con dos brigadas, batallones o compañías, y mantienes una en reserva. Al menos es lo que dicen todos los textos que he estudiado.

La risotada de Grudo contrastó con el trompeteo de su hocico mientras sacudía la cabeza de lado a lado.

—Te vuelves viejo, Alción... ¡Has olvidado cosas que hasta el más joven sabe!

—Entonces, me corrijo —asintió Alción, arrepentido—. Organizaremos nuestras tropas en una formación triangular. Y ahora, vamos con la logística —continuó diciendo con rapidez.

Anakin atendió con interés.

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad. Los dos Jedi y su compañero rodiano no tardaron en funcionar como un equipo bien engranado. Grudo seguía a Anakin a todas partes, inyectando actividad allí donde creía que era necesario, pero sin intervenir mucho más. La infantería clon había sido distribuida en varios transportes para minimizar las pérdidas si alguno de ellos era alcanzado y destruido, así que el trío estuvo muy ocupado moviéndose entre las naves. Por la noche se encontraban en el camarote de Alción para repasar los detalles del día.

Una tarde, Alción preguntó a Anakin:

—¿Estás familiarizado con las capacidades de los soldados especializados? —se refería a los cincuenta comandos clon embarcados a bordo del crucero de combate Teyr.

Anakin asintió. Los comandos clon eran entrenados para ser utilizados en las misiones más peligrosas, por lo que poseían un grado de pensamiento independiente y de iniciativa personal muy superior al de los soldados clon ordinarios. Equipados con traje de combate y armas más avanzadas, eran capaces de combatir por su cuenta con éxito. Pero con un comandante Jedi al frente, su potencial como fuerza de choque era virtualmente ilimitada.

—Entonces, son tuyos —le dijo Alción—. Coge a Grudo y vayan a la Teyr para conocerlos mejor.

Sorprendido y complacido, Anakin no perdió tiempo en viajar hasta el crucero.

Antes de eso ya se había hecho cargo de su división, entrevistado con los distintos jefes de brigadas, batallones y compañías, presentado a sus hombres, pasado revista y hecho preguntas sobre blindajes, equipo y armas. Grudo le había asesorado en esos asuntos y le había leído los informes que habían enviado los comandantes de división.

—Eres su líder —le dijo el rodiano—. Los soldados no respetan a un comandante que no conozca sus armas, su equipo y sus tácticas mejor incluso que ellos. Pero, recuerda: aunque todos los clones son como hermanos, hermanos gemelos, cada uno de ellos cree que él es el mejor.

Funcionan más si actúan con sus propios oficiales, nunca combatirían bajo mis órdenes. Bajo las tuyas sí, por supuesto, ya que eres un Jedi. Pero, aunque te respeten como Jedi, debes demostrarles que también deben respetarte como soldado. Tienes que demostrarles que sabes lo que estás haciendo, antes de entrar en combate. —

Anakin puso su mayor empeño, y hasta Grudo quedó impresionado por la forma en que se relacionaba con las tropas. Ahora, mientras se dirigían a la Teyr, el joven Jedi se sentía más confiado, y muy ansioso por conocer a los comandos clon bajo su mando.

El capitán a cargo de los comandos los llamó al orden cuando Anakin entró en el hangar, antes de intercambiar saludos con él.

—¡Descansen! —ordenó.

Anakin abrió ligeramente las piernas y juntó las manos en la espalda, mientras miraba a los soldados que formaban frente a él. A juzgar por las marcas verdes en sus armaduras, había dos sargentos en el grupo.

—Soy el comandante Anakin Skywalker —empezó—. Habéis sido asignados a la Segunda División que yo dirijo. Serviréis como parte de mi batallón de choque, bajo mi dirección personal. Capitán, no informará a ningún otro oficial durante esta campaña ni recibirá órdenes de ninguno. Les asignaré diferentes misiones según sea la situación táctica de Praesitiyn. Pero no les pediré hacer nada que no pueda hacer yo mismo. ¿Está claro?

—¡Arrrrruuuhh! —gritaron los soldados al unísono, terminando con un pesado redoble de botas en la cubierta. Todo el compartimiento vibró con el eco de sus gritos.

El capitán se permitió una ligera sonrisa.

—¡Mis hombres están preparados, señor!

Anakin miró a Grudo, cuyo rostro exhibía su sonrisa rodiana.

—Capitán, que sus hombres ocupen las literas que les han sido asignadas. Más tarde querré inspeccionar su armadura de combate, sus armas y su equipo.

Anakin pasó el resto de la noche inspeccionando las tropas. No encontró polvo, grasa o armas sucias. El capitán siguió a Anakin durante toda la inspección con un datapad preparado, pero nunca recibió órdenes de escribir nada en él.

Durante el viaje de vuelta a la Ranger, Grudo se inclinó hacia Anakin.

—Has hecho un buen trabajo. Diste la impresión que debías dar y no fuiste mezquino, como lo habrían sido otros. Los soldados aprecian eso. Lucharán por ti, puedo asegurártelo.

Sintiendo su pecho henchido de orgullo y excitación, Anakin repasó el Código Jedi mentalmente: No hay emoción, hay paz... Un Jedi no actúa por interés personal... Estaba allí para hacer un trabajo; más todavía, un trabajo que podía costar la vida a sus hombres. Se dijo a sí mismo que haría bien en recordar su entrenamiento. Era un Jedi y haría que la Orden se sintiera orgullosa de él. Tomó aliento y se refugió en la Fuerza, buscando serenidad...

Capítulo 11

Alguien tiraba agua sobre la cara de Odie. El agua estaba más caliente que la temperatura corporal humana normal, pero le pareció tan dulce y fresca como la de cualquier manantial de montaña, un bálsamo para su cara quemada y sus labios cuarteados. La tragó como lo que realmente significaba: vida. Se deleitó en la fresca humedad e intentó reír, pero no pudo emitir ningún sonido. Abrió los ojos y vio una sombra inclinada sobre ella.

Intentó hablar y sólo consiguió emitir una única palabra con voz ronca:

—Erk.

—Sí —respondió la sombra que se erguía junto a ella.

—¿Erk? —volvió a preguntar, reuniendo toda su escasa fuerza para decir el nombre. Pero la voz que le respondió le resultó extraña—. ¿Quién eres...?

—Sargento Omin L'Loxx a tu servicio —replicó la sombra—. ¿A quién esperabas?

—Piloto... —musitó.

—¿El Pajarito? También lo estamos hidratando. Lo hemos puesto bajo otro refugio para que así tuvieras aquí más espacio. Mi compañero es el cabo Jamur Nath. Vamos, ¿puedes levantarte? Estamos corriendo un gran riesgo quedándonos aquí, todavía rondan muchas patrullas androides —aclaró antes de verter un poco más de líquido en la boca de Odie.

La chica se sintió menos aturdida y, con un poco de ayuda, logró sentarse. Miró a su alrededor, pero sólo vio a Erk y a los dos soldados de reconocimiento.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó.

—Explorando. Los separatistas envían patrullas por toda la región, buscando puntos débiles que atacar. Nuestro trabajo es encontrarlas y trancar sus planes si podemos; si no, informar de cualquier unidad que intente rodear nuestras posiciones —cambió de tema—. Por lo que queda de tu equipo, veo que también eres de reconocimiento. ¿Y tu motojet? —levantó su cabeza amablemente y le hizo beber más agua.

Después agitó su cantimplora. Estaba casi vacía—. Os habéis bebido vuestros buenos dos litros. Esto os repondrá enseguida. Menos mal que no sois de otra especie, es especial para humanos: restaura fluidos, electrolitos, minerales y todo lo que hayáis perdido por culpa de la deshidratación. ¿Qué os ha pasado? Si no hubierais hecho ese disparo, nunca os habríamos descubierto, y a estas horas ya estaríais muertos.

Odie le explicó entrecortadamente lo ocurrido.

—N..., no recuerdo haber efectuado ningún disparo.

—Bueno, entonces debió de ser tu novio. O puede que no recuerdes haberlo hecho. Cuando se está a punto de morir por deshidratación se suelen sufrir alucinaciones... Pero bueno, supongo que ya lo sabes. En fin, resulta que vimos el fogonazo y vinimos a investigar. Quienquiera que disparase, lo hizo al aire. Supusimos que era una señal.

Odie quiso negar que Erk fuera su "novio", pero no le quedaba suficiente energía, así que pasó por alto el comentario. En vez de eso, preguntó:

—¿Qui..., quiénes sois?

—Somos de reconocimiento, como tú. ¿Formabas parte de la guarnición de Praesitiyn? Pobres diablos. Vamos, tienes que ponerte en pie y empezar a moverte. Puedes ir en la parte trasera de mi motojet. Esa arma tuya, ¿me la prestas?

—S..., sí, pero... ¿de dónde venís? No parecéis pertenecer al ejército del general Khamar.

—No, no lo somos. Ya te lo explicaremos luego. Ahora, la primera prioridad es sacaros de este desierto y devolveros a vuestras posiciones antes de que nos descubra alguna patrulla enemiga. Mientras os recuperabais, informé de nuestro descubrimiento y he recibido órdenes de llevaros inmediatamente. Ven, dame la mano, tenemos que marcharnos.

Odie se tambaleó un poco mientras salía de su improvisado refugio y alzó involuntariamente una mano para escudarse los ojos de la brillante luz del sol.

—Toma, pónelo —dijo L'Loxx, alargándole un casco—. Nos sobra.

Agradecida, Odie cogió el casco. Era una unidad multifuncional estándar de las tropas de reconocimiento. Se lo ajustó expertamente. Ya se sentía mucho mejor. Vio a Erk de pie, junto al otro soldado de reconocimiento y la segunda motojet. Fue como si volviera a encontrarse con unos viejos amigos; Erk y la motojet. Ésta era casi un duplicado de su propia máquina.

—Tú vendrás conmigo, soldado —ordenó L'Loxx.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí —añadió el cabo Nath.

L'Loxx redistribuyó rápidamente parte de su equipo en la motojet para dejar sitio a Odie.

—Sujétate bien —le advirtió—. No podemos perder ni un segundo más en regresar a la base.

En el mismo instante en que el sargento montó en su máquina, Odie supo que era un experto. L'Loxx los llevó por un terreno extremadamente abrupto, hasta detenerse bajo la cresta de un largo risco.

—Justo debajo de nosotros se extiende el lecho seco de un río. Lo seguiremos casi todo el camino de vuelta. ¿Lo conoces?

—Sí. ¿Vuestra base está cerca del Centro de Comunicaciones Intergalácticas?

—Exacto. Ocupamos el Centro y el terreno situado inmediatamente bajo la llanura. Hemos excavado trincheras justo frente a ellos, de ese modo su flota no puede bombardearnos porque estamos demasiado cerca de sus propias tropas. El primer día tuvimos que enfrentarnos a varias oleadas de androides de combate, pero conservamos nuestras líneas. Ahora estamos clavados en nuestras posiciones, disparándonos mutuamente y enviando patrullas para encontrar puntos débiles en las respectivas líneas enemigas. Es un empate técnico. El primero que reciba refuerzos ganará.

—¿Han enviado refuerzos?

—¿La República? No lo sé. Nuestro comandante mandó un mensaje a Coruscant antes de atacar, antes de entrar en la zona donde el enemigo bloqueaba las transmisiones. ¿Los separatistas? Sí, probablemente planean recibir refuerzos antes de atacar. Bien, prepara el arma. Yo conduciré y tú dispararás.

—Preparada —dijo Odie con más firmeza de la que realmente sentía, mientras desenfundaba la pistola láser y le quitaba el seguro—

—Escuchadme —dijo L'Loxx por el canal de comunicaciones tácticas—. Nos espera un largo viaje por delante. Si nos encontramos con alguna patrulla enemiga, tendremos ventaja, llevamos una persona extra en cada motojet que podrá disparar mientras el piloto maniobra. Sabes disparar, ¿no, Pajarito?

—Puedes estar seguro, Tragapolvo —respondió Erk—. Y mi copiloto también.

—Bueno, parece que nos hayas rescatado tú, ¿eh? —rió L'Loxx—. El enemigo utiliza motojets del modelo 74-Z. Tu "copiloto" sabe lo que eso significa, si por desgracia tenemos que entablar combate.

Odie gruñó. Claro que sabía lo que significaba.

—Pero no pensamos meternos en ninguna escaramuza —siguió L'Loxx—. Nos lo tomaremos con tranquilidad, como si diéramos un paseo. Bien, seguidme.

Descendieron velozmente hasta el lecho seco del río, lleno de peñascos y deshechos. En algunos lugares, el agua había socavado profundas y estrechas gargantas que les bloqueaban temporalmente la luz del sol; en otros, debían circular por un paisaje plano, completamente expuestos al terreno circundante. Aun así, las orillas eran lo bastante altas como para encontrar siempre cierto grado de cobertura, si se movían con cuidado. Mantuvieron la marcha durante casi media hora.

Los atacaron en un punto en el que el lecho del río se alzaba hasta la superficie. El primer disparo pasó entre Odie y L'Loxx. Tan cerca que hizo vibrar el tejido de la camisa de la chica y le chamuscó la punta de la nariz. Por un breve instante, Odie se preguntó qué había pasado; luego se impuso el instinto agudizado por el entrenamiento, giró sobre su asiento y disparó en la dirección de la que había llegado el disparo.

Entonces los vio. Hacia ellos se acercaban tres motojets 74-Z, veloces como el viento, a través de la planicie. L'Loxx hizo saltar su motojet por encima de los bancos de la orilla y se dirigió directamente hacia los atacantes. Ráfagas de láser mal dirigidas zumbaron a su alrededor. Odie se inclinó hacia la derecha y apretó dos veces el gatillo. Pudo ver claramente cómo uno de sus disparos alcanzaba una motojet, pero el blindaje absorbió la energía, descargándola en la arena en forma de electricidad. El otro disparo alcanzó al piloto al que había apuntado, y éste saltó hacia atrás contra la cola de su máquina.

—¡Uauuuuh!

Alguien —Odie creyó que era Erk— aulló por el canal de comunicaciones. La chica miró a su izquierda. A ese lado, y unos cuantos metros por detrás, pudo ver a Erk, inclinado hacia delante, apoyándose en la espalda del cabo Nath mientras disparaba metódicamente contra las otras dos motojets enemigas. Los cuatro vehículos rugían y levantaban colas de arena que se mantenían unos segundos suspendidas en el aire tras ellos.

—¡Cuidado, sujétate! —gritó L'Loxx.

Y realizó un giro a la derecha, tan cerrado que la rodilla de Odie raspó el suelo mientras la moto encaraba nuevamente a los soldados que se les acercaban. La maniobra confundió a los atacantes. L'Loxx dirigió al instante la motojet hacia el enemigo más cercano, acelerando a 200 km/h. Este no tuvo más remedio que girar a

la izquierda para evitar la colisión. L'Loxx lo siguió, manteniéndose cerca de su cola. Odie volvió a disparar, pero sus descargas no parecían afectar al blindaje trasero de la motojet enemiga. No obstante, forzaba al piloto a mantener la cabeza baja y a concentrarse en pilotar su máquina, no podía devolver el fuego.

El enfrentamiento fue cubierto por una enorme nube de polvo, levantada por las motojets que daban vueltas desesperadamente unas alrededor de las otras, buscando embestir a sus oponentes o conseguir un buen ángulo de disparo que resolviera la contienda. Los fogonazos de las pistolas láser desgarraban las cortinas de arena de forma que cualquiera que estuviera observando desde una cierta distancia podía pensar que la nube de polvo latía con energía y vida propias. El polvo, espeso y sofocante, se pegaba a ellos como una segunda piel y los cegaba. De repente, L'Loxx detuvo su motojet y se quitó el casco. Odie se sintió desconcertada por el repentino silencio.

—¿Dónde se han metido? —susurró, girando la cabeza, escuchando cuidadosamente, buscando el rugido de las demás motojets. No oyó ninguno. Ni tampoco disparos. El único sonido era el del aire entrando y saliendo de sus pulmones.

—Buen tiro el de antes —musitó L'Loxx, refiriéndose al disparo con el que Odie había eliminado al primer soldado enemigo—. No puedo captar a mi compañero. Debe de haber caído.

Odie se echó el casco hacia atrás, tras las orejas, para poder escuchar mejor. Entonces sintió una ligera brisa acariciar su rostro. Miró hacia arriba. A través de la nube de arena, el sol parecía una pequeña pelota dorada, pero, poco a poco, a medida que el polvo se posaba, fue haciéndose más y más brillante. Los dos estaban tensos como bestias salvajes, sin saber si era mejor atacar o huir.

El viento sopló con más fuerza y el polvo se disipó rápidamente. Como un telón que se estuviera alzando desde el escenario donde se representaba una tragedia, la nube de polvo se dispersó en el viento para revelar a un soldado enemigo montado en su motojet, a menos de diez metros de donde ellos se encontraban. No miraba en su dirección.

Antes de que Odie pudiera girar para disparar, L'Loxx aceleró la motojet, se lanzó a través del espacio que los separaba y embistió la máquina enemiga. Odie oyó claramente el crujido, antes de que los dos se vieran lanzados contra la arena. El soldado enemigo era enorme, y no era humano. Él y L'Loxx gruñeron y maldijeron en distintos idiomas mientras rodaban por la arena, pero la ventaja fue del enemigo, que no había quedado tan atontado como L'Loxx creía.

Odie se levantó del suelo y lo apuntó con su pistola láser.

—¡Ríndete o disparo! —gritó.

Malo. Si disparaba, se arriesgaba a alcanzar a L'Loxx. Enfundó el arma y se metió en la refriega.

El soldado enemigo gruñó al sentir encima el peso de Odie, pero tenía entre sus manos la garganta de L'Loxx y no la soltó. Se puso en pie lentamente, sujetando al sargento por el cuello con una sola mano. Pasó la otra por encima de su propio hombro, cogió a Odie por la cabeza y la arrancó de su espalda, lanzándola por los aires como si fuera una muñeca. Odie cayó al suelo y rodó por la arena, atontada. El enemigo soltó a L'Loxx, le colocó un pesado pie en el pecho para mantenerlo contra el suelo y extrajo de su cinturón un arma similar a una maza. El sargento estaba semiinconsciente por los golpes y la falta de aire. El soldado enemigo, un gamorreano, hizo girar varias veces la maza por encima de su cabeza, gruñendo victoriosamente en su propio idioma. L'Loxx buscó a tientas su pistola, pero la había perdido en la lucha.

Le sujetó el pie con ambas manos e intentó retorcérselo hacia un costado, pero el gamorreano era demasiado fuerte para moverlo.

Una descarga láser impactó en el pecho del gamorreano, que gruñó de dolor y soltó la maza. Con la mano izquierda desenfundó su propia arma.

Odie, por fin, pudo disparar, y lo alcanzó entre los hombros. Un parásito morrt sujeto mediante una correa al hombro izquierdo del gamorreano se desprendió y cayó a la arena, mientras su huésped vacilaba, giraba y devolvía el fuego, pero sin puntería, alcanzando a la motojet de L'Loxx.

Otro disparo láser alcanzó al gamorreano en la base de la columna vertebral, obligándolo a caer de rodillas. Incapaz de girarse y de devolver el ruego, disparo de nuevo en dirección a Odie, pero L'Loxx había logrado encontrar su pistola y disparó rápidamente tres descargas al gamorreano que, finalmente, cayó al suelo, donde permaneció inmóvil.

Erk se acercó a ellos caminando, sin dejar de cubrir con su pistola la figura del gamorreano.

-Elegisteis al tipo equivocado para meteros con él —dijo.

Ayudó con un brazo a L'Loxx a ponerse en pie-. ¿Cuántos disparos recibió ese tipo antes de caer?

-Cinco por lo menos -dijo Odie, casi incrédula-. Y creo que todavía respira. ¿Estás bien?

Ella sonrió ampliamente, como si sólo en ese momento reconociera al piloto que tenía al lado.

-¿Dónde está mi compañero? -preguntó L'Loxx antes de que Erk pudiera responder a la chica.

-Lo siento, sargento, pero el malo lo alcanzó con su láser. Yo lo derribé de un disparo. Lo siento por su amigo, de verdad.

L'Loxx asintió en silencio.

-Mi motojet está destrozada, pero ahora tenemos dos 74-Z útiles. Voy a buscar el cadáver de mi compañero. Ven conmigo, Odie, y tráete la otra 74-Z. Tú, Pajarito, quédate aquí. No sabemos si informaron de nosotros antes de atacarnos -señaló con la cabeza al gamorreano. Nuestras transmisiones a larga distancia están bloqueadas, así que puede que las tuyas también lo estén. Pero será mejor tomar precauciones, por si acaso. ¿Dónde dejaste a Jamur?

—Por allí —respondió el piloto, señalando con la mano— A medio kilómetro, más o menos.

—Bien. Espéranos aquí.

-Necesito esos refuerzos, mi señor -dijo Pors Tonith a la imagen del Conde Dooku, que flotaba frente a él.

Los sombríos rasgos del Conde se retorcieron de irritación.

—Creí haberte dicho que te mantuvieras en contacto con la comandante Ventress para cualquier asunto concerniente a esta operación.

—Esta operación no terminará con éxito sin esos refuerzos —continuó Tonith, ignorado el descontento de Dooku.

—Tienes que aprender a cumplir mis órdenes.

Tonith palideció todavía más ante la significativa mirada de Dooku.

Recordó otros tiempos en los que Dooku le había enseñado una lección. Había sentido de pronto una repentina falta de aire, como si le hubieran puesto un gran peso encima del pecho. Luchó por aspirar aire, sin lograrlo. Aquella sensación terminó tan rápidamente como había empezado. Ahora Dooku no estaba lo bastante cerca como para utilizar la Fuerza contra él, pero Tonith sabía que, si persistía, el futuro sólo le traería sufrimiento.

—Estoy siguiendo vuestras órdenes, señor: capturar el planeta y asegurarlo —añadió rápidamente—. El plan que usted diseñó para esta campaña, y que yo he seguido al pie de la letra, implicaba refuerzos inmediatos una vez hubiéramos terminado la primera fase. Lo repito, señor, ¿dónde están los refuerzos? Ese ejército nuevo me está causando problemas, y perderemos Praesitiyn si obtiene refuerzos antes que yo.

—Están en camino —replicó el Conde. Su imagen flotó silenciosamente ante Tonith por un largo período antes de volver a hablar—. ¿Por qué no previste esa intervención?

Tonith contuvo el aliento. ¿Ahora le culpaba por no anticipar lo que había pasado? ¡Era monstruoso! Maldito sea el Conde.

—Fue uno de los imponderables de la guerra, mi señor —respondió calmadamente—. Todavía controlamos el Centro de Comunicaciones Intergalácticas, pero he perdido muchos androides y sólo puedo reemplazar unos cuantos en mis talleres de reparaciones. Por cada enemigo que matamos, ellos destruyen cinco a seis de mis androides.

—Tienes un millón de androides de combate. Lanza todos al ataque y arrasa ese maldito ejército.

—Ya no me quedan un millón de androides, mi señor —respondió Tonith con paciencia—. Los ataques masivos son antieconómicos y son mala táctica. Si atacase ahora de esa manera, me encontraría con un ejército altamente reducido y sin reservas. El comandante enemigo es muy astuto. Mantiene sus líneas muy cerca de las mías, y no puedo utilizar armamento pesado para atacarlas sin sacrificar mis propias fuerzas y debilitar nuestras propias defensas.

—Todos debemos realizar sacrificios —apuntó Dooku secamente.

Tonith hizo una pausa para reunir toda su paciencia. La necesitaba.

—Señor, las naves del enemigo mantienen en jaque a las mías en órbita, así que mi ejército no puede esperar refuerzos de sus tripulaciones. Y nuestras naves tampoco pueden bombardear a las fuerzas terrestres enemigas con sus armas de a bordo debido a su proximidad con las nuestras. Repito, si la República envía refuerzos antes de que...

—Él tampoco puede reemplazar sus pérdidas, ¿verdad? —sonrió Dooku.

—No, mi señor —reconoció Tonith—. Pero si han avisado a la República y envían un nuevo ejército contra nosotros...

—...así que tu enemigo está sufriendo el mismo desgaste que tú.

—...y llega aquí antes de que lo hagan mis refuerzos...

—No llegarán. Mantén a tu enemigo ocupado y aguanta tu posición. La ayuda ya está en camino. Tengo confianza en ti.

La transmisión se cortó.

Muy, muy lejos, el Conde Dooku sonrió. Pors Tonith era codicioso, pero un poco demasiado precavido... Es como un banquero, reflexionó. Pero era el adecuado para el trabajo. Las cosas estaban yendo exactamente según el plan. Sólo que no era el plan que Tonith creía estar siguiendo.

Capítulo 12

—Debo decirle que un ejército depende de su estómago —señaló el intendente Mess Boulanger con un relámpago en sus brillantes ojos azules. Nadie antes le había pedido detalles sobre su papel como oficial de intendencia, y dado que este joven comandante (Skywalker, se llamaba) hacía preguntas, el viejo Mess no pensaba dejarlo ir sin darle una lección de lo que él llamaba: "los músculos de la guerra".

Mess se acarició con cuidado el largo y caído mostacho castaño y contempló siniestramente a Anakin. Levantó un huesudo dedo índice.

—Muchos piensan que es el valor, el planteamiento y el espíritu ofensivo los que ganan las batallas, señor, pero a eso yo digo: "¡Bah!". Yo le diré lo que hace ganar las batallas, señor. ¡La logística! "Los músculos de la guerra", la llamo yo, señor. ¡La logística! Ése es el meollo y estoy aquí para decírselo. Eso es lo que hace funcionar a los ejércitos. Bueno, siempre que no se trate de ejércitos de androides —hizo un gesto despreciativo con la mano, escupiendo la palabra "androide"—. ¡Con ellos sólo se necesita lubricante y piezas de repuesto! —Volvió a levantar el índice—. ¡Y eso también es logística! ¡Sí, señor, incluso cuando se cuenta con un ejército de máquinas, hay que saber cuánto lubricante, piezas y componentes electrónicos debe almacenar uno en sus naves! Pero cuando se trata con seres vivos, el asunto es más, mucho más complicado. Estoy aquí para decírselo. Esta vez tenemos suerte, señor. Todos los clones comen la misma comida. Pero cuando se tiene a otro tipo de criaturas en tus filas, bueno, hay que diseñar dietas especiales para cada una de ellas. Es muy complicado, señor. Pero hay que hacerlo, conozco las fórmulas...

Su voz se perdió como si pensara en esas fórmulas.

—Recuerda esto —Boulanger volvió a subir el tono, aunque miró de reojo a Grudo, no muy seguro de si debía hablar de temas delicados ante alguien del que no estaba muy convencido de que no desempañara realmente una misión de cazarrecompensas—. ¡Cometas-Q! Sí, señor, los cometas-Q son lo que te hace llegar al campo de batalla, lo que te mantiene una vez se está en él y luego te devuelve a casa. Éstas son las bases del combate moderno: química, munición, médicos, ingenieros, transporte, señalización e intendencia.

Anakin iba a hacerle una pregunta cuando Mess añadió repentinamente:

—Y eso no es todo. ¡No, señor! ¿Sabe lo que consume todo un ejército en un solo día de combates violentos? ¿Sabe cuántas calorías quema un soldado de infantería en un solo día de batalla? ¿Eh? Bueno, pues yo sí. ¡Y estoy aquí para decírselo, señor! Tiene que saber si piensa aprovisionar o no a su ejército en el campo de batalla. Y hacer una estimación de las bajas, señor; es muy importante. Igual piensa que eso es hacer un cálculo imposible, que la naturaleza de una batalla es sumamente impredecible, pero no lo es, no, señor. —Asintió con tanta fuerza que su mostacho se agitó—. Antes de partir de Coruscant hablé con su personal de operaciones y estimamos que al tercer día de combate, habrá perdido el diez por ciento de sus fuerzas. Así que almacenamos suficientes pertrechos médicos para acomodar tales pérdidas. ¡Recuerde que por cada soldado muerto en combate, hay tres heridos! —Volvió a alzar el índice, como si aquello fuera una ley inmutable de la naturaleza que no admitía discusión.

—Pregúntale —dijo Boulanger señalando a Grudo, que había permanecido silencioso durante toda la conferencia—. Si ha combatido, tanto como dice, lo sabrá.

—Todo eso es cierto —asintió Grudo.

Boulanger inclinó la cabeza con satisfacción.

—Intendente, quizá debamos enviar suministros a las tropas del general Slayke cuando lleguemos a Praesitiyn. ¿Lo ha tenido en cuenta?—preguntó Anakin.

—Sí, señor, claro que sí. ¡Por supuesto! Por supuesto, ya sabrá usted que Praesitiyn es un mundo inhabitable. No hay recursos para alimentar a un ejército, ninguno, a menos que quiera envenenarse con esas plantas horribles e insectos. Es la pesadilla de un intendente. ¡Y yo estoy aquí para decírselo! Y sí, tengo entendido que el mando del capitán Slayke es una mezcla de humanos y de otras razas, todos seres vivos, que respiran, devoran y deben ser alimentados, vestidos y acuartelados. Así que, antes de zarpar, me preocupé de almacenar raciones que pudieran ser consumidas por gran cantidad de especies, alimento que podamos consumir todos.

"Y otra cosa. ¿Qué hace un ejército con sus desechos? ¡Aja! Sí, lo que un ejército consume se transforma en desechos, ¡y eso hay que tenerlo en cuenta de cara a la guarnición, los campamentos y los almacenes, ¿Ha pensado en eso? No, no creo.

Boulanger volvió a callar un instante, antes de continuar:

—He estado en todas las reuniones de personal, ¿sabe?

—¿Sí? —preguntó Anakin, con la atención centrada en el despliegue de mapas, listas e inventarios que abarrotaban las pantallas del compartimiento del intendente—. ¿Qué?

—Que he estado en todas las reuniones de personal —repitió Boulanger—. ¿Qué piensa del anexo de logística que escribí para su plan de operaciones? —se echó hacia atrás, cruzó las manos sobre su vientre y contempló desafiante a Anakin, retándolo a que dijera algo despreciativo acerca de su trabajo.

—¡Muy bien, intendente, un trabajo excelente! —respondió Anakin rápidamente.

Se riñó mentalmente por no haber previsto estudiar los anexos a la logística antes de aquella visita. Sólo le había echado un vistazo curioso cuando se los presentó su jefe de sección. Y nunca se había fijado en Boulanger durante las reuniones informativas.

—Nadie me hace nunca ninguna pregunta sobre mi trabajo. Y eso es porque no tienen por qué hacerla. Todo está previsto. Soy bueno en mi trabajo.

—Sí, intendente Boulanger, es muy bueno y le agradezco su excelente trabajo.

Anakin asintió con la cabeza en dirección a Grudo, y ambos se pusieron en pie, estrechando la mano al intendente. Luego se dirigieron a su lanzadera. Anakin decidió que tan pronto como volviera a su camarote en la Ranger, leería el anexo de logística y lo estudiaría como había hecho con las demás partes del plan. Una vez lo hiciera, llamaría a Boulanger, se sentaría con el logista y repasaría cada detalle con él hasta grabárselo a fuego en su mente. Memorizaría cuántas toneladas métricas, más o menos, de suministros, fuel y munición necesitaba un ejército de ese tamaño para sostenerse en combate, y cuántas naves necesitaría para transportar esas mercancías hasta el campo de batalla. También tenía que saber qué había en cada nave, por si se perdía alguna en el aterrizaje o quedaba rezagada de la flota por algún problema mecánico. Ese tema había aparecido con frecuencia en sus muchas conversaciones con Alción sobre táctica, estrategia y liderazgo, y el anciano Jedi había enfatizado su

importancia, pero no lo habían discutido con detalle. Anakin lo haría ahora. Se juró hablar de logística con Alción en cuanto estuviera preparado.

—No seas el tipo de comandante que deja los detalles para otros —le había advertido Grudo.

No lo sería.

—Tendremos que tratar con el capitán Slayke, Grudo, hálame de él —estaban en la lanzadera, de vuelta a la Ranger tras su encuentro con el intendente Boulanger— También me gustaría saber cómo llegaste a hacerte amigo del Maestro Alción.

—Sería mejor que hablastes directamente con el Maestro Alción de esas cosas —respondió Grudo.

Anakin permaneció silencioso un momento.

—Ya le he preguntado, pero siempre se muestra muy vago al respecto. Sé que los tres estuvisteis involucrados en el incidente de Bpfassh. Le he preguntado sobre Slayke indirectamente, pero todo lo que he conseguido que me diga es que no le guarda rencor y que una vez lleguemos a Praesitiyn podrá trabajar con él como si fuera un camarada.

—Sí, ése es Nejaa Alción... ¡Siempre justo!

—Lo sé, Grudo, pero yo también tendré que trabajar con Slayke. Tengo que saber más cosas de él, y dado que el Maestro Alción se muestra reticente a hablar de lo que pasó, tengo que preguntártelo a ti.

—¿Es una orden, señor? —preguntó Grudo formalmente.

—Sí —replicó Anakin de la misma forma—. Si es la única forma de que hables, tómatelo como una orden.

—Muy bien. Slayke es un guerrero. Un gran guerrero, no un hombre de cara gorda con piel lechosa. Es un gran hombre. ¡Pelea con la cabeza, el corazón y un fuerte brazo derecho! Es una persona de principios, y muy valiente. Guapo para ser un humano... O eso suelen decir.

—No hace falta que me hables de su aspecto, voy a conocerlo dentro de poco.

—Quizá lo conozcas, quizá no —corrigió Grudo sombríamente—. Todo el mundo muere. Y más en combate.

—Sí, Grudo, ya me lo has dicho. Más de una vez... Y yo mismo he podido comprobarlo muchas veces en estos dos últimos años y medio —dijo Anakin, cortante—. Sigue, por favor.

Zozridor Slayke se había ganado cierta reputación antes del estallido de las Guerras Clon como comandante de una corbeta de la República, la Thranta Escarlata. Su pasado era oscuro y se suponía que había ascendido puestos en la Armada hasta conseguir el mando de su propia nave de guerra gracias a su talento y a su habilidad. Profundamente insatisfecho con el enfoque dilatorio del Senado para tratar con los separatistas, Slayke había decidido actuar por su cuenta. Al no recibir órdenes, cogió la nave bajo su mando e inició una serie de ataques rápidos a las flotas de los separatistas. Fue inmediatamente considerado como un pirata y se puso una recompensa de cuarenta y cinco mil créditos por su cabeza.

Pero Slayke no se consideraba a sí mismo un pirata. No trataba mal ni a los civiles ni al personal militar que capturaba en sus ataques, y el botín procedente de las

naves capturadas era inmediatamente distribuido entre su tripulación o donado a causas justas. La última transmisión que había enviado al cuartel general de la Armada desde su Thranta Escarlata selló el tono de sus empresas subsecuentes: "Mientras el Senado duerme, una gran maldad amenaza la paz y la libertad de los pueblos de la galaxia. Nuestros políticos, que ni trabajan ni se sacrifican, han olvidado, si es que alguna vez lo supieron, que la libertad no es gratis, que el precio de la libertad es la vigilancia constante. ¡Nosotros, la tripulación del Thranta Escarlata, somos los hijos de nuestra amada República! ¡Somos vuestros hijos y vuestras hijas! ¡Somos los Hijos e Hijas de la Libertad! ¡Seguidnos!".

Este mensaje se convirtió en un aviso de llamada para los seres oprimidos de toda la galaxia y, en muy poco tiempo, Slayke reunió una pequeña pero formidable flota que no sólo provocó un apuro considerable al Senado de la República, sino que se convirtió en una espina clavada en el costado de las fuerzas separatistas.

—Todo esto lo sé porque yo estaba con el capitán Slayke —dijo Grudo—. Tiene la personalidad adecuada para el mando, la personalidad adecuada para ser un líder. Los soldados lo siguen.

Grudo estaba sin blanca, como solía estar entre guerras, y se presentó voluntario para servir con los Hijos e Hijas no porque compartiera sus puntos de vista políticos, sino porque el grupo era ilegal y la perspectiva de participar en algunas buenas batallas le resultaba prometedora.

—Háblame de Slayke, el hombre —pidió Anakin.

—El capitán Slayke es un comandante con el que se puede hablar. Escucha a todos y cada uno de los soldados y, muchas veces, le he oído decir que la única diferencia entre ellos y él es la ceremonia, los privilegios del rango, ya sabes. Dice que cada soldado que lucha a su lado es su hermano, que el rango no tiene privilegios en combate. Al menos, no con los Hijos e Hijas de la Libertad.

—¿Y Alción?

—Fue enviado a arrestarnos.

Ante una solicitud especial del Senado, el Consejo Jedi había seleccionado al Maestro Jedi Nejaa Alción para comandar la expedición que debía aprehender a Slayke y llevarlo a Coruscant para ser juzgado por piratería y traición, no necesariamente en ese orden. Alción tuvo el mérito de protestar por esa orden. En su opinión, Slayke sólo hacía lo que el Senado debía haber hecho por su cuenta. Cuando le preguntaron qué haría si él tuviera que tomar esa decisión, respondió valientemente:

"Iría en su ayuda". Pero la decisión del Consejo fue que, por muy justa que fuera la causa, esa amenaza a la República no podía ser combatida por capitanes renegados actuando sin autorización del Senado. Las órdenes eran órdenes, y Alción las obedeció.

La nave de Alción era la Plooriod Badkin. Siguió a la flota de Slayke durante semanas, esperando una oportunidad de atacar su nave insignia y arrestarlo. Sabía que una vez Slayke estuviera bajo custodia, el movimiento de los Hijos e Hijas se disolvería y dejaría de interferir con la política galáctica. Creyó que Slayke había cometido un error fatal cuando dispersó su flota en varios espaciopuertos para reaprovisionarse y reclutar más hombres y, a bordo de su nave insignia, la Thranta Escarlata, se dirigió a Bpfassh, en el sector Sluis. Alción lo siguió.

—Pero Slayke no había cometido ningún error —explicó Grudo— Verás, sabíamos que nos seguían. Y Slayke también sabía que había un Jedi al mando de las fuerzas enviadas tras él. No sé cómo lo supo, pero me lo dijo Slayke en persona. También me dijo que quienes manipulaban la Fuerza eran muy peligrosos, pero que él, Slayke, utilizaba su cerebro, que era mucho más poderoso que esa Fuerza —

Grudo resopló blandamente—. No sé si es cierto, pero en aquella ocasión, Slayke tuvo razón.

—¿Cómo consiguió el capitán Slayke apoderarse de la nave del Maestro Alción? —preguntó Anakin. No podía imaginar que nadie fuera lo bastante inteligente como para robar una nave a un Maestro Jedi. Pero Slayke lo había hecho.

—Eso fue cosa mía —reconoció Grudo.

Refugiarse en el planeta doble Bpfassh fue un brillante movimiento por parte de Slayke. Bpfassh era un lugar excelente donde ocultar una nave estelar, gracias a su complejo sistema de lunas, su población escasa y sus vastas zonas salvajes. Y si los habitantes no simpatizaban con los separatistas, tampoco eran precisamente aliados de la República. En lo que a ellos se refería, Slayke era un pirata, y eso aseguraría su silencio si eran interrogados por sus perseguidores. Slayke no tenía intención de desmentir esa idea.

—El Maestro Alción necesitó tiempo para encontrarnos, pero al final lo consiguió —Grudo se golpeó el morro con un dedo rematado en ventosa, mientras contemplaba una mancha en el rincón más alejado del compartimiento. Mentalmente, volvía a estar en Bpfassh, reviviendo los acontecimientos. Suspiró—. Me enfrenté a Nejaa Alción en combate personal. Solos él y yo. Fue maravilloso. Maravilloso.

Se sumió en un silencio feliz y tardó cierto tiempo en continuar su relato.

El plan de ataque de Alción había sido simple y directo. Una vez localizado el Thranta Escarlata, se limitó a descender en el campamento, desembarcar a las tropas y arrasar el lugar. El plan defensivo de Slayke también fue simple y directo. Había dispersado a la mayoría de su tripulación por las ciudades y los pueblos bpfasshi, manteniendo a su lado los hombres justos y necesarios para poder pilotar una nave espacial... y a Grudo.

El único ser que Alción encontró en el campamento fue Grudo, armado con todas las armas de la panoplia de los cazarrecompensas, aullando en rodiano desafíos al Jedi y su fuerza de aterrizaje que pocos podían comprender, pero que dejaban bien claro que no pensaba entregarse pacíficamente y sin resistencia.

—¿Dónde está el capitán Slayke? —rugió Alción.

Grudo le respondió lanzando dos cuchillos. Todo el mundo se agachó salvo el Maestro Jedi. Las armas se clavaron en el suelo, entre sus piernas. Eran un claro reto para el combate. Grudo prescindió de usar las pistolas láser que llevaba en ambas caderas y sacó otro par de cuchillos.

Luego avanzó unos cuantos pasos, enarbolando las armas.

Un teniente apuntó al rodiano con su pistola láser, pero Alción le ordenó que no disparase.

—Yo me encargo de esto —dijo.

Recogió los cuchillos, sopesó su equilibrio y se dirigió hacia Grudo para entablar un combate personal.

—Nunca supe por qué lo hizo —recordó Grudo—. Su misión era apoderarse de la Thranta Escarlata y capturar a Slayke, no meterse en peleas personales. Pero luchamos, y todo el mundo nos vio. Nunca desenvainó su sable láser. Cuando solté mis cuchillos y mis cinturones de armamento, él hizo lo propio, y luchamos mano a mano. ¡Ah, menudo guerrero! Ya sabes todo eso de que los Jedi no sienten rabia u odio, pero ese día... ¡Ah, Nejaa Alción necesitaba una buena pelea! No combatió como un Jedi, ni hablar. Fue todo muy extraño y maravilloso. Anakin se removió, incómodo.

—Nunca supe cómo sabía Slayke que esa pelea se llevaría a cabo —musitó Grudo—. Cuando me dejó en el campamento, me dijo:

"¡Grudo, no dejes pasar a nadie!". Me dijo que era muy importante que mantuviera mi posición. Me dijo: "No tengas miedo, Grudo, el Jedi nunca mataría a un ser desarmado". Así que peleamos... ¡Y menuda pelea fue!,

Alción no perdió tiempo maniobrando para conseguir una posición de ventaja sobre el rodiano; se limitó a avanzar, y Grudo acudió a encontrarse con él. El grupo de Alción formó un círculo amplio y algunos de ellos cruzaron apuestas sobre quién podría vencer. Su atención estaba completamente concentrada en el reto que se desarrollaba ante sus ojos.

—Alción no quería utilizar trucos Jedi —Anakin supuso que se refería a la Fuerza— y combatió como un guerrero normal. Así que utilicé su impulso contra él y lo arrojé muchas veces contra el suelo. Pero Alción siempre se levantaba y volvía al ataque. —Ahogó una risita—. Era lo bastante rápido como para atravesar unas cuantas veces mi guardia, y pegaba lo bastante fuerte como para dejarme marcas..., y hasta un par de huesos rotos.

Cubierto de sudor, con las ropas desgarradas allí donde Grudo lo había sujetado para tumbarlo, Alción intentaba utilizar la ventaja que le proporcionaban su velocidad y habilidad mientras el rodiano, dolorido por los golpes que el Maestro Jedi le había propinado, conseguía mantenerse fuera del alcance de Alción. Cada vez que uno u otro conectaba un golpe o lanzaba un tajo, la tripulación del Thranta Escarlata lanzaba un rugido de aprobación. Pronto, el terreno sobre el que peleaban se convirtió en un cenagal. Los contendientes habían perdido la noción del tiempo y, a medida que el combate se prolongaba, empezaron a tambalearse y a fallar en sus golpes, al adueñarse de ellos el cansancio físico.

—La pelea terminó cuando Slayke robó el Plooriod Bodkin. Debiste ver lo boquiabierto que se quedó Alción; parecía una puerta abierta. Todo el mundo se quedó mirando cómo se elevaba la nave sobre un pilar de fuego, haciéndose más y más pequeña, hasta desaparecer. Alción se quedó helado mirando al cielo. Nadie se movió. Podría haberlo matado en aquel momento, pero no lo hice. Sabía que la pelea había terminado y que el plan del capitán Slayke había funcionado. No hay honor en matar a un contrincante cuando ni siquiera te mira, y respetaba a Nejaa Alción por luchar como lo había hecho... Por lo que sé, nunca recurrió a la Fuerza —lanzó una risita por un instante, antes de seguir hablando con seriedad—. Tampoco sé por qué no me mató al quedarse sin nave, pero no lo hizo.

Slayke había desarmado los motores del Thranta Escarlata, dejando a Alción y a sus hombres abandonados en Bpfassh durante varios meses hasta que pudiera llegar otra nave con los repuestos necesarios. Grudo había sido hecho prisionero sin más lucha; era el único prisionero que hicieron en toda la misión. Llegaron a conocerse bastante bien en aquellas semanas llenas de inactividad. Por fin, un día, Alción dijo:

—Grudo, cuando volvamos a Coruscant, te soltaré. Seré el hazmerreír de toda la galaxia si vuelvo de esta misión con un solo prisionero. El trato es éste: a cambio de tu libertad, te quedarás hasta que encuentre alguna utilidad para ti.

Entretanto, el Senado dio marcha atrás en sus cargos de traición y piratería, y el Canciller Supremo Palpatine se rindió a lo inevitable y, sacando el mejor partido de la situación, concedió a Slayke que siguiera atacando las naves y las bases separatistas.

—Así que me hospedé en La Babosa Dorada y allí he esperado hasta que Alción y tú vinisteis a por mí —concluyó Grudo.

La lanzadera había aparcado en la esclusa de aterrizaje de la Ranger tiempo antes de que Grudo terminase su historia, y el piloto esperaba irritado en la carlinga.

—¿No es extraño la forma en que el destino manipula tu vida? —preguntó Grudo—. Aquí estamos, muy cerca del planeta donde conocí a Alción y donde vi por última vez al capitán Slayke. Dos grandes hombres, y he tenido el honor de servirlos a ambos. Ahora, pronto, volveremos a encontrarnos, y esta vez seremos aliados. ¡La vida es buena! —Hizo una pausa antes de añadir—: Me pregunto qué estará haciendo ahora el capitán Slayke en Praesitiyn...

Capítulo 13

Pudieron oler el campo de batalla incluso antes de verlo.

L'Loxx llevó su motojet hasta la sombra de un promontorio de rocas.

—Ahora es cuando la cosa se pone fea —dijo a Erk y a Odie—. Tendremos que cruzar un kilómetro de terreno abierto hasta nuestras posiciones. Está bajo la observación y el hostigamiento del enemigo, que lo tiene sometido a un fuego constante. Nuestros androides de trabajo han construido búnkeres por toda la zona, interconectados mediante profundas trincheras... Todo irá bien una vez lleguemos a nuestro perímetro defensivo, pero antes nos espera una carrera por terreno abierto, y hay que estar muy alerta. Habrá que zigzaguear constantemente; ya lo he hecho varias veces. Vosotros seguidme, sé por dónde debemos cruzar nuestras líneas. Por si nos separamos, la contraseña de hoy es "ventana" y la respuesta es "huérfano".

—¿Qué es ese olor? —preguntó Erk, arrugando la nariz. L'Loxx sonrió irónicamente al piloto.

—Sí, claro, no lo sabes, me olvidaba que no tienes ninguna experiencia en combate terrestre, cuerpo a cuerpo —su voz no pudo ocultar el desdén que sentían los soldados de infantería que viven, luchan y sangran en el barro por quienes duermen en camas blandas y combaten en lo que los soldados de a pie llaman "ambientes limpios"—. Ahí abajo hay decenas de miles de soldados, todos encerrados en la misma zona, sin agua corriente. Tras cierto tiempo, empiezan a oler. Además... —miró a lo lejos, y su rostro quedó inexpresivo un instante—, ...además, no hemos tenido tiempo de enterrar a nuestros muertos —agitó la cabeza y volvió al asunto que tenían entre manos—. Esto es lo que haremos. Yo iré en la primera motojet, la de Jamur, así me reconocerán como amigo. Una vez yo esté a salvo, os tocará el turno de pasar con vuestras 74-Z. Desde aquí no se ve, pero ahí abajo mantenemos una posición que cubre toda la zona por si el enemigo intenta flanquearnos y atacamos por la espalda. Les diré que no disparen. El resto de nuestros baluartes dispararán todas sus baterías contra los cañones enemigos. Eso los distraerá lo suficiente como para que podáis atravesar el campo sin problemas. Recordad las contraseñas; os las preguntarán. ¿Puedes manejar solo esa motojet, Pajarito?

—Sargento, uno de estos días le montaré en el asiento trasero de un caza y le demostraré lo que es pilotar de verdad —respondió Erk.

—Esperaré ansioso ese día, teniente —sonrió L'Loxx—. Una última cosa. Hemos descubierto que lo que controla los cañones enemigos sólo reacciona ante el movimiento, así que si os derriban o sois heridos, no os mováis, eso evitará que os convirtáis en un blanco.

—¿Cuánto tendremos que esperar tumbados? —preguntó Odie.

—Hasta que acudamos a rescataros y os saquemos de ahí. ¿Preparados?

El ejército de Slayke había excavado trincheras a lo largo del cauce seco del río, frente a la meseta en la que se encontraba el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Los distintos puestos fortificados estaban conectados mediante un complejo de trincheras y túneles. Los restos de incontables miles de androides de combate y máquinas de guerra sembraban el complejo, en muda evidencia de la fiera del combate. En aquel momento, el frente estaba relativamente en calma. Descargas de alta energía atacaban ocasionalmente las defensas o la artillería de Slayke bombardeaba las posiciones enemigas. Pero no se observaba ningún movimiento de tropas, salvo por esos disparos esporádicos.

Los cañones láser empezaron a disparar contra LLoxx casi desde el primer instante en que éste enfiló la pendiente. El sargento tardó sus buenos treinta segundos en cruzar el campo abierto. Zigzagueó sin pauta aparente y desapareciendo a salvo tras la primera línea, donde estaba protegido de los cañones enemigos.

—¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! —susurró Odie, colocando su motojet en posición y lanzándose pendiente abajo. Se encontraba a medio camino de las trincheras cuando el enemigo abrió fuego, momentáneamente confundido por la presencia de una de sus propias motojets cruzando la tierra de nadie. Obviamente, quien fuera o lo que fuera que operaba el sistema de control de fuego enemigo tardó en darse cuenta que aquella motojet no pertenecía a su bando, dado que ninguno de sus hombres de reconocimiento se lanzaría a tumba abierta hacia las líneas enemigas. En ese momento, la artillería de Slayke empezó a responder al fuego enemigo, que disminuyó considerablemente cuando Odie ya estaba a cubierto.

Erk tragó saliva nerviosamente. Las palmas de las manos le sudaban sobre los controles de la motojet. En su larga travesía del desierto había dominado rápidamente el manejo básico de la máquina, pero lo que ahora se exigía de él necesitaba un grado de habilidad que no estaba seguro de poseer. Un error que no cometería sería salir desde la misma posición que sus dos compañeros precedentes; a esas alturas, los cañones enemigos apuntarían hacia allí. Guió su motojet con cuidado por el risco, a lo largo de unos cien metros. Eso significaba que tendría que entrar en las trincheras con un ángulo más cerrado. ¿Eran tan distintos el terreno y el ángulo como para fallar la entrada? ¿Podrían desorientarlo las violentas maniobras que tendría que utilizar?.

Conectó la motojet, salvó la cresta del risco por diez metros y cayó al otro lado con violencia suficiente para hacer entrecocar sus dientes. Los cañones enemigos, desprevenidos, no dispararon al principio, pero los láseres empezaron a caer a su alrededor segundos después, destrozando el terreno allí donde golpeaban. Erk zigzagueó locamente; izquierda, derecha, derecha, recto, durante unos cuantos metros, una parada de un segundo, adelante unos cuantos metros más, giros agudos cada pocos metros. Podía sentir el calor de los disparos que impactaban más cerca de él. Podían haber levantado una cortina de fuego entre la trinchera y él, pero no lo hicieron. Lo rastreaban como un blanco individual, como si intentasen ganar puntos en un juego.

Erk no vio la depresión del terreno. Justo cuando cruzaba el borde más alejado de la depresión, un rayo acertó en la célula energética de su motojet, y ésta explotó en forma de violenta flor anaranjada. Pero él ya había agachado la cabeza sobre los controles y se estrelló contra el suelo con fuerza suficiente como para quedar inconsciente. Esos segundos le salvaron la vida porque los cañones enemigos, o el que los estuviera controlando, lo vio tendido en el suelo, inmóvil, y creyó que la explosión lo había matado.

Lo siguiente que supo Erk era que alguien tiraba de él.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Era Odie. Todavía atontado, logró saltar sobre la máquina que conducía la chica y se aferró a ella. La motojet saltó hacia delante a toda velocidad y Erk estuvo a punto de caer. Odie viró una vez a la derecha y otra a la izquierda, con la motojet dando giros tan cerrados que su rodilla se arrastraba por el suelo. Segundos después llegaron a las trincheras. Odie apagó el motor mientras unas manos amigas emergían de los búnkeres para ayudar a la pareja.

—¡Buen trabajo! —gritó el sargento L'Loxx— ¡Pajarito, espero que sepas manejar tu caza mucho mejor que esa motojet! Que el médico te vea esa rodilla.

Erk asintió con la cabeza, todavía un poco aturdido. Intentó reaccionar y preguntó:

—¿Dónde está la enfermería?

—A unos cincuenta metros más o menos, siguiendo esa trinchera de conexión. No tiene pérdida —L'Loxx señaló hacia la derecha, antes de dirigirse a uno de los soldados—. Frak, muéstrale el camino, espéralo y tráelo de vuelta. Si los médicos no pueden encargarse ahora de él y creen que sus heridas no son graves, tráetelo. Ya lo curarán después.

Mientras el sargento daba instrucciones al cabo Frak, Erk se puso en pie y se dio cuenta de lo profunda que era la trinchera. Siguió a Frak, confiando en que la trinchera lo protegería del fuego enemigo directo. Los preocupados ojos de Odie siguieron a Erk por un segundo, pero después decidió que no estaba en tan malas condiciones y se preocupó de otras necesidades más inmediatas.

—¿Hay alguna posibilidad de comer algo?

—A todos nos gustaría saberlo —respondió L'Loxx—. Sólo puedo ofrecerte un lugar para descansar a resguardo de los elementos.

Le mostró un pequeño bunker con un catre. A Odie no le importó que no estuviera limpio por los muchos soldados sucios y embarrados que habían dormido en él, siempre sería mejor que el duro suelo. Se durmió en cuanto cerró los ojos.

El sargento L'Loxx la despertó una hora más tarde.

—Vamos —dijo—, el capitán Slayke quiere veros al Pajarito y a ti.

Odie se sentó en el catre y se frotó los ojos. Murmuró algo, pero la única palabra que L'Loxx pudo entender fue: "Erk".

—Lo han curado y ya ha vuelto. En marcha, el capitán nos espera.

El ejército de Slayke, compuesto por voluntarios de toda la galaxia, era un conglomerado políglota de especies. Siempre que le era posible, Slayke organizaba sus unidades de forma que los individuos de una misma especie se mantuvieran juntos. El trío circulaba por las estrechas trincheras y pasó junto a un pelotón de ingenieros gungan que reconstruía un bunker excavado en la roca; en otro sector, una compañía de bothanos atestaba un puesto de observación. Por todas partes podían verse los desechos de la batalla: androides de combate destruidos, armas descartadas, objetos personales abandonados y contenedores de aprovisionamiento de todo tipo vacíos. Los ingenieros y los androides de trabajo se afanaban por todas partes, recuperando armas y pertrechos, reconstruyendo muros dañados y ayudando a reunir provisiones.

El puesto de mando se encontraba en un bunker subterráneo. En él reinaba una barahúnda de desorden organizado: oficiales y personal de servicio recibían

informes de los puestos avanzados, otros hacían circular las órdenes mientras los oficiales de Estado Mayor se encargaban de la miríada de detalles necesarios para mantener un ejército operativo y en combate. En el centro de todo se erguía la figura de su comandante:

Zozridor Slayke.

El sargento L'Loxx se acercó al capitán y lo saludó militarmente:

—Reconocimiento presentándose, señor —anunció.

—Omin, me alegra verte de vuelta —Slayke asintió con la cabeza, mostrando aprobación, y L'Loxx hizo su informe, terminando con el descubrimiento de Erk y Odie y el viaje de vuelta hasta sus propias líneas.

—Bienvenidos a mi pequeño y victorioso ejército —saludó Slayke, alargando la mano—. ¿Sabéis si hay más supervivientes de las fuerzas del general Khamar?

—No, señor —respondió Erk—. Pero eso no significa que no existan, sólo que no los hemos visto.

—Lástima —comentó Slayke, agitando la cabeza—. Nos irían bien unos cuantos refuerzos, pero... Dado que vosotros sois todo lo que podemos esperar, tendremos que conformarnos. Usted, teniente, ¿es piloto de combate? Me gustaría poder asignarlo a un caza, pero ahora no contamos con ninguno. Pero usted, soldado, parece de reconocimiento, y las tropas de reconocimiento son mis ojos y mis oídos. Dependo mucho de soldados como Omin y como usted —Odie se sorprendió al descubrir que Slayke se sabía y utilizaba los nombres de pila de sus hombres—. El enemigo intenta sorprendernos constantemente por los flancos y tomar nuestras posiciones de retaguardia. Por eso son muy importantes las tropas de reconocimiento. Necesito a alguien que sustituya al cabo Nath. Jamur era un buen hombre, pero ha muerto. ¿Acepta el trabajo?

Con Slayke allí, de pie, taladrándola con sus penetrantes ojos, fue muy difícil para Odie no gritar de entusiasmo: "¡Sí, señor!", pero logró contenerse. En lugar de eso, dijo:

—Si no le importa, señor, preferiría quedarme y luchar junto al teniente Erk —tragó saliva, pero no pudo impedir que su rostro enrojeciera al decir aquellas palabras—. Es piloto, señor, y no sabe cómo combatir en tierra. Necesita a alguien que lo lleve de la mano. —Enrojeció todavía más cuando comprendió que lo que había dicho podía tomarse con doble sentido.

Slayke alzó las cejas y miró al sargento L'Loxx, que sólo se encogió de hombros, sin comprometerse. Luego se volvió hacia Erk.

—Mmm, ella es mi copiloto, señor... Bueno, más o menos —intentó explicar.

—Oh —exclamó Slayke—. Ven, acércate.

Gesticuló sobre una mesa de mapas holográficos situada detrás de ellos. En ella podía verse un modelo tridimensional de la posición de las tropas de Slayke.

—Este cauce seco de un río, aquí, es tierra de nadie, y divide las posiciones de los dos ejércitos. Como veis, las líneas están muy juntas —sonrió con ferocidad—. Nos hemos situado tan cerca que sus naves en órbita no se atreven a disparar por miedo a destruir sus propios andróides.

Y eso, en el supuesto de que alguna de sus naves pueda apartar la atención del combate con mi flota el tiempo suficiente para atender a lo que sucede aquí. La situación también es a la inversa, el comandante enemigo mantiene sus tropas lo más cerca posible de las mías para que mis naves tampoco puedan disparar contra sus fuerzas terrestres.

—Este enclave —añadió, señalando un puesto fortificado— es el más avanzado de nuestras líneas. Se llama Izable y se encarga de avisarnos de cualquier cambio en las posiciones enemigas o de cualquier preparativo que puedan realizar para atacarnos. Unos seiscientos metros detrás de Izable, pero en los flancos, hay dos enclaves más, Eliey y Kaudine. Nosotros estamos aquí, y ésta es la posición principal de nuestras defensas. Unos seiscientos metros detrás de nosotros se encuentra el último enclave, Judlie, desde donde habéis llegado vosotros. Judlie cubre nuestra retaguardia. Estos cinco enclaves están fuertemente fortificados, cada uno cubre treinta y seis grados del frente, y sus baterías están totalmente interconectadas entre sí, de modo que si el enemigo intenta penetrar en nuestras líneas, todos puedan disparar sobre él. La artillería se concentra aquí, aquí, aquí y aquí, y está igualmente fortificada. Los cañones rastrean hasta el mínimo metro cuadrado de nuestras propias líneas, así que si el enemigo penetra en ellas, quedarán bajo fuego directo. Los enclaves están conectados por una serie de túneles y trincheras que nos permiten trasladar tropas y suministros de uno a otro, según las necesidades concretas de cada momento. Este lugar es una maravilla de ingeniería. Lo construimos en apenas dos días, siempre bajo el fuego enemigo, gracias a nuestros ingenieros y a cientos de androides de trabajo. Los ingenieros han salvado al ejército.

"Las posiciones enemigas se encuentran al otro lado del lecho del río, ocupando esta enorme llanura plana. En esta colina se halla el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Era el objetivo del enemigo y estoy seguro que lo mantienen protegido por una fuerza considerable. Sé que vosotros, al formar parte del ejército del general Khamar, estáis familiarizados con la disposición del lugar. El que está al mando del ejército enemigo es muy listo. Ha intentado aplastarnos seis veces y siempre hemos conseguido derrotarlo, destruyendo sus androides por millares, pero no sin pérdidas por nuestra parte. Ha tomado Izable dos veces, pero siempre hemos conseguido recuperarlo. Así que ahora se contenta con sondear nuestras líneas buscando puntos débiles, intentando flanquearnos y llegar hasta nosotros excavando túneles. Sí, ahora mismo está excavando uno en dirección a Izable, a unos cien metros de profundidad. Cuando llegue hasta allí, colocará una montaña de explosivos y hará volar Izable hasta el cielo. Así que nosotros estamos excavando un contratúnel bajo el suyo para destruirlo antes de que consiga llegar. Será interesante ver cuál de los dos consigue primero su objetivo, ¿no creéis? —Slayke sonrió con ferocidad.

—¿Cuáles son nuestras oportunidades —preguntó Erk.

—Antes de atacar, envíe un mensaje a Coruscant pidiendo ayuda. Quizá llegue a tiempo, quizá no. Hasta entonces habrá que valerse por nuestros propios medios, pero puedo asegurarnos que por el momento le estamos estropeando la digestión a ese tipo —Slayke hizo un gesto hacia las posiciones enemigas mostradas en el holomapa—. Mi suposición es que ellos también esperan refuerzos. Quienquiera que sea mi contrincante, fue enviado aquí para tomar el Centro y asegurarlo. Pero no lo ha fortificado, lo que indica que debe de estar esperando que de un momento a otro lleguen los medios para hacerlo. Si lo consiguen antes de que lleguen nuestros refuerzos... —se encogió de hombros.

—¿Qué planea hacer hasta entonces, señor? —preguntó Odie.

—¿Hacer? Bueno, voy a darle tantas patadas en el culo como me sea posible —los oficiales que se encontraban junto al holomapa estallaron en carcajadas—. Y en cuanto a vosotros dos..., bueno, me irían bien un par de buenos cañoneros en Izable, ¿qué os parece?

—A la orden, señor.

—Sargento L'Loxx, encárguese de que coman, reciban el equipo necesario y lleguen a Izable. Que se presenten al teniente D'Nore para recibir nuevas órdenes. Y buena suerte.

Les alargó nuevamente la mano, y ellos la estrecharon.

Las provisiones que recibieron consistían en raciones de emergencia, destinadas a sostener la vida con un alto grado de metabolismo, no para satisfacer paladares exquisitos. Cuando terminaron de comer, L'Loxx entregó a cada uno un cinturón de equipo.

—Es el equipamiento estándar de infantería, pero le hemos añadido unas cuantas cosas que creemos podrán serles útiles en el campo de batalla. En cuanto podáis, revisad los distintos bolsillos y familiarizaos con su contenido. Algún día podría salvaros la vida.

El teniente D'Nore era un bothano agobiado que luchaba con la responsabilidad de mantener su puesto avanzado cien por cien alerta. Él mismo había liderado el pelotón de asalto que consiguió recuperar Izable recientemente de manos de los androides de combate. Desde entonces no había podido dormir, sólo dar breves cabezadas.

—No dejaré que vuelvan a tomar Izable —dijo a sus dos nuevos soldados—. Os situaréis en un puesto avanzado de escucha, cubriendo el Sector Cinco. —Ni siquiera se molestó en indicarles dónde se encontraba el "Sector Cinco", antes de irse a hablar con los soldados del Sector Tres, gritando por encima del hombro—: Ya hablaré más tarde con vosotros dos. Allí abajo tenía a tres hombres, pero todos estaban heridos y fueron evacuados. Así que, pase lo que pase, no disparéis a menos que seáis atacados. No quiero que el enemigo sepa que hemos vuelto a ocupar ese puesto de escucha.

Y desapareció en una trinchera de comunicaciones.

—Vosotros dos, venid conmigo —ordenó un sargento que se encontraba cerca—. Os llevaré hasta allí. Aseguraos de no asomar la cabeza por encima de las trincheras porque entonces os la volarán, tenedlo por seguro. —Caminaron encogidos, la pareja siguiendo al sargento en dirección contraria a la que había tomado el teniente. Tras unos cuantos giros y revueltas, la trinchera terminó en una tronera fortificada—El Sector Cinco —anunció el sargento.

Manchas de sangre y jirones de tela marcaban el lugar donde los médicos habían tratado a los últimos soldados que operaban el cañón.

—Nunca había visto un arma como ésta, así que tampoco sé cómo funciona —dijo Erk, contemplando el cañón repetidor E-Web.

—Estoy entrenada en toda clase de armamento de infantería —replicó Odie—. Yo me encargaré de disparar el cañón y tú de controlar el generador de energía —se volvió hacia el sargento—. ¿Cuándo seremos relevados?

—Cuando lo seáis. Y eso quiere decir que no tengo la menor idea de cuándo será —respondió. Les entregó un paquete de raciones a cada uno—. Racionadlas todo lo que podáis; es todo lo que nos queda, y dormid por turnos. Que uno de vosotros esté siempre conectado a la red táctica de comunicaciones. Informad cada treinta minutos. No falléis ni uno. Disparad el arma únicamente cuando tengáis un blanco seguro. No estáis aquí para intentar detener un ataque, sólo para avisarnos si se produce y, como máximo, para intentar frenarlo un tiempo. Cuando empiecen a rodearos, volved por la trinchera hasta el puesto defensivo central todo lo rápido que podáis. Vosotros decidiréis cuándo llega ese momento, pero no esperéis demasiado. Vuestra identificación para las comunicaciones es "Esperanza Cinco", la del mando

central es "Isra Seis". Sincronizad vuestros relojes... son las dieciséis quince. Informad a las dieciséis cuarenta y cinco.

Pese a sus valientes palabras, Odie no había recibido un entrenamiento exhaustivo en cañones de repetición E-Web, y tardó varios minutos de examen en familiarizarse con el sistema. Cuando se sintió lo bastante segura, se lo explicó a Erk.

—Este cañón láser debería estar conectado con los demás del puesto de avanzada mediante un enlace de largo alcance —dijo ella, señalando cada uno de los componentes a medida que los nombraba—. Eso significa que si nos atacan, los sistemas de fijación del objetivo del resto de los cañones se conectarán automáticamente con éste para darnos fuego de cobertura y viceversa —revisó rápidamente el enlace de comunicaciones—. Bien, funciona. Todo tiene energía, así que no tendremos que establecer esa secuencia... que puede llevar hasta quince minutos.

—¿Qué puede hacer esta cosa? —preguntó Erk, mirando el cañón. Se quitó el cinturón de equipamiento y lo lanzó a un rincón.

—Será mejor que lo conserves, Erk —le advirtió ella—. Nunca sabes cuándo puedes necesitar algo de lo que lleva.

—Sí, le he echado un vistazo, y la mayoría es material de primeros auxilios que ni siquiera sé utilizar. ¿Qué hay en esos bolsillos?

—Cosas útiles. Todavía no he tenido la oportunidad de revisarlo todo, pero...

—Quiero que me enseñes a manejar el cañón láser, Odie. No necesito llevar colgada toda esa basura para poder dispararlo..., sólo me molestaría. Dime si hay algo ahí que pueda necesitar, ¿de acuerdo?

—Está bien. Bueno, este cañón es un arma de tierra bastante letal. Su alcance efectivo es de sólo doscientos metros, pero su alcance máximo llega al medio kilómetro. Con su campo de fuego interconectado con el de los demás, no creo que pueda colarse ningún androide. Tu trabajo será controlar el flujo de energía para que el cañón no se sobrecaliente durante la batalla. Si me inutilizan, cambia el generador al modo preprogramado..., es ese interruptor de ahí. Eso evita las cargas peligrosas, pero también reduce considerablemente su potencia de fuego. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para poder dispararlo; después estableceremos los turnos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Las tropas de reconocimiento pertenecen a la infantería —respondió Odie—, así que nos enseñan cómo manejar toda clase de armamento..., aunque no llevemos encima ni un rifle láser.

La torreta había sido excavada en la roca de tal forma que tenían protección total tanto por la parte superior como por los flancos. Unos estrechos cortes en la roca permitían vigilar el paisaje que tenían delante. Erk echó un vistazo a través de una de esas ranuras. Bajo la tenue luz pudo ver claramente el terreno situado entre el Sector Cinco y el lecho seco del río, sembrado de androides destruidos. Se preguntó qué les habría pasado a los defensores de aquella posición cuando fueron atacados. Un sentimiento de desesperanza se apoderó de él por primera vez. ¿Cómo podía nadie sobrevivir en aquella posición?

—Tendremos que dormir con el casco puesto —señaló a Odie—. En cuanto oscurezca, necesitaremos los infrarrojos.

—Exacto. El cañón tiene un sistema de infrarrojos para fijar sus objetivos. Te enseñaré unas cuantas cosas más antes de que se haga demasiado oscuro para que podamos ver.

La noche transcurrió con tranquilidad. Las líneas eran sondeadas en otros sectores, lo que daba como resultado un intercambio intermitente de disparos. En esos momentos, la red de comunicaciones tácticas cobraba vida, transmitiendo informes y órdenes, y tanto Erk como Odie entraban en un estado de alerta completa. Cuando el rugido de los cañones se acallaba, volvían a intentar dormir un poco. Se dividieron la noche en turnos de dos horas. Odie había enseñado al piloto lo bastante sobre el funcionamiento del cañón láser como para que éste pudiera utilizarlo solo y abriera fuego si algo se movía en el sector. Pese a su equipo de visión nocturna, los ojos de Erk le engañaban constantemente: si contemplaba durante largo rato cualquier montículo más o menos irregular, parecía que terminaba cobrando vida y moviéndose. Se encontró restregándose los ojos y agitando la cabeza con frecuencia para aclararse la visión. Luchaba por permanecer despierto. Como piloto de combate sabía muy bien lo que podía pasar si no mantenía una atención constante; pero ya no volaba en un caza de alto rendimiento, estaba sentado en una cripta húmeda y rocosa que olía a sangre y heces, el hambre le roía el estómago y le hacía sentir debilidad, no había dormido desde hacía siglos y le dolía todo el cuerpo. Su rodilla, en particular, le latía dolorosamente.

Suspiró, cambió de posición y parpadeó. Faltaban pocos minutos para el amanecer. Normalmente le encantaba aquella hora del día, antes de que el resto del mundo despertase; todo estaba tranquilo, sereno, pacífico. Sintió un escalofrío. Las noches en aquella parte de Praesitiyn eran muy frías, y los días infernalmente calientes. Miró a Odie y sonrió.

Ella se había dormido en cuanto le tocó el turno. La chica hubiera podido integrarse en otro pelotón de reconocimiento y seguir haciendo aquello que más le gustaba, manejar su motojet libre como el viento. En vez de eso había preferido quedarse con él. Ahora se encontraba en aquel agujero, y lo único que se interponía entre el ejército invasor y ella era una delgada pared de piedra. Cuando salieran de aquel lío...

El corazón de Erk se aceleró. ¡Ahí fuera se había movido algo! Las palmas de las manos empezaron a sudarle. Tocó a Odie con el dedo, y ella se despertó al instante.

—Ahí fuera hay algo —susurró.

Ahora se encontraba completamente alerta, como si cada músculo de su cuerpo reaccionase ante la adrenalina que lo inundaba. Se sorprendió al escucharse a sí mismo soltar una risita de emoción.

—Vamos, vamos... —murmuró, enfocando las lentes del cañón, impaciente porque empezase la acción. A través del sistema de visores podía ver claramente el campo de batalla, como si fuera de día. Entonces, todo su campo de visión pareció alzarse y avanzar hacia él.

—¡"Isra Seis", "Isra Seis"! ¡Aquí "Esperanza Cinco"! ¡Ya vienen! —aulló con urgencia.

Erk empezó a disparar hacia la masa de androides de combate que se acercaba. Mientras oía rugir el cañón láser, era consciente de que Odie se encontraba a su lado, controlando las descargas de energía.

Una vocecita dentro de su casco preguntó:

—"Esperanza Cinco", aquí "Isra Seis". ¿Cuál es la fuerza del enemigo? Repito, ¿Cuál es la fuerza del enemigo? Cambio.

—Miles... —gritó Erk—. ¡Son miles!

Capítulo 14

Querida mía...". No, eso era demasiado impersonal. Volvió a empezar. "Amor mío..." No, no, demasiado vulgar. Pensó inseguro qué decir a continuación. Probó con: "Te echo de menos más de lo que puedo expresar con palabras. Mi corazón está lleno de amor por ti, mi más querida, mi más dulce...".

Siguió escribiendo con el mismo tono durante cierto tiempo en una hoja de plastifino; entonces se detuvo y releó lo escrito. ¡No, no, no! parecía un adolescente patético! Era su esposa, una senadora, una heroína, una mujer, la compañera de un Caballero Jedi o de un hombre que pronto sería uno..., si no moría antes, Anakin Skywalker se sentó en su camarote de la Ranger. Dentro de pocas horas se trasladaría hasta la Neelien, una corbeta que acompañaba a los transportes. Alción permanecería en la Ranger para liderar el ataque, mientras Anakin dirigía las tropas de desembarco. Entonces, los cruceros pesados del Maestro Jedi abrirían un agujero en el bloqueo enemigo, un agujero a través del cual Anakin y sus hombres pudieran descender hacia Praesitiyn. Gracias a los sistemas IAE, Identificación amigo/enemigo, no afectados por el bloqueo de comunicaciones, sabían que al menos una parte de la flota de Slayke había sobrevivido a la batalla inicial y seguía orbitando Praesitiyn en conflicto con las demás naves separatistas.

Slayke recibió sus propios códigos IAE cuando fue perdonado por reclutar un ejército propio con el que atacar a los separatistas, y comisionado para actuar por su cuenta como corsario. Estos códigos contenían toda la información posible sobre cada una de las naves de su flota:

Nombre, clasificación, armamento, complementos y demás detalles. Cada nave fue equipada con un transponedor que, cuando se le preguntaba con el código IAE apropiado, respondía dando su propia identificación. Así se identificaba como una nave aliada y evitaba los incidentes por "fuego amigo", que ocurrían con demasiada frecuencia en el calor de la batalla. Alción confiaba en que, una vez comenzado el ataque, las naves de Slayke se unirían a las suyas y, juntas, conseguirían romper el bloqueo. De momento, el cordón situado alrededor de Sluis Van no parecía moverse; las cosas podrían complicarse si esas naves participaban en la batalla.

La zona de aterrizaje en Praesitiyn había sido marcada: un terreno alfombrado situado en la llanura, tras un río seco, justo bajo la meseta donde se encontraba el Centro de Comunicaciones Intergalácticas.

Alción había elegido aquel lugar, y no la propia meseta, porque creía que una batalla tan cerca del Centro podía terminar fácilmente con la destrucción de las instalaciones y la muerte de los técnicos que, presumiblemente, se encontraban prisioneros de los separatistas.

Alción y Anakin, sus comandantes, las tropas y las tripulaciones que componían la flota habían hecho todo cuanto estaba en sus manos para prepararse ante la inminente batalla. Ya era el momento de descansar.

En unas cuantas horas, la flota llegaría a su punto de destino, el sector del espacio que rodeaba a Praesitiyn y que los capitanes habían elegido para que sus naves asumieran formación de ataque. La flota enemiga ya debía de estar al tanto de su inminente llegada; hacía tiempo que navegaban dentro de la zona muerta donde eran imposibles las comunicaciones con el resto de la galaxia. De hecho, Alción estaba a medio informe para el Consejo Jedi cuando el equipo dejó de funcionar, signo inequívoco de que habían entrado en la zona de influencia hostil.

Anakin arrugó el plastifino y lo tiró al triturador. Sacó otra hoja. Un Jedi no siente miedo, desesperación, soledad. Sabía que la batalla podía ganarse y que su división se portaría bien: Grudo se lo había dicho muchas veces, y el rodiano conocía muy bien los ejércitos y sus comandantes. La verdad era que Anakin había realizado un rápido pero intensivo estudio del arte del mando, empleando para dicha tarea cada hora disponible de cada día desde que la flota estaba en tránsito. También se había sumergido con entusiasmo en todos los aspectos de la gestión militar. Nunca sintió desesperación; tenía la meta puesta en la cercana batalla. La razón y la justicia estaban de su parte, y debían vencer. Estaba impaciente por conocer al legendario capitán Slayke. Y no creía estar solo en esto. Su relación con Alción, que le trataba como a un hermano pequeño, había crecido y ahora era más estrecha. Y Grudo, el fiel, sólido y fiable viejo rodiano, había permanecido tan cerca de él durante el viaje, que acabaron haciéndose compañeros inseparables.

Anakin Skywalker no era ajeno al miedo, al dolor, a la desesperación y a la rabia, pero había dejado atrás todo eso, en otra vida. Empezó a escribir de nuevo: "Estás conmigo, amor mío. Siento la calidez de tu aliento en mi mejilla y huelo el aroma de tu pelo y de tu ropa mientras presionas tu cuerpo contra el mío. Nos enfrentamos juntos a la muerte y la vencimos, amor mío. Mañana, aunque vuelva a enfrentarme con ella, tu amor me acompañará y me sostendrá en...". Siguió escribiendo algún tiempo. A menudo, en este viaje, había tenido la tentación de utilizar su considerable sensibilidad en la Fuerza para contactar con Padmé. Quizás lo habría logrado, pero ni siquiera lo intentó. Aquello hubiera supuesto un abuso inexcusable de sus poderes como Jedi, y al haber roto su promesa casándose con Padmé, estaba dispuesto a no volver a romperla para satisfacer simples deseos personales. Aun así, mientras escribía, las paredes de su espartano camarote parecieron desvanecerse, y se vio reunido de nuevo con su amada Padmé junto al bello lago de Naboo, donde se consagraron votos de amor y compañía eternos.

Al terminar la carta tenía un nudo en la garganta. La releyó. Su letra no era fácil de descifrar, pero algo tan personal como aquello no podía dejarse en manos de un medio electrónico que podía ser leído por cualquier otra persona. Era privado y seguiría siéndolo. Sacudió la cabeza y sonrió. No puedo creer que haya escrito esto. Se enjugó la lágrima que estaba a punto de brotar de su ojo, pestañeó y miró a su alrededor. Bueno, aquí estaba de nuevo, entre las planchas de acero de su pequeño camarote. Sintió el suave zumbido de los motores de la Ranger a través de las planchas de la cubierta que calentaban las plantas de sus pies. Aquello sí era real. Anakin dobló varias veces y con cuidado la hoja de plastifino, y la selló. Escribió en ambas caras: "PERSONAL. PARA LA SENADORA AMIDALA", y la colocó amorosamente en uno de los bolsillos interiores de su capa. Antes de partir hacia la batalla la dejaría bajo la custodia del capitán de la Neelian, junto al resto de sus objetos personales, para que fuera entregada si moría en combate.

Se tumbó en la litera y cerró los ojos, pero no era momento para dormir. Alción había estado de acuerdo en que, en lugar de tomar una lanzadera hasta la Neelian, Anakin pilotase su propio Delta-7 Aethersprite.

Bueno, si no podía tener a su Padmé, al menos tenía su caza estelar, y pasaría las horas siguientes jugueteando con él.

Una flota de guerra nunca duerme. La tripulación de las naves puede que duerma cuando no está de servicio, pero la flota en sí siempre está despierta, siempre está alerta, y en la víspera de las hostilidades, los soldados duermen por turnos en sus puestos de combate. La tensión recorre la flota de tal forma que las naves individuales y sus tripulaciones son como partes de una vasta criatura viviente, de un depredador a

punto de saltar sobre la presa que ha rastreado a través de las profundidades del espacio. Sólo que, en este caso, la presa podía revolverse.

También las tropas de clones sentían la tensión, aunque no afectase significativamente a su estado mental. Hasta Grudo podía sentirla. Para el Maestro Jedi Alción era una sensación familiar y estimulante, pero no merecía perder unas horas de sueño por ella.

Alción había celebrado ya la última reunión de Estado Mayor con sus capitanes, y éstos partieron a sus respectivas naves. Todo estaba preparado. La espera final había empezado.

Cuando Alción despertó, tras un breve sueño, se sentó en su camarote y escribió: "Queridos Scerra y Valin...". Era la última de una serie de cartas que había escrito a su esposa y su hijo para ser entregadas si moría..., aunque esperaba poder hacerlo personalmente una vez terminase la expedición. Las escribía a mano para que no las pudiera leer nadie más y mantener a salvo —por ahora— el secreto de la violación de su juramento Jedi. Al terminar la carta, la dobló, la selló y la añadió al paquete que formaban una docena más como aquélla. Pensar en su esposa y en su hijo le confortaba.

Apartó a un lado el pensamiento de sus seres queridos. Hacía tanto tiempo que estaba separado de ellos que el dolor se había convertido en una sorda pulsación en sus entrañas. No era bueno pensar en aquellas cosas.

Se desperezó. Tenía que ver a Anakin, charlar con él una última vez, animarlo y animarse mutuamente. El joven Jedi estaba resultando ser todo un comandante por derecho propio. Oh, todo el mundo sabía que era valiente, lo había demostrado en las batallas de Geonosis y Jabiim, y en otras situaciones desesperadas. En Jabiim, el Canciller Supremo Palpatine en persona le ordenó que abandonase el campo de batalla tras más de un mes de intensos combates, le obligó a abandonar a sus amigos y a ayudar en la evacuación. Y Anakin obedeció la orden, aunque fuera de mala gana. El dolor, la derrota y la muerte no le eran ajenos. Sabía que tenía un destino, y que ese destino era mandar. El joven Jedi poseía una enorme sensibilidad hacia la Fuerza; era brillante hasta la genialidad.

Alción estaba seguro de que Anakin sería un Maestro Jedi, y que incluso se sentaría en el Consejo. Y ahora demostraba su aptitud para el mando, su habilidad para el liderazgo, esa inefable cualidad personal que convence a los demás de que uno sabe lo que está haciendo y de que, si le siguen, lograrán su objetivo. Le había observado a diario y estaba seguro de que Anakin había superado sus emociones, dejándolas tras él.

Alción se puso en pie. En aquel momento, Anakin sólo podía estar en un lugar.

— ¿Cómo va eso, Anakin?

Sorprendido, el joven salió de la carlinga de su caza estelar, el Ángel Celeste II.

—Sólo hacía unos ajustes de última hora —saltó del caza y se limpió las manos con un paño—. Estoy preparado.

El hangar estaba tranquilo. Las demás naves, lanzaderas sobre todo, habían sido aseguradas ante la inminencia de la batalla. La pareja se sentó sobre unas cajas vacías.

—Unas cuantas horas más y habremos llegado —dijo Alción—. Tienes a diez mil soldados bajo tu mando. ¿Cómo te sientes?

—Preparado —Anakin se dio una palmada en la rodilla—. Preparado.

—¿Está bien tu brazo?

—Nunca ha estado mejor —Anakin flexionó los dedos para demostrarlo—. Maestro Alción, quería preguntarte una cosa...

—Bien, ¿qué es?

Anakin dudó antes de hablar:

—Grudo me habló de tu persecución de Slayke y..., bueno, quería preguntarte... —se encogió de hombros—. ¿Por qué peleaste aquel día con él? No me refiero al motivo de la pelea, sino a por qué lo hizo de la forma en que lo hizo.

—Me lo he preguntado muchas veces —Alción aspiró aire profundamente—. Nunca quise ir tras Slayke, ¿sabes? Unos creían que era un rebelde, otros lo consideraban un pirata. Pero yo creía que hacía lo que la República tenía que haber hecho. Tenía planes para irme a casa y... —se contuvo—, y visitar a unos amigos, descansar, pero el Consejo me eligió para comandar la corbeta judicial que enviarían a por Slayke, y yo tuve que obedecer las órdenes, cumplir con mi deber, hacer lo que había jurado que haría. Los Jedi no tenemos vidas personales ni familias, como los demás.

Su voz adquirió un tono de amargura que sorprendió a Anakin, ya que él mismo se sentía así en aquellos momentos. Tocó inconscientemente el bolsillo de la capa donde se encontraba la carta dirigida a Padmé.

—Así que —prosiguió Alción—, cuando llegamos al lugar donde había aterrizado la nave de Slayke, supe que no se encontraba a bordo, y medio sospeché que la presencia de Grudo allí, con sus cuchillos preparados, sólo formaba parte de una maniobra de distracción en su plan. En aquel momento pensé que sólo intentaba desviar mi atención de los bosques, donde yo creía que se ocultaban Slayke y su tripulación —rió abiertamente—, pero ya no me importaba nada.

El joven Jedi quedó desconcertado por la emoción contenida en la voz del Maestro Jedi.

—Anakin, ¿puedo confiar en ti?

El Maestro Jedi parecía mortalmente serio, y sus ojos estaban ensombrecidos por la tristeza. Anakin quiso decirle: "Claro que puede confiar en mí". Pero, de repente, no supo si podía asegurárselo con tanta rotundidad.

—Adelante —terminó diciendo, inseguro.

—Conoces la razón por la que se supone que los Jedi no han de tener una conexión emocional con los demás, ¿verdad? —preguntó Alción.

Anakin no respondió: la pregunta era retórica—. Es porque las emociones nublan el juicio y pueden hacerte un Jedi dudar de lo que es su deber, dudar en llevar a cabo las difíciles tareas que ha jurado realizar. Bien, yo he fallado esa prueba.

Nejaa Alción le habló a Anakin de su esposa y de su hijo.

Al principio, Anakin no supo qué decir, sólo boquear sin decir palabra ante el hombre que se había convertido en su mentor. Alción soltó una risita y cerró la mandíbula del joven.

—Abriste la boca tan rápido que pensé que te habías dislocado la mandíbula —bromeó, antes de suspirar—. Así están las cosas. Eres el único que lo sabe. ¿Se lo dirás al Consejo Jedi cuando volvamos?

—No —susurró Anakin, sin saber muy bien qué más responder e intentado controlar su voz—. Creo que Yoda ya lo sabe..., o lo sospecha. No se le escapan

muchas cosas —entonces, la culpabilidad y la sinceridad fueron más fuertes que él—. Además, si yo informo de lo tuyo, puedes compensarlo informando de lo mío.

Y le habló a Alción de su matrimonio con Padmé.

Fue el turno de Nejaa Alción de quedarse con la boca abierta.

Cuando pudo recuperar la palabra, preguntó:

—¿Casado? ¿Tú? —sacudió la cabeza, asombrado—. Así que te casaste con ella cuando fuisteis juntos a Naboo, ¿verdad? ¿Ni siquiera Obi-Wan Kenobi lo sabe?

Anakin enrojeció mientras la vergüenza surgía de las profundidades de su corazón.

—Ha sido... difícil ocultárselo —admitió—. Obi-Wan es mi Maestro... y mi amigo. ¡Aborrezco mentirle!

—Lo sé, lo sé —asintió Alción—. Hemos ido contra todo lo que se nos ha enseñado, contra todo lo que significa ser un Jedi... —su voz se quebró.

—¡Pero yo no creo estar haciendo algo malo! —estalló Anakin—. Quiero decir... ¡Mentir es algo deshonesto, sí, pero amar no lo es! ¡Querer a otra persona no lo es! ¡No me siento menos Jedi porque ame a Padmé!

—Yo también he tenido que luchar con eso —reconoció Alción—. A veces me pregunto si Yoda no sabe lo mío..., lo nuestro. Pero, si es así, ¿por qué me eligió el Consejo para comandar esta expedición? ¿Y por qué permitió que te nombrara mi segundo cuando compartimos ese temible secreto? No éramos los únicos Jedi disponibles. Había más en el Templo, y podían haber convocado a otros. ¿Por qué actuaron así? —miró a Anakin y cuadró los hombros—. Te diré lo que opino. Creo que nos están dando una oportunidad de probarnos ante nosotros mismos..., por así decirlo. Y estoy empezando a pensar que esta misión puede ser sólo una simple prueba —parecía estar a punto de añadir algo, pero cerró la boca y se puso en pie—. Pronto será hora de despegar, joven amigo. Hora de demostrar de qué pasta estamos hechos.

—Supongo.

Anakin también se levantó de las cajas y, mientras se estrechaban las manos calurosamente, se preguntó qué prueba realmente tendría pensada el Consejo para ellos.

Capítulo 15

¡Atacad! ¡Atacad! ¡Atacad! —gritó Tonith, golpeando el panel de control—. ¡Atacad en todos los frentes! ¡Lanzad tantos androides de combate como sean necesarios para romper sus defensas! Ya hemos capturado su bastión más avanzado... ¡Presionadlos! ¡Seguid presionándolos!

Tonith había establecido su puesto de mando cerca del Centro de Comunicaciones, en la meseta que dominaba el campo de batalla. Esto le permitía tener una visión directa del mismo, mientras mantenía a su Estado Mayor y a él lo bastante lejos del frente como para evitar los peligros directos de la contienda.

—Pero, almirante, ya hemos perdido cien mil androides en los ataques anteriores —protestó B'wuf, el principal técnico de control—. Y hemos tomado ese bastión dos veces para después volverlo a perder. Nuestras bajas son enormes. Lo

siento, señor, pero le advierto seriamente que lo mejor es mantener las líneas del frente hasta que recibamos refuerzos, y después aplastarlos con nuestra superioridad.

—Mi querido B'wuf, los depósitos bancarios que no se invierten sólo obtienen un magro interés. Hay que invertir si se quiere conseguir una fortuna.

Contempló cuidadosamente al controlador. B'wuf tenía la molesta costumbre de hablar con un ritmo lento, cansino, como buscando siempre las palabras exactas para expresarse, como temiendo decir algo equivocado y meterse en un lío. Según la experiencia de Tonith, aquello era típico de los técnicos. Se sentían perdidos cuando se enfrentaban al mundo real o a cuestiones de negocios. Aquel hombre cedía cuando debía mantenerse firme, y se mantenía firme cuando debía ceder. Tonith había tratado antes con ese tipo de personajes, que, a pesar de sus defectos, tenían su utilidad.

—Yo... —empezó B'wuf.

—¿Eres el dueño de esos androides de combate? —le cortó Tonith—. ¿Has pagado por ellos? Actúas como si fueran de tu propiedad personal. Sólo son bienes, mi querido B'wuf, bienes en un mercado activo, inútiles si no se saben invertir adecuadamente, ¿comprendes? Mi trabajo es realizar esa inversión y el tuyo obedecer mis órdenes. Al pie de la letra, B'wuf, al pie de la letra —Tonith se dio cuenta de que todo el centro de control había dejado de trabajar y los estaba escuchando—. ¡Vosotros, volved al trabajo!

Los técnicos se centraron en sus consolas como si fueran una sola persona. Tonith se giró de nuevo hacia B'wuf:

—Recibiremos refuerzos muy pronto. Quiero tener resuelta esta situación para cuando lleguen. Que la infantería siga avanzando, y que las divisiones acorazadas y la artillería cubran su ataque...

—Pero, señor, nuestros bienes han sido considerablemente mermados en los combates con el ejército del general Khamar. Usted sabe que el éxito sólo es posible si está garantizado por..., bueno, por la integración y la completa utilización de las distintas secciones.

—¡Pero ellos tampoco tienen apoyo aéreo! —Tonith juntó sus manos en una actitud de frustración.

—Pero, señor, nuestra flota...

—Nuestra flota es inútil. Nuestras naves vigilan a las suyas y las suyas a las nuestras. Y ninguna se atreve a entablar combate porque si una de las flotas pierde aunque sólo sean unas cuantas naves, el equilibrio de poder se inclinará en favor de la otra; y ninguna se atreve tampoco a venir en nuestra ayuda aquí, en tierra, porque si abandonan la órbita, estarán dando ventaja al enemigo. Malditos créditos bloqueados —maldijo—. Nadie puede intervenir; estamos solos hasta que recibamos refuerzos. Cuando esos refuerzos lleguen, nuestras naves aniquilarán a la flota enemiga...

—Pero, señor, tenemos naves en Sluis Van. Podrían sembrar de minas la órbita para mantener el bloqueo y venir aquí para...

—No las necesitamos. Ahora...

—¡Pero, señor, por cada enemigo que matamos, ellos eliminan a cientos de nuestros androides! —protestó B'wuf con el rostro encendido.

—Bien, haz las cuentas. ¿Cuántos enemigos hay ahí fuera? ¿Y cuántos androides? Una vez penetremos en sus defensas, sus bajas se incrementarán, y cuando por fin huyan en desbandada, barreremos hasta el último de ellos. ¡Seguid atacando!

—Pero, almirante... —insistió B'wuf.

—¡Basta de discutir conmigo, maldita sea! —en el límite de su paciencia, Tonith indicó a dos guardias que se acercasen—. B'wuf, ¿ves aquel rincón? Siéntate allí. Ahora —y añadió, dirigiéndose a los androides—: Si se mueve, matadlo.

—Sí, señor. ¿Cuánto movimiento puede realizar antes de matarlo? Tonith sacudió la cabeza con desesperación:

—Si intenta... levantarse, matadlo. Exceptuando eso, me da igual si se pasa todo el día rascándose la espalda. ¡Ah, B'wuf!, y mientras sigas aquí, mantén cerrada tu maldita boca. Ahora, siéntate.

Con el rostro blanco, B'wuf arrastró los pies hasta el rincón y se sentó. Los dos androides se situaron frente a él. Lentamente, B'wuf alzó una mano hasta su cabeza y se rascó. No pasó nada. Suspiró. Tonith se situó en el centro de la sala de control.

—Ya habéis escuchado mis órdenes. Cumplidlas. Tomo personalmente el control de las operaciones. ¡Ahora, presionad! ¡Presionadlos! No importan las bajas. Un esfuerzo más y sus líneas cederán. ¡La victoria es prácticamente nuestra!

Un androide de servicio rodó hasta él con una taza de té. Ansioso, Tonith sorbió de ella.

—¿Alguien quiere un poco de té? —preguntó, alargando la taza hacia los técnicos. Todo el mundo fingió estar muy ocupado—. Muy bien, así me gusta.

Tonith se encogió de hombros y sorbió nuevamente de su taza. Sonrió. Sus dientes eran tan púrpuras como siempre.

—¡Eeeeyaaaaaa! ¡¡Tomad esto! ¡Y esto! ¡Vamos, venid a por más! —gritaba Erk, disparando indiscriminadamente a través de las aberturas del bunker. No podía fallar. Cada disparo desintegraba a un androide de infantería, pero seguían llegando más, hilera tras hilera. La artillería no dejaba de bombardear, pero los androides simplemente cerraban filas y seguían avanzando, disparando hacia los fogonazos que relampagueaban delante de ellos, levantando un muro de fuego mientras avanzaban.

—¡Erk! ¡Tenemos que marchamos! Nos están rebasando —aulló Odie, pero Erk sacudió la cabeza como si la chica no fuera más que un insecto molesto y siguió disparando. Nunca había visto un escenario tan abundante en blancos, y se encontraba en un frenesí de salvaje destrucción.

Ella lo sujetó por el hombro e intentó arrancarlo del cañón, pero Erk la empujó con la cadera para quitársela de encima y siguió disparando.

Odie podía ver cómo cientos de androides surgían alrededor del bunker.

—¡Nos están flanqueando! Deja ese cañón láser y ponte el cinturón. Tenemos que salir de aquí —gritó.

Llegaron ruidos desde la puerta del bunker. Odie desenfundó su arma y corrió hasta la entrada justo a tiempo. Dos androides bajaban los cortos escalones; los derribó a ambos. Erk ni siquiera se dio cuenta.

Gritaba, maldecía y disparaba, disparaba, disparaba.

—Tanques androides —aulló Odie—. ¡Tanques androides!

Podía verlos a través de las mirillas. Eran dos y avanzaban tras la infantería. Los llamaban "Reptadores", porque se movían lentamente sobre la superficie del suelo. Tenían un blindaje pesado y plataformas de armas rastreadoras completamente

automatizadas para apoyar a la infantería de combate. Sus dos cañones láser delanteros estaban sincronizados y barrían el frente en un arco de 180 grados; sus efectos eran letales contra cualquier concentración de tropas, vehículos y complejos de búnkeres. Sus armas laterales, antiaéreas y lanzagranadas, complementaban los cañones. Idealmente se utilizaban de forma escalonada: mientras ellas avanzaban, los androides retrocedían para proteger sus flancos.

El suelo tembló bajo los tanques androides cuando se dirigieron hacia el bunker. Odie pudo ver cómo aquellos monstruos desviaban la lluvia de descargas láser de la artillería de Slayke.

—Alto el fuego —gritó la chica, golpeando con sus puños el casco de Erk todo lo fuerte que podía. Pero él siguió ajeno a todo. Disparó contra el tanque más cercano. El módulo del cañón giró de inmediato en dirección al bunker. Pero, antes de que pudiese disparar, el terreno bajo él entró en erupción, lanzándolo por los aires hasta que terminó cayendo boca abajo sobre el bunker.

El túnel que Slayke había ordenado excavar bajo la mina separatista había alcanzado su objetivo justo a tiempo de detener la carga de los tanques androides.

Lo último que Odie escuchó antes de que todo se volviera negro fue un grito.

Slayke miró hacia sus oficiales de Estado Mayor.

—Nos queda muy poco tiempo, así que no lo malgastaré en discursos. Ya sabéis todos lo que tenéis que hacer, lo planeamos desde el principio. —Hizo una pausa—. Bien, ha llegado el momento.

Era obvio para todos que la situación era desesperada. Izable, Eiley y Judlie habían caído, y la artillería se retiraba junto a los supervivientes de los puestos de avanzada para establecer una nueva línea en Judlie, tras el puesto de mando principal. Ese era el plan previsto, incluso antes de que Slayke aterrizase en Praesitiyn. El enemigo había interrumpido momentáneamente el ataque para reagrupar sus fuerzas y esperar refuerzos.

—Este es el único momento de respiro que conseguiremos —dijo Slayke—. Apenas tendremos tiempo de formar un último frente defensivo en Judlie. Retirad vuestras fuerzas de inmediato.

Cogió la pistola láser y se alejó de la mesa de mapas, pero se detuvo y miró de nuevo a sus oficiales:

—Cuando decidimos intervenir, sabíamos que podía pasar esto. Lamento haberlo hecho. Creí que Coruscant acudiría en nuestra ayuda. Puede que haya refuerzos en camino pero ya no importa. Nosotros estamos aquí y ellos no. Cuando lleguen habremos debilitado a esa chatarra hasta el punto en que un solo padawan Jedi será capaz de hacerlos pedazos —hizo una pausa—. Rendirse no es una opción. No contra ese ejército, y todos lo sabemos. Si tenemos que morir, este lugar es tan bueno como cualquier otro. Me siento orgulloso de haber tenido el privilegio de lideraros, de compartir vuestras miserias y vuestra amistad, y me siento bendecido porque vosotros me acompañéis al otro mundo. Que no les resulte fácil.

La docena de oficiales reunidos en torno a la mesa de mapas rompieron su silencio, alzando su puño izquierdo y gritando:

—¡Hurraaaaaaaa!

Erk fue consciente de que algo lo aplastaba. Abrió los ojos, pero no pudo ver nada. ¿Estaba oscuro o se había quedado ciego? Luchando contra el pánico, consiguió a duras penas liberar su brazo de los escombros que llenaban el suelo del bunker y puso la muñeca ante sus ojos. La esfera de su reloj brillaba en la oscuridad. Suspiró de alivio: no había perdido la visión. Le resultaba difícil respirar a causa de la opresión que sentía. Se movió, y el peso que tenía encima se deslizó a un lado, gruñendo.

Era Odie. Los dos o tres enormes fragmentos de roca que ella había tenido encima rodaron hasta el suelo.

—¡Ufff! —por fin podía volver a respirar.

—Gra... gracias por casi matarnos —gruñó Odie tomando aliento.

Al principio, Erk no supo a qué se refería. Después lo comprendió:

—Oh, sí. Me cargué a un montón, ¿verdad? —flexionó los brazos y las piernas, y terminó sentándose. A pesar de sus múltiples magulladuras y contusiones, todavía estaba en forma para seguir combatiendo.

Rodeado de oscuridad, palpó el suelo en torno a él y terminó encontrando a Odie. La levantó, sujetándola por las axilas—. ¿Estás herida?

—Uhhh. Tengo un enorme... Creo que tengo un enorme cardenal en la cadera; pero, aparte de eso..., creo que estoy bien. —Se pasó una mano por el pelo y tocó lo que creía que era sangre seca en una de las sienes. Se palpó la cabeza con los dedos hasta encontrar un largo corte en ese lado de la cabeza. Lo exploró con cuidado—. Debemos de llevar aquí un buen rato tendidos, la sangre se ha secado.

Odie buscó el cinturón de equipo y sacó una bengala. Pulsó el botón de activación, y el bunker se llenó de una bendita luz blanca. Esa era la buena noticia. La mala era que la explosión frente al bunker había desprendido una enorme placa de roca del techo. Al caer se había partido por la mitad, aprisionando a la pareja en una especie de tienda de campaña hecha de piedra. El espacio tendría unos dos metros de altura y otros tres de anchura. Odie presionó una mano contra la piedra.

—Es tan sólida como..., bueno, Sumo una roca —dijo—. Hemos tenido suerte de que no nos cayera encima, o habríamos quedado aplastados como cucarachas. —Volvió a apoyar las manos contra la placa y empujó—. Parece estable. La gravedad y la resistencia mantienen las dos placas encajadas.

—Bueno, no hemos sido aplastados, tenemos aire y estamos seguros y cómodos bajo este entramado de rocas —comentó Erk, haciendo una mueca.

—Creo que últimamente pasamos demasiado tiempo bajo tierra.

—Sí, es la única manera de poder estar a solas contigo. ¿Cuánto durará esa bengala?

—Funciona con células de energía y la recargué hace unos diez días, pero no la he utilizado mucho desde entonces. Calculo que todavía aguantará setenta y cinco o cien horas.

—Saldremos de aquí mucho antes —aseguró Erk. Recogió el casco e intentó ponérselo. No pudo, los escombros lo habían aplastado. Se giró hacia Odie—. Prueba con el tuyo.

—Lo haría si pudiera encontrarlo —miró a su alrededor—. Seguramente está en alguna parte, bajo las piedras. Bien. No tenemos comunicación con el puesto de mando... si es que aún existe.

—Existe, cuenta con ello. Muy bien, ya me has tenido en suspense bastante tiempo. ¿Qué plan tienes para sacarnos de aquí?

—Bueno, podemos silbar todo lo fuerte que podamos. Cuando alcancemos el punto correcto de vibración sonora, toda esta roca se pulverizará y saldremos a la luz del sol como insectos que surgen de sus crisálidas.

Erk se quedó contemplándola un instante y después estalló en carcajadas. Ella lo imitó. Rieron y rieron hasta que les hizo toser el polvo que flotaba en el aire.

—Tengo miedo —confesó Odie—. Estamos atrapados, ¿verdad?

Erk no respondió de inmediato. La chica había expresado sus propios miedos.

—Bueno, este lugar parece estar completamente sellado —dijo tras una pausa, apretando la placa de piedra con la mano.

—La República nunca enviará a nadie a buscarnos, ¿verdad? —preguntó Odie sin esperar realmente una respuesta.

—No estuvieron aquí cuando los necesitamos.

—Moriremos aquí dentro, ¿verdad?

—Eso parece —aceptó Erk con un suspiro de resignación.

—Antes de morir de hambre, moriremos de sed, ¿no? Pensar que hemos superado tantas cosas para acabar así...

Odie no pudo evitar que su voz expresara la amargura que sentía. Apagó la bengala para no malgastar energía.

Pasaron las horas en la oscuridad y mataron el tiempo rememorando tiempos mejores, recordando amigos y parientes, la música que les gustaba, sus hogares, los manjares que habían comido... Debido a sus viajes, Erk contaba con más experiencia y era buen narrador. Logró que Odie se riera con sus relatos. Comieron los restos de las escasas raciones que les había dado el sargento cuando los llevó hasta el bunker. A menos contaban con una cantimplora llena de agua.

Tras comer y saciar la sed, no se movieron durante un buen rato.

Entonces, Erk acercó a Odie hasta él y la besó. Se abrazaron con fuerza hasta que el miedo y el cansancio pudieron con ellos, y se durmieron el uno en brazos del otro.

Cuando Erk despertó, su reloj le dijo que ya era tarde, de noche. Dio un trago a su cantimplora y despertó a Odie.

—Nos hemos saltado la cena —le dijo cariñosamente. La chica se sentó y se pasó las manos por el pelo—. ¡Odie, no pienso morir aquí! ¿Me has oído? ¡No moriremos aquí!

—¿Y cómo podemos evitarlo? —preguntó ella, presionando la roca con la mano. El tacto seguía siendo sólido.

—¡No lo sé, pero lo conseguiremos!

La luz diurna desaparecía rápidamente. Toda la artillería pesada de Slayke había quedado destruida, a excepción de una batería. Su nave espacial también estaba destrozada; ni siquiera contaba con una lanzadera para viajar hasta la órbita y reunirse con los restos de su flota, aunque nadie pensaba ir a ninguna parte. Las tropas enemigas hicieron una pausa tras tomar los primeros enclaves de la línea

defensiva de Slayke, consolidando posiciones y reagrupando batallones de refuerzo para el asalto final, definitivo. Quizá sólo faltaban unos minutos, y esos minutos eran el único respiro que obtuvo Slayke desde que empezara el ataque. Le darían el tiempo necesario para preparar la defensa de su último bastión.

Slayke se sentó con los ojos clavados en los gemelos que le proporcionaban un panorama de 360 grados del terreno que rodeaba Judlie.

—Señor, éste es el despliegue de nuestras tropas.

Un oficial le alargó un mapa, y Slayke le echó un vistazo rápido.

—Di a todos los comandantes que resistan cueste lo que cueste. Pero diles también que tienen permiso para que cualquier unidad se disperse antes de ser aniquilada. Si nuestras tropas tienen alguna oportunidad escapando al desierto, pueden intentarlo. Que quede claro.

El oficial saludó antes de dirigirse hacia la consola de comunicaciones.

Slayke pensaba que morirían si se internaban en el desierto. Pero, incluso así, se consoló. Vivirían un poco más.

Una cortina de fuego de artillería empezó a caer sobre sus posiciones, haciendo temblar el suelo.

—Cuando termine el bombardeo, empezará el asalto —dijo a sus comandantes—. Si rompen nuestras líneas, todo el que quiera que intente escapar. No pienso quedarme aquí para que me frían.

Los binoculares ya no le servían de nada: el terreno entre los dos ejércitos estaba calcinado y convertido en polvo, era imposible ver nada. Dio media vuelta para contemplar a todo su equipo. Tenían las mejillas hundidas y el rostro pálido, como si no les quedase una sola gota de sangre, pero se mantuvieron en sus puestos, comunicándose con sus unidades, revisando el armamento, el equipo, el agua, las raciones. El polvo permaneció suspendido en el aire que los rodeaba, estanco y húmedo.

Una enorme descarga sacudió el bunker, y un oficial gritó:

—¡Han vuelto a fallar!

Muchos rieron, alguien tosió. Los oficiales susurraron entre ellos, dispuestos a poner en marcha un ejército que prácticamente ya no existía.

Un rugido desgarrador los ahogó. Al principio se oía distante, pero el tono se elevó rápidamente en un crescendo ensordecedor, tan profundo que hizo que sus entrañas vibrasen al unísono. Slayke se llevó un puño a la frente. Nadie tuvo dudas sobre cuál era el significado del gesto: era su redoble de difuntos.

—Han recibido refuerzos —dijo Slayke con calma—. Recoged vuestras armas y equipo.

—¡A por ellos! —gritó un oficial cuando el personal técnico se precipitó a la salida del bunker—. ¡Al menos, moriremos luchando!

Slayke levantó su rifle láser por encima de la cabeza.

—¡Seguidme! —ordenó.

Capítulo 16

Anakin paseaba por el puente de la Neelian, abriendo y cerrando los puños mientras observaba cómo los cruceros de combate se desplegaban en formación de ataque.

—Debería estar con ellos —murmuró.

—No, tu sitio es éste —respondió Grudo—. Ese es el plan, y todo el mundo estuvo de acuerdo... Tú estuviste de acuerdo. Los comandantes también deben obedecer órdenes. Una vez se aprueba el plan de batalla, todo el mundo debe cumplir con su misión. De esa forma todo funciona según el plan previsto. Siéntate, por favor. Haces que la tripulación se ponga nerviosa.

En ese momento, el capitán Luhar, de la Neelian, llamó la atención de Anakin y dio unas palmaditas al sillón antigraavedad que había a su lado.

—Comandante, aquí hay un asiento.

—Odio sentarme ahí —gruñó Anakin, pero se dejó caer sobre el sillón.

—Muy pronto tendrá acción suficiente como para hartarse —replicó Luhar. No estaba muy seguro de que Anakin fuera el comandante adecuado, ya que, Jedi o no, le parecía demasiado joven e inexperto para ser el segundo al mando de la flota. Esperaba que no le ocurriera nada al general Alción—. Más aumentos —ordenó a su navegante, y la Ranger quedó enfocada en las pantallas—. Es una nave preciosa.

Luhar era un oficial de aspecto distinguido, que Anakin calculaba de mediana edad, y con el pelo gris. El joven Jedi había admirado la calma profesional del hombre desde el momento en que pisó el puente de la nave. Pero el papel de la Neelian era guiar los transportes de tropas hasta una órbita segura y supervisar las operaciones de aterrizaje, no entablar combate con la flota enemiga, y, pese a la gran responsabilidad que Anakin se había echado sobre los hombros al aceptar el mando de la operación, necesitó hacer un esfuerzo para controlar su tendencia natural a la acción.

El comandante enemigo había dispuesto sus naves en órbita, en una formación semejante a una caja, sobre el hemisferio donde se hallaba el Centro de Comunicaciones Intergalácticas.

—Tendremos que romper ese cuadrado para poder descender hasta el planeta —observó Anakin.

—Es una formación defensiva fuerte, señor —asintió Luhar—, pero la romperemos formando una columna de tres naves en fondo y atacando a toda velocidad. Nuestras naves se concentrarán en un lado del cuadrado al mismo tiempo, en escalera, como si fueran un conjunto de escalones móviles, y centraremos en ese sector toda la potencia de fuego de nuestra flota de combate. Entonces será nuestro turno. Una vez atravesemos las defensas, dispersaremos a las demás naves enemigas y las destruiremos una por una. ¿Ha visto alguna vez una batalla entre dos flotas espaciales, señor?

Habían repasado el plan innumerables veces, pero sabía que Anakin se sentiría más tranquilo si volvían a hacerlo minutos antes de ponerlo en práctica.

—Sí —asintió Anakin—, pero no desde el puente de una nave, mirando cómo se desarrolla todo. Conseguí esto... —y le mostró su prótesis— en combate individual. ¿Ha luchado alguna vez cuerpo a cuerpo contra alguien deseoso de matarlo, capitán? ¿Ha matado alguna vez con sus propias manos?

—No puedo decir que sí. El trabajo de un comandante es hacer que otros se encarguen de eso, no hacerlo él personalmente.

Anakin le echó un vistazo, repentinamente molesto con el capitán.

Por su tono, al joven Jedi tuvo la impresión de que Luhar consideraba el combate individual no muy por encima de una riña de pilotos espaciales en una taberna.

—¡Ah! Ahí están las naves de Slayker —señaló el capitán Luhar, echándose hacia delante en su sillón—. Se han dado cuenta de lo que vamos a hacer y asumen una posición que les permita atacar el mismo lado del cuadrado. Mire, romperemos la formación enemiga en un santiamén. ¡Maldita sea, ojalá pudiéramos comunicarnos con esas naves!

—Si la plataforma que genera las interferencias está en alguna parte de la órbita, la destruiremos —dijo el oficial de control de fuego desde su consola, mirando por encima del hombro.

Anakin intentó autocontrolarse. Recurriendo a su entrenamiento Jedi, disminuyó el ritmo de sus latidos y se obligó a relajarse. Sabía que no debía haberse tomado la observación de Luhar de forma tan personal. Para aquellos veteranos militares profesionales era algo natural cuestionar su habilidad para el mando: tenían mentes propias y una larga lista de campañas que demostraban su eficacia en el combate. Él aún no había demostrado su capacidad. Inspiró más profundamente, haciendo desaparecer la tensión de sus músculos y expulsando todo pensamiento negativo de su mente.

Ahora podía observar con claridad toda la actividad del puente. La tripulación cumplía sus deberes con tranquilidad, con la confianza que da la larga experiencia. Cambió la visión de su consola para que mostrase el despliegue de los transportes, formando alargadas columnas detrás de la Neelian. Las naves escolta, atentas a cualquier peligro que se acercara, revoloteaban en la periferia de las columnas de transportes, que se movían en cursos aparentemente azarosos, pero Anakin sabía que los comandantes de esas naves tenían mucho cuidado en patrullar los sectores que les habían sido asignados, alertas a cualquier peligro. Si algo le ocurría a los transportes de tropas, la expedición resultaría un fracaso total por mucho que destruyeran por completo la flota enemiga, cosa que ahora parecía inevitable.

Un brillante estallido de luz iluminó las consolas.

—Bueno, vamos allá. La Ranger acaba de lanzar la primera andanada —dijo tranquilamente el capitán Luhar, como si el comienzo de una batalla espacial fuera algo que ocurriera todos los días—. Parecen torpedos. Ahora veremos cómo funcionan. ¡Cuenta atrás! A todas las estaciones, informen —escuchó atentamente, mientras sus hombres afirmaban estar preparados para la batalla—. Comandante, su turno. En cuanto se asegure de que el enemigo está ocupado, puede enviar los transportes.

Anakin sabía que tenía que hacerlo. La tensión nerviosa que lo dominaba unos minutos antes había desaparecido. Veía todo el plan de ataque en su mente. Pensó en los miles de soldados de las naves de transporte, con las armas y los equipos preparados, esperando pacientemente el momento de desembarcar en la superficie del planeta. La señal para el movimiento de los transportes hasta la órbita debía darse cuando la Neelian llegase a una posición determinada. Y era responsabilidad de Anakin dar aquella orden al capitán de la Neelian.

—Preparen mi nave de desembarco —ordenó. En cuanto los transportes estuvieran en camino, él los seguiría.

—Nave de desembarco preparada —replicó el boatswaino de inmediato.

—Todos preparados —confirmó el capitán Luhan—. Comandante, esperamos su orden.

—Todavía no, todavía no. Aumentad más la imagen de la Ranger, por favor.

Nejaa Alción se encontraba de pie en el puente de la Ranger, con una leve sonrisa en los labios. Se balanceaba relajado sobre la punta de los pies y los talones, con perfecto autocontrol. Faltaban minutos, quizá segundos, para embarcarse en la misión más importante de su vida, pero confiaba en la gente que lo rodeaba y en sí mismo. No le preocupaban ni el fracaso ni la muerte; si algo le sucedía a la Ranger, o a él, Anakin era perfectamente capaz de liderar la expedición. Si tenía que caer, lo haría como un hombre honorable. Las pantallas de energía de la Ranger estaban levantadas y toda la tripulación se hallaba en sus puestos de combate. Por fin estaban preparados para enfrentarse al enemigo.

—Comandante, estamos a dos minutos del punto inicial —anunció el capitán Quegh, de la Ranger.

—¿General Alción? ¿Señor? —era el oficial de Inteligencia de la flota— Por favor, observe su pantalla. Ese punto brillante en el centro de la formación defensiva enemiga es la plataforma que están utilizando para bloquear todas las comunicaciones hacia Coruscant.

—¡Por fin tenemos a tiro a esa maldita cosa! —estalló Quegh, golpeando el brazo de su sillón antigraavedad.

—¿Está seguro? —preguntó Alción con una amplia sonrisa.

—Positivo, señor. Es ella. Parece una especie de nave de control androide. Los separatistas pueden permitirse una tecnología fuera de nuestro alcance. Ojalá tuviéramos sus recursos.

—En menos de un minuto tendremos sus colas —rió el capitán Quegh.

—Bien, Inteligencia, buen trabajo. Muy buen trabajo. Capitán, la primera andanada la dirigiremos contra esa plataforma.

—Recibido, señor. Oficial de tiro, fije el blanco para una batería de torpedos de protones. Desactive el sistema automático y utilice el sistema de guía visual. Quiero que usted mismo dirija a esos bebés.

La Ranger llevaba dos tubos lanzatorpedos de protones MG1-A. Eran armas nuevas, armas auxiliares de las baterías de cañones láser. Aún no los habían probado, pero eran potencialmente devastadores, con un alcance de tres mil kilómetros y una velocidad de veinte mil km/h. No les afectaban los campos de energía e iban directos al blanco, sin interferencias. Si los guiaban manualmente, los misiles seguirían hasta sus blancos primarios y no se desviarían hacia otras naves que pudieran cruzarse en su camino.

—Blanco centrado, señor. Distancia: mil kilómetros.

—Treinta segundos hasta el punto inicial —informó el navegante.

—Fuego cuando estén preparados, capitán —ordenó Alción. Se sentó en el sillón antigraavedad, junto a Quegh, y esperó.

—Control de disparo —dijo el capitán—. Atentos a mis órdenes...

—Pl alcanzado, señor —dijo el navegante.

—... ¡fuego! Oficial de vigilancia, marque en las pantallas la hora en que se ha disparado la primera salva —se giró hacia Alción—. General, entramos en combate con el enemigo.

Un estallido cegador llenó las pantallas.

—¡Le hemos dado! ¡Le hemos dado! —gritó el oficial de navegación.

Inmediatamente, las consolas de comunicaciones parpadearon y el puente se llenó con la cacofonía de voces del resto de naves de la flota.

—Un poco de autocontrol —ordenó Quegh al oficial de comunicaciones, que se ocupó de inmediato de restablecer la red de comunicaciones de mando y control con el resto de la flota—. Dígame a la flota que nos siga y ejecute el plan de ataque —se volvió a Alción—. Esto es lo que necesitábamos para conseguir superioridad sobre el enemigo.

—Capitán, ¿puede intentar establecer el contacto con las fuerzas de Slayke? Abra también una línea con Coruscant. Quiero informar que hemos entablado combate contra el enemigo y hemos derramado la primera sangre.

—La segunda es nuestra —observó el capitán Quegh, señalando una pantalla. Un sucio fulgor rojo empezó a florecer en un crucero pesado del extremo de la formación de ataque y creció rápidamente, hasta convertirse en un fogonazo cegador que consumió toda la nave. Sacudió la cabeza con tristeza—. Era la By'ynium, la nave de Lench, un buen capitán. Tenía una buena tripulación esa nave.

Los brillantes fogonazos empezaron a aparecer en las naves enemigas a medida que la flota de Alción se acercaba a ellas.

La Ranger sufrió una repentina sacudida.

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Informe de daños! —Las estaciones de la nave informaron que no se habían producido daños significativos— Casi nos alcanzan —exclamó Quegh con un suspiro—. Convergen hacia nosotros, así que sujetaos todos.

Las baterías de la Ranger empezaron a disparar, mientras las naves enemigas se hacían cada vez más grandes en las pantallas. Alción contempló satisfecho que muchas de ellas estaban ardiendo.

—Dadme una vista externa de nuestro casco —ordenó Quegh. Cuando cambió la imagen, gritó—: No, esperad, eso no era un disparo cercano... ¡Nos están abordando!

Una enorme explosión volvió a sacudir a la Ranger. Su velocidad empezó a descender hasta que la nave quedó a la deriva.

—Ordenad a las demás naves que continúen con el ataque —gritó Alción mientras se desabrochaba el cinturón de su sillón antigravedad—. ¿Cuál es nuestra situación, capitán?

—Tenemos una brecha en la sección de popa. Creo que han destrozado nuestra unidad propulsora. Tenemos una nave pequeña pegada a popa y el enemigo está penetrando a través de la brecha. Atención, todos, informe de daños.

Nadie informó desde la sección de propulsión.

—Capitán, algunas de las compuertas estancas no funcionan —informó el oficial ejecutivo—. Me gustaría ir e inspeccionar los daños, señor.

—Adelante.

—Iré con él —dijo Alción—. Vosotros dos... —hizo una señal a un par de guardias que se hallaban junto a la compuerta trasera—, ...coged vuestras armas y seguidme.

Extrajo el sable láser del cinturón. Los guardias obedecieron las órdenes, sonriendo ampliamente.

—Ya era hora —dijo uno de ellos.

—General, ¿qué piensa hacer? —preguntó Quegh.

—Ir a popa, capitán. Y me llevo conmigo a los dos guardias y a su oficial ejecutivo. Si tenemos invasores a bordo, los expulsaremos —se giró hacia el oficial—. Comandante, ármese y acompáñeme.

—¿Cómo...?

—Puedo encargarme de esto. Advierta a la tripulación, que se preparen para defenderse.

—¡General, tenemos que sacarlo a usted de aquí!

—No hay tiempo para eso, capitán. Envíe un mensaje a la Neelien. Informe al comandante Skywalker de que tiene el mando hasta que tenga noticias nuestras y que debe empezar a desplegar las fuerzas de desembarco. En cuanto crucemos esta compuerta, séllela y no vuelva a abrirla a no ser que sepa con seguridad quién pretende entrar. —Se giró hacia sus tres compañeros—. Vamos a encargarnos de esos invasores.

—¡La Ranger ha sido alcanzada! —gritó Anakin. Todo el mundo en el puente se sorprendió.

—Creo que tiene razón —admitió el capitán Luhar inclinándose hacia delante. Después miró a Anakin—. Comandante, eso significa que...

—¡Mensaje de la Ranger, señor! Dicen que su sistema de propulsión ha sido dañado y que los han abordado. El general Alción ordena al comandante Skywalker que asuma el mando de la flota y despliegue las tropas de desembarco.

—¡Mirad eso! La están abordando —gritó otro miembro de la tripulación. En las pantallas podían ver una forma oscura pegada al casco de la Ranger—. Y ahí hay otra.

—Son patrulladores androides —anunció el capitán—. El comandante enemigo las ocultó para tendernos una emboscada. Esas malditas cosas permanecieron camufladas hasta el momento de atacar. Comunicaciones, avise al resto de la flota. Comandante, ¿ordeno a los transportes que procedan al desembarco?

Anakin luchó para controlar sus emociones. Ahora estaba al mando y debía hacer el papel de comandante hasta el final.

—Gracias, capitán. Por favor, dé orden a los transportes para que aterricen. Informe al ayudante de división del general Alción de que ahora está al mando de su unidad hasta nuevo aviso. Actuará como comandante de campo sustituyendo al general Alción —se giró hacia el rodiano—. Grudo, nuestras tropas están preparadas para la batalla. Reunámonos con ellas.

Anakin permaneció inmóvil un segundo, delante de las pantallas. Humo, escombros, dolor y miedo... pudo verlo todo. Pero Alción estaba vivo y peleando. El joven Jedi sonrió. Lo siento por los que han abordado su nave, pensó. Intentó enviar un pensamiento a Alción: Buena suerte.

Mientras Grudo y él se dirigían a la cubierta de vuelo, se dio cuenta de lo poco que había utilizado la Fuerza desde que salió de Coruscant.

Todo era confusión en la sala de control de la Ranger.

—Me alegro de verlo, comandante —exclamó un oficial de bajo rango, anticipándose al oficial ejecutivo de la nave—. Están en la unidad de propulsión. Supongo que han matado a todos los tripulantes que se encontraban allí. Hemos sellado las escotillas de la sala de propulsión, pero las están cortando para pasar, y algunas puertas de los compartimientos siguientes no cierran herméticamente. Será mejor que se pongan los trajes espaciales.

—Sígame, general —el oficial ejecutivo los llevó hasta el compartimiento de material, lleno de tripulantes equipándose para la baja gravedad—. Si tenemos que combatir dentro de la nave, no podemos garantizar la integridad del casco. ¡Rápido, rápido! —varios miembros de la tripulación, ya equipados, corrieron para ayudar a Alción a colocarse su propio traje.

—¿Tienen armas? —preguntó Alción.

—Nos estamos encargando de ello —replicó un alférez.

—Bien. ¿Cuál es su trabajo, alférez?

—Ingeniero estructural, señor.

—Entonces, conoce bien la nave, ¿no?

—Sí, señor.

—Comandante, yo seguiré adelante con los dos guardias y el alférez, e intentaré retenerlos. Quiero que usted organice a la tripulación y forme un pelotón de asalto que nos siga una vez esté preparado ¿Entendido?

—Entendido, señor.

Con el traje sellado y el sistema de soporte vital funcionando, Alción se irguió en el puente de la nave.

—Capitán, aquí Alción. Vamos a popa para asegurar la nave. Dejo aquí a su oficial ejecutivo para organizar una patrulla que nos ayude a repeler a los invasores. ¿Qué puede ver por las pantallas?

—La sala de propulsión se ha quedado sin atmósfera, alguien está cortando la escotilla desde el lado contrario. Tenga cuidado un fallo mecánico nos ha impedido sellar la compuerta entre la unidad de propulsión y el lugar donde usted se encuentra. Prepárese para una pérdida momentánea de atmósfera. Los androides no necesitan respirar pero nosotros sí.

—Está bien. Todo el mundo vestido y armado. Le mantendremos informado.

De repente, el aire del compartimiento de popa de la Ranger fue absorbido por el vacío con un rugido tan violento que casi los derribó. El viento y el rugido cesaron tan repentinamente como se habían producido. Alción contó a veinte tripulantes en el puente, y a cincuenta más tras ellos aún a medio vestir. Eso significaba que, entre los muertos por el ataque y los que no habían podido ponerse los trajes espaciales a tiempo, ya no podía contar con unos cien miembros de su tripulación.

—Alférez, usted es el único familiarizado con ciertas partes de esta nave. Lo necesito para que nos guíe. Guardias, ¿preparados?

—Sí, señor —respondió uno.

—El resto de nuestro destacamento ha quedado atrás, en alguna parte —añadió el otro, sombrío—. Pero sí, estamos preparados.

Alción empuñó el sable láser y lo activó.

—Bonita luz —comentó uno de los guardias.

—Pues debería oírlo cantar —replicó Alción.

—Nunca había visto a un Maestro Jedi ni a una de esas cosas —dijo el otro guardia.

—Bueno, ya nos estás viendo. Yo guiaré. Alférez, quédese detrás de mi. Guardias, preparen las armas y vigilen la retaguardia. No disparen a menos que tengan un blanco claro y seguro, y cuando disparen ¡no me disparen a mí!

—Nunca dispararía a un Jedi, señor. Pero a un general, no sabría decirle...

—Cuando esto acabe, me encargaré de que os trasladen a mi servicio personal.

—No merecemos una recompensa tan grande, señor —protestó uno —No es ninguna recompensa —rió Alción—. No tardaréis en preguntaros qué habéis hecho para merecer tal castigo. Ahora, manteneos alerta.

Cruzaron la enfermería de la nave. El personal médico no había tenido tiempo de ponerse los trajes espaciales.

—Pobres —comentó uno de los guardias.

—Me temo que sólo son los primeros de muchos —dijo Alción— Alférez, ¿vamos en la dirección adecuada? A propósito, ¿cómo se llama?

—Sí, señor, vamos bien. Seis compartimentos más allá hay una compuerta que nos llevará hasta la Cubierta B, seis compartimentos más y habremos llegado... Si es que los invasores no han avanzado. Y, esto..., me llamo Dejock, señor.

—Capitán, por favor, informe —dijo Alción, activando su comunicador.

—Por lo que sabemos, están teniendo problemas con las escotillas.

No pudimos sellarlas automáticamente, pero la tripulación consiguió cerrar algunas de forma manual y las atrancó. Tienen que cortarlas para proseguir su avance.

—Guardias, ¿cómo puedo llamarlos?

—Yo soy el cabo Raders, señor.

—Y yo el soldado Vick, señor.

—Llámenme general. Y a partir de ahora, se acabaron las bromas.

Se toparon con los androides de combate al entrar en el compartimiento de la tripulación. Alción no dudó. Su sable láser parpadeó en un remolino de energía, desviando con facilidad los disparos de los rifles de los androides. Los rebanó por turno, uno-dos-tres, y las máquinas cayeron despedazadas antes de que sus compañeros pudieran siquiera apuntar sus armas contra los intrusos. Alción pegó la espalda al casco de la nave, y cuando tres androides más cruzaron la escotilla se encargó de ellos. En seis segundos, el compartimiento había quedado convertido en un basurero, pero se estaba llenando con el humo del fuego provocado por los disparos láser de los rifles de los androides al impactar en los objetos personales de los ocupantes.

—¡Disparad a través de la escotilla! —ordenó Alción—. Oficial ejecutivo, de momento los hemos detenido. Traiga a su pelotón.

Los dos guardias dispararon sin dejar de avanzar. Uno dirigió rayo tras rayo de energía a través de la escotilla abierta, mientras el otro se movió hacia la izquierda

para poder disparar, ya que su compañero cubría la derecha. El alférez Dejock siguió al segundo guardia.

—Señor, la zona siguiente es parte de la sección de almacenaje. Siguiendo hacia popa, la siguiente es un taller de reparaciones; después encontraremos la sala de propulsión.

Alción cruzó la compuerta. El compartimiento estaba lleno de androides de combate que abrieron fuego a la vez, pero desvió los disparos con el sable láser. La mayoría de los rayos volvieron hacia los androides que los habían disparado. Alción aprovechó el momento para cargar contra los supervivientes, y los dos guardias lo siguieron. Segundos después, el taller de reparaciones estaba en ruinas, pero todos los androides habían sido destruidos.

El traje espacial de Alción estaba casi fundido en aquellos lugares donde le habían alcanzado algunos tiros a quemarropa. Uno de los guardias tenía una fea quemadura en el muslo, pero el material autosellante del traje había impedido que se quedase sin aire.

—¡Los hemos puesto en fuga! —gritó el alférez Dejock.

—Sí, los hemos rechazado. Vamos, limpiemos el siguiente compartimiento —dijo Alción, siguiendo adelante.

—¡Esperen! —gritó el oficial ejecutivo de la nave, al tiempo que entraba en el compartimiento seguido por veinte hombres armados hasta los dientes—. No tiene muy buen aspecto, señor. Sus trajes están muy dañados —miró a su alrededor, a los restos de los androides destruidos, y después le echó un vistazo preocupado al casco de la nave—. Tardaremos algo de tiempo en repararlo todo. General, será mejor que vuelva al puente y se quite ese traje antes de que falle. Y llévase a sus hombres con usted, sabemos lo que hay que hacer. Terminaremos lo que ustedes han empezado... que ha sido un trabajo estupendo, por cierto.

El trío retrocedió hasta el puente, sosteniendo entre ellos al guardia herido. El oficial ejecutivo y su equipo terminaron en pocos minutos con los restos de la partida de abordaje. La tripulación no había sufrido más bajas de las iniciales, y los de reparaciones ya trabajaban para restablecer la integridad del casco. La atmósfera estaba siendo restaurada en algunos de los compartimentos.

Pero la Ranger estaba fuera de combate.

—Siento lo que le ha ocurrido a su nave y a su tripulación, capitán —se lamentó Alción.

—Eran buenos soldados y ésta es una buena nave, señor, pero ya he hecho arreglos para que usted sea transferido a otra. De no haber sido por usted, general, a estas horas estaríamos todos muertos —Quegh extendió su mano, y el Jedi se la estrechó.

—Cuide de los dos guardias, capitán. Cuando desembarquemos quiero que los traslade a mi equipo personal. Hoy día no es fácil contar con buena ayuda.

—El comandante Skywalker ya está desembarcando las tropas, señor.

—¡Bien! Entonces, llévenme a tierra. O cuando aterrice e intente reclamar mi parte de gloria, ya habrá ganado la guerra él solo.

Capítulo 17

Utilizando el sistema de navegación terrestre, Anakin guió con mano experta la nave que transportaba las fuerzas de desembarco, hasta situarse a apenas diez metros por encima del suelo. A su lado, en el asiento del copiloto, Grudo se aferraba con todas sus fuerzas a los reposabrazos, mientras Anakin hacía que el aparato se elevase lo suficiente como para superar por poco la cima de una colina.

—¡ Vaya, Grudo, hemos fallado ésa! Échales un vistazo a nuestras tropas, ¿quieres? —dijo Anakin, encantado de pilotar el transporte y perversamente divertido por haber encontrado algo que pusiera nervioso al rodiano.

Aliviado por tener una excusa para apartar su vista del terreno que pasaba — demasiado cerca— bajo ellos, Grudo abrió la puerta de la cabina y contempló a los cincuenta soldados clon que se apretujaban en el compartimiento de carga. Estaban sentados, en calma, silenciosos, como si fueran de merienda al campo en un autobús. El comandante del pelotón devolvió la mirada a Grudo y levantó el pulgar para indicarle que todo era normal. Grudo volvió con Anakin:

—Los soldados están bien. ¿Puedes frenar un poco o disfrutas demasiado intentando provocarme un fallo cardíaco?

Tras ellos, a mayor altitud, el cielo estaba oscurecido por muchas otras naves, cada una transportando otros cincuenta soldados. En vez de aterrizar directamente desde la órbita, con el peligro que suponía que las trayectorias de los transportes fueran observadas y calculadas por el enemigo, lo cual dejaría a las naves bajo su fuego directo, el plan era aproximarse a las zonas de desembarco preestablecidas desde cien kilómetros de distancia, volando a ras de suelo para evitar toda detección.

Desde la órbita, la flota de desembarco era fácilmente distinguible a causa de la enorme nube de polvo que levantaba al rozar la superficie planetaria.

Los ingenieros de combate ya estaban en tierra, y miles de androides de trabajo preparaban las posiciones defensivas para la infantería. Una vez Anakin y los suyos aterrizasen y reforzaran a los ingenieros, el resto del ejército descendería en los enormes transportes pesados.

—¡Relájate, Grudo! ¡Sé volar desde que era niño! —gritó Anakin—. Un día te daré un paseo en mi caza estelar —giró la cabeza para contemplar al rodiano.

—Por favor —gruñó Grudo—, no apartes la vista del terreno.

—¡Preparaos! —avisó Anakin a los cientos de pilotos que lo seguían—. Estamos a cero-tres de tocar tierra. Os veré allí —y, dirigiéndose a Grudo, añadió—: Sólo espero que haya sobrevivido parte del ejército de Slayke.

Los códigos de identificación eran imprescindibles para distinguir al amigo del enemigo. Las fuerzas de la República estaban provistas de un datapad estándar llamado Instructor Operativo de Señales, que se actualizaba cada mes. El datapad contenía una palabra clave y una contraclave para cada día del mes, utilizadas por todas las unidades mayores de las tropas republicanas para identificarse. Los datos se cruzaban con los que tenían en Coruscant, donde confeccionaban los códigos, así que no importaba en qué lugar de la galaxia se encontrasen, todos utilizaban las mismas contraseñas.

Así pues, el día en que Anakin hizo aterrizar su ejército en Praesitiyn, la clave era "Jawa" y la contraclave "Eclipse". Eran códigos distintos a los de los identificadores amigo-enemigo, mensajes en clave de alto secreto, utilizados para determinar si las naves militares eran amistosas u hostiles.

El proceso de codificación empleado para proteger los datapad era infinitamente complicado, y los separatistas no habían sido capaces de descifrarlo.

En cuanto se destruyó la plataforma separatista que bloqueaba las transmisiones, el oficial de comunicaciones de la flota de Alción empezó a transmitir repetidamente "Jawa" al sistema de comunicaciones de Slayke; pero el ex pirata no pudo responder porque había destruido todo su equipo para que no cayera en manos del enemigo, antes de abandonar el puesto de mando y retirarse hasta Judlie. Anakin tuvo que hacer desembarcar su ejército sin saber si había parte de las fuerzas de Slayke con vida.

El desembarco en Praesitiyn se produjo en cuatro oleadas: primero llegaron los ingenieros de combate, apoyados por la infantería y por otros cuerpos, para preparar las posiciones defensivas; después llegó Anakin y su división, seguido por Alción y la suya. Cada división tenía asignadas sus propias coordenadas de aterrizaje en zonas lo bastante alejadas del enemigo como para evitar que les disparasen desde las trincheras donde se parapetaba, y así tener una oportunidad de aterrizar, desplegarse y tomar posiciones defensivas antes de ser atacados. Las operaciones contra el enemigo empezarían una vez hubieran desembarcado todas las tropas, con o sin ayuda de los posibles supervivientes del ejército de Slayke.

—Una retirada frente al enemigo es una de las maniobras tácticas más difíciles que existen. Tú eres el comandante, y la elección de la táctica es tuya, pero, ¿podrás llevarla a cabo?

La imagen del Conde Dooku parpadeó ante los ojos de Pors Tonith.

—Los androides no ceden al pánico, Conde Dooku, y el enemigo aún no ha consolidado sus posiciones. Si ahora decido retirarme hasta la meseta, podré hacerlo sin interferencias. Eso me dará la ventaja de un terreno alto y me permitirá reforzar mi dominio del Centro de Comunicaciones. Ellos se cuidarán muy mucho de utilizar armamento pesado para intentar desalojarme y, cuando finalmente ataquen, tendrán que avanzar colina arriba. Si me quedo donde estoy ahora, su fuerza combinada podría aplastarme. Claro que, si recibiera refuerzos...

—Estoy seguro de que comprende que estamos embarcados en una guerra a gran escala por toda la galaxia. Por importante que sea su misión, hay más comandantes involucrados en otras maniobras estratégicas. Tengo que sopesar cuál tiene prioridad sobre las demás. Recibirá refuerzos cuando éstos estén disponibles. ¿Ha sobrevivido su flota?

—Sí. Mis naves se han retirado para unirse a la flota que órbita Sluis Van. No los llamaré hasta que reciba refuerzos. De otro modo, la flota enemiga la destruiría. Es muy superior. La plataforma de control que bloqueaba las comunicaciones también ha sido destruida, y ahora tienen contacto permanente con Coruscant.

—No importa. Funcionó bien mientras la necesitamos, pero ya no nos es útil.

—Los prisioneros dicen que me enfrente a Zozridor Slayke. ¿Qué puede decirme de él? Hasta ahora su defensa ha sido brillante. No obstante, estaba a punto de aniquilarlo antes de que llegasen sus refuerzos de Coruscant.

—Zozridor Slayke es un hombre extraordinario. Nos iría bien contar con alguien como él —el Conde Dooku le contó la reciente historia de Slayke.

—¿Un renegado? No me sorprende, señor. Las tropas de ese hombre luchan como piratas con la espalda contra la pared.

—Pues le diré algo más. Las tropas contra las que tendrá que enfrentarse ahora están comandadas por un Maestro Jedi, Nejaa Alción, y por un joven padawan llamado Anakin Skywalker —le explicó a Tonith parte de la historia de ambos Jedi—.

Descubrirá que Nejaa Alción es precavido y predecible, pero tenga cuidado con el joven Jedi, es... volátil.

Eso es un grave peligro, pero también una posible debilidad que puede explotarse.

—Se puede matar a los Jedi, Conde Dooku, y si Slayke pudo engañar a uno, tal como me ha contado, ese pirata me preocupa más que ellos. Puede que los Jedi tengan problemas para compartir el mando con él.

—No cuente con ello. A los Jedi no les gusta dejar que sus sentimientos personales interfieran con su deber. Pero si alguno es capaz de sucumbir a las emociones, ése es Skywalker.

—Una cosa más, Conde. Reija Momen. Quiero utilizarla.

—¿Qué propone? —preguntó Dooku, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en dos delgadas ranuras.

—He pensado utilizarla para enviar una transmisión vía HoloRed al Senado de la República. Les leerá un comunicado que hemos preparado. En resumen: "Retiren las tropas de Praesitiyn o el almirante Tonith nos matará a todos".

Dooku soltó una exclamación grosera.

—Nunca se lo creerán.

—Puede que todos no. Pero el Senado presume de ser democrático y sé que algunos senadores, por la razón que sea, miran con simpatía nuestra causa, mientras que otros son... digamos que alérgicos a la guerra. La transmisión al menos provocará dudas en sus deliberaciones.

—No puede matar a los rehenes, ya lo sabe.

—¡Oh, pero los mataría! Antes de verme derrotado, no sólo los mataría, sino que destruiría el Centro de Comunicaciones Intergalácticas. Ya he hecho los preparativos necesarios para ello. Y no olvide que Reija Momen es muy conocida y respetada tanto en Alderaan como en Coruscant. Y que es un icono, una matrona atractiva que personifica a la madre que todos tenemos o hemos tenido. Ver cómo suplica por su vida y por la vida de sus hombres les convencerá de que vamos en serio.

—¿Cooperará? Al fin y al cabo, le atacó cuando la hizo prisionera—. La sonrisa de Dooku era como el hielo.

Tonith se sorprendió de que el Conde Dooku supiera que Reija le había abofeteado. Sintió un aguijonazo de vergüenza por el recuerdo del golpe, y un estallido de júbilo. Estaba claro que su propuesta había despertado el interés de Dooku.

—Me pilló desprevenido. No volverá a suceder —hizo una reverencia a la imagen—. Cooperará, me encargaré de eso.

Dooku permaneció un segundo en silencio.

—Está bien, puede proceder —sonrió—. Tenía que haber sido político.

—Soy banquero..., eso es incluso peor —rió Tonith—. Una cosa más, ¿cuándo recibiré refuerzos?

—¿Otra vez lo mismo? Recibirá refuerzos cuando los reciba —su voz tenía un claro tono de exasperación.

—Me gustaría dejar constancia de que no sólo he cumplido al pie de la letra el plan que usted diseñó para esta invasión, sino que, de haber recibido esos refuerzos tal como estaba previsto, el éxito habría sido completo.

—¿Ha escuchado algo de lo que he dicho?

—He cumplido fielmente mi parte del trato. Sería una lástima que mi éxito fuera puesto en duda porque usted o algún otro...

—Almirante Tonith, ¿está cuestionando mi juicio? Desafieme y podrá darse por muerto. —La imagen holográfica del Conde Dooku fluctuó.

—Sí, señor, lo comprendo —aceptó Tonith—. Pero no soy estúpido. Ningún otro lo habría hecho mejor que yo, ni siquiera su tan cacareado general Grievous, su máquina asesina.

Se sirvió un poco de té con manos temblorosas, lo sorbió ansiosamente y suspiró; después se secó el sudor de la frente con un guante.

Sabía que una observación como aquélla podía matarlo, pero en ese momento no le importaba. Pese a sus muchos defectos, Tonith no era un cobarde, y no le gustaba que lo menospreciaran.

—A su tiempo. Todo a su debido tiempo —sonrió Dooku—. Ahora, apruebo sus esfuerzos propagandísticos y su plan defensivo. Llévelos a cabo. No vuelva a intentar contactar conmigo, yo contactaré con usted.

La pantalla quedó muerta.

—Señor, se retiran. El ejército androide se retira —gritó a Slayke un desconcertado oficial que había estado observando el aterrizaje de las naves tras el puesto fortificado de Judlie.

—Sí, teniente —corroboró Slayke, sonriendo ampliamente—. Y eche un vistazo a esas naves: son de las nuestras. ¡A eso se llama llegar justo a tiempo! —Las naves eran de la República, como demostraba claramente el logotipo blanco y negro, una rueda de ocho radios dentro de un círculo—. No creo que haya visto nunca nada tan hermoso. —Slayke palmeó a su oficial en el hombro—. Dígale a nuestra gente que cubra la retirada de los androides. Voy a ver quién está al mando de los refuerzos.

Cuando Tonith entró en la sala donde retenía a sus prisioneros, Slith Skael hizo un movimiento defensivo para proteger a Reija.

—Lléváoslo —ordenó Tonith a los guardias androides—, pero quedaos junto a la puerta. Puede que dentro de poco me sea útil.

Los androides sujetaron con pocos miramientos al sluissi, y lo arrastraron fuera de la sala a pesar de sus protestas.

—¿Qué quiere? —gruñó Reija.

—¿La han tratado bien? —Tonith sonrió y se sentó frente a Reija— ¿Acaso no nos preocupamos por su bienestar, señora?

—Si llama bienestar al asesinato a sangre fría y a una guerra sin provocación...

—¡Silencio, mujer! —la voz de Tonith restalló como un látigo—Escúcheme atentamente. Voy a enviar una transmisión vía HoloRed al Senado de la República en Coruscant.

Reija se sorprendió ante la noticia.

—Siéntese aquí y tranquilícese —ordenó Tonith—. Hay más. En esa transmisión, usted leerá una declaración escrita. Si no está de acuerdo con mi propuesta o si intenta algún truco mientras lee la declaración, mataré a su amigo sluissi. Tome, lea —le alargó una corta nota—. Léala en voz alta.

Reija echó un vistazo al corto párrafo y sonrió:

—Sabía que vendrían... —susurró. Su labio tembló mientras leía y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero después sonrió atrevidamente—Tiene problemas, ¿verdad?

—¡Cállate, arrogante...! —Tonith contuvo visiblemente su ira—. Lea la declaración. Léamela. Ahora.

Reija leyó la nota lentamente.

"Soy Reija Momen, directora del Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn. Mis hombres y yo hemos sido hechos prisioneros por un ejército separatista. El comandante de dicho ejército exige la inmediata retirada de vuestras tropas de Praesitiyn. Por cada hora de retraso en cumplir esta orden, un miembro de mi equipo será ejecutado, yo en último lugar. Os lo ruego, por el bien de mi gente, retírense de inmediato."

—Añade un poco más de emoción al final. Por lo demás,, está bien. Ahora iremos a la sala de comunicaciones y...

—No nos matará, nos necesita como rehenes. Mientras sigamos vivos, las tropas de la República no lanzarán un ataque masivo contra el Centro. Y con esto sólo pretende retrasar su ataque hasta que usted reciba refuerzos.

Tonith suspiró e hizo crujir sus dedos. Un androide entró en la sala.

—Prepárate para cortarle la oreja izquierda —ordenó el almirante.

El androide inmovilizó a Reija con una mano, y con la otra aferró su oreja izquierda. Los dedos mecánicos y fuertes apretaron, y Reija luchó por no gritar.

—Ahora, ponla en pie —ordenó al androide—. No hagamos esperar al Senado.

Empujaron a Reija por los pasillos de la sala de control. La mujer hizo todo lo posible por controlarse e ignorar el ardiente dolor que abrumaba la parte izquierda de su cabeza, mientras el androide seguía apretándole la oreja.

—El Senado ni siquiera estará reunido en sesión... —jadeó Reija.

—No importa. Enviaremos el mensaje al receptor de la Sala de Comunicaciones del Senado. Le garantizo que el Canciller Supremo convocará una sesión de emergencia, un minuto después de ser recibido.

En la sala de control principal habían instalado un emisor holográfico con una silla delante para que Reija se sentase en ella. El androide la empujó con rudeza hasta la silla. Mientras éste se retiraba, la mujer se llevó la mano a la ardiente oreja.

—Recuérdelo, querida —dijo Tonith con desprecio—. Si intenta pasarse de lista durante la transmisión, haré que le arranquen la oreja —su tono cambió hasta ser casi amable—. Reconozco que es encantadora... o lo sería, cuando se arreglase y peinase un poco. Los senadores quedarán impresionados. Tome la nota. Léala poco a poco y pronunciando bien. Espere la señal del técnico.

Hizo un movimiento de cabeza hacia el técnico que se encontraba frente a los controles. Reija estudió la nota.

—¿Cuándo empezarán las ejecuciones? —preguntó.

—Cuando pase el tiempo necesario sin que hayan respondido —respondió Tonith—. O cuando yo esté preparado. Si todo sale bien, puede que no haya que ejecutar a nadie.

Volvió a hacerle una seña al técnico.

—Cuando quieran —respondió éste en voz alta.

Reija miró tranquilamente a la cámara.

—Soy Reija Momen, directora del Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn —empezó con voz firme y bien modulada—

Mis hombres y yo hemos sido hechos prisioneros por un ejército separatista. El comandante de dicho ejército exige la inmediata retirada de vuestras tropas de Praesitiyn. Por cada hora de retraso en cumplir esta orden, un miembro de mi equipo será ejecutado, yo en último lugar.

Hizo una pausa de tres segundos. El técnico miró nervioso a Tonith que, sonriendo, alzó una mano para indicar que debía dejar que Reija terminase la lectura.

—Os lo ruego, por el bien de mi gente... ¡atacad! ¡Atacad! ¡¡ATA-CAD!! —gritó con todas sus fuerzas.

Capítulo 18

Con la bandera de la República alrededor del cuello, Zozridor Slayke saltó ágilmente por encima de las murallas que los androides de trabajo estaban erigiendo y miró a su alrededor. El corazón le latía con fuerza. Todo el cielo que podían abarcar sus ojos estaba lleno de naves de transporte y desembarco; otras habían aterrizado ya entre vastas nubes de arena y polvo y vomitaban escuadrón tras escuadrón de soldados. Un viejo macho humano, con mostachos castaños y brillantes ojos azules parecidos a los del propio Slayke, se acercaba saludando a sus compañeros, que parecían estudiar mapas o planos. Ellos se giraron al unísono y contemplaron con una enorme sonrisa en el rostro a la figura llena de cicatrices.

Slayke se detuvo ante el anciano para llamar su atención, y lo saludó marcialmente. Al elevar la mano hasta su ceja derecha, en un ángulo exacto de cuarenta y cinco grados, una pequeña nube de polvo surgió de su manga.

—Capitán Zozridor Slayke, comandante de las fuerzas que se enfrentan a los invasores separatistas de Praesitiyn, señor. Le ofrezco toda la ayuda de que sea capaz en su campaña para liberar este mundo.

El anciano devolvió lentamente el saludo a Slayke, con una embarazosa expresión en el rostro.

—¡Vaya, siento decírselo, pero creo que no me busca a mí sino a él! —y señaló a un Jedi que se encontraba junto a un... ¿un rodiano?

—¿Quién es ése? —preguntó Slayke, sorprendido.

Anakin dio un paso adelante.

—El Jedi Anakin Skywalker, capitán Slayke. Soy el comandante de las fuerzas de desembarco —señaló a Grudo—. Este es mi sargento mayor. Me siento encantado y honrado de conocerlo.

Slayke miró al anciano que había tomado equivocadamente por el comandante, pero éste sólo se encogió de hombros.

—La República anda tan escasa de soldados que ahora los recluían directamente de las cunas, ¿eh? —Slayke se palmeó el muslo, levantando una nubécula de polvo—. ¿Puede repetirme su nombre, Jedi general?

—Anakin Skywalker, señor —el Jedi hizo una leve reverencia a modo de saludo—. Y soy comandante, no general. He oído hablar mucho de usted, señor, y me siento honrado por...

—Mire, comandante Jedi Anakin Skywalker, sólo me quedan dos mil soldados de los que aterrizaron conmigo. Luchamos muy intensamente e hicimos fracasar sus planes... ¿Y usted se siente honrado? No me hable de "honor", Jedi. Sólo somos sangre, entrañas y sudor —sacudió la cabeza mientras abarcaba con la vista las fuerzas desembarcadas—. Si hay algo más inútil en esta galaxia que el cerebro de un Jedi, es un soldado clon. Están a un paso por encima de un androide... De hecho, prefiero los androides a esos horribles clones. No puedes hacer pedazos a los clones, y todos tienen la misma personalidad.

—¡Eh, un momento! —protestó el anciano oficial—, ¡Ya le hemos escuchado bastante, Slayke, tengo que decírselo!

—Si no es el general, ¿quién es éste? —preguntó Slayke a Anakin.

—Mi intendente general, el mayor Mess Boulanger.

Slayke estalló en carcajadas y señaló a Boulanger con el dedo.

—¿Me estáis diciendo que he sido lo bastante estúpido como para presentarme oficialmente ante un maldito intendente? ¡Oh, esto es genial! Bueno, mayor, en el fondo quizá sería mejor que usted comandara esas tropas que no esa maravilla barbilampiña de ahí.

Anakin alzó una mano, reclamando atención.

—Capitán Slayke, en este momento estoy muy ocupado desembarcando mis tropas. Vamos a establecer una posición defensiva. Le sugiero que traiga sus fuerzas hasta aquí y nos ayude a consolidarla. En cuanto el general Alción se reúna con nosotros...

Slayke gruñó y se dio una palmada en la frente:

—¿Has dicho Alción? ¿Nejaa Alción? ¿Él comanda esta flota?

—Sí, señor. Y en cuanto se reúna con nosotros...

Slayke estalló en carcajadas. Alzó los ojos al cielo y levantó ambos brazos por encima de su cabeza.

—¿Por qué me pasa esto a mí?

—Capitán, sé que el general Alción y usted han tenido..., esto, ciertas diferencias, pero...

—Oh, ¿lo sabes? ¿Sabes lo que pasó en realidad, joven Jedi imberbe? —Slayke rió más fuerte todavía—. Pues ni siquiera lo conozco, entérate. Estaba demasiado ocupado robándole su nave. Así que lo mejor que la maldita República podía enviarme es un niño y un idiota declarado, con un ejército de..., de soldados de probeta.

—Así es —cortó Anakin, controlándose con mucho esfuerzo.

—¡Está bien, está bien! —Slayke alzó ambas manos, pidiendo paz— Me vuelvo con mis tropas. ¿Ves aquel pequeño risco de allí? Ése es mi puesto de mando. Cuando llegue el general Alción, venid los dos y hablaremos. Soy yo quien ha estado combatiendo al ejército androide. Si queréis saber lo que eso significa, acudid a mí.

Dio media vuelta sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas.

—¡Buuuf! —suspiró uno de los oficiales cercanos—. Eso es lo que en mi planeta llaman "todo un caso".

—Bueno, sus hombres y él han sufrido mucho... —respondió lentamente Anakin—. ¿Ha oído lo que ha dicho? Sólo le quedan dos mil soldados del ejército que desembarcó aquí. ¡Eso es un nivel de bajas terriblemente alto! No me extraña que esté amargado —se volvió hacia los demás oficiales—. Que desembarque el resto de nuestras tropas. Cuando llegue el general Alción, haremos una visita formal a Zozridor Slayke.

El desembarco continuó sin oposición.

La expresión del Canciller Supremo Palpatine no cambió mientras contemplaba la corta transmisión llegada de Praesitiyn.

—Reija Momen es de Alderaan, ¿verdad? —preguntó Armand Isard, que disfrutaba de una bebida con el Canciller cuando el teniente Jenbean, oficial de vigilancia del Centro Senatorial de Comunicaciones, entregó la transmisión.

—Eso creo, señor.

Isard también había asistido a la declaración de Reija Momen sin dar muestras evidentes de ninguna emoción.

—Mmm —Palpatine volvió a pasar la transmisión—. Una mujer valiente.

—¿Convocamos una sesión de emergencia del Senado? ¿O debemos responder a la transmisión? La primera hora del ultimátum está a punto de cumplirse.

—¿Para que vean esto? No creo. ¿De qué serviría? No pueden matar a los rehenes. Es un farol, un chantaje. La República no puede permitirse algo así. Teniente Jenbean —añadió, volviéndose hacia el oficial que había traído el holograma de Momen directamente desde el Centro de Comunicaciones—, ¿ha enseñado esto a alguien más?

—No, señor. Traje la transmisión directamente, en cuanto la recibimos. Los técnicos del turno de noche la han visto, claro, pero nadie más.

—Bien —Palpatine hizo una pausa—. ¿Conoce a Momen personalmente?

—No, señor, personalmente no. Pero conozco su reputación. Es una de las personas más respetadas de nuestra profesión.

—Comprendo. Me quedaré con la grabación hasta que decidamos qué hacer. Hasta entonces la consideraremos máximo secreto, ¿entendido? Anote en su informe que se ha recibido una transmisión de Praesitiyn, nada más. Si llega otra, tráigamela directamente. Cuando termine su turno, informe a su sustituto para que haga lo mismo si llega algún otro mensaje de Praesitiyn.

Cuando Jenbean se marchó, Isard se dirigió a Palpatine:

—¿Realmente cree que podrá mantenerlo en secreto?

—No, Armand. Allí donde reina la emoción, un hombre sabio protege siempre sus apuestas. ¿Ha visto la expresión del teniente mientras pasábamos la transmisión? Seguro que la ha visionado varias veces antes de traérmola. Esa mujer, Reija Momen, es un icono, parece la madre ideal que todos quisiéramos tener. Sólo los ancianos como nosotros podemos resistir una atracción como ésta, dirigida a nuestros instintos más básicos. ¿Y qué opina de Tonith? ¿Cree que habla en serio, que es capaz de matar a los técnicos?

—Sí, Canciller Supremo, lo creo muy capaz si pierden todo valor para él. O quizá no los mate. Depende de sus posibilidades de supervivencia personal. Es muy frío, muy calculador, lo que se espera de un banquero. Es como una calculadora viviente: beneficios aquí, pérdidas allí, sumas, restas y balances cuadrados. ¿Qué haremos ante esta situación?

—Por ahora, nada. Nuestro joven amigo de comunicaciones lo hará por nosotros —Palpatine sonrió enigmáticamente.

—¿Puedo preguntarle cómo lo sabe?

El Canciller inclinó su cabeza en una ligera reverencia.

—Lo sé, confíe en mí. Sólo tuve que mirar la cara de ese joven. ¿Quiere que le vuelva a llenar la copa?

El teniente Jenbean estaba indignado. Y cuanto más se alejaba de la residencia del Canciller Palpatine, más furioso se sentía. Aquellos políticos se habían quedado allí sentados, contemplando la transmisión, sin mostrar la más mínima expresión. ¿Cómo podían tomarse la situación tan a la ligera? ¿Es que en aquella República ya no contaban las personas? ¿No garantizaba la República la vida y la libertad de todos y cada uno de sus ciudadanos? Nadie esperaba que Palpatine reuniera a toda la flota para socorrerlos, pero, ¿ni siquiera compartir la información con sus consejeros? ¿No encargar al menos un plan para liberar a los rehenes?

Todos los guardias de su turno habían visto la transmisión varias veces, creyendo que podía ser un engaño. Nadie en Comunicaciones sabía exactamente lo que estaba ocurriendo en Praesitiyn, sólo que los separatistas habían capturado el planeta y que el Senado había organizado una expedición para liberarlo. Pero todos conocían a Reija Momen, y ella estaba —apretó los puños y sacudió furioso la cabeza— prisionera de un demonio que la había obligado a realizar aquella transmisión.

Aunque Jenbean no tenía nada claro qué podía hacer el Canciller Palpatine, o cualquiera, para resolver la situación de Momen, se sentía indignado de que ni siquiera propusiera hacer algo, lo que fuera. Uno de los técnicos de Praesitiyn sería asesinado dentro de pocos minutos quizá ya estaba muerto. Se estremeció ante la idea de recibir una nueva transmisión que mostrase a gente que conocía muerta en el Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn.

Antes de colocar en la transmisión la advertencia que Palpatine le había pedido, el teniente Jenbean enviaría la retransmisión de Momen a alguien que podría hacer algo por salvarla. Se jugaba su futuro, pero haría lo que él creía que era lo correcto.

Cuando Alción entró en el puesto de mando, Anakin sonrió. Se estrecharon calurosamente las manos.

—El desembarco y despliegue del ejército ha sido excelente, felicidades —le dijo Alción—. ¿Qué está pasando allí?

Y señaló con la cabeza las tierras altas. Anakin le explicó brevemente la situación.

—Nuestro desembarco no ha encontrado oposición. El enemigo se retira hacia la meseta, pero no pudimos obtener ventaja porque cuando empezó todavía no habíamos desplegado nuestras tropas. Ahora ocupan las alturas y estoy seguro de que se fortificarán allí, usando el Centro de Comunicaciones y a su gente como rehenes para impedir que lancemos un ataque masivo. Será difícil desalojarlos.

—Por eso tenemos que ser flexibles —comentó Alción—. Tengo un par de ideas. ¿Aún no has visto a Slayke?

—Sí, lo he visto —sonrió Anakin—. Quiere que lo visitemos en su puesto de mando en cuanto lo creamos conveniente.

—No lo conozco en persona, ¿sabes? Cuando nuestros caminos se cruzaron, estaba demasiado ocupado robándome la nave —confesó Alción. Se quitó la capa y se sentó en la silla más cercana antes de pasarse una mano por el pelo-. Estoy cansado, y eso que la batalla ni siquiera ha empezado.

—¿Está muy dañada la Ranger? —se interesó Anakin.

—Perdimos a gran parte de la tripulación y tuvimos que abandonarla. Anduvo cerca.

—Para el capitán Slayke también —dijo Anakin—. Presentaron una resistencia feroz, pero su ejército fue casi aniquilado.

—Malo, malo —murmuró Alción, agitando la cabeza. Se mantuvo en silencio durante un largo momento. Al final, aspiró profundamente y volvió a ponerse en pie-. ¿Qué tal si le hacemos una visita formal al Gran Hombre en su madriguera y ponemos en marcha todo este ejército?

Capítulo 19

La vasta armada viajaba por la fría y eterna negrura del espacio con su rumbo inexorablemente trazado. Los sistemas a bordo de cada nave pulsaban de energía mientras sus ordenadores, cuidadosamente atendidos por un ejército de androides que funcionaba a la perfección, mantenían la ruta predeterminada. Los sistemas de armamento que podían destruir flotas enteras estaban preparados.

Eran máquinas letales, casi tan frías interiormente como el espacio que rodeaba sus cascos, pero con el punto de calor necesario para impedir que los metales y el plástico se debilitasen y los lubricantes se congelasen. No tenían nombres, sólo números y nomenclaturas. En ninguna de las naves, salvo en la nave insignia —una monstruosa máquina asesina por derecho propio— se oía la voz de un ser vivo. Ninguna risa, ningún juramento, ninguna queja, ninguna vida... Sólo el mudo susurro de la maquinaria. Y en esa nave insignia, seres de rostro gris se afanaban en sus deberes, con una calma nacida de una disciplina militar tan rigurosa como la tecnología que controlaba la infantería androide de las naves de transporte que seguían a los cruceros de combate. En esos transportes, el silencio reinaba en los

compartimentos atestados con cientos de miles de androides de combate, inmóviles en sus perchas, esperando la señal que los convertiría en máquinas de matar tan eficientes como desapasionadas.

Las naves habían transportado una vez seres vivientes a bordo, seres que habían caminado por los compartimentos de almacenaje, donde los androides esperaban la llamada a las armas. Por aquel entonces, parecían recorrer una vasta cripta donde los huesos de una especie monstruosa dormían pacientemente a la espera de su resurrección. Ahora, los enormes hangares estaban silenciosos, excepto por la constante pulsación de los motores de las propias naves, que enviaban sus vibraciones a través de todas las cubiertas. Los androides estaban perfectamente alineados en apretadas filas, y una ligera desviación del curso o un pequeño cambio en la velocidad de las naves provocaba un leve balanceo ocasional, respondido por el suave repiqueteo de metal contra el metal. Si un visitante contemplase demasiado rato y demasiado de cerca uno de esos milagrosos esqueletos de mecánica invulnerabilidad, su atención se habría visto especialmente atraída por las negras cuencas de sus sensores ópticos, se habría estremecido ante aquel reflejo de su propia mortalidad, y habría vuelto corriendo al mundo de calidez, camaradería y esperanza que distinguía a los seres vivos de sus máquinas.

Aquella flota eran los tan esperados refuerzos separatistas, el puño de hierro dispuesto a aplastar el mundo conocido como Praesitiyn.

—Bienvenidos a mi humilde y última fortaleza —exclamó Slayke a modo de saludo mientras se ponía en pie. Su oficial permaneció silencioso, contemplando a los dos Jedi y a sus tres compañeros. Slayke entrecerró los ojos, pero sólo dijo—: Dejad que os presente a mi Estado Mayor.

Presentó por turno a cada oficial, que se inclinaron ligeramente ante los visitantes a modo de saludo.

—Supongo, señor, que usted es... —Slayke sólo dudó un breve instante, pero a Nejaa Alción le parecieron siglos— ...el inestimable general Alción.

Extendió la mano. Con su considerable estatura, sus amplios pechos y hombros y su llameante pelo rojo, Slayke era una figura imponente.

—El mismo, capitán —respondió Alción.

Se dieron la mano. En el momento del contacto físico, cada uno miró directamente a los ojos del otro: eran dos rivales recelosos midiéndose mutuamente. Anakin intentó mantener una expresión neutra; sabía que era el convidado de piedra del triunvirato que Alción iba a proponer, y también sabía, instintivamente, que el silencio era su mejor aportación a aquella situación.

—¿Qué ha traído esta vez que pueda robarle? —preguntó Slayke con una expresión seca y retadora en su rostro.

Alción no hizo caso de la pregunta.

—Éste es mi ayudante, el comandante Skywalker.

—Ya nos conocemos —Slayke hizo una mínima reverencia—. ¿Y esos dos amigos de ahí detrás? —preguntó, indicando a los dos guardias que Alción había traído con ellos.

—El cabo Raders y el soldado Vick, mis consejeros personales en asuntos militares —respondió Alción.

—El comandante que escucha la opinión de sus hombres es un buen comandante —asintió Slayke—. Me empieza a gustar su estilo.

Los dos guardias se cuadraron orgullosos ante los oficiales de Slayke.

—Veo que también lo ha traído a él —apuntó Slayke señalando a Grudo, que intentaba pasar desapercibido tras la multitud.

—Grudo va allí donde yo voy... Así han de ser las cosas —explicó Anakin.

—¡Vaya, vaya, resulta que el niño tiene mente propia! —se burló Slayke—. Me gustan los soldados que tienen mente propia. Son mucho más difíciles de robar que..., digamos la nave espacial de alguien.

Estalló en carcajadas, pero Alción volvió a negarse a seguirle el juego.

—¿Podemos hablar en privado?

—No. Lo que tenga que decirme a mí, pueden oírlo mis oficiales. No oculto a mi tropa ninguna información vital —Slayke hizo señas a un sargento para que limpiara una mesa de campaña—. Perdonen el desorden, pero..., esto, hemos tenido que trasladarnos hasta aquí muy recientemente y el equipo de limpieza aún no ha tenido tiempo de poner un poco de orden —sonrió—. Los restos de la batalla —añadió con un gesto amplio, abarcando toda la sala—, los cuales nos incluyen a mis tropas y a mí, me temo. Pero su ejército y usted tienen energía, vigor, sangre, ansia por combatir. Siéntense, por favor, y les contaré un par de cosas sobre la batalla que hemos sostenido aquí.

Alción y Anakin se unieron a Slayke en la mesa.

—Lamento no tener refrescos para mis honorables invitados —empezó—, pero nos hemos quedado sin cerveza y pastelitos. Bien... —se frotó sus grandes manos—. He pensado en llevar a cabo varias maniobras en las que confío. Con la llegada de sus tropas, podré aplicarlas para atacar con éxito las posiciones enemigas de la meseta. Por favor, observen el esquema del terreno en la pantalla. Lo que propongo que hagamos es...

—Perdone, capitán —interrumpió Alción—. Estoy ansioso por escuchar su plan de batalla, pero primero hay algo que tenemos que aclarar.

Slayke fingió sorpresa.

—Adelante, por favor, Nejaa... No le importa que lo llame Nejaa, ¿verdad? —preguntó con tono sarcástico.

El puesto de mando, atestado como estaba, había quedado en completo silencio, a excepción de las voces llenas de estática de las unidades de Slayke enviando sus informes, el mudo telón de fondo común a todos los centros de mando militares.

—Puede llamarme como quiera, mientras incluya la palabra "señor". He sido enviado aquí por el Senado para hacerme cargo de esta operación y pienso hacerlo. Usted colocará las fuerzas sobrevivientes bajo mi mando. Por mucho que valore su opinión y me interese escuchar sus opiniones, y le aseguro que es así, yo tomaré las decisiones de cualquier plan para la utilización de ese ejército. ¿Ha quedado claro?

Anakin comprendió instantáneamente que Alción se había equivocado con Slayke, pero no hizo ningún comentario. Se jugaban algo más que una simple ejecución de órdenes.

Slayke se echó hacia atrás en su silla e hinchó las mejillas.

—Vaya, ha sido todo un discurso... Sobre todo para alguien que no es capaz de impedir que le roben sus bolsillos —y sonrió diabólicamente.

Alción siguió negándose a entrar al trapo.

—Capitán, tengo la autorización del Senado...

—Dígales que pueden besarme mi hermoso culo —respondió Slayke.

—...y tengo una flota en órbita y un ejército de tropas de refresco...

—Malditos clones sin cara —escupió Slayke—. ¡Mire a su alrededor! ¡Esto es un ejército, éstos son soldados veteranos endurecidos por mil batallas, que han resistido lo peor que el enemigo ha lanzado contra ellos y que todavía tienen ganas de combatir! ¿Cree que sus clones pueden igualar su espíritu...? Ja! —colocó las manos detrás de la cabeza. Un susurro de asentimiento circuló por todos los oficiales del Estado Mayor de Slayke—. ¡Y además, añadiré que se ha tomado su maldito tiempo para llegar hasta aquí!

—Capitán... —Anakin se inclinó hacia delante para poder hablar con cierto grado de confidencialidad—. Usted nunca habría sobrevivido al último ataque. Diría que nos debe una, no al revés.

—Jo. Jo, jo! ¡El niño de teta ha hablado! —se mofó Slayke. Varios de sus hombres soltaron unas risitas burlonas—. General Alción, ¿quiere que le devuelva su Plooriod Bodkin? Se la cambio por su nave insignia. Ahora que he hecho sangrar la nariz a nuestro enemigo, creo que necesito una nave que corresponda a un hombre de mi muy considerable habilidad, ¿no cree? —estalló en carcajadas y golpeó la masiva mesa con su enorme puño.

—Mi nave insignia fue dañada y la mayor parte de mi tripulación murió cuando rompimos el bloqueo y restauramos las comunicaciones, capitán —respondió Alción, con una voz seca y sin inflexiones.

—¿Ah, sí? ¡Pues mientras usted se tomaba su tiempo en llegar hasta Praesitiyn, nosotros estábamos combatiendo y perdiendo a miles de buenos soldados! ¿Cree que nos importa lo más mínimo la tripulación de su nave insignia? —el rostro de Slayke estaba rojo de ira—. Nosotros tampoco teníamos la Fuerza para que nos ayudase. Supongo que usted la invocó para que le sacara de apuros.

—Sí. Y a esto también.

Con un rápido movimiento, tan veloz que nadie lo advirtió —ni siquiera Anakin—, Alción desenfundó su sable láser y lo activó. Todos los presentes retrocedieron ante la visión de la brillante hoja de pura energía.

Los ojos de Slayke se entrecerraron, y su cuerpo se tensó, pero no hizo movimiento alguno ni mostró ninguna sorpresa.

—¿Algún truco más? —preguntó con un tono de voz normal.

—Me gustan estas cosas —dijo Alción tranquilamente, desactivando el sable láser y devolviéndolo a su cinturón—. Son muy útiles cuando el enemigo te supera por cien a uno. ¿Decía algo, capitán? —y sonrió retadoramente.

—¡Empiezo a admirar su estilo, lo admito! —rió Slayke.

Anakin perdió la paciencia ante aquel duelo de esgrima verbal.

—No tenemos mucho tiempo para organizarnos, sigamos con nuestra sesión de estrategia —interrumpió—. Lo ocurrido en Bpfassh es el pasado, y esto es el presente. Superen aquello y concentrémonos en lo que nos espera —hizo una pausa, dejando ver la oscura furia en sus ojos.

Ambos, Alción y Slayke, lo contemplaron unos segundos, en silencio.

—¡Bien dicho, sí, señor! —terminó exclamando el ex pirata, y le dedicó un saludo casual.

—Tiene razón, Slayke —aceptó Alción, aclarándose la garganta—. Tenemos que cooperar para... —lo interrumpió su comunicador personal—. Debe de ser importante. Perdónenme, por favor.

Era el oficial de comunicaciones de la flota:

—Señor, acabo de recibir una..., bueno, una transmisión muy interesante desde el Centro Senatorial de Comunicaciones en Coruscant. Creo que debería verla.

La sala volvió a quedar en silencio. Slayke alzó una ceja.

—¿Puede decirme de qué trata? —preguntó Alción—. Estoy en medio de una conferencia en el puesto de mando del capitán Slayke.

—General, creo que debería verla y... —el oficial de comunicaciones hizo una pausa—. Bueno, entonces lo comprenderá. ¿Tiene un receptor de HoloRed en su actual localización?

Alción miró a Slayke:

—Tenemos uno —repuso éste, señalando con un gesto a uno de los rincones de su puesto de mando.

—Sí, lo tenemos —confirmó Alción, antes de dirigirse a Slayke—¿Cuáles son sus códigos?

Slayke hizo un gesto con la mano, indicando a Alción que le pasara el comunicador. El Jedi se lo entregó tras un segundo de duda. Slayke habló tranquilamente unos segundos, le devolvió el comunicador y añadió:

—Será mejor que echemos un vistazo.

Se acercaron al transmisor de HoloRed justo cuando la imagen de Reija Momen parpadeaba en el monitor.

—Soy Reija Momen, directora del Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn. Mis hombres y yo hemos sido hechos prisioneros por un ejército separatista. El comandante de dicho ejército exige la inmediata retirada de vuestras tropas de Praesitiyn. Por cada hora de retraso en cumplir esta orden, un miembro de mi equipo será ejecutado, yo en último lugar. Os lo ruego, por el bien de mi gente... ¡atacad! ¡Atacad! ¡¡ATACAD!!

El último "¡atacad!" levantó ecos en la silenciosa sala. Slayke juró por lo bajo antes de ordenar:

—¡Páselo de nuevo!

—Una mujer con agallas —dijo Alción, admirado—. Nos está pidiendo que ataquemos aunque eso le cueste su vida y la de su gente. Es como pedir que bombardeen tus propias posiciones para evitar que caigan en manos del enemigo.

—Más o menos —corroboró Slayke—. Así que ésa es la mujer que hemos venido a rescatar.

Anakin no podía verbalizar ni una sola palabra. Había algo en la mujer que...

—¿Anakin? —preguntó Alción, mirando a su segundo al mando.

El joven Jedi siguió con los puños apretados, tensando los músculos de su cara. El monitor estaba en blanco, pero él seguía contemplándolo como si la imagen de Momen siguiera allí.

—¿Anakin? —insistió Alción.

Alguien tras él lanzó juramentos en los términos más blasfemos posible. Alguien más ladró una orden y los tacos cesaron.

—¿Anakin? —repitió Alción, colocando una mano sobre el hombro del joven Jedi, sacudiéndolo con fuerza.

—¿Qué? —Anakin parpadeó repetidamente, como si despertase de golpe de un sueño.

—Anakin, ha terminado.

—S... sí. E... es que... —Anakin agitó la cabeza y tomó aliento—. Esa mujer me recuerda a..., bueno, no lo sé...

—Escuchadme todos —intervino Slayke con un tono de voz tan serio que hasta sorprendió a sus propios oficiales—. Si nuestros camaradas, los que han muerto combatiendo a los separatistas, pudieran ver lo que ha hecho esa mujer, sabrían... —su voz se quebró— ...sabrían que su sacrificio no fue en vano —hizo una pausa y tomó aliento—. ¡Si alguna vez hemos necesitado una razón para seguir luchando, ahora la tenemos!

Caminó hasta Alción y le tendió la mano. Después se la ofreció a Anakin, y éste la estrechó con calidez.

—Lo que queda de mi ejército y yo mismo estamos completamente a vuestra disposición. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Capítulo 20

Uno de los muchos inconvenientes de pertenecer a un ejército en tiempo de guerra, además de la posibilidad de morir, es la falta de sueño. En esos tiempos, el comandante que espera para tomar una decisión no suele vivir para rectificar al día siguiente. Todos los movimientos y las operaciones militares parecen ocurrir durante la noche, noche cerrada, y todo el que consigue dormir en vísperas de un ataque, o es un veterano o está tan cansado que ya no le importa. Por supuesto, el constante bombeo de adrenalina en el sistema del soldado lo mantiene activo, pero, tarde o temprano, el agotamiento acaba haciendo presa en él.

La sesión de estrategia que empezó en el puesto fortificado de Judlie duró horas. Una vez terminada, se trasladaron al puesto de mando de Alción, más grande y mejor equipado. Hasta tenía refrescos que los menguados recursos de Slayke no podían ofrecer.

Trazar un plan de ataque no es tarea fácil. Debe ser detallado y conciso, al tiempo que lo bastante flexible como para adaptarse a los cambios instantáneos que provoca una situación fluida en el campo de batalla. Al oficial de operaciones de Alción le fue encomendada la tarea de trazar el plan, pero con la supervisión de Anakin. Todos los especialistas del ejército de Alción fueron informados de una parte del plan, un "anexo" que debían realizar: el jefe de personal, el de operaciones, el cirujano jefe, el jefe de Inteligencia, el de suministros, el de artillería, el de infantería, el de las divisiones blindadas y los comandantes del aire; y, por último, pero no menos importante, el de intendencia y transportes, el anciano Mess Boulanger. Cada parte del plan debía estar integrado en el todo. No obstante, tenían poco tiempo y nadie estaba de acuerdo en cuál sería el mejor curso de acción.

Tras varias horas, por fin eligieron dos enfoques básicos.

—Un ataque frontal está fuera de cuestión —rugió Slayke—. Ya deberíais saber que si se envía una fuerza de choque contra una posición fortificada, tendrá una proporción de bajas de al menos tres a una. ¡Es justo lo que él espera para poder hacernos pedazos!

—Lo sé, lo sé —replicó Alción—. Sólo digo que finjamos un ataque contra el centro de sus posiciones, mientras enviamos el grueso de nuestras tropas contra sus flancos. Presionar el centro de sus líneas y hacerle creer que es nuestro ataque principal, y golpearlo por las alas, superarlo y entonces atacar por la retaguardia.

—¿Qué tal un ataque por aire? Disponemos de los transportes —sugirió Anakin—. Podríamos desembarcar tropas en su retaguardia y atacar desde allí, mientras nuestra fuerza principal avanza hacia el centro de la línea.

Slayke alzó una ceja pensativo.

—¿Qué opinas? —preguntó a Alción.

—No sé —replicó con cautela el Maestro Jedi—. ¿Cuál es su capacidad antiaérea?

—Hemos hecho una estimación —respondió el oficial de Inteligencia—. Anticipándonos a su pregunta, señor, hace una hora enviamos aviones a control remoto sobre sus líneas... pero no ha vuelto ninguno. Transmitieron suficiente información como para poder determinar que sus defensas antiaéreas son especialmente numerosas. Hemos descubierto cañones láser y cañones de iones. Debieron desembarcarlos de sus naves e instalarlos como defensa antiaérea. Estimamos unas bajas durante la entrada de al menos un treinta y cinco por ciento, señor... Y más altas todavía en la salida.

—Prohibitivo —dijo Slayke secamente—. Lo siento, Anakin, un ataque por aire es suicida. Creo que la única táctica viable es atacar uno de sus flancos.

Ésa había sido la apuesta de Alción desde el principio.

—No olvidéis que puede reforzar cualquier parte de su línea defensiva en muy poco tiempo —señaló Anakin—, mientras que nuestras tropas y nuestros suministros tienen que recorrer un camino mucho más largo, sobre todo si logramos franquear una de sus alas.

—El joven Jedi se está convirtiendo en todo un estratega —asintió Slayke con aprobación.

—Anakin es un hombre de talentos sorprendentes —sonrió Alción.

—Anakin es un hombre que puede hacer carrera —añadió Slayke—Entonces, seguiremos el primer plan: presionaremos el centro de sus líneas y simultáneamente enviaremos una potente fuerza de asalto contra sus flancos —dijo Alción—. Pero, primero, tenemos que conocer la resistencia de sus posiciones.

—Tengo al hombre perfecto para eso —dijo Slayke—. ¡Omin, venga aquí! El sargento L'Loxx es uno de los mejores hombres de reconocimiento que tenemos. Sondeará sus líneas y encontrará cualquier debilidad que puedan tener.

El sargento se acercó a los oficiales y atrajo su atención. Alción se levantó y le estrechó la mano:

—Es casi medianoche, sargento L'Loxx, ¿puede completar un reconocimiento completo de las líneas enemigas antes del amanecer?

—No puedo recorrer todo el frente en una noche, señor —respondió el sargento—. Pero haré lo que pueda. Estaré preparado dentro de quince minutos.

—Entonces, enviemos a tres equipos: centro, izquierda y derecha. Pero creo que deberíamos enviar comandos clon —dijo Anakin.

—Perdone, señor. Me considero el mejor, sólo que no puedo explorar todo el frente yo solo. Déme el sector que quiera y le traeré la información que necesita.

—Muy bien, sargento, encárguese del flanco derecho —Alción se giró hacia Anakin—. Tú selecciona comandos clon para el centro y el flanco izquierdo —después volvió con L'Loxx—. El punto de partida será el antiguo puesto fortificado de Izable, y volverá de allí a través de nuestras líneas. ¿Cuántos hombres necesitará?

—Sólo yo, señor.

—¿Sólo usted? —Alción miró a Slayke, que se alzó de hombros—. ¿Y si le ocurre algo, sargento? ¿Cómo recibiríamos su informe?

—No me ocurrirá nada.

—Me gustaría ir con él —dijo Grudo, dando un paso adelante y colocándose junto a Anakin.

—¡Ridículo! —gruñó Slayke.

—Un rodiano es lo bastante bueno como para salir de patrulla, señor —dijo el sargento L'Loxx—. Son expertos en colarse en lugares donde nadie más puede... y volver sanos y salvos.

—Entonces, que vaya Grudo —asintió Anakin.

—Nosotros también queremos ir —dijo alguien. Era uno de los guardias de la Neelian, el cabo Ram Raders.

—¿Qué es esto? —interrumpió Alción rápidamente—. Quiero enviar a un hombre de reconocimiento y la mitad de mi ejército se presenta voluntaria para acompañarle. Ya puestos, también podríamos preparar un asalto ahora mismo, sin tener la más mínima idea de lo que nos espera. No. Y es mi última palabra.

—Por favor, señor —replicó Raders—. Somos buenos en ese tipo de cosas. Además, aquí no somos útiles. Podemos ser de mucha ayuda para el sargento.

—Que vengan conmigo —dijo el sargento L'Loxx—. Si su trabajo no me parece satisfactorio, los dejaré en Izable. Pero puede que cuatro sean demasiados.

—Está bien —dijo Alción—. Anakin, coordínalo todo con los comandos clon. Presentaos todos aquí dentro de quince minutos.

Anakin se dirigió al oficial de operaciones.

—¿Quiere empezar a escribir la orden? —se excusó y salió fuera con el rodiano. Se sentaron sobre algunas cajas de raciones en la oscuridad—. No quiero que vayas, Grudo... pero si tanto te importa, no te lo impediré.

—No me pasará nada —replicó Grudo.

Anakin no habló por un rato, sin estar muy seguro de lo que quería decir.

—¿Estás casado? —preguntó al fin.

—Muchas veces —respondió Grudo con una carcajada.

Anakin pudo sentir cómo se encogía de hombros en la oscuridad.

—He sido bueno con ellas, y ellas conmigo. Pero un soldado, como un Jedi, debe de anteponer el deber, aprender a vivir sin las cosas que los hombres normales anhelan. ¿Por qué lo preguntas?

—Pura curiosidad.

—No te preocupes, no me pasará nada —Grudo puso una mano en el hombro de Anakin, y los dos permanecieron silenciosos. Por fin, Grudo cambió de tema—. Esa mujer que hemos visto antes, ¿la conoces? Te estaba mirando y creo que la conoces.

—N... no... —replicó Anakin—. Es que me ha recordado a mi madre. La mataron.

—Debió de ser difícil —comentó Grudo con suavidad—. Pero te he estado observando, ¿sabes?, y puedo asegurarte que ella se siente muy orgullosa de ti. Nunca he conocido a nadie tan inteligente como tú en tantos aspectos distintos. Eres rápido en todo: para aprender, para decidir, para actuar. Serás un gran comandante y me siento orgulloso de haber podido ayudarte. Ahora tengo que irme. El sargento espera, y el amanecer llegará muy pronto.

—Buena suerte, amigo.

—Sí, suerte. Todo soldado necesita suerte, pero recuerda que lo que importa en combate es la habilidad. Pero ya que me desees suerte, lo acepto. Muchas gracias.

Grudo tomó la mano de Anakin entre las suyas, la estrechó brevemente y dio media vuelta, desapareciendo en la noche. Anakin se sorprendió de lo silenciosamente que caminaba el rodiano en la oscuridad. Se quedó allí, quieto un momento, y después volvió al puesto de mando.

—No serán tan idiotas como para atacar frontalmente nuestras posiciones —dijo Pors Tonith a sus comandantes—. Atacarán el centro con sus tropas, sí, pero será una simple distracción. El ataque principal llegará por los flancos. Por eso quiero fuerzas de reserva aquí —indicó un lugar cerca del Centro de Comunicaciones—, dispuestas a reforzar cualquier parte del frente en un momento dado. Esperad sondeos de prueba durante toda la noche y un ataque por la mañana. Os quiero ahí fuera comprobando las posiciones, controlando el armamento y revisando las tropas. Los androides no necesitan dormir y vosotros sí, lo sé, pero esta noche nadie dormirá en nuestro ejército.

—Las colinas de nuestra izquierda, señor. Tenemos tropas apostadas en ellas, pero son muy escasas. Sugiero que las reforcemos de inmediato.

—Esperemos que ataquen —dijo Tonith—. Con una reserva móvil como la que he sugerido, siempre podremos enviar tropas de refresco allí donde se necesiten. Bien, ya tenéis vuestras órdenes. Mantendremos la posición hasta que lleguen los refuerzos que, confío, no tardarán.

Cuando sus comandantes abandonaron el puesto de mando, Tonith sonrió a B'wuf, que todavía permanecía sentado dormitando.

—Despertadlo —ordenó a los androides de guardia—. He dicho que hoy nadie puede dormir en este ejército y nadie lo hará. Excepto yo, por supuesto. El cerebro necesita descansar. —Se volvió hacia uno de los técnicos—. Despertadme si hay novedades.

Y se retiró a sus aposentos.

La reunión informativa fue corta. Los equipos de reconocimiento serían tres. El primero cubriría el flanco izquierdo; el segundo, el centro; y el tercero, el del sargento LLoxx, el flanco derecho. Cada hombre de los tres equipos recibiría un enlace de comunicaciones.

—No lo utilicen a menos que sea indispensable —advirtió el oficial de Inteligencia—. Seguro que el enemigo estará a la escucha.

—Todo el mundo partirá de Izable. Pónganse en marcha en cuanto la artillería empiece a disparar. Cuando estén preparados para regresar, pulsen el botón de sus comunicadores: una pulsación larga y una corta para el primer equipo, dos largas y dos cortas para el segundo, y tres largas y tres cortas para el tercero. Cuando todos hayan avisado, lanzaremos un ataque de artillería para cubrirlos. Ésa será la señal para que vuelvan.

—Odio esas cosas —susurró L'Loxx, mirando su equipo de comunicaciones—. Siempre se estropean en el peor momento posible.

—Cuando todos estén reunidos de nuevo en Izable, usted, sargento L'Loxx, me enviará una señal larga con ese equipo de comunicaciones que tanto desprecia, y yo abriré fuego con la artillería —dijo el oficial de Inteligencia—. Y no se preocupe de ninguna llamada mientras estén fuera. El canal es seguro, está reservado para reconocimiento. ¿Alguna pregunta?

No la hubo.

Izable estaba en ruinas.

El hedor de la muerte lo impregnaba todo. Un ligero mechón de humo se filtraba a través de la grieta de un bunker demolido, signo de un fuego que todavía ardía; a través de los infrarrojos aparecía en forma de fulgor muy brillante, indicando que el fuego todavía debía de ser intenso. Los hombres del pelotón de reconocimiento se preguntaron qué podía arder allí, y Grudo se estremeció ante la idea. Los cuatro miembros de su equipo se acurrucaron juntos a poca distancia de los otros dos equipos, esperando que empezase la descarga de artillería.

El plan era que, tan pronto empezase el ataque, avanzarían por el cauce seco del río que seguía el contorno de la colina por la derecha, y después escalarían hasta la cima. Había varios taludes por los que ascender, pero L'Loxx decidió seguir más lejos, hacia la derecha, y aparecer tras la colina, casi detrás de las líneas enemigas.

—Nos estarán esperando, podéis estar seguros —dijo a los otros tres—, y su atención estará centrada en el frente.

Los cuatro llevaban un traje especial, diseñado por el propio L'Loxx para escudarse de los sistemas de visión infrarroja del enemigo. No les proporcionaría una protección total contra los escáneres, pero con todo el ruido, la confusión y el calor provocados por las descargas de artillería, tendrían suficiente cobertura para llegar hasta el lugar donde L'Loxx contaba con que la falta de vigilancia enemiga impediría que los descubrieran.

La noche era oscura, sólo las estrellas iluminaban débilmente el paisaje.

—¡Uuuuf! —Erk intentó sentarse de repente, y su cabeza chocó contra la roca que tenía encima—. ¡Odie, creo que ya lo tengo! ¡Pásame tu cinturón de equipamiento!

Ella se lo alcanzó.

—Un poco de luz, por favor..., ¡aja! —exclamó de alegría tras rebuscar en uno de los bolsillos—. Justo lo que pensaba! ¡Odie, esto es nuestro camino de salida! —

empuñaba una vibrodaga—. ¡Los mecánicos utilizan una versión particular de esto para cortar los metales más duros cuando trabajan en los cazas estelares! Creo que podemos usarla para...

—...cortar la roca —terminó Odie.

—¡Dalo por hecho!

—¿Estás seguro? Ésta no es una vibrodaga industrial, Erk, apenas es una vibronudillera. Lo utilizamos como arma de reserva por si nos metemos en una pelea cuerpo a cuerpo. Bueno, y también para abrir las latas de las raciones —corrigió con una sonrisa.

Erk metió los dedos en los anillos de activación.

—No mires muy fijamente —advirtió. Activó los anillos y aplicó la hoja a una sección de la roca que los aprisionaba. Tras unos segundos, fragmentos de roca fundida empezaron a gotear al suelo, y el piloto apagó rápidamente la daga. La roca brillaba débilmente allí donde había aplicado la vibrodaga: en aquellos breves segundos había conseguido abrir un tajo de unos veinticinco milímetros de largo y unos diez milímetros de profundidad.

—¡Ya puedes ir saludando al mundo exterior! —dijo el piloto, exultante.

—¡Buuuf! Esa cosa despidе mucho humo... ¿Cómo podremos abrirnos camino hasta la superficie sin que el humo nos ahogue o acabemos achicharrados?

Erk pensó un momento.

—Nos lo tomaremos con tranquilidad. Cada poco dejaremos que el calor y el humo se disipen, lo que nos sobra es precisamente tiempo. El flujo de aire es bueno, así que el nivel de oxígeno se mantendrá lo bastante alto como para poder respirar. Ayúdame con esto —se quitó la túnica de piloto—. No me había quitado esto desde hacía días. Está tratada para ser resistente a los impactos y al fuego, para un piloto estelar es imprescindible. La usaré como protección mientras esté cortando. ¿Cuánta energía se supone que le queda a esta vibrodaga?

—Diez horas, quizá. No lo sé, Erk. ¿Podrás abrir un agujero lo bastante grande como para poder salir por él en menos de diez horas?

—Bueno, pronto lo sabremos, ¿no? Empezaré en ese vértice, donde las dos placas de roca se unen al muro. Así estaremos seguros de no debilitar la resistencia que mantiene las dos placas en su sitio.

—Haremos turnos, Erk.

—¡Ah, sabía que tenías que ser de alguna utilidad! —y la besó.

—No sé qué opinar de tanta confraternización entre un oficial y una soldado, teniente —dijo Odie.

Le pasó una mano por la nuca y lo atrajo para besarlo en los labios.

—Cuando salgamos de aquí te demostraré el verdadero significado de la palabra confraternización. Bien... ¡Atención, rocas, ahí vamos!

Capítulo 21

Rápida pero cuidadosamente, los cuatro se abrieron camino a lo largo del lecho seco del río, manteniéndose cerca de la orilla más alejada para ocultarse todo lo

posible de los puestos de observación enemigos de la colina, muy por encima de ellos. Ésta demostró ser una táctica inteligente y, en muy poco tiempo, llegaron a un punto donde el antiguo río cambiaba de curso y se alejaba de la colina.

La artillería republicana rugió, llenando el cielo de brillantes fogonazos; la respuesta de los separatistas no tardó en producirse, y las descargas llovieron sobre las posiciones de Alción. Todo el universo parecía estar consumiéndose en un feroz holocausto. Ninguno de los miembros del equipo de reconocimiento había visto jamás tal exhibición de fuego, y se sentían exultantes y anonadados a la vez. El sargento L'Loxx sonrió para sus adentros: la distracción estaba funcionando.

Reptaron uno a uno por los bancos de la ribera y se abrieron camino hacia la llanura que los separaba de las primeras pendientes de la colina. Por todas partes veían pruebas de la ocupación enemiga —equipo destruido, androides destrozados, agujeros de explosiones...—, y todo aquello les servía de cobertura mientras avanzaban por terreno abierto. Todas las piezas de equipo que transportaban habían sido cuidadosamente elegidas para que no hicieran ruido, y L'Loxx tenía una cuerda con la que se habían atado para no perderse en la oscuridad. El sargento también se molestó en pintar pequeños puntos luminosos en la espalda de todos ellos para que cada uno pudiera saber dónde se encontraba exactamente el compañero que lo precedía gracias a sus gafas de visión nocturna, y todos llevaban pistolas láser, pero nada más pesado. Tras una hora de avanzar a rastras por la llanura, L'Loxx calculó que se encontraban por detrás del ala derecha de las posiciones enemigas. Por allí accederían a la base de las colinas que dominaban el extremo del frente.

L'Loxx había estado allí en numerosas ocasiones, así que conocía bien el terreno. El extremo de las defensas enemigas estaba anclado en dos pequeñas elevaciones que ocupaban una posición dominante en la colina. Allí habían situado un nido de ametralladoras, pero sólo podían acercarse frontalmente a través de un bosque de peñascos, algunos más grandes que un bantha. El sargento esperaba que el enemigo considerase aquel puesto avanzado como protección suficiente para avisar de un ataque. Indicó un alto. Cuando los otros tres llegaron a su altura, les susurró:

—Tendremos que ascender por aquí. Cuando lleguemos a la cima, seguramente estaremos tras el extremo derecho del frente. Yo iré primero. No os separéis de mí.

La artillería fue enmudeciendo gradualmente. Una tranquilidad antinatural cayó sobre el campo de batalla, sumergiéndolo nuevamente en una impenetrable oscuridad.

El teniente Erk H'Arman hizo una pausa en su trabajo. Un soplo de aire fresco le llegó a través del pequeño agujero que había sido capaz de excavar en la roca. A través de él podía ver las estrellas.

—Vamos a conseguirlo, Odie —se sentó y se quitó la túnica con la que se protegía la mano y el brazo—. Alumbra un momento mi brazo, ¿quieres?

La soldado de reconocimiento Odie Subu ahogó un gemido.

—¡Está cubierto de ampollas! Espera, tengo un paquete de primeros auxilios en mi cinturón —rebuscó en unos cuantos bolsillos y terminó aplicando un vendaje en las heridas de Erk.

—Eres un ángel, Odie. ¿Crees que hay una razón para que nos destinaran a los dos para esta misión?

—Creo que hay una razón para todo, Erk.

—Resiste bastante bien —dijo Erk, examinando su túnica—. Lo que pasa es que esas gotas de roca fundida son demasiado calientes. ¿Te importaría darme un poco de agua? Tengo las manos muy doloridas.

Ella abrió su cantimplora y la sostuvo cerca de su boca. El piloto tragó ansiosamente. Cuando se sintió saciado, ella dijo:

—Deja que siga yo mientras tú descansas.

—Está bien. Pero espera un minuto, deja que el calor se disipe un poco. En cuanto sientas mucho calor, detente. Yo he cometido el error de querer seguir demasiado tiempo y mírame, estoy hecho un desastre. No dejes que te pase.

—Típico de chicos. Vosotros siempre lo queréis todo aquí y ahora. Deja que se encargue una mujer.

Descansaron durante varios minutos. Después, Odie se colocó la túnica y empezó a cortar roca. Trabajó sin descanso durante diez minutos.

—¿Has oído eso? —preguntó Erk.

El rugido de la artillería llegaba amortiguado hasta la pareja enterrada en las ruinas del bunker, pero lo bastante fuerte como para que pudieran deducir que había empezado un ataque masivo.

—¿Vienen a rescatarnos? —susurró Odie, empezando a llorar y dejándose caer junto a Erk. El piloto pasó el brazo bueno sobre los hombros de la chica.

El agujero ya era lo suficientemente amplio como para que pudieran pasar una mano por él. Escucharon en la oscuridad.

—O es un contraataque..., o el asalto final del enemigo —dijo por fin Erk—. Sea como sea, tenemos que salir de aquí.

—Siento ponerme a llorar así.

Erk la atrajo hacia sí y enterró la nariz en el pelo de la chica. Olía a sudor y roca pulverizada, pero para él fue la fragancia más deliciosa que jamás pudiera imaginar.

—Olvídalo, Odie. Es típico de chicas, ¿no? —Ambos rieron—. Ahora, deja de lloriquear y vuelve al trabajo. Necesitamos salir de aquí y tomar un baño.

Entraron en la aglomeración de peñascos. Las rocas se elevaban a su alrededor como altos edificios. Estaba todo tan silencioso que podían oír la respiración de los demás. El sargento L'Loxx indicó un alto. Desde muy adelante, un poco a la izquierda y por encima de ellos, les llegó un sonido metálico. Nadie necesitaba que le dijeran que eran androides de combate. ¿Cuántos? ¿Cómo eran sus fortificaciones? ¿Tenían armamento pesado? ¿Cuál era la mejor forma de atacarlos? El sargento echó un vistazo con sus visores nocturnos por un pequeño espacio entre las rocas. Penetró en el paso, seguido de Grudo.

Un androide apareció de repente a la izquierda de L'Loxx y, antes de que éste pudiera reaccionar, Grudo desenfundó un vibropuñal del cinturón de su equipo y le cortó la cabeza de un solo tajo. El rodiano sostuvo el cuerpo del androide mientras caía y lo depositó suavemente sobre el suelo, con la misma rapidez con que había empuñado su arma y atacado. Pero nadie cogió la cabeza, que cayó rebotando sobre un montón de escombros y emitiendo chispas por los circuitos.

Todos se quedaron helados en sus posiciones, con el corazón en un puño. Después, L'Loxx volvió a avanzar por el claro hasta el extremo opuesto. Una vez allí, se agachó e indicó a los demás que se acercasen y formasen un pequeño círculo a su alrededor.

—Buen trabajo, Grudo —reconoció, palmeando amistosamente al rodiano en el hombro—. Ahora, escuchad. A partir de aquí, seguiré solo —uno de los guardias empezó a protestar—. No, soy mejor en este trabajo que cualquiera de vosotros. Estableced una posición defensiva y esperadme. Ahora son las cero tres cero cero horas. Amanecerá a las cero seis cero cero. Dadme una hora. Si para entonces no he vuelto, marchaos.

—Ni hablar —cortó el soldado Vick—. Hemos venido juntos, y volveremos juntos... o no volveremos.

L'Loxx se inclinó hacia el guardia y susurró:

—Es una orden. Si me cogen a mí y os quedáis aquí, terminarán por cogeros a todos. Haced lo que os ordeno u os aseguro que jamás volveréis a ser parte de una patrulla.

El cabo Vick no pudo asegurarlo en la oscuridad, pero creyó que el sargento estaba sonriendo.

—Todos sabéis obedecer órdenes —añadió L'Loxx—, así que hacedlo. Desató la cuerda que los unía y desapareció en la oscuridad.

Los tres se sentaron y esperaron. El cabo Raders hizo pantalla con la mano junto a la oreja de Grudo.

—Hiciste un buen trabajo, rodiano. Ese androide nunca supo qué lo atacó.

Grudo le dio las gracias.

Pasaron varios minutos.

Grudo se sentía como en casa. Estaba con otros soldados, llevando a cabo una misión peligrosa: muerte o gloria al alcance de la mano. Vivía por y para eso. Escuchó mientras los dos guardias susurraban entre ellos.

—Que me traigan unos cuantos —dijo uno.

—¡Sí, que vengan si se atreven! —replicó el otro.

Grudo sonrió en la oscuridad. Charla de soldados, bravatas con las que ocultar el miedo. Alguien las había descrito como "bromas de medianoche", el tipo de desafíos que proporcionaba a los guerreros la fortaleza y la confianza necesarias para combatir. Le encantaba. Nadie se siente más vivo que quien se ve en el límite entre la vida y la muerte, la misma situación en la que se encontraban ahora. Pensó en Anakin y en lo mucho que lo apreciaba, a pesar del poco tiempo que habían colaborado juntos. El joven Jedi tenía algo que Grudo pudo vislumbrar la primera vez que se encontraron en el mugriento bar de Coruscant. En aquel momento no pudo definirlo, pero después descubrió que era la habilidad de conseguir que los demás lo siguieran.

L'Loxx escaló la pendiente pétreo de la colina más baja, protegido por la oscuridad que lo rodeaba. Avanzaba con sorprendente facilidad. Miró con precaución por encima de las rocas, hacia la retaguardia de las defensas enemigas. A su izquierda, a tan sólo diez metros, un grupo de androides de combate se parapetaban tras un muro de rocas toscamente construido. En su visor nocturno aparecían como pequeñas manchas relucientes, la firma infrarroja de sus células energéticas y de sus

circuitos. Mientras los contemplaba se produjo en uno de ellos un pequeño pero intenso estallido de luz, y entonces desapareció de su campo de visión para ser reemplazado por un fulgor que se desvanecía lentamente. L'Loxx sonrió. Aquella cosa acababa de tener un cortocircuito.

¡Estupendo! El mantenimiento no era el adecuado. Era bueno saberlo. Lentamente, escaneó todo el frente. Deseó tener una conexión con el cuartel general para enviar lo que estaba viendo, pero habían votado contra esa opción: existían demasiadas posibilidades de que interceptaran la transmisión. Mientras examinaba las posiciones enemigas, su corazón empezó a acelerarse. ¡Aquél era el punto débil, exactamente aquél! Podían romper el frente por ese punto. Sus superiores tenían que recibir aquella información.

Retrocedió por la pendiente de piedra, esperando ser blanco de los láseres en cualquier momento, pero nada sucedió. Minutos después había vuelto a los peñascos y se agachaba junto a sus tres camaradas.

—Ya podemos volver. Tenemos mucho de qué informar —susurró.

Sacó su comunicador y transmitió la señal de que estaban preparados para el viaje de regreso—. Mientras esperamos que todo se aclare, os informaré de lo que he descubierto. No os lo creeréis, pero...

Dos androides de combate llegaron hasta el pequeño claro entre las rocas, precedidos de un repiqueteo metálico. Vick desenfundó la pistola láser, se arrodilló y los destruyó de dos rápidos disparos.

—¡Corred! ¡Corred! —gritó L'Loxx.

—Me quedaré para entretenerlos —dijo Vick.

Los otros tres corrieron entre los peñascos. Una ráfaga de rayos láser iluminó la noche a sus espaldas, mientras Vick llegaba hasta ellos.

—¡Son demasiados! —gritó a Grudo.

Grudo desenfundó tranquilamente su arma y empuñó la vibrodaga con la otra mano. Los androides cargaron contra él. Partió por la mitad a uno de ellos con un disparo y lanzó un tajo hacia los cables del cuello de otro. Diez segundos después había derribado a seis de ellos, formando un pequeño obstáculo que el resto tenía que escalar para llegar hasta él. Esperó pacientemente a los androides sin dejar de disparar. Las descargas láser rebotaron en las rocas, haciendo saltar esquivas; dos de esos disparos lo alcanzaron, y el rodiano se tambaleó, pero no cayó y siguió haciendo frente al enemigo. Treinta segundos más y ya no hubo androides contra los que disparar. Grudo jadeó un instante y guardó su pistola. El silencio era letal. ¡No! Más androides bajaban por la colina, era el momento de marcharse. Dio media vuelta y corrió en dirección a sus camaradas.

En ese momento, la artillería volvió a abrir fuego y la noche se convirtió en un caos.

Odie sacó la cabeza por el agujero que había abierto en la roca.

—¡Unos cuantos minutos más y podremos salir! —se sentó junto a Erk—. ¿Cómo va tu brazo?

—Bien, Una persona normal estaría gritando y quejándose, pero yo... Rayos, soy piloto de caza y nos entrenamos en el dolor —hizo una mueca sonriente antes de ponerse serio—. Lo siento, Odie, pero cuando llegue el momento necesitaré tu ayuda para pasar por el agujero. Mi pierna está un poco entumecida, ¿sabes?

—Dame diez minutos y saldremos de aquí.

Cuando los bordes del agujero se enfriaron lo suficiente, Odie se metió por él, y Erk la empujó por debajo hasta que la chica salió al exterior. La artillería volvió a disparar en ese instante, y ella se dejó caer nuevamente dentro del bunker.

—¿Crees que debemos salir en medio de todo eso?

—¿A quién le importa? Cualquier cosa es mejor que seguir un segundo más en esta tumba.

—Utiliza tu brazo bueno para apoyarte y yo te empujaré desde abajo. Pero ten cuidado, no será nada fácil.

Las descargas de artillería eran tan intensas que hasta iluminaban el interior del bunker. El pálido rostro de Erk aparecía y desaparecía en la parpadeante luz.

—Espero que los tanques no nos aplasten —dijo débilmente.

Consiguió llegar a medio camino del agujero, pero se quedó atascado. Gruñó de dolor. Odie le sujetó los pies desde abajo y empujó con todas sus fuerzas, hasta que consiguió desatascarlo. La chica cogió el rifle láser y lo siguió. Se dejaron caer entre los escombros, boqueando en busca de oxígeno.

—Lo conseguimos —dijo Erk mientras la artillería rugía ensordeciéndolos, pero ningún obús cayó donde ellos se encontraban— Es todo un duelo. La exhibición más bonita que he visto nunca.

Varias figuras emergieron de la oscuridad. Odie empuñó su pistola y realizó un disparo.

—¡No disparéis! —gritó una de las figuras—. ¡Somos amigos!

Alguien corrió hasta Odie y le arrancó la pistola de las manos.

—¡Maldito seas! —gritó—. ¡Has disparado a uno de mis soldados, estúpido! ¿Es que no te han avisado que volvíamos a nuestras líneas? La miró fijamente bajo la luz estroboscópica de las explosiones, y después contempló a Erk, que yacía de espaldas a su lado. Ambos tenían peor aspecto de lo que realmente se sentían.

—¡Eh!, ¿quiénes sois vosotros?

—Grudo está bastante mal —dijo el cabo Raders—. Le ha dado en un lado de la cabeza. ¡Malditos seáis! ¿Qué...? —se detuvo abruptamente al mirar a la pareja.

—Y... yo... no... nosotros estábamos atrapados en este bunker, señor. Pen... pensé que eran enemigos. Mi compañero está bastante malherido también. L... lo siento por ese soldado, yo...

L'Loxx dio media vuelta y se arrodilló junto a Grudo, tanteando su cabeza con los dedos. El único ojo bueno del rodiano parpadeó bajo la luz de los cañones. Intentó decir algo, pero sólo logró exhalar un gemido. —Esperemos a los comandos clon —sugirió Raders—. Ellos nos ayudarán a transportarlo hasta el hospital de campaña. Aquí no podemos hacer nada por él.

—Si no volvemos ahora mismo, no sobrevivirá. Y después de lo que ha hecho esta noche, no pienso esperar. Vosotros dos —dijo L'Loxx, señalando a Odie y a Erk—, echadnos una mano.

—Mi compañero tiene quemaduras graves, señor, no puede ayudar a transportar a nadie.

—Está bien, entonces ayúdalo tú. Ya nos encargaremos nosotros de Grudo. Y deja de llamarme señor, tengo un nombre... ¡Oye, yo os conozco! Sois del ejército del

general Khamar, volvimos juntos a nuestras filas. No recuerdo cómo os llamáis, pero sois los que encontré en el desierto...

—Sargento L'Loxx —susurró Odie.

—¿Cómo está? —preguntó Erk desde el suelo.

—Ahora me acuerdo —dijo L'Loxx—. Después de volver al cuartel general os enviaron a Izable. ¡Vaya, que me aspen!

—¿Nos ponemos en marcha, sargento? Podemos hablar mientras regresamos a nuestras líneas —sugirió Raders.

En unos segundos improvisaron una camilla con una red que Odie encontró en su cinturón y dos varillas de duracero que extrajeron de las ruinas del bunker. Llevar a Grudo fue más fácil de lo que ellos mismos esperaban.

El sargento L'Loxx llamó la atención de Alción y saludó.

—Informe, sargento.

—No esperamos a los demás equipos de reconocimiento porque tenía dos heridos y debía llevarlos urgentemente al hospital de campaña. Su flanco derecho es vulnerable, señor —se acercó al mapa tridimensional—. Primero, esta colina del extremo más alejado del frente apenas tiene defensas. Creo que cuentan con que las rocas que siembran el pie de la colina impidan cualquier asalto. Segundo, allí no he visto armas pesadas ni artillería. Y, finalmente, tengo razones para creer que la falta de mantenimiento podría estar reduciendo el número de tropas androides. Si los presionamos, puede que su capacidad de combate termine colapsándose.

—¿Quiénes son los heridos? —preguntó Anakin.

—Me temo que uno de ellos es el rodiano, señor.

—¿Grave?

—Mucho, señor. Pero déjeme añadir que, de no ser por él, no habríamos podido volver con esta información. Se enfrentó él solo al enemigo y nos dio a los demás una oportunidad para alejarnos de las tropas androides. También quisiera añadir —dijo, volviéndose hacia Alción— que sus dos guardias son buenos soldados. Resistieron hasta el final.

—Entonces, ¿quién es el otro herido? —preguntó Slayke.

L'Loxx le explicó brevemente cómo había encontrado a Odie y Erk.

—Los recuerdo. Fueron a Izable con el teniente —apuntó Slayke.

—Ella fue la que disparó a Grudo —dijo L'Loxx a Anakin—. En la oscuridad y en medio de tanta confusión, creyó que éramos enemigos. Fue una de esas situaciones que nadie puede prever. Suele suceder, señor. Fuego amigo.

—Está bien —Alción había tomado su decisión—. Ahora son las cero cuatro cero cero. Comandante Skywalker, quiero que a las cero seis cero cero esté en posición para atacar el flanco derecho. Llévase al sargento L'Loxx para que lo guíe. Llévase dos brigadas de su división y deje la tercera en reserva bajo el mando del capitán Slayke.

—¿No deberíamos esperar a que informen los comandos, señor? —preguntó el oficial de operaciones de Alción.

—Sería interesante saber qué han descubierto, pero no podemos seguir esperando —señaló el mapa—. Éste será el punto neurálgico de nuestro ataque, y atacaremos por ahí. Yo me pondré al mando de mi división y atacaré el centro de su línea defensiva. Esperaré hasta que el comandante Skywalker se sitúe en posición, antes de dar la orden de ataque. Usted espere diez minutos antes de atacar, creo que ese lapso bastará para que el enemigo dé orden de trasladar tropas desde ambos flancos al centro de sus posiciones para reforzarlo. Esta noche lanzaremos dos andanadas de artillería: una para ablandarlos, o eso espero, y otra cuando estemos atacando, mientras mis hombres se colocan en posición. Así creerán que ése es nuestro frente principal. Creo que es todo —se giró hacia su oficial de operaciones—. Informe de las órdenes a todos los comandantes.

—¿Puedo verlo? —preguntó Anakin al oficial médico a cargo del hospital militar.

—Acompáñeme.

El doctor hundió los hombros, y los profundos surcos de su rostro le dijeron con más elocuencia que las manchas de sangre de su uniforme lo que habían sufrido los Hijos e Hijas de la Libertad desde que aterrizaron.

Grudo yacía sobre una litera de campaña, tras unas cortinas. Anakin contuvo el aliento al ver la espantosa herida del rodiano. Fuego amigo, pensó Anakin. Así había definido el sargento aquel accidente. Se preguntó quién habría inventado un nombre tan ridículo. Algún oficial de Estado Mayor sin duda, alguien que estaba bien seguro y a salvo en un despacho, alguien que bromeaba sobre las cicatrices de combate, pero que nunca había sido herido. No había nada "amistoso" en el fuego que causaba heridas como aquéllas, procediera de quien procediera. Anakin luchó para contener un estallido de rabia, no hacia el pobre soldado de reconocimiento que había disparado contra Grudo, sino contra el tipo de mente militar que podía llamar "fuego amigo" a una cosa así.

—¿Puede hablar? —preguntó al agotado doctor.

—Ha balbuceado algo, pero no sé si hablaba en su idioma o si sólo eran gemidos. Con una herida como ésa, hasta me sorprende que pueda aguantar semiinconsciente. No estoy familiarizado con el cerebro rodiano, pero, fíjese, se puede ver a través del cráneo y...

Anakin cortó la descripción del médico.

—¿No puede hacer nada, doctor?

—No, las heridas son demasiado profundas.

—¿Nos oye?

—No creo, pero no importa que nos oiga o no. Con una herida así, no aguantará mucho más. Ni siquiera podemos inyectarle un sedante... A menos, por supuesto, que quiera poner fin a su dolor.

Anakin se giró hacia él.

—Si vuelvo a oírle hablar de esa forma de uno de mis soldados, le juro que... —sacudió la cabeza—. Por favor, tenga la amabilidad de dejarme a solas con mi amigo.

El médico palideció, pero apartó las cortinas y se alejó.

—¿Puedes oírme? —preguntó Anakin, inclinándose sobre su amigo—. Grudo, ¿puedes oírme?

Grudo abrió su único ojo bueno. Algo rugió en su pecho y tosió.

—A... Anakin...

—Reserva fuerzas... Te pondrás bien —mintió Anakin.

—No —susurró Grudo—. Es hora... de morir...

—¡No, Grudo, no! Van a enviarte a la Tregua, una buena nave hospital donde tienen todo lo necesario para ayudarte...

Grudo se incorporó con mucho esfuerzo sobre un codo, y su mano libre aferró un hombro del joven Jedi. Acercó su destrozado rostro al de Anakin.

—No llores por mí —dijo antes de que le fallaran las fuerzas y se derrumbara en la litera.

Anakin no necesitó tocar a Grudo para saber que la vida le había abandonado. Se quedó sentado a su lado varios minutos, después se puso en pie y volvió al puesto de mando.

Atacarían por la mañana y él dirigía las tropas. Grudo sería vengado.

Capítulo 22

El éxito de una operación militar depende muy a menudo de un acontecimiento casual, de que un bando llegue a un lugar —un cruce de caminos, un río, un puente, una aldea...— pocos minutos antes o después que su oponente. Esos escasos instantes pueden marcar la diferencia entre la victoria o la derrota. A veces, el desastre depende de la decisión que toma un comandante sin tener un conocimiento pleno de las intenciones o la disposición del ejército enemigo; un buen comandante tiene que ser capaz de tomar decisiones instantáneas porque cualquier retraso mínimo puede ser fatal para una campaña. Pero hasta un buen comandante puede cometer un error si se ve presionado por el rápido desarrollo de los acontecimientos. Pese a toda la tecnología de que dispone un soldado, el campo de batalla es un lugar confuso y desorganizado, donde los acontecimientos se mueven a una velocidad cegadora bajo un manto de oscuridad impenetrable llamado niebla de combate. Y nadie que no esté allí puede penetrar en ella.

De ahí la importancia del reconocimiento que ordenó Nejaa Alción, y de ahí la importancia de la decisión que tomó, basada en la información proporcionada por un solo hombre de uno de los equipos enviados a ese reconocimiento.

En realidad, el mejor dotado para la tarea de reconocimiento en Praesitiyn era el comando clon CT-19/39 y no el sargento Omin L'Loxx, por bueno que éste fuera en su cometido. El apodo que se había autoconcedido era Mago Verde, a causa de su rango de sargento y su habilidad para patrullar. Tan pronto como recibió el mando del equipo enviado a espiar el flanco izquierdo de las posiciones enemigas, decidió dividir el grupo para que cada comando efectuara su propio sondeo de las líneas enemigas y penetrase tanto como pudiera dentro del territorio en poder de los separatistas. La idea era volver con tantos puntos de vista distintos como fuera posible.

El Mago Verde había conseguido llegar cerca de los edificios del Centro de Comunicaciones Intergalácticas sin ser detectado. Registró cuidadosamente en su memoria la posición de cada cañón que pudo detectar, contó los androides que había en cada posición y anotó su armamento, así como los emplazamientos donde el enemigo había instalado sus piezas de artillería. De especial interés resultó el hecho de que habían trasladado varios cañones al extremo derecho del frente enemigo para reforzar la posición entre dos pequeñas colinas, al final de la línea defensiva. En su opinión, el punto débil de las líneas de Tonith estaba en el extremo izquierdo, no en el derecho, ya que el Mago Verde había podido penetrar con facilidad..., y especialmente ahora, dado que podía informar al general dónde estaba situado cada uno de los cañones defensivos. Para el Mago Verde estaba claro que el ataque debía producirse por la izquierda; si todo el ejército, con toda su potencia, se lanzaba en escala contra ese flanco, rompería el frente de Tonith y acabaría con toda su defensa de un rápido e irresistible golpe.

El único problema era que, ahora, el Mago Verde tenía que volver a sus propias líneas para entregar toda la información recopilada. Podía llamar a través de su comunicador, pero el general Alción había sido muy concreto en sus órdenes: nadie debía romper el silencio en las comunicaciones durante el reconocimiento. Aparentemente, sus otros dos camaradas no tuvieron tanto éxito como él en evitar la detección.

Había oído tiroteos a lo largo de todo el frente, especialmente en el lugar por donde habían cruzado las líneas. Así que el Mago Verde estaba bastante seguro de que habían sido descubiertos y de que posiblemente no volverían a su punto de reunión en Izable. Se preguntó por los soldados encargados de sondear la parte central de las defensas. ¿Habrían visto lo mismo que él? ¿Dirigían parte del tiroteo contra ellos? Eran comandos clon y, por tanto, buenos, muy buenos en su trabajo, pero no tanto como él, y a todo el mundo podía abandonarle la suerte en un momento dado.

El Mago Verde sabía que un día le tocaría a él, como esa noche quizá les había tocado a sus camaradas. Debía asumir que era el único que quedaba vivo, y a él le correspondía llevar a su cuartel general toda la información que tenía.

El bombardeo llegó inesperadamente, con el Mago Verde todavía tras las líneas enemigas. No le sorprendió; cosas así sucedían a menudo en las batallas. Alguien había cometido un error al ordenar que la artillería empezase a disparar antes de que los equipos de reconocimiento volvieran, pero eso no le preocupó... Volver a sus propias líneas, sí. Mientras el Mago Verde se aferraba al terreno, notó lo ajustado de las descargas de los artilleros de Alción. Respetaba su puntería y su profesionalidad, y admiraba a esos artilleros aunque estuvieran destrozándolo todo a su alrededor, aplastándolo, volándolo por los aires, quitándole la respiración, haciéndole temblar hasta los dientes.

Al principio, el Mago Verde no sintió ningún dolor. Sabía que lo habían herido en la pierna, pero utilizó una cuerda para hacerse un torniquete por encima de la arteria dañada y pensó en sus opciones. Sabía que el dolor llegaría pronto, seguido de la parálisis. Tenía que hacer algo, y deprisa, porque los datos que obraban en su poder eran demasiado importantes para que se perdieran con su muerte. Si se quedaba allí, lo encontrarían y lo ejecutarían. Podía usar el sistema de comunicaciones y así su misión terminaría con éxito; pero las órdenes eran no utilizarlo excepto para enviar la señal de que estaba dispuesto para regresar. Dio la señal y, por un momento, por un solo instante, sintió un fogonazo de algo parecido a la rabia porque alguien hubiera vuelto al puesto de mando sin seguir el plan. La artillería prosiguió su bombardeo.

Su única opción era intentar regresar a las líneas republicanas por su cuenta y riesgo. Sin una pierna sería difícil, pero no imposible. Los comandos clon se superaban a sí mismos al enfrentarse con obstáculos que se suponían insalvables para un ser normal.

Empezó a reptar lentamente, con cuidado. El torniquete de su pierna se había aflojado en algún momento de su marcha, y perdía abundante sangre. Logró abrirse camino hasta el lecho seco del río, pero una vez en él comprendió que no podría seguir adelante. Órdenes o no órdenes tenía que informar antes de estar demasiado débil para hacerlo.

Buscó su comunicador pero no lo encontró, lo había perdido en algún punto de su recorrido. Se maldijo a sí mismo. Había dejado que el dolor y el agotamiento físico lo distrajeran. Si moría allí mismo y en. Aquel momento, le estaría bien empleado. No quería que nadie llegara a enterarse de lo incompetente que había llegado a ser. Pero el Mago Verde también sintió una terrible sensación de frustración; no porque se estuviera muriendo, sino porque moriría con información vital para el ejército al que servía. Su último pensamiento consciente fue que había hecho cuanto había podido.

—No tenemos mucho tiempo, así que éste es el plan de ataque —informó Anakin a sus comandos, iluminando un enorme mapa tridimensional del campo de batalla—. El foco principal de nuestro ataque es esta colina. Fijaos en ese montón de peñascos que hay en su base. Pueden servir de cobertura para la infantería, así que lanzaremos nuestro asalto desde allí. La clave es cruzar la llanura tan deprisa como nos sea posible porque ahí estaremos al descubierto y a la vista del enemigo situado en la colina. La división del general Alción atacará el centro de las líneas enemigas para atraer tropas desde los flancos y debilitar sus posiciones, especialmente las situadas en esa colina. Gracias al reconocimiento efectuado esta misma noche sabemos que está muy débilmente defendida por androides de infantería sin apoyo artillero. Una vez ocupemos la colina, tendremos a la vista todas las posiciones enemigas. La Primera Brigada se encargará de esa tarea, mientras la Segunda dará un rodeo hasta la retaguardia de esa posición. Entonces podremos atacar desde tres posiciones diferentes.

Hizo una pausa para asegurarse de que todos habían entendido sus palabras.

—Seremos precedidos por los comandos clon, liderados por un soldado ARC. Se infiltrarán en las posiciones de la colina y provocarán una distracción. Nosotros los seguiremos con toda nuestra potencia de ataque, bajo el escudo de esa distracción. Ahora bien, como ya he dicho, es vital que atravesemos la llanura a toda velocidad. Iremos tras un batallón de reptadores que eliminarán cualquier oposición. Nuestra infantería vendrá detrás de nosotros, en los transportes blindados. Utilizaremos el cauce seco del río para situarnos en posición..., nos proporcionará cobertura hasta que tengamos que cruzar la llanura. No atacaremos hasta que la división del general Alción haya entrado en combate, pero moved a vuestros soldados con rapidez. No me cansaré de recalcar la palabra "velocidad". Hasta llegar a los peñascos, estaréis bajo fuego directo del enemigo. La artillería no sólo nos respaldará, sino que seguirá machacando las posiciones enemigas mientras ascendemos por la colina; pero, como podéis ver, los peñascos impiden el paso de vehículos de cualquier clase, así que esa fase de la operación tendrá que ser completada a pie. Será una batalla para la infantería.

Los comandantes de Anakin llevaban el uniforme completo. Las tropas estaban concentradas para la batalla desde pocos minutos antes, y esperaban sus órdenes. Se volvió hacia el capitán ARC a cargo de los comandos clon.

—Usted irá el primero, capitán, y partirá de inmediato. Quiero que entre en las posiciones enemigas y provoque el caos. En cuanto esté allí, nosotros lo seguiremos. Recuerde, todo empezará diez minutos después de que el general Alción ataque el centro de las posiciones enemigas. Todo debe estar coordinado al milímetro. ¿Entendido?

El capitán ARC asintió con la cabeza.

—Bien, todos tienen asignado su sector y sus objetivos. Vuelvan con sus unidades e informen a sus subordinados. Salimos dentro de treinta minutos.

—Señor —intervino uno de los dos comandantes de su brigada—, ¿quién será nuestro comandante táctico en el campo de batalla?

—Yo mismo —replicó Anakin. Ante el sorprendido silencio provocado por sus palabras, el joven Jedi cuadró los hombros y se recordó en silencio que tenía que relajarse y recordar las lecciones de Grudo—. Primero, no creo en ordenar a otro que haga cosas que yo mismo no esté dispuesto a hacer. Segundo, si esta mañana se comete algún error, seré responsable esté o no esté a vuestro lado, así que bien puedo estar con vosotros. Y, finalmente, nadie puede liderar un grupo desde la retaguardia. Muy bien, adelante. Rompan filas.

—Señor, ¿puedo hablar un momento con usted? —era el capitán ARC.

—Apresúrese, capitán.

—Sí, señor. Perdimos a seis hombres de reconocimiento, así que no sabemos nada sobre las principales posiciones defensivas del enemigo.

—Bien, capitán, estoy seguro de que usted perdió a sus hombres porque esas posiciones del frente enemigo son impenetrables. Eso significa que la decisión del general Alción de tomar la colina es la correcta. Ya ha escuchado el informe del sargento L'Loxx.

Sí, señor. Pero ¿por qué se ordenó la segunda descarga de artillería antes de que supiéramos si los hombres habían vuelto?

Anakin no esperaba aquella pregunta. ¿Estaba el clon cuestionando sus órdenes? Sabía que los ARC estaban varios peldaños por encima del soldado clon normal, pero ese tipo de pregunta rozaba la insubordinación.

—El general Alción tenía que tomar una decisión, capitán: dejar a L'Loxx ahí fuera hasta que sus hombres informasen de que estaban preparados para regresar y arriesgarse a perder a todas las unidades de reconocimiento, o recuperar al menos alguna para que entregase su informe. Visto lo visto, tomó la decisión correcta.

—Pero uno de mis comandos clon envió la señal de vuelta..., aunque demasiado tarde.

—Sí, sí, y lamento que no pudiera regresar —aceptó Anakin rápidamente—. Capitán, supongo que se da cuenta de que toda la batalla depende de usted y de sus tropas, ¿verdad? ¿Qué tal si empezamos a movernos?

El capitán saludó, dio media vuelta y abandonó el puesto de mando.

Anakin quedó pensativo unos segundos. No esperaba que un clon, ni siquiera un ARC, cuestionase sus órdenes. Anakin no había pensado realmente en que tomar una decisión implicaba aceptar una responsabilidad: la de las vidas de los seres inteligentes individuales que podían morir a causa de sus órdenes, independientemente de que su lealtad hubiera sido comprada por la República, como el caso del ejército clon; o porque creyeran que su deber era oponerse a la tiranía, como los hombres de Khamar y de Slayke.

—Un crédito por tus pensamientos, Jedi.

Anakin dio media vuelta para encontrarse con Slayke, exhibiendo una enorme sonrisa en su rostro.

—Estaba pensando que...

—Pensar es peligroso para un comandante —rió Slayke—. Mira adonde me ha traído eso. Dicen que vas a liderar personalmente el ataque.

—Sí, señor. No puedo enviar a mis tropas a combatir y quedarme tranquilamente sentado en el cuartel general. Además, si algo sale mal, quiero estar en el campo de batalla para corregirlo.

Slayke asintió con la cabeza y le tendió la mano.

—Lo harás bien. Ojalá pudiera ir contigo, pero parece que me dejan aquí como reserva. He hablado con el comandante de tu Tercera Brigada y creo que nos hemos entendido. Durante el ataque estaré dando vueltas por aquí, vigilando a Alción. No te preocupes, no dejaré que meta la pata —añadió con una franca carcajada—. Bien, comandante, buena suerte.

Se estrecharon las manos, y Slayke dio dos pasos atrás antes de saludar marcialmente a Anakin.

Mientras Anakin salía de su puesto de mando, notó algo distinto en su paso y no pudo evitar sonreír. La breve conversación con Slayke le había dado ánimos. El viejo soldado, el rebelde, el iconoclasta, había encontrado tiempo para buscarlo, desearle éxito y expresarle confianza en su capacidad de liderazgo. Era un gran cumplido, y su espíritu se animó. Quizá, después de todo, Slayke no fuera tan mal tipo.

—Conductor, ponga en marcha este trasto —gritó Anakin mientras se introducía por la compuerta—. ¡Es hora de moverse!

Capítulo 23

El almirante Pors Tonith dio una patada al cadáver y dirigió una mirada recelosa a la armadura que le habían quitado antes de apilarla a un lado. Le ponía muy nervioso estar expuesto al aire libre, pero tuvo que salir del bunker para presenciar el horrible descubrimiento, y ahora comprendía su importancia. Todavía era de noche y aún faltaba una hora para el amanecer, pero se sentía ansioso por volver bajo techado.

—Es un comando clon —dijo.

—Hemos encontrado otro cuerpo completo y varias partes distintas de otros, puede que de cinco más —le informó el oficial—. Evidentemente, murieron a causa de sus propios disparos de artillería.

—Evidentemente —rubricó Tonith—. Evidentemente consiguieron infiltrarse en nuestras líneas sin ser detectados. Y evidentemente —su voz subió una octava—, saben mucho sobre la disposición táctica de nuestras fuerzas. Y los cadáveres que hemos encontrado no fueron los únicos hombres que enviaron, puedes estar seguro.

—Debemos reforzar nuestras líneas, señor —dijo el oficial.

—Esa colina es la clave de nuestras posiciones. ¿Trasladaste las tropas y los cañones tal como ordené anoche?

El oficial cambió su peso de pie, nervioso, antes de responder.

—Algunas. Hemos tenido dificultades mecánicas y...

—¿Estás diciendo que mis órdenes no se han cumplido? —preguntó el banquero, alzando de nuevo la voz y taladrando al oficial con la mirada.

—Lo estábamos haciendo, señor, pero...

—Sin peros. —Ya estaba más calmado—. Esto es lo que harás: quiero que refuerces esa colina. Ahora. Acorta la línea. Traslada tropas del flanco derecho al centro, y del centro a la cima de la colina. Si la toman, nuestras posiciones quedarán expuestas a su fuego directo y todo habrá terminado. Si el ataque amenaza nuestro flanco derecho, el ejército trazará una línea aquí mismo... —y señaló un punto situado a cierta distancia, cerca del Centro de Comunicaciones—. Así podremos disparar contra el enemigo mientras avanza por la llanura que tenemos debajo. Si consiguen llegar hasta la colina, el flanco derecho basculará como si fuera una puerta, cerrándose. Eso acortará el frente y consolidará nuestras fuerzas. Una vez en la colina, se verán obligados a avanzar por terreno abierto... y los despedazaremos.

Tonith sonrió, mostrando sus dientes tintados.

—Y tenemos una pequeña sorpresa para ellos en la llanura, ¿verdad? Traslada varias piezas de artillería hasta esa colina y avisad a todos los comandantes para que esperen una infiltración de soldados ARC. Los han enviado aquí para penetrar nuestras defensas y debilitarlas con vistas a un asalto terrestre. Estoy seguro de que simularán atacar nuestra línea central con todas sus fuerzas, pero su verdadero objetivo será nuestro flanco derecho —hizo un gesto en la oscuridad, hacia las colinas—. Ahora, vete. Y cuando las órdenes se hayan cumplido vuelve a mi puesto de mando para informarme.

Giró sobre sus talones y entró en su bunker, donde se sentía a salvo y caliente. Allí le esperaba otra taza de té. ¿Dónde demonios están los refuerzos que me habían prometido?, se preguntó.

Las tropas de asalto de Anakin habían llegado hasta la orilla opuesta del río seco, dispersándose a lo largo de casi medio kilómetro de la antigua corriente. Las primeras luces del amanecer aparecerían exactamente a las 0603, hora de Praesitiyn. Ahora eran las 0600. Se sentó ante la consola de comunicaciones de su transporte.

—Aquí Unidad Seis. Cuenta atrás: tres minutos y contando —advirtió a sus comandantes, aunque todos los ojos estaban pegados a los cronómetros. Dio media vuelta y sonrió al comandante del transporte, un sargento clon.

—¿Nervioso?

—No, señor —respondió el clon automáticamente.

—Bueno, pues yo sí. Y te autorizo a que tú también lo estés.

A juzgar por la nula reacción que obtuvo, bien podía haberse ahorrado el comentario.

—Tenemos dos minutos, sargento. En cuanto la columna de transportes empiece a desplegarse por la llanura, quiero que usted siga un poco más hacia el flanco derecho por el cauce del río, que trepe por la orilla y que aparque allí para poder supervisar los movimientos de mis unidades.

En la última hora habían practicado muchas veces esa simple maniobra, pero el mero hecho de verbalizarla tuvo un efecto balsámico en sus hombres. Y también en Anakin.

—Sí, señor —respondió el sargento.

Los cinco hombres que se apretujaban en el interior del vehículo permanecieron en silencio enfrascados en sus propios pensamientos, mirando constantemente sus crónos, esperando que transcurrieran los segundos.

—Lo peor está por venir —anunció Anakin—. Tendremos que esperar diez minutos desde que empiece el ataque del general Alción... ¡Ahí va! —susurró mientras oían cómo empezaba el fuego de artillería de Alción.

Segundos después, la conmoción de las docenas de cañones de todo tipo llegó hasta ellos a pesar del blindaje del tanque de transporte. La presión de los cañonazos se dejó sentir en sus tímpanos. El bombardeo nocturno para cubrir la misión de reconocimiento había sido un despliegue espectacular; pero, aquella mañana, los soldados se encontraban bajo la trayectoria de los disparos y el ruido era tremendo, sobre todo cuando la artillería del enemigo respondió, abriendo fuego contra las tropas de Alción.

—Ahí fuera se están empleando a fondo —comentó uno de los cañoneros. Su voz transmitía la misma emoción que el opaco casco que ocultaba sus facciones.

Por la red de comunicaciones escucharon, con creciente ansiedad, la cacofonía de las voces de los comandantes, mientras las tropas de Alción se afanaban a través de la llanura, bajo el devastador fuego enemigo.

Alguien en el transporte gritó.

—Cambiad a la red táctica —ordenó Anakin. Ya habían escuchado demasiados gritos de sus propias tropas. No necesitaban oírlos en ese momento.

Y entonces comprendió algo importante. Estaba rodeado de soldados clon criados para la guerra, para la disciplina, para obedecer sin discusión las órdenes de aquellos que pagaban por sus servicios. Pero, aunque sus placas faciales no mostraban la menor expresión, mínimas perturbaciones en la Fuerza indicaban al joven Jedi que los cinco reaccionaban al ataque como si fueran soldados normales, soldados que sudaban, que tenían miedo, que imaginaban sus propias muertes. Ante esa actitud, se preguntó si no los habría juzgado mal. Allí, dentro del transporte que pronto podría convertirse en su pira funeraria, no se comportaban igual que cuando formaban en sus propias filas. Se preguntó si Jango Fett había tenido sentido del humor.

Los minutos pasaron lentamente. Exactamente a las 0613, el vehículo de Anakin se lanzó rugiendo hacia la pendiente que fue la ribera del río seco, seguido por los transportes republicanos.

—¡Subamos ahí arriba! —gritó Anakin. Y el tanque androide avanzó a toda máquina.

La primera docena de transportes logró encaramarse a la llanura, dejando profundos surcos en el terreno, y los siguientes los ahondaron todavía más. Aquello estaba planeado para proporcionar al resto de los transportes sendero fácil de seguir y cobertura suficiente mientras ascendían hasta la llanura.

Pero el vehículo de Anakin se hizo a un lado del baqueteado sendero, afectando intensamente a los clones del interior.

—¡Alto! —ordenó Anakin. Trepó hasta la cúpula del comandante.

—Señor, ahí está muy expuesto —protestó el sargento.

—Desde aquí puedo ver mejor el terreno —respondió el joven Jedi, ajustándose el micrófono a su garganta.

—Tenemos que seguir moviéndonos, señor. Aquí somos un blanco demasiado tentador.

—No te preocupes, la ley de probabilidades nos favorece. Éste es un escenario rico en blancos.

La visión que saltó a los ojos de Anakin nunca lo abandonaría: la llanura estaba atestada de vehículos en movimiento, enormes nubes de polvo y humo y ardientes fuegos. Mientras observaba, a apenas un kilómetro de su posición, un transporte se convirtió de repente en una bola de fuego. Había recibido el impacto directo de un cañón láser. Clones envueltos en llamas salían del vehículo y giraban sobre sí mismos, como antorchas vivientes, antes de caer al suelo y quedar inmóviles. El transporte estalló en medio de un enorme fogonazo y después, afortunadamente, el humo del campo de batalla tapó la escena.

Por delante de él, sus propios transportes avanzaban a buen ritmo. El comandante del batallón había situado varias de sus máquinas a lo de la ruta de ataque, y ya bombardeaban la distante colina con sus propios cañones. Los demás disparaban sin dejar de avanzar.

—Preparaos —dijo Anakin al comandante del transporte que esperaba pacientemente en el lecho del río la señal de avanzar. De repente, una docena de tanques enemigos con los cañones rugiendo surgió de una depresión del terreno. Dos de los vehículos de Anakin fueron alcanzados de inmediato. Uno era el del comandante del batallón, que empezó a arder. Nadie intentó salir.

—Aquí Unidad Seis, tomo el mando —anunció el joven Jedi por la red de mando—. ¡Concentrad el fuego en esos tanques androides!

Las ráfagas de los cañones láser surgían de los vehículos enemigos, surcando el terreno y el aire por encima de ellos y emitiendo un ruido chisporroteante. Anakin sonrió. Los separatistas habían lanzado su contraataque demasiado pronto.

—¡Apuntad hacia esa línea de tanques! —ordenó al conductor de su vehículo—. ¡Cañonero, abre fuego en cuanto estés preparado!

Calmadamente, el cañonero de Anakin anunció la distancia hasta sus objetivos —dos mil cien metros— y disparó el cañón láser. El transporte saltó y traqueteó mientras se movía hacia delante, pero el sistema estabilizador del cañón no se vio afectado por el movimiento, y el segundo disparo impactó en el blindaje central de una de las máquinas enemigas. El disparo rebotó inofensivamente, pero el segundo destruyó la cadena de tracción derecha y el tanque empezó a girar en círculos, indefenso, antes de que otros transportes lo destruyeran con sus cañones.

—Señor, le sugiero que baje antes de que lo alcancen —advirtió el sargento.

—Si muero, sargento, usted tomará el mando —respondió Anakin, impaciente, y golpeó con los nudillos el casco de su conductor—. ¡Vamos, vamos, sácanos de aquí!

Odie y Erk estaban sentados en la enfermería, soportando el estruendo de los cañones que respaldaban el ataque de Alción. El asalto duraba ya unos diez o quince minutos cuando el cirujano jefe se acercó a ellos.

—Usted puede caminar, teniente, así que márchese —dijo a Erk—. En los próximos minutos necesitare todo el espacio que pueda conseguir.

Odie, que no había abandonado a Erk mientras estaba en la enfermería, lo ayudó a ponerse en pie.

—Doctor, ¿cuándo podrá volver a verlo? —preguntó la chica.

—No lo sé, pero no será pronto —respondió el cirujano—. Puede que necesite un tanque de bacía para regenerar la piel, y para eso tendrá que ir hasta la Tregua. Entretanto, mantenga limpia la herida. Puede tener problemas si se infecta. Toma esto —le alargó una mediunidad a Odie—. No parece que tengas nada mejor que hacer, así que cuídalo un par de días. Todo lo que necesitas está aquí, calmantes incluidos. ¿Oís esos cañones? ¿Sabéis lo que significa? Pues os quiero fuera antes de que los heridos empiecen a llegar. ¡Venga, marchaos!

—Necesitamos encontrar un bunker, Odie —comentó Erk, pero se corrigió de inmediato—. No, ya estoy harto de búnkeres. Vamos al puesto de mando, quizá podamos ser allí de alguna utilidad.

Pero las bajas del ataque empezaron a llegar antes de que pudieran salir de la enfermería. La pareja sólo tuvo tiempo de hacerse a un lado y esperar a que el flujo de heridos se interrumpiera. No lo hizo, y lo que vieron en las literas que transportaban a los heridos fue horrible. Odie se tapó la boca con las manos, y Erk se quedó blanco ante la visión de los cuerpos retorcidos. Ninguno de los dos había visto antes unos seres vivos tan destrozados. Erk solía combatir navegando a gran velocidad por las insondables profundidades del espacio, muy por encima de la atmósfera. El suyo era un derramamiento de sangre limpio, más parecido a un holojuego que a matar realmente a nadie. Ahora contemplaba de cerca lo que la tecnología podía provocar en los seres vivos, podía oler la sangre y la carne chamuscada.

Los cirujanos se dividieron en tres grupos. Uno se ocupaba de examinar a los ocupantes de cada litera en cuanto llegaban, y, dependiendo de si creían que la víctima podía ser salvada o no, determinaba dónde colocarlo. Tomaban su decisión en apenas unos segundos. Los condenados superaban por mucho a los recuperables.

Los peores casos eran los quemados: clones sin armadura, tan profundamente abrasados que sus miembros apenas eran finos huesos humeantes. Sus rostros se habían convertido en cráneos ennegrecidos, con fragmentos de sus uniformes fundidos en la propia carne. Aun así, algunos todavía vivían, pero ninguno fue colocado con los que podían salvarse. Otros yacían entre charcos de su propia sangre, faltándole alguno de sus miembros y con los órganos internos expuestos. Otros murieron antes de poder ser trasladados del campo de batalla al hospital, sus cuerpos rebotando en las literas mientras sus portadores se apresuraban.

Y, sobre todo, reinaba un temible silencio; apenas había algún herido gritando o quejándose, todos estaban en estado crítico.

Odie cogió dos botellas de agua de un estante cercano y se abrió camino hasta los condenados. Se arrodilló, levantó ligeramente la cabeza de uno de los soldados malheridos y le puso la botella en los labios.

Entonces notó el enorme tajo en su espalda, desde el hombro hasta la cadera. Podía verle la columna vertebral y las costillas.

—Gracias... —susurró el soldado después de beber.

Cuando dejó que la cabeza del herido descansara en la litera, Odie descubrió que tenía la mano llena de sangre. Se la limpió en la túnica y pasó a la litera siguiente. Cuando las botellas de agua estuvieron vacías se dejó caer al suelo, en un estado de agotamiento nervioso, y lloró.

—Vamos —dijo Erk, arrodillándose a su lado—. Por el momento han dejado de llegar, y aquí no podemos hacer nada más —la ayudó a ponerse en pie, utilizando su brazo bueno.

—Son clones, Erk; pero, aun así, son seres vivos y sufren exactamente como nosotros —susurró la chica—. Sangran, sufren, mueren como nosotros...

—Vamos, Odie, salgamos de aquí —repitió Erk.

Una vez fuera, el piloto se desplomó, y Odie corrió para ayudarlo. No dijo nada cuando él vomitó.

El ataque iba según lo planeado.

Cuando la primera oleada irrumpió en la llanura, las tropas enemigas retrocedieron hasta posiciones ya programadas; los atacantes se vieron expuestos al fuego graneado de los separatistas mientras intentaban cerrar el cerco. Alción volvió muy nervioso al puesto de mando. Slayke estaba sentado unos pasos más allá, imperturbable, con los ojos fijos en los monitores, escuchando los informes que llegaban de las unidades atacantes.

—Están atrapados en la ladera —observó Alción—. Anakin no ha podido tomar la colina.

—Lo último que sabemos de él es que tomaba el mando del batallón —respondió el oficial de operaciones—. Ni siquiera estamos seguros de que haya podido desplegar su infantería.

—¿Bajas?

—Varios cientos por ahora, señor —replicó el cirujano jefe de la división—. Y llegan más a cada minuto. ¿Me da permiso para ir a la enfermería y ayudarlos?

Alción asintió, y el cirujano desapareció de inmediato. El Jedi se sentó junto a Slayke.

—El ataque ha fracasado —admitió. Se golpeó la palma de una mano con el puño—. No sé cómo, pero han bloqueado a Anakin. Esas colinas eran la clave de todo nuestro plan. Ordenaré que las tropas se retiren.

—Puede que Anakin haya conseguido su objetivo —apuntó Slayke.

—No, no lo ha conseguido. Está vivo y sigue combatiendo, pero no en la colina. Tenemos que estudiar de nuevo la situación e intentar otra cosa. No agotaré a mi ejército atacando la meseta con asaltos frontales.

En el flanco de Anakin no hay nada excepto polvo, fuego, humo y confusión, y no ha informado desde hace veinte minutos, cuando anunció que tomaba el control del batallón de transportes. Antes de empezar sabía que si no lográbamos romper esa línea en veinte minutos, nunca lo conseguiríamos de la forma en que estaba planeado.

—Ahora ya sabes lo que es comandar un ejército como éste —dijo Slayke—. Mis tropas están preparadas. Dame la orden y acudiremos allí donde se nos necesite. Pero estoy de acuerdo contigo, creo que necesitamos repasar nuestro plan de batalla.

—En cuanto nuestras tropas empiecen a replegarse, lleva las tuyas hasta el cauce del río y establece allí una línea de defensa. No será fácil, los separatistas te presionarán, pero podrás resistir. Atrinchérate y prepárate para el contraataque. Comunicaciones, ordene a todas las unidades que rompan el contacto y se retiren lo más rápido que puedan.

¿Adonde vas ahora? —preguntó a Slayke, que se había puesto en pie.

—A liderar mis tropas.

Alción agitó la cabeza.

—Supongo que no tiene sentido intentar convencerte de que te quedes aquí conmigo. Anakin y tú sois combatientes. No dejes que te maten. Alción sabía que Anakin seguía vivo y peleando, pero nada más.

Anakin, pensó, ¿Dónde te has metido? ¿Qué estás haciendo ahora?

Capítulo 24

¿Qué hacen aquí? —preguntó un atribulado oficial de Estado Mayor al ver a dos extraños en medio del puesto de mando.

—Venimos de la enfermería, señor —respondió el teniente Erk H'Arman.

—Bien, entonces vuelvan allí. Aquí no necesitamos parásitos.

—Él está herido, señor, y me han asignado para cuidarlo —dijo la soldado de reconocimiento Odie Subu. Le enseñó la mediunidad que le había dado el cirujano—. Pensamos que quizás aquí podríamos ser de utilidad.

—¿Ser de utilidad? ¿Aquí? ¡Dan la impresión de que deberían estar en el Tregua! Vuelvan a la enfermería si quieren, pero salgan de aquí. Estamos muy ocupados.

En ese momento, Zozridor Slayke pasó por allí.

—Vaya, vaya, pero si son mis gemelos pródigos. ¿Qué hacéis aquí? Recordaba especialmente a Odie porque se había ofrecido voluntaria para acompañar al piloto hasta Izable. Sabía lo que les había ocurrido y cómo lograron escapar del bunker derrumbado.

—Son dos buenos soldados —informó al oficial de Estado Mayor. Al descubrir que su comandante conocía a la pareja, el oficial se disculpó.

En la enfermería, Odie le explicó brevemente la situación.

—Mira, dentro de un minuto esto se va a poner realmente al rojo, y yo tengo que hablar con mis comandantes —les dijo Slayke—. ¿Por qué no vais al Centro de Control de Tiro? Preguntad por el coronel Gris Manks, mi comandante de artillería... Es enorme, lo veréis a la fuerza. Decidle que os envío yo y preguntadle si podéis serle de ayuda.

Slayke sabía perfectamente que la pareja no le sería útil al coronel Manks, pero, después de todo por lo que habían pasado, creía que se merecían un descanso y una oportunidad de mantenerse al margen de la crisis que estaba a punto de estallar. Al menos allá abajo, en el CCT, estarían a salvo.

El Centro de Control de Tiro estaba literalmente "abajo". Se accedía a él por un túnel descendente que los androides de trabajo habían construido bajo la supervisión de los ingenieros de Alción. El CCT en sí mismo era grande, pero estaba atiborrado de equipo que permitía que docenas de expertos se comunicaran directamente con el cuartel general de las dos divisiones de artillería y, a través de ellos, coordinaran los objetivos de todas y cada una de las piezas de artillería del ejército.

Cuando la pareja entró en el CCT, Gris Manks gritaba desaforadamente a un sargento clon. Vio por el rabillo del ojo a los recién llegados y se giró hacia ellos.

—¿Quiénes sois vosotros? —exigió saber.

—El capitán Slayke nos ha enviado para ayudarlo —contestó Erk.

—¿Ayudarme? ¿Vosotros? Teniente, tú pareces demasiado ansioso; y tú, soldado, demasiado tranquila. ¿Cómo podéis ayudarme?

—Señor, el que está tranquilo soy yo —respondió Erk—. Y también quemado. La soldado de reconocimiento es mi compañera de escuadrilla —le explicó brevemente cómo habían llegado hasta el CCT.

El coronel Manks los contempló incrédulo.

—Está bien —dijo por fin—. Así que os ha enviado el capitán, ¿eh? Entonces, id allí y sentaos junto a ese androide. No molestéis y abrid bien los ojos y las orejas, quizá podáis aprender algo.

Dio media vuelta, tropezó con una consola y empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones a un pobre teniente clon.

La pareja reconoció al androide como una unidad estándar de protocolo militar, del tipo que a menudo llevaban a cabo servicios administrativos en las oficinas de personal. Era extraño encontrarlo en el CCT.

—Buenos días —saludó el androide al ver que la pareja se sentaba a su lado—. Me siento muy orgulloso de anunciarles que soy un androide modificado de protocolo militar. Puedo operar eficazmente en centros de control de fuego artillero de batallones, regimientos y divisiones; los cuales, me siento orgulloso, puedo dirigir con experta eficiencia. Conozco la nomenclatura, el alcance efectivo, las necesidades de mantenimiento y los datos de potencia de fuego de más de tres docenas de piezas de artillería; puedo preparar tablas de disparos para todas esas piezas y calcular objetivos según los datos obtenidos por satélites orbitales, observadores de avanzada o mapas; puedo integrar y controlar sus disparos para conseguir resultados destructivos, neutralizadores y desmoralizadores con cualquier tipo de concentración de fuego: en batería, en andanadas y en descargas concentradas o continuadas. También estoy cualificado para programar bombardeos sobre blancos visibles o invisibles. Y, podría agregar, soy un experto en el empleo de fuego táctico, ya sea como mero apoyo, como preparación para una carga de infantería, como método de contraataque o como simple hostigamiento. Soy, para abreviar, el summum de los operadores de cañones.

La voz del androide había sido programada para parecer la de una hembra humana joven, y escuchar aquel tono melodioso utilizando jerga de artillero era tan inesperado que Odie empezó a reír.

—Parece divertida, y me alegra si yo, de alguna forma, he provocado su transición a ese estado anímico —dijo el androide—. Pero aún no he terminado mi lista de competencias porque he sido creado y programado para actuar como un androide de protocolo militar, lo cual significa que puedo funcionar perfectamente tanto a nivel administrativo como de ayudante de batallón. Soy experto en organizar turnos rotatorios para los oficiales de Estado Mayor, guardia de sargentos y de cabos, encargados de compañía, política de cocina, guardia de honor para los camaradas caídos, ordenanzas e intendentes; soy experto en preparar informes sobre todo tipo de actos del personal; puedo mantener el registro de castigos de la compañía o preparar las listas de cargos que deben juzgarse en un tribunal militar, y también grabar tales procedimientos; conozco las regulaciones sobre uniformes de todos los ejércitos de la galaxia, así como sus recompensas y condecoraciones, y puedo preparar toda clase de recomendaciones, desde cartas de reconocimiento de méritos a las más altas condecoraciones por heroísmo que un mundo pueda conceder; puedo preparar

solicitudes de suministros para cada pieza de ropa, equipo y armamento autorizado, en tablas de organización y equipo o en tablas de adjudicaciones, y puedo administrar los fondos de una compañía. Para abreviar, puedo hacer todo lo que se requiere en un administrador de compañía, un sargento primero de compañía, un sargento mayor de pelotón o un adjunto al batallón. Puedo hacer todo eso, y además preparar la demolición de este centro y todo lo que se encuentra en cincuenta kilómetros a la redonda del lugar donde nos encontramos.

—Bien, si eres tan bueno, ¿por qué estás aquí sin hacer nada? —preguntó Erk, señalando con la cabeza el bullicioso interior del CCT.

El androide no contestó inmediatamente.

—Mi comandante, el incomparable coronel Gris Manks —confesó por fin—, me ha declarado... "negativamente poco cooperativo", creo que fueron sus palabras exactas.

Esperaron pacientemente que el androide se explicase, pero se quedó sentado, mirándolos con fijeza.

—¿Y qué quiso decir con eso? —preguntó Odie.

El androide volvió a tardar en responder. Después se acercó a la pareja y bajó el tono de voz. Giró la cabeza para ver si alguien estaba lo bastante cerca como para poder oírlo.

—No funcionará —susurró.

—¿Qué es lo que no funcionará? —preguntó Erk en un tono de voz normal.

El androide gesticuló para que no hablasen tan alto.

—Shhh. No quiero volver a entrar en la lista de turnos —siguió susurrando—. No tenemos la combinación adecuada de piezas de artillería para llevar a cabo esta campaña con eficacia. No tenemos suficiente cantidad de armas de fuego indirecto. Estamos atacando una colina, como sabréis. Eso implica la habilidad de programar disparos parabólicos, no en una línea de fuego directa. Los cañones láser y los cañones de iones son armas maravillosas, pero necesitan una línea de fuego directa. No podemos utilizar las baterías de las naves en órbita porque el riesgo de destruir el Centro de Comunicaciones Intergalácticas y a todos los no combatientes de su interior es demasiado elevado. Tampoco podemos enviar cazas de combate para atacar desde el aire porque la defensa antiaérea del enemigo es demasiado poderosa. ¿Oísteis el bombardeo que organizamos anoche? Las piezas realmente potentes tuvieron que dirigir sus disparos contra el límite más lejano de la colina ocupada por el enemigo. Los que provocaron daño de verdad fueron los morteros.

—¿Quieres decir los obuses de los morteros? —preguntó Odie.

—¡Sí! —respondió el androide con entusiasmo.

—Pero los morteros son armas de infantería ligera, armas de apoyo de corto alcance, ¿no?

—Las versiones normales sí, pero el capitán Slayke tenía dos baterías completas de morteros pesados autopropulsados, con un alcance máximo de cincuenta kilómetros. Pueden lanzar obuses de mil kilos cada uno sobre blancos situados en las laderas opuestas de las colinas. Ya ven —dijo el androide, inclinándose hacia delante y dando unos golpecitos en la rodilla de Odie—. La utilización apropiada de la artillería requiere coordinar la adecuada integración de toda la potencia de fuego disponible. Y eso es misión del CCT. Para obtener la máxima efectividad de la artillería, los bombardeos deben coordinarse para conseguir la mayor destrucción posible en cualquier objetivo de la Zona Táctica de Responsabilidad, y eso

significa que debe utilizarse el tipo apropiado de artillería. Por supuesto, los morteros móviles que acompañan a la primera línea de infantería no se incluyen necesariamente en los menús del CCT porque están diseñados para operar independientemente, y así dar apoyo a los objetivos imprevistos que pueden descubrir las tropas terrestres. Pero si un ejército confía en un resultado positivo al bombardear concentraciones de tropas e instalaciones fijas, ese bombardeo debe coordinarse. Y eso es lo que yo hago —se apoyó contra el respaldo del asiento y señaló su pecho con orgullo.

—Entonces ¿por qué tienes... ah, problemas? —preguntó Erk.

—Porque dije al coronel Manks que debería haber informado al capitán Slayke para que invirtiera en morteros más grandes.

—No me parece algo tan malo —apuntó Odie.

—No —respondió el androide—, pero creí que mi deber era decírselo más de una vez. Se lo dije cincuenta y dos veces, para ser exacto.

—Ah, comprendo que pudiera resultarle excesivo. ¿Por qué no siguió tu consejo?

—Porque, según él, se suelen mezclar distintos tipos de armamento para cubrir todas las contingencias posibles, y centrarse demasiado en uno solo, a expensas de otro, podría "descompensar" nuestro inventario. Los tres permanecieron en silencio algún tiempo, mientras el CCT zumbaba de actividad a su alrededor.

—Las cosas no van bien para nosotros —dijo por fin el androide—. Han suspendido el ataque.

—¿Suspendido? —exclamó Erk escéptico.

—Sí, el ataque al flanco del enemigo ha fallado y está resistiendo.

—¿Y ahora qué?

—Deberíamos utilizar más artillería y seguir bombardeando hasta que se rinda —dijo el androide—. Lo sé. Soy un androide modificado de protocolo militar. Puedo operar eficazmente en centros de control de fuego artillero de batallones, regimientos y divisiones...

Erk se giró hacia Odie mientras el androide repetía su letanía.

—Tiene que haber otra solución mejor. Todas esas bajas... —agitó su cabeza tristemente.

Odie recostó su cabeza en una mano y se acercó a Erk.

—Esto es un desastre tras otro. —La voz le temblaba al hablar—. ¿Es que nunca terminarán? ¿Es que nadie sabe lo que tiene que hacerse? Somos los únicos supervivientes del ejército del general Khamar, ¿te das cuenta, Erk? ¡Se han perdido miles de vidas! ¿Por qué sobrevivimos precisamente nosotros? ¿Por qué tuve que matar al rodiano, al amigo de ese comandante Jedi, el tal Skywalker? ¿Por qué tuvo que pasar?

—El comandante Skywalker —la corrigió él—. No lo sé... Las cosas han ocurrido así. Pero por ahora hemos sobrevivido y seguiremos haciéndolo. —Le pasó el brazo por encima de los hombros—. El comandante Skywalker lideraba el ataque contra esas colinas, Odie. ¿Qué le habrá pasado?

—No estoy segura de querer saberlo.

Capítulo 25

El humo, el fuego y el polvo eran tan espesos que los infrarrojos de los transportes no podían penetrar en ellos; los radares de a bordo ya no eran eficaces localizando blancos exteriores porque los escombros y los fragmentos de los vehículos destrozados llenaban el aire como en un bullicioso caldero de destrucción. Se había vuelto casi imposible saber si se disparaba a un amigo o a un enemigo.

—Sácanos de aquí —pidió Anakin a su conductor—. Tengo que saber qué diablos está pasando ahí fuera y conseguir que esos transportes sigan avanzando. Mis hombres están luchando ahí arriba sin el apoyo de la infantería. ¡Vamos! ¡Vamos!

De repente, el vehículo de Anakin fue embestido por detrás por otro vehículo. Todo el mundo se vio impulsado hacia delante, pero sus arneses los retuvieron y el transporte se detuvo de inmediato. En ese momento, el rayo de un cañón láser golpeó la máquina por el costado y atravesó el blindaje hasta el compartimiento de la tripulación, antes de estallar en llamas.

Sin pensarlo siquiera, Anakin alargó un brazo y sujetó al conductor por el extremo de su placa pectoral. Con el otro lanzó un empujón de Fuerza a la escotilla de la cúpula, que se abrió rechinando. El conductor se soltó de su arnés y se impulsó hacia atrás con los pies para ayudar a Anakin, que intentaba arrastrarlo de su asiento. Treparon a la cúpula y se dejaron caer por el costado del vehículo. Aterrizaron en un montón de tierra junto al transporte, que empezó a soltar un grasiento humo negro seguido de una intensa y ardiente llamarada blanca que se elevó por lo menos diez metros en el aire. Nadie más consiguió salir.

Arrastrando al conductor, Anakin trastabilló mientras buscaba refugio. Apenas había recorrido unos metros cuando otro vehículo pasó rugiendo junto a ellos, esquivándolos por milímetros y casi ahogándolos en la espesa nube de polvo que levantaba. Anakin se lanzó a una depresión poco profunda. A su alrededor, los vehículos rugían y daban vueltas disparando sus armas. El ruido era ensordecedor. Algo avanzó hacia ellos entre el polvo, un transporte. Se hundieron en la depresión tan profundamente como les fue posible, y la máquina pasó rugiendo sobre ellos, medio enterrándolos en la depresión, que ahora apenas era una rodera en el terreno.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Anakin, sacudiéndose la suciedad.

—¿Hacia dónde? —replicó el conductor.

Tenía razón. Anakin comprendió que no sabía en qué dirección se encontraba el frente. Miró a su alrededor y localizó instantáneamente a los transportes.

—Por aquí —ordenó.

El otro lo siguió. Llegaron junto a un transporte inmóvil que disparaba repetidamente contra blancos que ni siquiera podía ver. Anakin reconoció las débiles marcas pintadas en la placa delantera del blindaje... ¡Era uno de los suyos! Cambió su comunicador a la red de mando:

—Aurek Trill Seis Nueve, aquí Unidad Seis. Estoy fuera, a su lado. Ábrame, acaba de convertirse en mi vehículo de mando.

No obtuvo respuesta.

Estaba llegando a la pequeña compuerta por la que surgía un transmisor-receptor conectado al sistema de comunicaciones del vehículo cuando, de repente, éste se puso en movimiento, enredando el dobladillo de su capa en el mecanismo de tracción y arrastrándolo con él. Apenas le faltaban milímetros para ser aplastado por

las cadenas, cuando su compañero clon saltó hacia él y cortó la capa con una vibrodaga.

—Gracias. Ha sido por poco —Anakin jadeó mientras el clon lo ayudaba a ponerse en pie. Se desabrochó los restos de la capa y dejó que cayeran al suelo—. Un Jedi sin su capa se siente desnudo.

Pero el humor no parecía ser el punto fuerte del clon, suponiendo que le hubiera oído sobre el ruido de la batalla en que estaban inmersos.

Anakin conectó el sistema de comunicaciones de su casco e intentó contactar con el comandante del transporte. Sólo oyó estática.

—Vamos, habrá que volver a los transportes a pie. No están lejos, sígueme.

Corrieron. Anakin tuvo que contenerse. Por bien entrenado y en forma que estuviera el clon, y lo estaba, no podía igualar a un Jedi. La sangre de Anakin parecía protestar en sus venas cada vez que se obligaba a frenarse siquiera un poco, cuando todo en él rugía un solo mensaje: ¡correr! Pero en unos cuantos segundos, que a él le parecieron una eternidad, encontró las rodadas de los transportes. Estaban allí. Corrió hacia el primero de la fila. La compuerta estaba abierta, y el comandante del vehículo tenía la cabeza y medio torso fuera del vehículo.

Apoyándose en la Fuerza, Anakin saltó fácilmente sobre el vehículo, sorprendiendo al comandante clon, que sacó su arma al tomarlo por un soldado enemigo.

Anakin detuvo el brazo del clon.

—¡Soy el comandante Skywalker! —dijo con urgencia—. Métase dentro. Éste será mi vehículo de mando.

El comandante clon obedeció, mientras Anakin ayudaba a su conductor a subir tras él.

Pors Tonith contempló cómo se desarrollaba la batalla y dio un sorbo a su taza de té.

¡Excelente! El ataque enemigo se había llevado a cabo tal y como él había previsto. Habían conseguido frenar los ataques sobre el centro de sus defensas y el flanco derecho, y la ofensiva contra la colina perdía fuerza ante la respuesta de sus reptadores. Cuando llegasen al pie de la colina, iban a llevarse una gran sorpresa.

—¿Preparado? —preguntó a un técnico.

—Sí, señor. Hemos interceptado su red de comunicaciones. Tenemos el código de llamada de su comandante, su registro de voz y su código de autenticación. Somos capaces de transmitir órdenes a todas sus tropas.

—Bien. Quede a la espera.

Ahora, Tonith podía dar órdenes falsas a todas las unidades de Alción. Podía decirles que atacasen, se retirasen o permanecieran allí donde se encontraban, pero quería algo más espectacular y estaba dispuesto a conseguirlo.

Sonrió.

—Páseme su enlace de comunicaciones —exigió Anakin al comandante del batallón, mientras se arrancaba el suyo y lo tiraba a través de la escotilla—. Aquí Unidad Seis, estoy en un transporte. A mi orden, síganme todos —trepó hasta la escotilla del vehículo—. Mueva este trasto tan rápido como pueda. Escuchadme bien todos. Yo os guiaré —cambió a la red de mando—. Seguid mi luz.

Sacó su sable láser del cinturón, lo activó y alzó el brazo apuntando con él al cielo. Acto seguido señaló hacia delante; el vehículo ascendió tambaleante por la rampa y desembocó en la llanura, seguido por una larga línea de transportes.

—¡Todo a la izquierda! —ordenó, y el transporte se desvió a la izquierda justo a tiempo para esquivar otro vehículo que se cruzaba por delante—. Más rápido. Todo recto. Derecha. Izquierda. Abra esa cosa.

Los láseres y los rayos surcaban el aire siseantes. Anakin los desvió sin esfuerzo con el sable. Tras él, algunos transportes recibieron impactos y frenaron, pero aquellos que los seguían los rodearon, procurando mantener el sable láser de Anakin a la vista. Entre el denso polvo y el humo que se extendía por el campo de batalla, era lo único que podía verse a cierta distancia. Afortunadamente, Alción había hecho un buen trabajo y las máquinas del enemigo estaban destrozadas o en franca retirada.

En cuestión de segundos llegaron hasta las rocas, al pie de su objetivo. — ¡Abajo todos! ¡Formad en batallones y seguidme!

Anakin salió del transporte y saltó a tierra. Aquella era una maniobra que los clones habían practicado en innumerables ejercicios de entrenamiento hasta alcanzar la perfección. Escuadras, pelotones, compañías y batallones tomaron sus posiciones acordadas, cerrando líneas para cubrir los huecos en la formación debida los transportes inutilizados por el camino. Los vehículos supervivientes se desplegaron y empezaron a machacar la cima de la colina con su fuego graneado.

—Necesitamos fuego de cobertura —exigió Anakin al Centro de Control de Tiro.

—Recibido —respondió una voz en los auriculares del Jedi—. Tiempo estimado: cinco segundos.

Anakin contó: mil uno, mil dos, mil tres, mil cuatro, mil cinco. Y los morteros empezaron a disparar contra la cumbre. Era un despliegue de potencia muy satisfactorio. Dejó que las andanadas continuasen mientras se situaba a la cabeza del primer batallón.

—Eso les hará agachar la cabeza... Nadie puede sobrevivir a ese bombardeo.

—Yo no estaría tan seguro, señor —dijo el comandante.

Anakin miró al oficial con incredulidad, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Adelantándome a sus órdenes, señor —le previno el comandante del batallón—, le aconsejo que se quede aquí con las reservas hasta que hayamos asegurado la colina.

Anakin dudó un instante antes de tomar su decisión. Estaba preparado para el combate; cada fibra de su ser se estremecía ante la idea de liderar la carga empuñando su sable láser y dejando que éste hiciera su trabajo. Pero ahora era comandante; su trabajo era ordenar, no luchar.

—Coronel, tome esa colina —y apuntó hacia la montaña que se erguía sobre el campo de peñascos.

El batallón avanzó por compañías, con el comandante y su personal inmediatamente detrás de la primera compañía. El campo de peñascos obligó a la infantería clon a juntar sus filas para pasar entre ellos, lo cual los ponía excepcionalmente nerviosos.

—¡Rápido! ¡Rápido! —urgía el comandante del batallón, manteniendo un ojo en la cumbre, que permanecía extrañamente silenciosa.

¿A qué estaban esperando?

De allí sólo les llegaban los crujidos de rifles láser.

—Patrulladores androides —le informó el comandante de la compañía— Estamos dejándolos a un lado.

Cuando la mina estalló, el comandante del batallón sólo oyó un leve crujido, el resultado instantáneo de la conmoción que le reventó los tímpanos. Sintió cómo salía despedido por los aires hacia atrás, entre una nube de humo, polvo, armaduras despedazadas y miembros humanos.

Chocó contra un peñasco y rebotó antes de caer al suelo. No sentía dolor, sólo una sensación de pesadez en las piernas y la espalda. Sacudió la cabeza para aclararla, pero no resultó. Intentó tocarse los pies, pero no pudo. Más allá de las rodillas ya no tenía piernas. Lo supo porque consiguió apoyarse en los codos e incorporarse lo suficiente para ver que ya no tenía pies. Intentó sentarse para llegar hasta sus muñones y contener la hemorragia, pero no pudo porque su espalda se había partido al chocar contra el peñasco. Alguien lo cogió por los sobacos y empezó a tirar de él, pero perdió la conciencia. Mucho después, alguien, una mujer creía, le dio un poco de agua.

Los androides de combate esperaban sentados en sus búnkeres, inmóviles, fila tras fila. Sus sistemas de control estaban activados y los de armamento cargados, esperando la orden de atacar. Sólo unos instantes antes les habían ordenado que se refugiaran en el complejo de búnkeres para evitar el bombardeo de los morteros, que ahora empezaba a caer sobre sus abandonadas posiciones. La noche anterior, los androides de trabajo habían mejorado y profundizado los búnkeres, así que ahora eran impenetrables hasta para los obuses pesados que explotaban por toda la colina en enormes llamaradas. No hacía ni treinta minutos que las tropas clon habían intentado penetrar en su perímetro, pero los androides estaban preparados. Ahora se sentaban tranquilamente en sus búnkeres y esperaban. Los pocos seres vivos que se movían entre ellos, sus coordinadores de combate, temblaban esperando el momento en que un impacto directo horadase la superficie y los destruyera a todos. Pero los androides de trabajo habían realizado su trabajo con rapidez y eficiencia, y estaban a salvo en sus agujeros, esperando que el bombardeo cesase, por mucho que los sacudiesen y ensordeciesen los impactos de los obuses de mil kilos.

La infantería enemiga se acercaba, tal como el almirante predijo que lo haría. Los patrulladores androides ya combatían con sus primeras unidades. En cuestión de segundos se detonaría la enorme mina preparada para aniquilar Izable y que no habían tenido la oportunidad de utilizar por culpa del contratúnel republicano. Entonces, los androides recibirían la orden de entrar en acción y abrir fuego contra los supervivientes.

Uno de los controladores contemplaba un monitor con el detonador en la mano. Haría explotar la mina en cuanto las primeras tropas atacantes se agrupasen para pasar entre los peñascos. De repente, el monitor se apagó. No importaba; sabía en qué punto se encontraba la infantería. Contó: "Uno, dos, tres, cuatro". Apretó el botón

del detonador. La potencia de la explosión se dejó sentir incluso en el interior del bunker, haciéndolo temblar de tal manera que temió que se derrumbara sobre él.

El controlador sonrió. Ahora, cuando los obuses dejarán de caer...

La explosión derribó a Anakin. Delante de él, allí donde la compañía había desaparecido entre los peñascos, sólo veía una enorme cortina de humo. El aire estaba lleno de tierra y fragmentos de los peñascos destrozados por la explosión. Se puso en pie y corrió. Lo que encontró le pareció salido de una pesadilla. Casi todos los soldados clon estaban heridos o muertos. Los heridos tenían la mirada perdida, las armaduras cubiertas de sangre y muchos de ellos habían perdido distintas partes del cuerpo. El terreno estaba sembrado de cadáveres y moribundos.

Aquellos que parecían indemnes estaban aturridos, desarmados, desorientados.

—Segunda compañía, atacad —ordenó Anakin por la red táctica—segundo y tercer batallón, atacad. ¡Seguidme! —corrió, atravesando la carnicería hasta el pie de la colina. Empuñó el sable láser y lo activó, alzándolo por encima de su cabeza—. ¡Formad, yo os mostraré el camino!

Las restantes dos compañías del primer batallón se recuperaron rápidamente y surgieron de entre los peñascos hasta situarse a la altura de Anakin. En ese momento llegó el resto de los transportes y empezaron a vomitar tropas.

—Envíemelos. Ahora —ordenó Anakin al comandante de brigada, que empezó a formar los regimientos.

Desde la cumbre de la colina seguían sin disparar. Bien. La artillería los mantenía controlados. Miles de soldados clon avanzaron hasta la ladera de la colina y se detuvieron, esperando la orden de cargar contra la cima.

En ese momento, su propia artillería empezó a bombardear los transportes.

—Que ajusten sus objetivos a intervalos de cien metros, retrocediendo hacia nuestras líneas. Pase la orden a todas las unidades —ordenó el coronel Gris Manks—. El ataque ha sido anulado y tenemos que cubrir la retirada de nuestras tropas.

—Señor —dijo uno de los operadores del Centro de Control de Tiro—, creo que las tropas situadas en el flanco derecho están atacando ahora mismo la colina. Si apuntamos cien metros más atrás, bombardearemos a nuestros propios...

—Sus datos deben de estar equivocados. Ajuste el objetivo. He recibido la orden directamente del general Alción. Recibida y autenticada. Que todas las piezas se ajusten al plan de fuego acordado y apoyen nuestras líneas en caso de un contraataque.

Los directores del CCT hicieron circular la orden, y los artilleros ajustaron sus puntos de mira de acuerdo con ella.

Erk y Odie saltaron en sus asientos.

—"Recibida y autenticada", la práctica habitual —comentó el androide junto a ellos—. Eso significa que el general al mando ha dado una orden, y las órdenes deben ser obedecidas. Lo sé porque soy un...

Para Anakin, al pie de la colina, el ataque desde la cima empezó como una brillante y luminosa hilera de fuego. Eran tantas las armas que disparaban a la vez que resultaba difícil elegir un blanco individual.

Una ola de destrucción se abatió sobre los soldados reunidos en torno a él. Sin pensarlo siquiera, usó su sable láser para desviar varios disparos dirigidos directamente hacia él. Los hombres situados a su derecha y a su izquierda no tuvieron tanta suerte y fueron cortados en pedazos.

—¡Adelante! —gritó Anakin, empezando a escalar la colina.

Las compañías, los batallones y los regimientos avanzaron tras él, disparando y maniobrando; pero la línea vaciló bajo el devastador fuego procedente de la cima y terminó deteniéndose, cuando las bajas aumentaron y los supervivientes se tiraron al suelo en busca de cualquier protección que pudiera proporcionarles el terreno ante la destrucción que llovía sobre ellos desde las alturas.

—Bombardeen esa colina —ordenó Anakin por la red de mando, olvidándose del procedimiento apropiado debido a la excitación—. ¡Aquí el comandante Skywalker, necesitamos el apoyo de la artillería! ¡Están destrozando nuestros propios transportes! Reajusten sus objetivos. Nos están destrozando aquí abajo. Estamos atrapados entre dos fuegos. ¡Repito, estamos atrapados! Cambio.

Creyendo que el mensaje de Anakin era un truco —la orden de ajustar el tiro había venido del CCT y, probablemente, del mismísimo general en jefe—, los comandantes de las baterías designados para apoyar el ataque de las tropas de Anakin dudaron. Pidieron confirmación del CCT y la recibieron. Los obuses continuaron cayendo sobre los transportes.

El fuego de los androides separatistas se intensificó. Y pocos soldados clon eran capaces de devolverlo. Frustrado, Anakin conectó con la red de mando de Alción.

—General Alción, aquí Anakin. ¿Qué está pasando? ¡Estoy atrapado! ¡Nuestra propia artillería me bombardea el trasero, y el enemigo nos está masacrando!

Alción se sorprendió al escuchar la voz de Anakin atronando los altavoces del puesto de mando. Todos los presentes dejaron de atender sus deberes para prestar atención.

—Un momento, Anakin —se giró hacia su enlace con la artillería—Póngame con el coronel Manks.

—Usted me dio esa orden hace un rato —protestó Manks cuando Alción le preguntó qué estaba ocurriendo—. Ajustar los objetivos a intervalos de cien metros, retrocediendo hacia nuestras líneas...

—Han interferido nuestra red de comunicaciones —jadeó un oficial—. ¡Usted no ha dado tal orden!

—Coronel, cubra la retirada del flanco izquierdo, pero apunte a la cima de esa colina inmediatamente. Anakin, en cuanto los morteros vuelvan a disparar, sal de ahí... ¡Estoy anulando el ataque!

Cuando los morteros volvieron a bombardear la cumbre de la colina, ya era demasiado tarde para provocar cualquier tipo de daño a los androides. Se habían retirado a sus búnkeres.

Odie enterró la cara entre las manos.

—Estábamos matando a nuestras propias tropas —susurró.

—A eso se le llama "fuego amigo" —explicó el androide—. Suele suceder siempre.

—Sé lo que es —replicó Odie amargamente—. Pero espero no volver a oír jamás ese término.

—Informe, Tonith.

Era de nuevo la detestable comandante Ventress. Pors Tonith dejó su taza de té.

—Me llama en un momento muy inoportuno —sonrió con desprecio—Estoy rechazando un ataque masivo.

—Sí, parece sumamente ocupado..., como siempre procura parecer. Entonces, ¿ha tenido éxito?

—Completamente —respondió Tonith, satisfecho, llevando de nuevo la taza de té hasta sus labios y sorbiendo alegremente.

—¿Bajas?

—Las nuestras, escasas. Las tuyas... Bueno, no las hemos evaluado todavía, pero muchas. Enormes, de hecho. Ya ve, me he anticipado a sus movimientos perfectamente...

—El Conde Dooku se alegrará —le interrumpió Ventress con su tradicional tono neutro.

—Estoy seguro de que esto confirma su fe en mi habilidad para dominar la situación —dijo el banquero, recostándose en su sillón y sonriendo abiertamente a la imagen holográfica que flotaba frente a él.

—Pronto recibirá refuerzos. La flota está en camino.

Tonith sólo asintió con la cabeza.

—Puede que ni siquiera los necesite. Creo que me enfrento a enemigos de segunda. Ataques frontales. Maniobras de flanco. Jedi corriendo de aquí para allá con sus sables láser. ¡Idiotas! Lo que cuenta es la potencia de fuego y la táctica, no el heroísmo y las bravatas.

—Informaré al Conde Dooku —replicó ella—. Una cosa más, Tonith. Cuando esto termine nos veremos en persona. Y lo mataré.

La imagen desapareció.

Tonith se quedó helado durante un segundo. Entonces se encogió de hombros, vació su taza y se sirvió otra.

—Esperaré ansioso ese día —sonrió.

Pero sabía que la mujer hablaba en serio.

Capítulo 26

Nunca había visto nada tan desastroso —comento el soldado Vick, el antiguo guardia de la Neelian, al cabo Raders.

La pareja estaba sentada en un rincón del puesto de mando, intentando pasar desapercibida y sin molestar a nadie.

—¿Cómo lo sabes? He pasado más tiempo haciendo cola en las cantinas que tú siendo guardia, y esto no es tan malo —replicó Raders—. El general Alción sabe lo que se hace. Lo has visto pelear cuerpo a cuerpo.

—Todo lo que sé es que esto se está desmoronando, y aquí estamos nosotros, chupándonos el dedo. ¿Por qué no le pedimos al general que nos reintegre en nuestro puesto?

—Ahí estoy de acuerdo. No me gusta trabajar con clones. Esos tipos me ponen nervioso. No les puedes ver la cara con esos cascos...

—Necesitamos otra misión como la de reconocimiento con el sargento L'Loxx, ése sí es un soldado con el que realmente puedo trabajar.

La otra noche convertimos en basura a bastantes androides, ¿verdad? Pero lo importante es no quedarse clavados aquí, en el CCT, como esos dos pajaritos enamorados. —Todos los hombres del puesto de mando conocían ya al teniente H'Arman y a la soldado Subu—. No querrás eso, ¿verdad?

—No. Pero tampoco quiero rondar por ahí sin hacer nada. Tendríamos que haber ido con ese otro Jedi, el tal Skywalker. Dicen que ahora está combatiendo en el frente. Ahí es donde quiero estar. Seguro que no le irían mal un par de buenos soldados.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que pides, amigo. Pero ese Skywalker, ¿sabes...? Soy más viejo que él.

—Pues fíjate hasta dónde has llegado.

Raders asintió con la cabeza silenciosamente. Entonces, añadió:

—¿Sabes lo que me gustaría ahora?

—Se me ocurren un millón de cosas.

—Me gustaría un buen vaso de agua fría.

En el campo de batalla había muy pocas existencias de tan precioso artículo.

Aplicando las normas estándar establecidas para los soldados de las diferentes especies que operan en las diferentes condiciones climáticas conocidas en la galaxia, el mayor Mess Boulanger había estimado que los soldados clon necesitaban unos 8 litros de agua cada veinticuatro horas estándar para mantener un estado óptimo de combate en un ambiente desértico como el del continente de Praesitiyn; es decir, que se precisaban 160.000 litros diarios para todo el ejército bajo el mando de Alción. Y eso sin contar las necesidades de los altos mandos, el personal de Estado Mayor y las unidades de apoyo. Los condensadores de humedad, como los utilizados en las granjas de mundos como Tatooine, sólo podían producir litro y medio diario, pero eran muy voluminosos y temían que instalarse a cierta distancia del frente para ser eficaces, ya que lo normal era que quedaran sometidos al bombardeo constante de la artillería enemiga. Los ingenieros de Alción habían perforado la corteza del planeta para construir pozos artesanos, pero sólo eran capaces de producir unos diez mil litros de agua diarios; y había que tener en cuenta que el agua obtenida debía procesarse para que fuera potable.

La sed aparece en los seres humanos cuando se pierden fluidos corporales equivalentes al uno por ciento del peso total. La muerte por deshidratación sobreviene

cuando la proporción alcanza el 20 por ciento; menos todavía en un medio ambiente árido. Durante el ataque contra las líneas de Tonith, el 2 por ciento de las bajas sufridas por la infantería clon se debieron a la deshidratación. Y eso contando con que las tropas de infantería estaban en la mejor forma física posible. Cada soldado había desembarcado en Praesitiyn con un equipo completo de combate, consistente en más de cuarenta kilos de armas y suministros, incluyendo ocho litros de agua. Cuando el ataque a las líneas de Tonith fue anulado, la mayoría ya había consumido el agua que traía consigo.

Mess Boulanger había calculado estas necesidades con precisión y se había preparado para cubrirlas. Sólo tenía un problema: ese suministro principal de agua, el que más necesitaba en aquel momento y que requería un inmediato y continuo reabastecimiento, dependía de la flota en órbita.

Muy por encima de la caldera de muerte y destrucción en que se había

convertido la meseta del Centro de Comunicaciones Intergalácticas de Praesitiyn, las tripulaciones de las naves de Alción trabajaban afanosamente para mantener a su ejército pertrechado con todo lo imprescindible para la guerra. Bosuns quejosos dirigían enormes montacargas, apilando suministros y cargándolos en los transportes. Una interminable corriente de suministros descendía desde las naves hasta la superficie del planeta.

El viejo Mess Boulanger había calculado con exactitud las cantidades de obuses de artillería, piezas de repuestos y raciones que el ejército necesitaría para actuar a pleno rendimiento durante una semana, el plazo de tiempo estimado para liberar al Centro de Comunicaciones Intergalácticas del dominio de Tonith. Su personal y él habían calculado el tonelaje preciso con el que reabastecer diariamente al ejército para que pudiera afrontar una campaña feroz. Una vez desembarcadas las tropas de infantería, Boulanger había modificado los compartimentos de todos los transportes de infantería para convertirlos en vehículos de carga, y los utilizaba por docenas para trasladar todo el material. Para que los cargamentos llegaran intactos necesitaba, básicamente, velocidad y maniobrabilidad, ya que tenía un gran problema: no podía aterrizar cerca de las tropas de Alción.

Tras los primeros desembarcos, que no encontraron oposición alguna, los artilleros de Tonith se dedicaron a bombardear la zona de aterrizaje y consiguieron destruir varios transportes de suministros. Esto obligó a Alción y a sus comandantes a establecer un nuevo depósito de almacenaje a unos treinta kilómetros de distancia, tras una cadena de colinas que servían de escudo a transportes y cargamento ante el fuego directo de Tonith. Utilizar aquel depósito no era fácil porque las naves tenían que dejarse caer literalmente desde unos trescientos kilómetros de altura, y acercarse hasta él volando casi a ras de suelo para evitar los ataques. Además, los transportes tenían que soportar un diluvio de fuego en el momento de recoger a los soldados que habían combatido contra los androides separatistas. Muchos de ellos se perdieron.

Odie se apretujó en el rincón del puesto de mando, junto a Raders. Erk se unió a ella.

—Hola, Asesina —saludó Raders.

Odie hizo una mueca.

—No me gusta ese apodo.

—Acostúmbrate. Te lo has ganado —dijo Vick.

—Aquí empieza a haber demasiada gente —apuntó Raders.

—Tienes razón, ¿por qué no os marcháis? —preguntó Odie.

—Nosotros estábamos primero —bromeó Raders.

Erk decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Estábamos hartos de dar vueltas por el CCT sin que nos encargasen ninguna misión. Pensamos venir aquí y quedarnos un rato.

—Sí, señor —respondió Vick con una cara de "¿A mí qué me cuentas?".

—Callaos ahí detrás —cortó un oficial.

Anakin, con un vaso de inestimable agua fría en la mano, estaba sentado en el puesto de mando de Alción, presentando su informe.

—Nos esperaban, Maestro Alción. Según el informe preliminar, mis bajas iniciales se elevan a más de seiscientos muertos, heridos o desaparecidos. Entre los desaparecidos está todo el equipo de comandos que envié para preparar el terreno. No regresó ninguno.

Dio un sorbo a su vaso de agua.

—Nuestras bajas en el ataque frontal pasan de las mil, y no sabemos el número de muertos o desaparecidos —respondió Alción—. Hemos vuelto a la casilla de salida.

—Era un buen plan de ataque —intervino Slayke—. Bien coordinado, bien planeado y bien ejecutado. Nadie tiene que culparse de lo ocurrido ahí fuera. Nuestro contrincante estaba preparado, eso es todo. La próxima vez tendremos mejor suerte.

Acababa de volver de inspeccionar la línea defensiva que había establecido en el cauce seco del río. Puso una mano en el hombro de Anakin.

—Los clones y tú luchasteis con valentía, Anakin, me alegra que consiguieras volver con vida. En fin, miremos el lado bueno. Hace horas que nuestras tropas han regresado y no se ha producido ningún contraataque.

Eso significa que no tiene recursos suficientes para organizar uno.

—Pero seguimos teniendo que llegar hasta sus posiciones y desalojarlos de allí —dijo Alción—. Y sin atacar frontalmente.

—Quienquiera que esté al mando sabe lo que hace —observó Slayke—. Pero no importa lo bueno que sea, no es mejor que nosotros tres juntos. Sugiero que avisemos a nuestra flota y arrasemos la meseta.

Todos los que se encontraban cerca del trío dejaron lo que estaban haciendo y se dedicaron a escuchar lo que decían. Todos pensaban lo mismo.

—Pero... —protestó Alción.

—Sé lo que vas a decir —cortó Slayke agitando la cabeza—. Que debemos intentar proteger el Centro de Comunicaciones Intergalácticas y las vidas de los técnicos supervivientes. Los retienen como rehenes, eso está claro, pero también lo está que la República no hace tratos con criminales, que es lo que son esos separatistas. Si queremos erradicarlos de este planeta, habrá que aniquilarlos. El Centro, sus técnicos, Reija Momen, todos... serán pérdidas colaterales, eso es todo.

—Antes he tenido que escuchar lo de "fuego amigo", y ahora esto de "pérdidas colaterales" —dijo Anakin, terminando de beber el agua. Se pasó una cansada mano por la cara—. No me gustan todos esos eufemismos de muerte y destrucción, pero después de lo que hemos pasado los soldados clon y yo, creo que el capitán Slayke tiene razón. Lo que pasa es que... —vaciló mientras la imagen de Reija Momen le pasaba por la mente—. Bueno, tiene razón, y ya está.

Hizo un gesto de asentimiento hacia Slayke, pero se negó a mirar al Maestro Jedi a la cara.

Alción contempló fijamente a Anakin, como si el joven Jedi hubiera lanzado un insulto horrible. Quiso decirle: "¿Qué te pasa?", pero se contuvo. Anakin había pasado por un calvario. Aun así, era un Jedi.

—La pérdida de vidas en esta campaña ha sido terrible, lo entiendo —dijo lentamente—. Su ejército es el que ha sufrido más bajas, capitán Slayke, y comprendo su deseo de acabar con este derramamiento de sangre lo antes posible. Anakin, tú también has vivido una experiencia terrible. Ambos sois comandantes capaces y valientes, y me siento afortunado al tenerlos conmigo. Pero, escuchadme bien: bajo ningún concepto sacrificaremos las vidas de los civiles para lograr una victoria rápida o pírrica —sus ojos despedían llamas—. Recordad que nuestra misión es salvar las instalaciones y las personas. Ahora, volvamos al trabajo y preparemos otro plan de ataque.

—Uh... perdone, señor —intervino el cabo Raders desde el fondo de la sala—. Nos estábamos preguntando cuándo vamos a poder entrar en acción.

—¿Por qué no les pedimos que se unan a nosotros? —sugirió Slayke, sonriendo burlonamente—. Tal como está la situación, siempre puede empeorarse pidiendo consejo a nuestros hombres. Conozco a esos dos, a la mujer y al oficial con su uniforme enrollado en el brazo, y ellos conocen el terreno mejor que cualquiera de nosotros.

—¿Por qué no? —respondió Alción—. Ustedes, acérquense y abran bien los ojos.

—Tú eres la que disparó a Grudo —comentó Anakin mientras Odie se acercaba.

—Sí, señor. Fue un error. Yo... yo...

—Sí, "fuego amigo". No fue culpa tuya, ocurre muchas veces —la consoló Anakin, sin creer realmente sus palabras. Se giró hacia Alción— Cuando volvamos, quiero que vengan conmigo —y señaló a los dos guardias.

—¿Por qué? —preguntó Alción.

Anakin se encogió de hombros.

—Sólo sé que puedo contar con ellos. Te guardaron la espalda cuando rechazaste a los invasores de la Ranger. Y ahora que han barrido a mis comandos, necesito que alguien guarde la mía.

Alción se tomó su tiempo antes de contestar. Había algo en el joven Jedi, una dureza que no estaba allí antes.

—Sí, Anakin, volveremos. Tenlo por seguro. No nos quedaremos aquí, lamiéndonos nuestras heridas —se volvió hacia uno de los oficiales—. Traiga al personal de operaciones y empecemos a trabajar.

Mess Boulanger se irguió en toda su corta estatura, acarició su mostacho y replicó:

—Comandante, estimo que necesita dos mil toneladas métricas de material y suministros para mantener su ejército en funcionamiento a los niveles que han llegado hoy. Tengo acumulado más que suficiente en nuestro nuevo punto de aterrizaje, pero mientras el enemigo ocupe las alturas sólo podré traer hasta aquí unas mil toneladas diarias, y, aun así, debo decir que con unas pérdidas inaceptables en vehículos de transporte. Tenemos material suficiente para preparar un asalto más, después... habrá que retirarse y reagruparse.

Los oficiales reunidos alrededor de la mesa meditaron en silencio.

—No podemos esperar al reabastecimiento —dijo Anakin—. Y sigue existiendo la posibilidad de que los refuerzos enemigos estén en camino.

Si consiguen llegar hasta aquí, el equilibrio de fuerzas se descompensará a su favor.

—Estoy de acuerdo —confirmó Slayke—. Debemos atacar en seguida y terminar con este sitio. ¿Qué dice el comandante de nuestra flota?—preguntó, dirigiéndose al almirante Hupsquoch, comandante de las naves en órbita.

—Estamos vigilando el cerco establecido alrededor de Sluis Van —respondió Hupsquoch—. No han hecho ningún intento de romper nuestro bloqueo en Praesitiyn. Y, de hacerlo, seríamos más que capaces de encargarnos de ellos. Mi preocupación es la misma que la suya, comandante Skywalker, la posibilidad de que los separatistas reciban refuerzos de alguna otra parte.

Alción asintió con la cabeza.

—Sería muy extraño que los separatistas montasen una operación como ésta sin un plan de contingencia para reforzar su ejército. ¿Qué precauciones ha tomado contra una sorpresa, almirante?

—He dispuesto una pantalla de corbetas rápidas y de cruceros sobre una distancia de cien mil kilómetros en todas las direcciones. Las tripulaciones de todas mis naves están en alerta máxima, con una mitad de los hombres relevando constantemente a la otra en las estaciones de combate.

—¿Y usted? —Alción señaló al oficial de Inteligencia.

—Desde que anulamos las interferencias enemigas, estoy en contacto permanente con Coruscant. Todos los servicios de Inteligencia a disposición del Senado están trabajando a lo largo de la galaxia. Ninguno ha encontrado la más mínima indicación de que se esté reuniendo una fuerza importante para ser enviada contra nosotros. Eso no significa que los separatistas no vayan a hacerlo, sólo que no lo hemos descubierto todavía. Y la integridad de nuestras comunicaciones ha sido completamente restablecida, señor. No se producirán más incidentes como el de esta mañana.

—Fíjense en esta visualización —dijo Alción, mostrando un gráfico tridimensional del terreno situado a cien kilómetros de su posición—Reconocimiento nos dice que el perímetro del enemigo está muy consolidado allá arriba. Han acortado las líneas para juntar sus recursos y defender mejor los trescientos sesenta grados de todo el perímetro. Y han acercado todavía más sus posiciones al Centro porque saben lo mucho que valoramos las vidas de los técnicos que retienen. Por eso no permitiré que la flota utilice sus armas contra el Centro. Significaría la destrucción completa de todo y de todos.

—Pero nuestros ataques, y especialmente la campaña del capitán Slayke antes de llegar nosotros, han tenido que debilitar al enemigo—señaló Anakin—. Y recordad

lo que descubrió el sargento L'Loxx durante su salida: los androides de combate tienen falta de mantenimiento. En un momento crítico, eso podría contar a nuestro favor.

—El tampoco puede reabastecerse —agregó Mess Boulanger.

—Exacto —continuó Anakin—. Y en este medio ambiente, el mantenimiento es clave para mantener la potencia de combate. Esta mañana, más de dieciséis de mis transportes se vieron apartados de la batalla debido a problemas de mantenimiento, pero sus tripulaciones ya han conseguido recuperarlos y vuelven a funcionar. No creo que él pueda hacer lo mismo. Durante nuestra retirada...

—No nos "retiramos", Anakin, sólo realizamos un movimiento de repliegue —apuntó Slayke, sonriendo abiertamente. Algunos de los oficiales no pudieron contener las carcajadas.

—En realidad no nos "retiramos", simplemente avanzamos en dirección opuesta —contraatacó Anakin—. De todas formas, por el camino encontramos abandonadas dos docenas de tanques androides enemigos.

Habían dejado de funcionar. Así que, a pesar de nuestras pérdidas, todavía tenemos mucho con qué plantarles cara. Más que él, creo.

—No podemos atacar por aire; sus líneas y su perímetro de seguridad están demasiado cerrados para permitir que nos infiltremos. No vamos a malgastar nuestra ventaja lanzando otro ataque frontal, y no podemos utilizar la artillería de la flota para desalojar a los androides —dijo Alción, resumiendo las opciones obvias.

—Y, mientras tanto, ese tipo está tranquilamente sentado, esperando sus refuerzos —agregó Slayke.

—Bien, ¿qué podemos hacer? —preguntó Alción mirando a todos los reunidos en torno a la mesa.

—Yo sé lo que hay que hacer —contestó Anakin casi en un susurro.

Nadie dijo nada. Alción pidió a Anakin que continuase con un movimiento de cabeza.

El joven Jedi se irguió y contempló todo el puesto de mando. Su cara y sus manos todavía estaban manchadas por la batalla matinal, y llevaba la ropa sucia y desgarrada. Su rostro mostraba arrugas y ojeras que no estaban allí un día antes. Pero su voz era firme y su lenguaje corporal confirmaba el hecho de que, aunque cansado, estaba dispuesto para el siguiente asalto. Seguía estando al mando.

—Dadme quince soldados clon y un trasbordador, proporcionarme toda la cobertura que podáis y volaré hasta la colina. No directamente. Despegaré desde el punto de aterrizaje y me dirigiré en esta dirección —señaló el mapa tridimensional—. Volaré cien kilómetros hacia el Norte, hasta este punto, y entonces efectuaré un giro cerrado en esta dirección, volveré a girar y llegaré desde atrás. Aterrizaré mientras prosigue el bombardeo, llegaré hasta el Centro y liberaré a los rehenes. Una vez estén a salvo, que la flota se encargue del resto.

—A ver si lo entiendo —dijo un coronel, el jefe de operaciones de Alción—. Está proponiendo atacar con sólo quince hombres...

—En realidad, diecisiete. Quiero que los dos guardias vengan conmigo.

—Diecisiete, sí, señor. ¿Y con sólo diecisiete hombres espera irrumpir en el Centro, encontrar a los rehenes y evacuarlos?

—Exacto, coronel.

—Puede hacerse —dijo Slayke, golpeando la mesa con un puño—. Es genial. Probablemente también suicida, pero genial —sonrió a Anakin—. Pero, si ni siquiera sabe dónde retienen a los rehenes... —señaló el jefe de operaciones.

—Sí, lo sé —respondió Anakin.

—¿Y cómo lo sabe, señor ?

Anakin sonrió.

—Confíe en mí, coronel. Soy un Jedi —es todo cuanto dijo. La cara del coronel enrojeció.

—Necesitará a alguien que conozca bien los alrededores del Centro —señaló Alción.

—Puedo serle útil, señor —intervino Odie—. He estado en el Centro muchas veces y solía patrullar por la zona.

Los oficiales se quedaron mirándola. La chica bajó los ojos, nerviosa. —¿Y qué hacías en el Centro? —preguntó Erk.

—Bueno... —miró tímidamente a los oficiales—. Conocía a alguien en Defensa..., almorzábamos juntos allí y... —se encogió de hombros—Quería saber cómo era el Centro.

—Llévatela —dijo Alción.

—Sería mejor que lleve dos transportes, señor —apuntó Erk—Necesitará cobertura.

—Si tuviéramos un androide de limpieza aquí, también podríamos pedirle consejo —comentó uno de los oficiales.

—Perdone, señor, pero es el procedimiento estándar. Y si lo sigue, me presento voluntario para pilotar el segundo trasbordador —añadió Erk—. Ya que se lleva a mi compañera de escuadrilla, tiene que llevarme a mí. Insisto.

—Los tenientes no insisten —dijo Anakin—. Sólo cumplen órdenes.

—Pues insisto, señor. Lo conozco. Conozco su reputación. Soy piloto de combate, uno de los mejores, y estoy harto de andar pegado a la tierra.

Anakin miró con intensidad a Erk un instante. Entonces, asintió con la cabeza.

—Creo que ya he recibido mis órdenes —dijo Erk, sonriendo abiertamente.

—Pero, teniente, está herido —protestó Alción.

—Ya me encuentro mejor, señor. Además, soy tan bueno que si fuera necesario podría manejar cualquier nave con los pies.

—Me lo creo —aseguró Anakin—. Me lo llevaré con la soldado de reconocimiento... y dos trasbordadores.

—Como quieras —Alción se encogió de hombros—. Si no hay nada más, sacad a todos esos parásitos de mi puesto de mando, a ver si conseguimos espacio para poder respirar un poco. ¿Cuándo piensas partir?

—En cuanto los transportes estén preparados y estudiemos los planos del Centro, señor.

—Está bien —Alción se dirigió a sus oficiales—. Volveremos a lanzar todo lo que tenemos contra sus líneas. Quiero que la infantería maniobre como si fuéramos a lanzarnos contra ellos. En cuanto atraigamos la atención del enemigo, Anakin despegará. Una vez haya rescatado a los rehenes y sepamos que están a salvo,

usted, almirante, dirigirá toda la potencia de fuego de la flota contra esa meseta. Barra el lugar; ya reconstruiremos más adelante el Centro. Comandante Skywalker, su plan es muy arriesgado, pero creo que puede funcionar. El general separatista no esperará algo así y no lo verá venir. Que la Fuerza le acompañe, Anakin —le estrechó la mano, antes de ofrecérsela a los otros cuatro.

—Bien, en marcha —exclamó Anakin.

Los dos guardias hicieron chocar las palmas de sus manos.

Capítulo 27

Dondo Foth, capitán de la fragata Mandian, era un militar profesional concienzudo que pasaba la mayor parte de su tiempo en el puente, siempre alerta, siempre atento a todos y cada uno de los detalles que implican el correcto funcionamiento de una nave estelar. Esa era una de las razones por las que su nave había sido elegida para patrullar el borde exterior del cinturón establecido por Alción en torno a Praesitiyn. En aquel momento se encontraba a 150.000 kilómetros de la flota orbital, un poco más alejado de lo indicado en las órdenes, pero había decidido patrullar a esa distancia por iniciativa propia.

—Por si acaso —dijo a Vitwroth, el oficial ejecutivo de la Mandian— Francamente, creo que deberíamos estar a un millón de kilómetros, lo bastante lejos de la flota como para tener tiempo de avisarla si algo o alguien intenta atravesar el cerco.

—Bueno, capitán, aquí se siente uno muy solitario —replicó Vitwroth— Me gustan las luces brillantes y la compañía.

Foth era de Nueva Agamar, fornido, cerca de la mediana edad. Le devolvió la sonrisa.

—Veamos ese paquete de ascensos —le dijo al androide militar de protocolo programado para ser su ayudante personal. Alguien de la tripulación, probablemente con la connivencia del propio androide, le había grabado en la frente los galones de un soldado de primera clase. La tripulación solía llamar al androide Montón de Chatarra.

—He leído todos los informes, capitán, y he preparado los nombramientos según las regulaciones de la Armada —respondió el androide— Usted recomienda el ascenso de seis miembros de la tripulación: uno a sargento, dos a primera clase...

—Vale, vale, y también sé quiénes son, Montón de Chatarra —dijo el capitán Foth—. Sólo quiero estar seguro de que no has cometido ningún error. La semana pasada mezclaste dos cartas personales con un informe para la flota. Tsch, tsch, si vuelve a pasar algo así, te convertiremos en chatarra.

—Fue un simple error de programación, capitán —protestó el androide—. Y ya ha sido reparado, se lo aseguro.

—No me asegures nada, Montón de Chatarra... Soy yo quien te asegura las cosas a ti, y te aseguro que te mandaré al Saco de Desperdicios.

El Saco de Desperdicios era el departamento de almacenaje de la nave, donde terminaban los trastos viejos. El capitán Foth rió y cogió los discos de los ascensos. Aunque el androide era una máquina, a veces le resultaba imposible no pensar en él como un ser vivo, y Foth disfrutaba metiéndose con él. En realidad no tenía la más mínima intención de mandar a su Montón de Chatarra al Saco de Desperdicios.

—Capitán, hemos detectado un objeto aproximándose —advirtió el oficial de vigilancia—. A veinticinco grados del mapa estelar y trescientos mil kilómetros de distancia... ¡Se acerca lentamente!

—Avisad al cuartel general —respondió Foth con su tono de voz normal. Devolvió los discos al androide—. Me encargaré de esto más tarde —y añadió, dirigiéndose al oficial de vigilancia— Imagen en pantalla. ¿Cuál es su velocidad y su curso? Informad a la flota. Preparad los cañones.

—Cuartel general, señor —respondió el oficial de vigilancia.

—Imagen, señor. No veo nada ahí fuera, capitán —informó el navegante de la nave.

—Cañones preparados, señor —anunció el oficial artillero.

—¿Veintiún mil kilómetros por hora? Sea lo que sea, va muy despacio. ¿Dónde están esas imágenes? —preguntó Foth, mientras las pantallas revelaban gradualmente un objeto negro informe, casi una nube—Más definición. Esa maldita cosa no parece una nave.

—Mientras no esté más cerca, señor, es lo mejor que podemos obtener con nuestro actual equipo.

—No tuvimos tiempo de cambiarlo antes de abandonar Coruscant —dijo Vitwroth.

—Lo sé, lo sé. Artillero, ¿cuándo se encontrará a nuestro alcance?

—A esa velocidad, dos horas y veintisiete minutos, señor.

—Entonces, esperaremos... A menos que la flota nos ordene acercarnos. ¿Cree que es una nave separatista camuflada? —preguntó Foth a Vitwroth.

—Tenemos que suponer que sí, señor.

—Señor, mensaje de la flota. Recibido y autenticado: Mantengan su posición. Observen e informen. Disparen únicamente si son atacados —anunció el oficial de comunicaciones.

—Entonces, esperaremos —anunció Foth—. ¿Dos horas? Dos horas y veintiséis minutos ahora. Entonces quizá descubramos algo más. —Le sudaban las palmas de las manos, pero para los hombres del puente parecía frío como el hielo—. Todo el mundo preparado. Podría ser lo que esperábamos.

—Viajaremos rápidos y ligeros —dijo Anakin a su grupo de asalto, reunido en un pequeño bunker junto al puesto de mando. El grupo había crecido hasta incluir a un pelotón de infantería clon completamente equipado. Iría en el trasbordador de Erk, como medida de seguridad para cuando aterrizasen y tuvieran que entrar en el Centro—. Erk, vamos a forzar esos transportes al máximo y volaremos tan pegados al suelo como podamos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor.

—Entrar y salir de allí será un problema. Las naves llevan un revestimiento de protección, pero para evitar los cañones enemigos tendremos que ir a toda velocidad, así que todo el mundo se prepare para un despegue difícil. También espero un aterrizaje complicado, pero de eso hablaremos más tarde. Que todo el mundo estudie este gráfico de la meseta en el poco tiempo de que disponemos y memorice todos los

detalles que pueda. Y también este mapa tridimensional —sacó un plano del edificio principal de comunicaciones—. Soldado Subu, ¿algo de esto le resulta familiar?

—Sí, señor. Este largo pasillo lleva hasta la sala principal de control —utilizó un puntero láser para iluminar la zona de la que hablaba—Este pasillo lateral conduce a otras partes del complejo, y este otro desemboca en el jardín donde el personal se reúne para comer y descansar. Estas habitaciones son las del personal. Aquí están los almacenes y los talleres mecánicos. ¿Dónde retienen a los rehenes?

—En la sala principal de control. Si los trasladan, lo sabré. Fijaos en esto —Anakin iluminó una zona exterior del edificio principal—Aterrizaremos aquí, entre estos edificios. Esperemos que entre ellos y los árboles pasemos desapercibidos para sus radares. Repito, que todo el mundo se prepare para un aterrizaje difícil. Cuando desembarquemos, tendremos que correr hasta la entrada —señaló un pórtico enorme—. Si está cerrada, la volaremos. De ella surge el pasillo que desemboca en la sala principal de control. Es prácticamente imposible perderse. Lo que debe preocuparnos' son los pasillos laterales, son perfectos para una emboscada, así que dejaremos un hombre en cada intersección para cubrirlos y asegurarnos la ruta de salida. Sargento, elija ahora a esos hombres y vaya desplegándolos a medida que avancemos. Vosotros dos... —se giró hacia los guardias Raders y Vick—, os quiero en el trasbordador conmigo. Vuestro trabajo será patrullar el pasillo principal y respaldar a los que vigilen los pasillos laterales. Disparad contra todo lo que esté hecho de metal y se mueva.

—Viajaremos ligeros, llevaremos únicamente las armas y el equipo. Tendremos visita, si nos quedamos allí más de diez minutos. Los rehenes están fuertemente vigilados y nuestra mejor arma será la sorpresa.

Tenemos que llegar allí, eliminar a los guardias y conducir a los rehenes hasta los transportes tan rápido como nos sea posible. Si yo caigo, él tomará el mando —repuso, señalando a uno de los sargentos ARC-Teniente H'Arman, quédese en el transporte con la escolta. Soldado Subu, entrará en el edificio conmigo. Su trabajo será mantener a los rehenes en movimiento y llevarlos hasta los transportes.

El cabo Vick sonrió a Odie, y ella le devolvió la sonrisa. Erk se dio cuenta del intercambio y, a su pesar, sintió un leve aguijonazo de celos.

—¿Cuántos rehenes tienen? —preguntó, quitándose a Odie de la mente.

—El personal original constaba de cincuenta técnicos y especialistas, pero no sabemos cuántos han podido ser ejecutados. Sé que ninguno de vosotros visteis la transmisión de Reija Momen, pero en ella decía que el comandante separatista amenazaba con matar un rehén cada hora si no accedíamos a sus peticiones. Creemos que era un farol, pero..., bueno, tenía cincuenta víctimas potenciales y algunas podrían haber sido ejecutadas. No lo sabremos hasta que lleguemos allí. Recordad esto: no tendremos tiempo de buscar a nadie que se quede atrás. Los propios rehenes tendrán que informarnos si han salido todos, tendremos que confiar en ellos para estar seguros de que no nos dejamos a nadie. Es un riesgo que debemos correr.

Mientras Anakin hablaba, Odie lo observó atentamente. Era un joven guapo, quizás un poco mayor que ella, pero estaba claro por la forma en que hablaba y se movía que era él quien estaba al mando.

—Que todo el mundo se tome unos minutos para estudiar estos mapas hasta grabárselos a fuego en la mente. Una cosa más. La señal para que la flota abra fuego es la palabra clave "terminado". Cuando se transmita esa señal al general Alción, la flota disparará todas sus baterías pesadas, así que necesitamos estar fuera de la meseta cuando eso ocurra —Anakin se inclinó hacia su equipo—. Esta operación tiene que coordinarse a la fracción de segundo. Una vez el enemigo comprenda que hemos

entrado en el Centro, intentará matar a los rehenes. Sabe tan bien como nosotros que en cuanto los rehenes estén libres, tendrá los segundos contados. Cinco minutos y nos pondremos en marcha.

Mientras iba en el asiento del copiloto con el cinturón puesto, el corazón de Odie latía de excitación. Jamás había viajado tan rápido a tan poca distancia de la superficie. Anakin mantenía el trasbordador a menos de quince metros sobre el suelo, e iba lanzado a toda potencia. Odie tenía la impresión de que controlaba la nave con mano experta, casi sin esfuerzo. A pesar de la velocidad, realizaba los ajustes de rumbo en el momento exacto, era como si pudiera ver el terreno antes de que apareciera frente a ellos.

—¿Nunca habías volado en uno de éstos? —preguntó a la chica, tratando de entablar una conversación.

—No en la cabina de mando —respondió ella. Una colina pasó bajo ellos, mientras Anakin ganaba unos metros de altitud.

—¿Ni siquiera en una carrera de vainas?

—No, señor.

—El teniente que llevamos detrás es un buen piloto —observó Anakin—. Y dicen que tú eres muy buena en reconocimiento —se ajustó su micrófono de garganta—. Bien, Erk, éste es el punto sin retorno. Sígueme. Todo el mundo preparado. Revisad vuestras armas y equipo. Tres minutos para el descenso.

—Sí, señor. Soy bastante buena en reconocimiento —Odie se sorprendió del tono de su propia voz. Otras veces había estado asustada, muy asustada, pero aquello era terrorífico. Con toda la calma que pudo reunir, sacó la pistola láser de la cartuchera, revisó la carga y el seguro y volvió a enfundarla.

Por otra parte, Anakin casi parecía feliz de estar a los mandos de una nave que en cualquier momento podía estrellarse o verse arrancada del cielo de un cañonazo. Creyó que así debía de sentirse Erk cuando pilotaba su caza de combate.

La revisión de su arma por parte de Odie no pasó desapercibida para Anakin. Sonrió.

—Sabes cómo utilizar esa cosa, ¿verdad?

Su rostro quemado por el sol enrojeció todavía más.

—Sí, señor.

Anakin sabía que la chica pensaba en el incidente con el rodiano.

—Lo que pasó con Grudo fue un accidente —reconoció—. No te lo tendré en cuenta, quítatelo de la cabeza. Piensa en lo que nos espera y prepárate para volver a utilizar esa pistola.

La meseta apareció a pocos kilómetros de distancia. Brillaba y pulsaba por el fuego de artillería; el propio y el que recibía del enemigo.

Alción había empezado su ataque.

—Preparaos para el aterrizaje —anunció Anakin por la red de mando—Erk, no te separes de mí. ¡Bien, ahí vamos!

Anakin aterrizó entre dos edificios bajos y se detuvo con un remolino de polvo, frente a un pequeño bosquecillo. La rampa se abrió antes incluso de que la nave se detuviera por completo. Los soldados ARC y la infantería clon desembarcaron y corrieron hacia la entrada del edificio principal del Centro de Comunicaciones. El aire a su alrededor hervía, zumbaba y crujía a causa de los rayos de energía. Cien metros

más allá de la arboleda, todo era un remolino de fuego. Los cañones de Alción machacaban las posiciones defensivas de Tonith, pero nadie parecía haber descubierto los transbordadores, los dos, porque Erk ya había aterrizado junto a Anakin, y su infantería clon ya se desplegaba para formar un perímetro de seguridad.

Un soldado ARC voló la puerta del Centro de Comunicaciones y entró en su interior, seguido de cerca por Anakin.

—Desde aquí a la sala principal de control hay unos cuarenta y cinco metros —gritó Odie.

—Moveos deprisa, pero manteneos alerta —ordenó Anakin por la red de comunicaciones tácticas—. Asegurar el blanco antes de disparar. No queremos fuego innecesario.

Corrió por el largo pasillo, seguido por el resto de su patrulla. Los pasillos laterales parecían de momento vacíos, pero, tal como había ordenado, el sargento clon empezó a colocar a sus hombres para vigilarlos. Más adelante, el pasillo se desviaba ligeramente a la izquierda, y más allá se encontraban las puertas de la sala principal de control.

Anakin activó su sable láser. Iba tres metros por delante del clon más veloz, cuando un androide de combate apareció por una esquina, disparando su arma. El rayo impactó en el soldado que corría tras el Jedi. El soldado boqueó y cayó al suelo. Anakin se encargó del androide con una rápida estocada de su arma, pero más androides —seis o siete— tomaron posiciones frente a la puerta de la sala de control y empezaron a disparar.

Odie, los soldados clon y los dos guardias se tiraron al suelo, y los láseres pasaron inofensivamente por encima, destrozando paredes y techo. Ninguno pudo devolver el fuego porque Anakin estaba en medio, entre ellos y los androides. Odie, desde el suelo, vio cómo el Jedi parecía convertirse en el centro de un ciclón de luz azulada, mientras su sable láser giraba y lanzaba estocadas a los androides cuyos láseres, disparados casi a bocajarro, rebotaban en la hoja de energía, destrozando suelo, paredes y techo. En pocos segundos, los androides quedaron convertidos en un montón de basura humeante. Anakin saltó por encima de ellos, hizo girar su sable láser en un movimiento rápido para abrirse camino a través de las puertas de la sala de control y entró en su interior. Toda la escena había durado apenas unos segundos, y los que estaban tras él, contemplándola, creyeron que simplemente había pasado a través de los androides y de las puertas.

Odie y los demás quedaron tras él, recuperando el aliento entre toses. El pasillo apestaba con el hedor del metal vaporizado y de los componentes plásticos de los androides. Anakin ya había desaparecido antes de que ella pudiera ponerse de rodillas y gritar.

Los androides de la sala de control habían recibido órdenes estrictas de vigilar a los prisioneros, así que cuando Anakin apareció repentinamente entre ellos, con su sable láser brillando entre el humo, tardaron varios segundos en reconocer al recién llegado como una amenaza. Uno de ellos apretó el gatillo de su arma, pero fue como si Anakin hubiera adivinado las intenciones del androide antes de que se moviera. Con un movimiento casi casual de su espada, desvió el láser y partió al androide por la mitad.

Cuando Odie entró en la sala, se horrorizó al ver cómo Anakin se enfrentaba a seis androides de combate a la vez. Por suerte para ella y para los soldados que llegaban detrás, la atención de los androides estaba centrada en el Jedi. Para la chica, sus movimientos eran tan rápidos en comparación con el de los androides que éstos parecían moverse a cámara lenta. Odie se arrodilló y disparó contra el androide más alejado. El sargento y sus hombres adoptaron posiciones de disparo, pero Anakin se

encargó tan rápidamente de los androides que cuando terminaron de prepararse ya no quedaba ningún oponente contra el que disparar.

—Proteged a los rehenes —ordenó Anakin—. ¡Rápido! ¡Rápido! Seguro que no tardarán en contraatacar.

Pors Tonith, que hasta aquel momento había llevado una estrategia defensiva inteligente, había cometido un error grave: trasladar a los rehenes a la sala de control. Creyó que así podría vigilarlos más fácilmente, pero jamás hubiera imaginado que intentasen liberarlos. Ahora, lanzó una fatídica orden:

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

Anakin se irguió en el centro de la sala de control, rodeado por las humeantes pilas de escombros que hasta ese momento habían sido los guardias de los rehenes.

Para Reija Momen, que sólo instantes antes estaba sentada en el suelo, apoyada contra uno de los muros y rodeada por sus compañeros, la llegada del Jedi había ocurrido en medio de un estallido de ruido y furia tan sorprendente e inesperado que al principio no se dio cuenta de lo que pasaba. Los soldados ARC llegaron hasta ella y le tendieron una mano para ayudarla a ponerse en pie. Otros clones ya estaban ayudando a sus compañeros y llevándoselos a través de las destrozadas puertas.

Pero Reija avanzó hacia la solitaria figura del centro de la sala y lo besó en la mejilla. El beso fue toda una sorpresa para Anakin. Sabía que el contraataque androide estaba a punto de producirse, y sabía de qué dirección llegaría. Estaba a punto de activar de nuevo su sable láser, cuando Reija lo besó.

Sin pensar siquiera en el resto de los presentes, Anakin pasó automáticamente su brazo por encima de los hombros de la mujer y la atrajo hacia él. Ella dijo algo, y el Jedi sonrió y la miró. Lo que vio en ese breve instante fue un profundo fogonazo de reconocimiento. En medio de aquel caos de muerte y destrucción, en aquella situación desesperada, con el enemigo convergiendo hacia él y siendo la huida una mera posibilidad, cuando menos peligrosa, Anakin Skywalker experimentó... la paz. En el breve instante que duró ese inesperado beso, una profunda laxitud se apoderó de él; deseó apoyar la cabeza en el hombro de la mujer y descansar. Sólo descansar. Quizás hasta dormir, perder de vista aquel horrible lugar y no despertar hasta la mañana siguiente.

Lo que pasó a continuación pudo tener consecuencias inimaginables; fue como si Anakin Skywalker tuviera una revelación. En un microsegundo vio lo que iba a suceder y adonde le conduciría, pero le resultaba imposible cambiarlo. Se sintió como un niño testarudo y desobediente al que obligaban a sentarse, a estar callado y contemplar un espectáculo de marionetas.

Un androide de combate entró en la sala por la puerta más alejada y apuntó a Anakin con su rifle láser. Reija Momen se interpuso entre los dos en el momento en que el androide disparaba. El rayo alcanzó el pecho de la mujer, lanzándola con violencia contra Anakin. Ella no protestó, no gritó, su boca sólo formó una pequeña "o" y miró suplicante al joven Jedi. Anakin la sostuvo entre sus brazos y vio cómo la fuerza vital de Reija la abandonaba lentamente. El recuerdo de su madre muerta lo inundó y sintió que la rabia empezaba a dominarlo.

El androide permanecía inmóvil, sin dejar de mirar a Anakin. Daba la impresión de que esperase cortésmente a que Reija Momen muriera antes de volver a disparar. La sala de control permaneció en silencio un largo momento, roto únicamente por el

repetido repiqueteo, mientras el androide oprimía impotente el gatillo de su rifle. Anakin se había salvado gracias a la pobre labor de mantenimiento del ejército de Tonith.

En ese instante volvió a convertirse en un ángel vengador.

Capítulo 28

Son demasiadas —exclamó el teniente comandante Vitwroth mientras contemplaba cómo la flota enemiga llenaba lentamente las pantallas de la Mandian.

Miró hacia el capitán Foth, sentado en su sillón, en silencio y con los dedos tamborileando suavemente en uno de los brazos de la butaca.

—Nunca había visto tantas naves reunidas —comentó.

La flota principal en torno a Praesitiyn ya estaba advertida del peligro que se acercaba. ¿Y ahora qué?, se preguntaban todos a bordo de la Mandian. Todos, salvo el capitán Foth.

—Muy impresionante, ¿verdad?

—Han sido capaces de permanecer camufladas hasta encontrarse casi a tiro, señor —dijo Vitwroth—. ¿Cómo lo habrán conseguido?

—Igual que pudieron bloquear las comunicaciones. Tienen dinero de sobra para invertirlo en investigación y desarrollo —replicó Foth—Ahora veremos lo bien que saben combatir.

—Naves enemigas al alcance, capitán —anunció el oficial artillero—Estamos preparados para abrir fuego, señor.

—No. Nuestro trabajo era observar, informar y volver con la flota. Y ahora vamos a volver. Timonel, sáquenos de aquí.

El olor del cabello de Reija seguía aleteando en las ventanas de su nariz. Anakin recurrió a la Fuerza. Una sensación de poder invencible lo inundó, llenándolo por completo. No había experimentado la Fuerza de una forma tan intensa como ahora ni siquiera en la desesperada batalla con los tanques androides enemigos, o durante el asalto a la colina. En ese instante, en completa comunión con la Fuerza, supo que podía hacer cualquier cosa. Y se sintió bien. Toda idea de su misión, de la retirada a los transportes, de la evacuación de rehenes, de que ya podía enviar la palabra "victoria" a Nejaa, se evaporó como si nunca hubiera existido.

—¡Seguidme! —ordenó a sus tropas clon.

En el exterior del edificio remaba el caos.

Odie, ayudada por el cabo Raders y el soldado Vick, había acompañado a los rehenes hasta el transporte de Erk. Ahora podía ver al piloto en la cabina, levantando el pulgar y sonriendo ampliamente. No obstante, los separatistas estaban avisados de su presencia y, a pesar del continuo bombardeo de la artillería de Alción, los androides

de combate convergían hacia ellos. Los soldados clon disparaban para mantener el perímetro defensivo.

La voz de Erk crujió en los auriculares de Odie.

—Buen trabajo. Subid a bordo y larguémonos de aquí.

—No podemos. El comandante sigue ahí dentro —respondió Odie.

—Vamos, sabe cuidar de sí mismo —ordenó Erk—. Sube a bordo y deja que saquemos a esa gente de aquí —como si quisiera recalcar las palabras de Erk, un láser pasó entre las piernas de Odie y se estrelló contra el muro del edificio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Raders, llegando a la altura de la chica y mirando hacia el piloto.

—El comandante sigue dentro. No podemos abandonarlo —le informó Odie.

—Sí podemos, claro que podemos —replicó Raders—. Vamos, sube. Ya has hecho tu trabajo.

—¡No! —la chica se libró bruscamente de la mano de Raders y retrocedió, esquivando un láser que casi le arrancó la nariz—. ¡Yo vuelvo dentro!

—¡Estás loca! —maldijo Raders—. Vas a conseguir que nos maten a todos.

Vick llegó corriendo hasta ellos.

—¿Qué rayos está pasando aquí? Nos están acorralando. ¡Tenemos que evacuar a los rehenes!

El trío estaba en tierra, a la sombra del transporte de Erk. Un soldado clon se les acercó.

—No podremos aguantar mucho más —dijo con una voz tan calmada que parecía estar en el campo de entrenamiento—. El perímetro defensivo está a punto de ceder. ¿Cuáles son sus órdenes?

Un disparo láser impactó entre sus hombros, lanzándolo hacia delante, perforando y quemando su blindaje, explotando a través de su pecho.

—Se acabó. Márchate —gritó Vick a Erk.

De momento, el blindaje deflector del trasbordador de Erk los había salvado de sufrir daños graves. Sus motores estaban preparados. El piloto sacudió la cabeza con tristeza y alzó la rampa.

—Buena caza —susurró con voz quebrada. Su transporte empezó a avanzar lentamente al mismo tiempo que se alzaba del suelo—. Creo que esto significa que no estábamos destinados a compartir nuestras vidas.

En ese momento, uno de los cañones pesados del enemigo alcanzó la nave de Anakin, haciendo que explotase en una cegadora bola de fuego.

La onda expansiva lanzó al trío contra el muro de un edificio cercano, pero sólo sufrieron magulladuras, y la nave de Erk estaba demasiado lejos para sufrir daños.

Los tres se miraron entre sí.

—Gracias, soldado, nos has matado a todos —dijo Vick amargamente.

El fuego de los soldados clon había cesado y, desde donde se encontraban, podían ver cómo los androides de combate enemigos se acercaban. Odie apuntó con su pistola al primero.

—Todavía no —dijo Raders, colocándole una mano en el hombro—Entremos en el edificio. Quizás el comandante y sus clones sigan vivos ahí dentro. Quizá podamos escapar antes de que vuelen todo esto.

—¡Oh, estamos muertos, muertos, muertos! —gruñó Vick.

—¡Deja de quejarte! —cortó Raders—. ¿Para qué crees que nos pagan? A mi orden, corred como locos y meteos por ese agujero del muro. ¿Listos? ¡Ya!

Nejaa Alción parecía transfigurado. Sentía que la perturbación en la Fuerza que experimentaba era a causa de Anakin. Sabía que el joven Jedi seguía vivo, pero algo lo preocupaba...

—General, un informe urgente de la flota —anunció un oficial de Estado Mayor, tocando el hombro del Jedi. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

Cerca de él, Slayke sonrió. Se había dado cuenta de que el Maestro Jedi estaba absorto en su ensoñación, y le divertía que incluso un Jedi dejara divagar su mente. Imaginaba que el ensueño de Alción estaba relacionado con Anakin, y sabía cuánto le preocupaba el joven Jedi. A pesar de sus pasadas diferencias, Slayke respetaba a Alción.

—¡Escuchad esto! —el Jedi hizo un gesto hacia los oficiales presentes en la sala, incluido Slayke, invitándolos a que se acercasen—. Esta campaña está entrando en un nuevo nivel. Se acerca una enorme flota enemiga.

—Sus refuerzos —exclamó Slayke sin mostrar la más mínima emoción—. Nejaa, ahora estamos entre la espada y la pared.

—Sí, lo estamos —admitió Alción. ¿Qué estaba pasando en la meseta? Se volvió hacia uno de los oficiales—. Que la flota se prepare para la batalla. Capitán Slayke, me uniré a ella. Quédese aquí y...

—General, han liberado a los rehenes —interrumpió un oficial de comunicaciones—. El trasbordador acaba de informar.

Varios oficiales aplaudieron y sonrieron abiertamente.

—Conecte los altavoces para que todos podamos escuchar el informe —ordenó Alción—. ¿Anakin? ¿Eres tú?

—No, señor. Aquí el teniente H'Arman. El comandante Skywalker sigue en el Centro de Comunicaciones, y su nave ha sido destruida. Tengo los rehenes a bordo y los llevo a un lugar seguro.

—Buen trabajo, teniente. Aterrice en el punto de reabastecimiento y espere nuevas órdenes.

—Vaya, esto es genial —dijo Slayke—. No podemos luchar contra esa flota dejando un contingente enemigo detrás de nosotros, Nejaa. Lo siento, pero tienes que dar la orden de destruir la meseta antes de que nuestras naves entren en combate.

Alción miró fijamente a Slayke.

—No, todavía no. Esperemos un poco.

—Como ordene, señor —respondió Slayke, pero era evidente que pensaba que el Jedi tomaba una decisión equivocada.

—Sólo un poco. Unos cuantos minutos no marcarán ninguna diferencia.

—Nejaa, sé lo que sientes por Anakin —dijo Slayke—. Es un buen comandante, pero el éxito de toda esta expedición depende de tu decisión. Tenemos que centrar toda nuestra atención en la nueva amenaza. Tienes que dar esa orden.

—Sí. Y la daré..., pero no ahora.

Anakin se movió con la velocidad y la brillantez de un sol ardiendo. Los androides cargaban contra él disparando indiscriminadamente sus armas. El sable láser centelleaba en una cegadora sinfonía de luz y destrucción, desviando los rayos sin esfuerzo, enviando algunos contra techo y paredes y devolviendo otros contra los mismos androides que los habían lanzado.

No se defendía, atacaba. Y atacaba con tal furia y destrucción que nada podía detenerlo. Sabía hacia dónde se dirigía: al puesto de mando enemigo.

Los androides, incapaces de retroceder, incapaces de rendirse aunque Anakin pudiera perdonarlos, volaban hechos pedazos como muñecos de feria baratos, mientras el sable láser los derribaba, abriendo un sendero de destrucción. Las tropas clon que seguían al Jedi tenían dificultades para disparar contra los enemigos y esquivar al mismo tiempo los restos que Anakin dejaba a su paso por todo el complejo; simplemente seguían su estela, cubriéndole las espaldas. No tardó en salir del edificio y dirigirse con insultante seguridad hacia el bunker de Pors Tonith. Daba la impresión de que todo el ejército de Tonith disparaba contra Anakin, pero ni un solo disparo le alcanzó mientras recorría a toda velocidad el irregular terreno que separaba el Centro de Comunicaciones del bunker de Tonith. Las tropas clon que lo seguían tuvieron que tirarse al suelo y arrastrarse dolorosamente por él, mientras su comandante seguía en pie y escapaba ileso de las ardientes y letales trayectorias de los láseres.

Los ingenieros androides de Tonith habían construido su bunker de mando con muros internos estándar, capaces de absorber la fuerza explosiva de la carga de demolición que cualquier atacante pudiera utilizar para volar la puerta de entrada. Anakin colocó un detonador termal en la base de las recias puertas del bunker y se refugió en una pequeña depresión del terreno, a unos veinte metros de distancia. Contó los segundos, y cuando tuvo lugar la detonación estaba preparado. El Jedi ya se había puesto en pie y se zambullía a través del agujero antes de que se asentasen el humo y los escombros. El primer muro interior estaba destrozado, pero el permeocemento protector seguía intacto allí donde el túnel de entrada giraba a la derecha..., y tres androides lo esperaban con las armas preparadas.

Dentro del bunker, Pors Tonith estaba tranquilo, llevándose una taza de té a sus labios púrpura. Todos habían sentido la onda expansiva del detonador termal, pero Tonith y sus técnicos no se habían visto afectados. Varios de los técnicos corrieron en busca de refugio.

—Que todo el mundo permanezca en su puesto —ordenó—. No tenemos ni medios ni intención de resistir. Y no lo haremos.

Podía seguir claramente la pelea que tenía lugar en el pasillo de entrada, gracias a los sonidos producidos por el arma de Anakin y las de los androides en un espacio tan cerrado. Segundos después, reinó el silencio.

Tonith sorbió un poco de té. Uno de los técnicos empezó a sollozar.

—Silencio —cortó.

Anakin entró en la sala de control. Con la ropa humeando a causa de los disparos a bocajarro, y los ojos llameando de rabia. Los técnicos gimieron y se acurrucaron en un rincón, alejándose todo lo posible de aquella espantosa figura.

No obstante, Tonith contempló al Jedi con una ligera sonrisa. El silencio dominaba la sala, a excepción del suave zumbido que emitía el sable láser del joven Jedi, que se mantenía frente a él, balanceando la hoja adelante y atrás, como buscando víctimas. Nadie se movió.

—Me rindo —anunció el banquero sin dejar de sonreír—. Me rindo a ti, Caballero Jedi.

Hizo una ligera reverencia hacia Anakin, procurando no derramar una sola gota de té. Sorbió parte del líquido y chasqueó los labios.

—Habéis ganado —continuó—. Y os felicito.

—Ordena a tus tropas que cesen el fuego —gruñó Anakin. Su voz reverberó por toda la sala, como surgida de un profundo pozo—. ¡Hazlo!

¡Hazlo ahora!

Tonith hizo una señal de asentimiento a los técnicos, que se sintieron más que felices de dar la orden a los comandantes androides.

—Querido señor —siguió Tonith—. Ahora soy su prisionero, y reclamo para mis ayudantes y para mí la condición de prisionero de guerra.

Levantó nuevamente su taza y, plenamente confiado en que estaba protegido, bebió el resto de su té. Sonrió, mostrando sus teñidos dientes.

Anakin se sintió inundado por la Fuerza, tan completamente que apenas era consciente de sí mismo. Todo lo que sentía era la alegría de la Fuerza, una alegría como jamás había sentido. ¡Había tanto poder en la Fuerza! Y todo ese poder era suyo, ¡suyo!, para hacer con él lo que quisiera. Lo sabía. Y sabía que el muun que tenía delante era el comandante del ejército separatista que había atacado y ocupado el Centro de Comunicaciones, el que mandaba las tropas que habían aniquilado al ejército del general Khamar, el que había asesinado a la mayoría de los Hijos e Hijas de la Libertad del capitán Slayke. Era el que había provocado la batalla en la que habían muerto tantos soldados clon. El que había dado las órdenes al androide que disparó contra Reija Momen ante sus propios ojos.

Ese hombre, Pors Tonith, merecía morir. Y Anakin Skywalker sería quien lo matase.

Aquellos técnicos eran traidores a la República, habían ayudado a Pors Tonith en su operación asesina. También merecían morir. Que aquella vil criatura viera cómo morían sus lacayos, así sabría el destino que le esperaba. Y temblaría de miedo antes de morir.

Anakin Skywalker, embriagado de Fuerza, ángel de venganza, alzó su sable láser y avanzó hacia el técnico más cercano.

Se detuvo cuando una voz habló en su mente.

Debes utilizar la Fuerza para el bien, Anakin.

Confuso, miró a su alrededor. La voz parecía la de Qui-Gon Jinn, el Maestro Jedi de Obi-Wan, el descubridor de todo el potencial del Anakin niño y que ayudó a que el chico se liberase de la esclavitud y consiguiera la libertad. Pero Qui-Gon Jinn estaba muerto...

—¿Maestro Jinn? —susurró Anakin.

La Fuerza es demasiado poderosa para usarla en otra cosa que no sea el bien, padawan. Recuérdalo y podrás llegar a ser el mejor Jedi de todos los tiempos.

Por un largo instante, Anakin fue incapaz de moverse. Entonces reaccionó y cortó su conexión con la Fuerza. La repentina pérdida de tanta alegría y poder hizo que casi se tambaleara, pero se controló tan rápidamente que fue el único de toda la sala consciente de su momentánea desorientación.

Ante él había una forma encogida, arrodillada. Anakin comprendió que había estado a punto de asesinar al indefenso técnico y se estremeció.

Paseó su mirada por los demás, antes de fijarla en Pors Tonith.

—Sois mis prisioneros —jadeó—. Os llevaré hasta Coruscant y os entregaré al Senado de la República para que os juzgue.

Pero no apagó su sable láser.

Pors Tonith, el capturado almirante de los separatistas, ahogó la risita que pugnaba por salir de su garganta.

—Por favor, señor —rogó B'wuf con una vocecita infantil desde el rincón donde estaba sentado—. ¿Puedo moverme ya?

Capítulo 29

El soldado Vick lanzó un silbido al entrar en la sala de control de Pors Tonith.

—¿Es ése el que está al mando? —preguntó Odie Subu al descubrir al muun.

Anakin, respirando pesadamente, siguió con la mirada clavada en Tonith y no contestó. Por su parte, Tonith ya no se mostraba desafiante. Tenía miedo de ese joven Jedi que lo había capturado; lo consideraba desequilibrado e imprevisible.

—Fuera han dejado de luchar —anunció el cabo Raders—Detuvieron el fuego antes de que llegásemos al bunker, y... ¡oh!

Cayó cuando se dio cuenta de lo que ocurría.

—Señor —dijo el sargento ARC con el tono de voz propio de su rango—su sable láser.

Eso consiguió llamar la atención de Anakin.

—¿Qué?

—Su sable láser, señor.

—Mi... —Anakin miró su mano y retrocedió un paso, como si le sorprendiera ver su sable láser activado. Lo apagó y se lo colgó del cinturón.

Vaciló ligeramente al volverse hacia sus hombres. Odie, creyendo que era la reacción normal de un soldado que acababa de sostener un combate a muerte, se adelantó apresuradamente para ayudarlo. Vio su rostro de cerca, blanco como la cera, con señales de agotamiento y arrugas alrededor de la boca como las de un viejo.

—Gracias, pero estoy bien... Estoy muy bien —dijo Anakin, apartándola con amabilidad. Sonrió débilmente. Uno de los guardias, después no recordó cuál, le alargó una cantimplora, y el Jedi dio un largo y sediento trago. Devolvió la cantimplora vacía—. Gracias, muchas gracias —dijo, limpiándose los labios con el dorso de la mano. Señaló a Tonith y a los técnicos—. Son todos nuestros prisioneros. Encárguese de ellos, sargento. Llévelos con el general Alción para que los encierre.

B'wuf intervino, señalando a Tonith.

—¡Yo no tuve nada que ver con lo que se hizo aquí, señor, sólo estoy contratado! ¡Usted me ha salvado la vida! —Apuntó con el dedo a Anakin—. Iban a ejecutarme. Dije al almirante que no estaba bien lo que hacía, que no quería seguir obedeciendo sus órdenes, y dijo que me ejecutaría. El Jedi me ha salvado la vida. ¡Iban a matarme y él me ha salvado la vida!

El comunicador de muñeca de Anakin emitió un pitido. Recordaba vagamente que ya pitaba mientras se abría camino hacia el bunker, pero lo había ignorado. Ahora, contestó.

—¿Anakin? —era Alción—. ¿Eres tú? ¿Estás bien? El enemigo ha dejado de disparar. ¿Qué está pasando?

—Maestro Alción..., estoy bien. Me encuentro en el bunker de control con mis tropas. He capturado al comandante separatista y a su Estado Mayor. ¡Vamos a llevártelos.

—Es un alivio —respondió Alción—. Entrega tus prisioneros a los comandos clon. He enviado un transporte para que te recoja. Está a punto de llegar una flota separatista de refuerzo, y dicen que es enorme. He ordenado a todos nuestros cazas estelares que se preparen. Nos espera una batalla difícil y te necesito.

Sólo los técnicos miraron a Tonith cuando dejó escapar un lamento ahogado. ¡Si tan sólo hubiera resistido unos minutos más...!

—Iré en cuanto pueda —respondió Anakin. Se volvió hacia el sargento ACR-. ¿Ha oído eso? —el sargento asintió con la cabeza—Encárguese de los prisioneros y llévelos al centro de mando.

—¿Está llegando una flota enemiga, señor? —se interesó Raders con expresión preocupada en el rostro.

—Eso parece.

Anakin irguió los hombros, sintiéndose extrañamente mejor ante la perspectiva de más acción.

El comandante de la flota republicana no había permanecido ocioso mientras Alción combatía en tierra contra las fuerzas separatistas y estaba preparado para un ataque así. Había tenido en cuenta distintos enfoques y tenía decidido que, fuera cual fuese la táctica que emplease el enemigo, la flota mantendría sus posiciones para concentrarse y coordinar su poder combinado de fuego. Si el enemigo atacaba con escuadrones desde diferentes direcciones, la flota republicana se centraría en un escuadrón cada vez; si lo hacían con las naves en línea, intentarían aprovechar su mayor velocidad para cruzar a través de la línea enemiga y lanzar contra ella toda la potencia de fuego disponible. Pasara lo que pasase, los cazas de Alción podrían protegerse tras los destructores de su propia flota.

Pero todos los planes de batalla son inútiles tras el primer disparo. El comandante enemigo eligió atacar en una formación en cuadro, con su buque insignia en el centro, protegido por el resto de las naves, y los cazas se encontraron metidos en una refriega salvaje entre las dos armadas. No siempre es el número y el tamaño de las naves lo que decanta las batallas, sino la forma en que se utilizan.

En aquella batalla, Nejaa Alción prefirió dar el mando de la flota al almirante Hupsquoch. Él se encargaría de dirigir la flota contra el enemigo.

—¡Una buena nave, señor! —exclamó el piloto clon que había transportado el Ángel Celeste II hasta la superficie de Praesityn, mientras ayudaba a Anakin a instalarse en la cabina.

Anakin sonrió sin dejar de abrocharse las correas. Se encontraba en su elemento.

—Gracias por traerla aquí abajo. ¿Cómo se ha portado?

El Ángel Celeste II había sufrido muchas modificaciones. Aunque los soldados clon tenían una habilidad innata para manejar cualquier clase de nave, pilotar un caza estelar modificado sin saber exactamente qué se le había hecho podía ser muy complicado. Anakin se sentía muy orgulloso de los cambios que había introducido personalmente.

—Muy bien, señor. Una vez me di cuenta que había hecho algunos ajustes a su panel de control, seguí la regla de la "luz brillante".

—Muy inteligente. Y sólo le he hecho algunos ajustes personales —se sentía incómodo cuando otra persona pilotaba su caza estelar, pero había sido necesario para trasladarlo hasta la superficie del planeta. Cambió de tema—. He visto un enorme arañazo grande a lo largo de babor, no estaba allí antes —sonrió mientras se colocaba el casco. El piloto se quedó mirándolo fijamente, sin comprender nada—. Era una broma.

—¡Oh, sí señor! Comprendo —replicó el piloto mortalmente serio.

Saltó al suelo y saludó con solemnidad mientras sellaba la cabina y levantaba los dos pulgares a la manera tradicional.

Anakin ajustó la boquilla al auricular, y buscó la frecuencia interna de comunicaciones entre naves.

—¿General Alción?

—Anakin, ¿nunca aprenderás a utilizar el procedimiento apropiado?—murmuró el Jedi, mirando sobre su hombro hacia el caza de Anakin.

Podía ver al joven Jedi dentro de la cabina—. Ya conoces el punto de reunión. Date prisa.

La nave de Anakin desplegó sus estabilizadores, muy útiles hasta los veinte mil metros. Sus repulsores empezaban a levantar una nube de polvo alrededor del Ángel Celeste II y la máquina se elevó verticalmente del terreno ante la mirada de Alción.

Anakin armó sus cañones y los torpedos de protones, y conectó su sistema IFR. Aumentó gradualmente su velocidad. A veinte mil metros retrajo sus estabilizadores y conectó los motores sub-lumínicos para conseguir velocidad de escape. Todo el horror de la reciente batalla terrestre fue desapareciendo a medida que se ajustaba mentalmente al estimulante mundo de la alta velocidad, de la destrucción tecnológica, donde pilotos y máquinas se desintegraban instantáneamente en limpias explosiones de llamas, y el dolor y el terror apenas duraban milisegundos.

Pasó sin incidentes junto a la flota. Mil kilómetros más allá captó la imagen de los escuadrones de caza. Más allá todavía, fuera del alcance de la visión humana, pero al alcance de sus instrumentos de a bordo, le esperaba el enemigo.

—Para ti, estoy situado justo a las seis —anunció Alción.

—General, ¿nunca aprenderá a utilizar el procedimiento apropiado?—rió Anakin.

—Cambia al canal de guardia —pidió Alción.

Su tono era serio, y tenía razones para ello. El radar de Anakin mostraba cientos de puntitos luminosos que se acercaban rápidamente: los cazas enemigos. Empezaban a mezclarse con sus propias naves. El plan acordado era que un escuadrón de cazas liderado por Alción se dirigiría hacia el corazón de la flota enemiga, mientras el resto de la escuadrilla entablaba combate. Si el enemigo empleaba la misma táctica, la balanza se inclinaría hacia el bando que contase con los mejores pilotos. Y Alción no tenía ninguna duda de cuál era.

—Aquí Alción Seis. ¡Sígueme! —y cien cazas salieron de la formación para seguir sus huellas.

El comandante enemigo prefirió usar sus cazas para entablar combates individuales contra los de la República.

Anakin se lanzó contra los cazas enemigos con los cañones centelleando. Se guardaría los misiles para las naves importantes, que ya tenía casi frente a él. Los cazas que convergían hacia él aparecían como diminutos puntitos de luz debido a los disparos de sus propios cañones.

Por bueno que fuera Alción, apenas podía mantener el ritmo del joven Jedi, y, en lugar de liderar el ataque, se convirtió prácticamente en el escolta de Anakin.

Apenas segundos después ya se habían cruzado con la vanguardia de las naves enemigas y se encontraban entre las más grandes. Ya cada piloto dependía de sí mismo: sólo tenía que seleccionar un blanco y atacar.

Anakin se concentró en un destructor que parecía limitarse a flotar a estribor. Su contorno era borroso y confuso. No estaba seguro de si realmente era un destructor o una fragata porque el dispositivo de camuflaje distorsionaba su imagen. Pasó bajo la nave mientras sus cañones de iones escupían dedos letales contra su objetivo, pero volaba a demasiada velocidad -casi tres mil kilómetros por hora- para que funcionara el sistema automático de adquisición de blancos. Dio media vuelta y volvió a acercarse a la nave, esta vez por popa, y, haciendo constantes tirabuzones, disparó un torpedo de protones contra sus motores. La aniquilación del destructor le hubiera parecido una visión hermosa de quedarse a contemplarla. Cuando el misil detonó, produjo un brillante fogonazo; después, enormes llamaradas surgieron de la popa provocando que toda la sección quedara envuelta en una luminosa luz azulada. En las profundidades silenciosas y sin aire del espacio nadie pudo oír el moribundo lamento de la poderosa nave cuando su sistema de propulsión detonó en medio de una cegadora luz blanca. Sólo duró una fracción de segundo, y después, allí dónde había estado la nave sólo quedó una miríada de pequeños puntitos de luz anaranjada, como un enjambre de luminiscentes insectos nocturnos; los fragmentos fundidos de la estructura que producían su propio oxígeno durante breves segundos, mientras flotaban por el espacio. Después, no fueron más que escombros sin vida.

Alción presenció el ataque de Anakin, pero un segundo después lo perdió de vista en medio de la confusión de naves. Otros pilotos no habían tenido tanto éxito, unos pocos sí. Ya podían distinguirse numerosos huecos en la formación enemiga. Habían cumplido con su misión.

—Aquí Alción Seis, abandonen la batalla. Repito: abandonen la batalla. Anakin escuchó la orden, pero la Fuerza volvía a estar en él y supo lo que tenía que hacer. Por delante de su caza flotaba una nave enorme. El dispositivo de camuflaje no podía ocultarla por completo, y supo que era el buque insignia de los separatistas. Se lanzó directamente hacia lo que suponía que era el puente de mando, pero, en el último segundo antes de la colisión, se desvió ligeramente, rozándolo a cinco mil kilómetros por hora.

Esta vez, el blanco era tan gigantesco que el segundo de más que tardo en cruzar por encima del casco dio a los cañones defensivos la oportunidad de detectarlo como un objetivo. Tuvo suerte de que el disparo que lo alcanzó perteneciera a un simple cañón láser. El blindaje del Ángel Celeste II deflectó la mayor parte de la fuerza destructora del impacto, pero los daños sufridos por el aparato eran graves.

—Me han dado —anunció con serenidad.

—¿Es grave? —preguntó Alción.

—Sal de aquí —fue todo lo que respondió el joven Jedi.

—¡Anakin!

—¡Sal de aquí —repitió.

Alción comprendió que Anakin estaba a punto de intentar un último ataque.

—No lo hagas... Volarás con ella.

—Salúdala de mi parte.

El tono de voz de Anakin era tranquilo, controlado, incluso, pensó Nejaa después, teñido de cierto toque de humor.

—¡No, Anakin, no! —

La enorme explosión que significó la destrucción del buque insignia separatista decantó decisivamente el equilibrio de fuerzas hacia las de la República, ya que se tragó a muchas naves enemigas que tuvieron la desgracia de encontrarse cerca de ella.

También se tragó a Anakin Skywalker.

Capítulo 30

El polvo apenas se había posado tras el aterrizaje de Alción, cuando Zozridor Slayke y todo su Estado Mayor corrieron hacia él, antes incluso de que los androides de mantenimiento rodeasen la nave. El Jedi abrió la capota y respiró el aire caliente y seco de Praesitiyn. Se pasó una mano por la cara para limpiarse los cristales secos de sal dejados por su sudor... y sus lágrimas. Se sentía exhausto, tanto física como emocionalmente.

Slayke y uno de los oficiales subieron por el ala y extendieron las manos, ofreciendo ayuda. Alción la necesitó para conseguir salir de la cabina.

—¡Increíble! ¡Maravilloso! La flota enemiga es un caos y se está retirando. Y nuestras tropas están desmantelando a sus androides de combate aquí, en la superficie de Praesitiyn. Ha sido una victoria completa, señor. Nunca creí que viviría para ver un éxito como éste.

Slayke palmeó alegremente la espalda de Alción mientras lo sostenía en pie, ayudado por el oficial. Docenas de oficiales y soldados se arracimaban en torno a ellos, intentando estrechar la mano del Jedi con palabras de felicitación. Hacía apenas unos minutos que el destino de toda la campaña se mantenía en precario equilibrio; ahora se había decantado a su favor, y ante ellos tenían al responsable de ese cambio.

—No he sido yo, ha sido Anakin —croó Alción. Hasta él se sorprendió del sonido de su voz, de que pudiera hablar siquiera. Alzó una mano para pedir silencio a

la multitud—. El comandante Skywalker destruyó el buque insignia enemigo y decantó el fiel de la balanza..., aunque le haya costado la vida. Y también fue Anakin el que capturó al cerebro que controlaba el ejército androide —hizo una pausa y agitó la cabeza—. Comparados con él, capitán, usted y yo sólo somos un par de viejos y agotados peones en este negocio de la guerra.

La multitud permaneció inmóvil, muda.

—Sabía que ese chico tenía algo especial —dijo Slayke, rompiendo el silencio.

Los androides de mantenimiento llegaron zumbando y traqueteando, dudando si debían acercarse al caza con tantos seres vivos a su alrededor.

—Que alguien desconecte esas cosas, no hacen más que interponerse en el camino de un hombre —gruñó Slayke. Pasó el brazo por encima de los hombros de Alción y lo guió con amabilidad a través de la multitud que cerraba filas tras ellos, mientras se dirigían lentamente hacia el puesto de mando—. ¿Le gustaría recuperar la Plooriod Bodkin, general?

Alción se detuvo y fingió pensar un instante.

—No, capitán, usted se la ganó... Quizá no de una forma decente, pero sí justa. Está en buenas manos.

—Explíqueme lo que pasó —pidió Slayke.

Alción se detuvo.

—Acercaos —exclamó, dirigiéndose a la multitud. Había recobrado la calma—. Lo que ha hecho ese joven Jedi, quedará escrito para siempre en los anales de los Jedi.

Ahora tendré que buscar a Padmé y decirle que su esposo ha muerto, pensó. Ya tendría tiempo de prepararse para una misión tan amarga. Entonces reparó en Odie, que se encontraba cerca de él, junto a Erk y los dos guardias. Sus mejillas también estaban llenas de lágrimas.

—Acercaos —le indicó, gesticulando.

—¿Yo también? —preguntó Raders, señalándose a sí mismo.

—Sí, los cuatro —confirmó Alción sonriendo—. Ellos lucharon a su lado allá arriba, en la meseta —dijo en voz alta para que todos pudieran oírlo, mientras señalaba con la cabeza hacia la colina donde las fuerzas de Tonith habían combatido hasta el final—. Explicadnos lo que ocurrió allí y yo os contaré lo que ha pasado en el espacio.

—Bueno, señor —empezó Odie—, se portó como todo un ejército...

La noticia sobre la muerte de Anakin la había conmovido. Le resultó difícil no llorar mientras narraba su parte de la historia.

—Nunca había visto nada igual, señor —añadió el soldado Vick—Destrozó a todo un ejército de androides, nada podía detenerlo. Peleó igual que usted en la Ranger, señor, sólo que..., que él acabó con muchos más androides —dirigió una sonrisa de disculpa a Alción.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó Alción.

—Soldado Slane Vick, señor, y éste es mi cabo, Ram Raders.

—Bien, ahora id a descansar. Nos espera una intensa tarea de limpieza por delante.

Poco a poco recuperaba el aplomo. La herida en lo más profundo de su corazón seguía latiendo dolorosamente, pero el deber lo reclamaba y las cicatrices emocionales de la guerra sanarían a su debido tiempo.

Se encaminaron nuevamente al bunker de mando.

—Alguien pide permiso para aterrizar —anunció alguien. Miró hacia el horizonte, escudándose los ojos con una mano—. Está llegando una nave, señor. Parece un Delta Siete.

Todos escrutaron el cielo.

—Sí, es un Delta Siete confirmó Alción. —A medida que se acercaba y el tamaño de la nave aumentaba, el Jedi se ponía más y más rígido. ¡No podía ser!—. ¿Reconoce ese caza?

Slayke se encogió de hombros.

—Da la impresión de que ha recibido mucho castigo. Supongo que será uno de su flota.

La fatiga de Alción había desaparecido. Corrió hacia el lugar elegido por el caza para aterrizar. Los otros lo contemplaron atónitos y, primero lentamente, uno a uno o en parejas, y después como una incontenible riada, terminaron por seguir al Jedi. En cuanto la multitud se apartó de la nave de Alción, los androides de mantenimiento empezaron a repararlo.

El Delta Siete flotó un segundo sobre el campo de aterrizaje y terminó por descender verticalmente, levantando una espesa nube de polvo que se tragó a todos los presentes. La cubierta de la carlinga estaba picada y chamuscada, así que no podían distinguir al piloto. El fuselaje se veía ennegrecido, y la mayor parte de la pintura se había quemado, por lo que era difícil determinar los colores originales. Los dos cañones de estribor de la nave habían desaparecido completamente.

—Es él —susurró Alción, aferrando el brazo de Slayke—. ¡Es él!

—Señaló el símbolo parcialmente destrozado de un vehículo de carreras de vainas junto a la popa—. ¡Es Anakin! ¿Cómo es posible? —estalló en carcajadas y empezó a golpear la espalda de Slayke.

Éste lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

—Pero, nos dijiste que...

—¡No, no! ¡Estaba equivocado! Éste es el Ángel Celeste II de Anakin. Lo reconocería en cualquier parte —soltó el brazo de Slayke y se abalanzó hacia el ala de la nave. Golpeó con todas sus fuerzas la cubierta de la carlinga—. ¡Anakin! ¡Anakin!

Los oficiales que se encontraban cerca pudieron oír unos débiles golpes en el interior de la carlinga.

—Traed a un androide de servicio hasta aquí, ¡rápido! —gritó Alción—. La cubierta está fundida. ¡Vamos, vamos, traed una de esas cosas!

Gesticuló impotente hacia Slayke, quien, sonriendo ampliamente, se acercó para echarle una mano.

Un androide de mantenimiento rodó hasta situarse a su altura, pero sólo estaba programado para encargarse de los trenes de aterrizaje y del armamento.

—Alguien de mantenimiento tiene que ordenarles que se encarguen primero de la cubierta; si no, están programados para encargarse de las cosas en un orden preestablecido —explicó Alción—. ¿Alguien tiene una palanca?

Frustrado, empuñó su sable láser.

—Échate hacia delante todo lo que puedas —gritó al piloto. Y empezó a cortar la cubierta exterior.

Cuando pudieron ver la cabeza del piloto a través del agujero, Slayke se puso un par de guantes, apartó suavemente a Alción y se sentó a horcajadas sobre la cubierta.

—Sabía que más pronto o más tarde podría ser útil para algo —dijo.

Se escupió teatralmente las manos, sonrió abiertamente a Alción, aferró la cubierta con ambas manos y empezó a tirar de ella. Al principio no pasó nada. Los músculos de Slayke se tensaron visiblemente bajo la túnica, y su rostro adquirió un intenso color rojo; las venas se marcaron en su cuello, y un gruñido surgió de lo más profundo de su pecho.

Un androide de cuerpo extensible se irguió hasta llegar al nivel de la cabina y exclamó:

— ¿Puedo serle de ayuda, señor?

—Piérdete —gruñó Slayke. Y un segundo después, la cubierta se desprendió.

El piloto se quitó el casco y sonrió a los dos hombres.

—Hola, Maestro Alción. Capitán Slayke —dijo Anakin, extendiendo una mano—. ¿Les importaría sacarme de aquí?

—¿Puedes explicarnos cómo lo conseguiste? —preguntó Alción.

Estaban sentados en el puesto de mando. Anakin, con las piernas extendidas y una enorme garrafa de agua casi vacía apoyada en un codo, se pasó una mano mugrienta por el pelo.

—Bueno, sabes que me gusta trastear con las máquinas. Así que le instalé al Ángel Celeste II un motor hiperespacial —se encogió de hombros—. En el último segundo, antes de que detonara el misil, lo conecté y salté —chasqueó los dedos—. Pan comido.

—Pero, señor —se interesó uno de los oficiales—, ¿cómo supo cuándo tenía que desconectarlo?

Anakin se levantó, bebió de la garrafa hasta vaciarla y se limpió las gotas de agua de los labios con el dorso de la mano.

—Igual que sabía cómo era el terreno antes de verlo cuando corría en las carreras de vainas —se encogió de hombros—. La Fuerza, supongo.

—¿Señor? —intervino Erk, saliendo del círculo que rodeaba a Anakin. Odie se situó a su lado—. Nos gustaría pedirle un favor.

—Os garantizo que, si depende de mí, podéis darlo por hecho —contestó Anakin—. ¡Vosotros diréis!

—Verá, señor, necesito un compañero de escuadrilla. Y ha de ser alguien en quien pueda confiar. Ya sabe lo que es eso, volar y enfrentarse a las batallas de la vida. Un hombre debe saber valerse por sí mismo, pero siempre necesita a alguien que le guarde la cola. Verá...

—Comandante Skywalker —interrumpió Odie—, ¿querría usted casarnos?

Epilogo

Y así, por el poder que me confiere ser oficial del Gran Ejército de la República, os declaro marido y mujer.

Anakin se inclinó hacia delante y besó ligeramente a Odie en la mejilla. El aroma de su pelo recién lavado le trajo recuerdos —Padmé—, y su corazón latió de alegría. Pronto se reuniría con su propia esposa. Todos los horrores de la campaña de Praesitiyn y el papel que había jugado en ella estaba remitiendo.

—Os deseo que tengáis largas y felices vidas —dijo a la pareja. Su sonrisa era amplia y sincera—. Tras toda tempestad llega la calma Disfrutad de ella.

Alción deseó la mejor de las suertes a la pareja. Anakin cruzó la mirada con la del Maestro Jedi y volvió a sonreír. Era irónico que él, que se había casado secretamente en contra de las reglas de la Orden Jedi, fuera el elegido por los dos jóvenes para legitimar aquel rito público.

Alción le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza. ¡El mismo Alción que también se había casado clandestinamente y que ya tenía un hijo!

—Comandante, no creo haber conocido a nadie como usted —dijo Slayke, ofreciéndole su mano—. Primero, casi gana una guerra usted solo, y ahora oficializa un matrimonio.

—Bueno, capitán, conté con mucha ayuda... En la guerra, quiero decir.

—Comandante Skywalker, recuerde mis palabras, creo que va a cambiar muchas cosas en esta galaxia. Pienso seguir su carrera de cerca, hijo.

—Sólo cumplía con mi deber, capitán Slayke —pero Anakin se preguntaba qué misión le tendría reservada el Consejo Jedi y qué le depararía el futuro.

—Cuando regrese lo nombraremos Caballero Jedi —dijo Mace Windu.

—De Praesitiyn muy satisfactorios los informes iniciales son —añadió Yoda, asintiendo con la cabeza—. Ser Caballero Jedi merece, aunque en la Fuerza una gran perturbación provocó. ¿La sentiste, viejo amigo?

—Sí. Evidentemente, Anakin la invocó más de una vez, la situación era desesperada. Pero no nos equivocamos al enviar a esos dos al frente de la expedición.

Yoda asintió de nuevo con un gesto, pero no dijo nada. Había algo en todo aquello que se le escapaba, como el huésped no invitado a una boda, algo misterioso y más allá de su alcance. Tendría que meditarlo. De momento, el joven Anakin era una nueva herramienta al servicio de la Orden Jedi, y Yoda prepararía su investidura.

Darth Sidious, el señor del Conde Dooku, también tenía mucho en qué pensar. Sus servidores habían sido derrotados en Praesitiyn, tal como él suponía, y las pérdidas eran tremendas. Pero a cambio de conseguir algo mucho más valioso que una simple victoria militar. Él también había sentido la perturbación en la Fuerza que tanto preocupaba a Yoda. Y no era la primera vez que sucedía recientemente algo así.

Hacía tiempo que observaba al joven Skywalker, y ya estaba convencido de que no se equivocaba con el muchacho. Iba a serle muy útil en el futuro.

Darth Sidious se frotó las manos satisfecho y sonrió ampliamente.

Fin